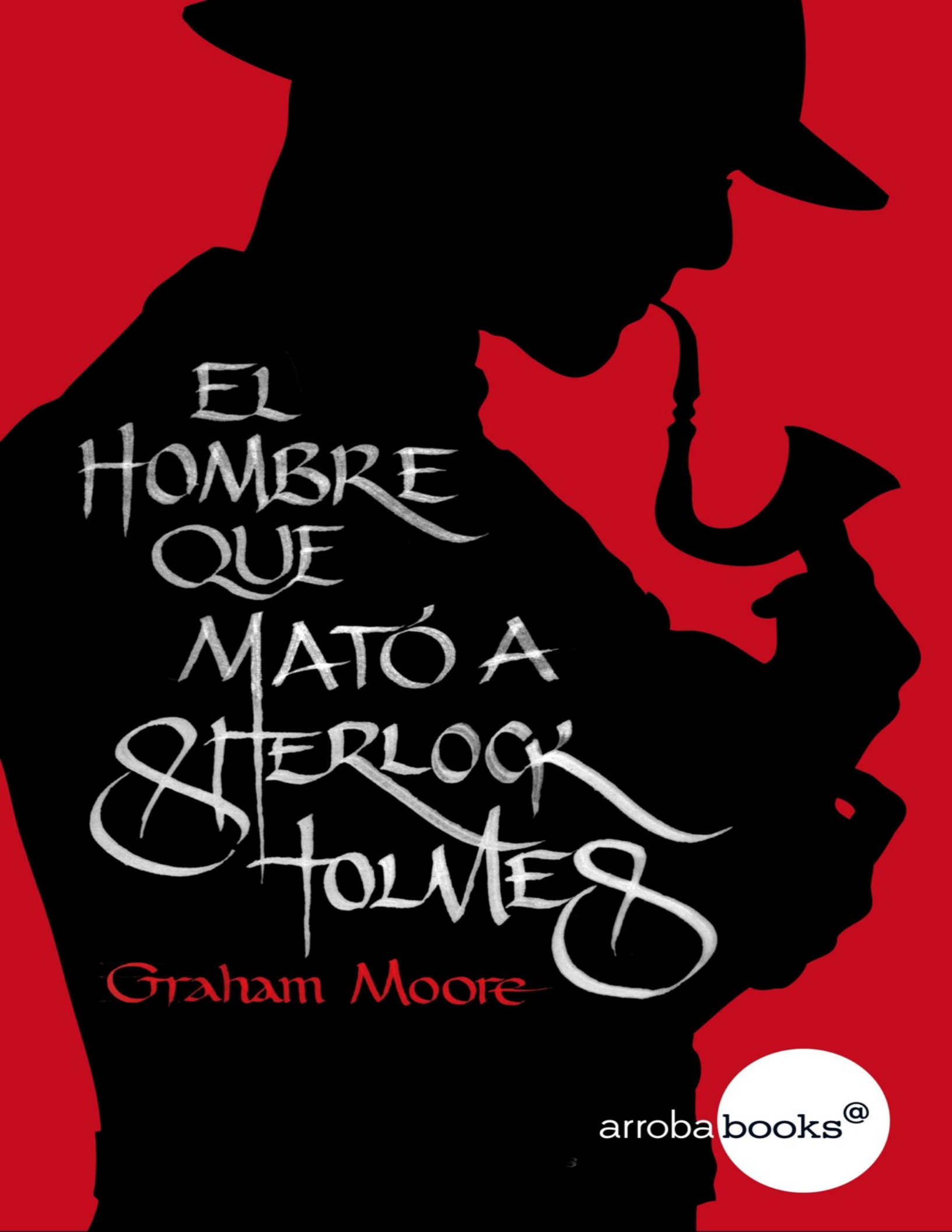


A black silhouette of a man wearing a hat and smoking a pipe, set against a red background. The silhouette is positioned on the left side of the cover, with the man's head and shoulders visible. The pipe is held in his mouth, and the smoke is depicted as a series of curved lines.

EL HOMBRE QUE MATÓ A SHERLOCK HOLMES

Graham Moore

arroba books®

EL HOMBRE QUE MATÓ A SHERLOCK HOLMES

Graham Moore

OceanofPDF.com

El hombre que mató a Sherlock Holmes
es una obra de ficción histórica.

*Todos los personajes contemporáneos de la novela
son producto de la imaginación del autor.*

OceanofPDF.com

Para mi madre,
la primera persona que me enseñó a amar
las novelas de misterio cuando tenía siete años.
Tumbados en la cama, nos leímos mutuamente,
una y otra vez, *Tragedia en tres actos* de Agatha Christie.
Todo esto es posible gracias a ella.

OceanofPDF.com

1

Las cataratas de Reichenbach

Así pues, aférrense a este hecho
con su tentáculo cerebral / La
muñeca y quien la ha fabricado
nunca son idénticos.

Sir Arthur Conan Doyle,

London Opinion, 12 de
diciembre de 1912

9 de agosto de 1893

Arthur Conan Doyle frunció el ceño, incapaz de pensar en nada
que no fuera el asesinato.

—Voy a matarlo —aseveró Conan Doyle, cruzando los brazos
sobre su fornido cuerpo.

En lo alto de los Alpes suizos, el aire acariciaba su grueso
mostacho y parecía aullarle al oído. Dada la peculiar disposición de
sus orejas, en la parte posterior de la cabeza, éstas siempre parecían
aguzadas, prestando atención a otra cosa, a algo lejano y situado a
sus espaldas. Para ser un hombre tan corpulento, tenía una nariz

muy afilada. No hacía mucho que le habían empezado a salir las primeras canas, un cambio en su aspecto que no pudo afrontar sino con resignación. Aunque acababa de cumplir treinta y tres años, ya era un afamado autor. ¿O acaso un hombre de letras de renombre internacional que empezaba a encanecer podría lograr el mismo éxito que otro con los cabellos color ocre?

Los dos compañeros de viaje de Arthur ascendieron hasta el saliente en el que se encontraba, el punto accesible más alto de las cataratas de Reichenbach. Silas Hocking era un clérigo y novelista cuya fama había llegado hasta Londres. Arthur tenía en gran estima su última obra, *Her Benny*, un texto religioso. Edward Benson, un conocido de Hocking, parecía mucho más reservado que su sociable amigo. A pesar de que Arthur los había conocido esa misma mañana, mientras desayunaban en el hotel Rifel Alp de Zermatt, tenía la sensación de que podía confiar ciegamente en ellos y revelarles los oscuros planes que tenía en mente.

—La cuestión es que ha acabado convirtiéndose en una suerte de lastre —prosiguió Arthur—, y quiero acabar con él.

Hocking resopló al llegar junto a Arthur y se deleitó la mirada con los Alpes, que se extendían ante ellos. Unos cuantos metros más abajo, la nieve se fundía arrastrada por un arroyo que, varios milenios antes, se había abierto camino en la montaña para acabar desembocando estruendosamente en un lago cubierto por una capa de espuma. En silencio, Benson presionó una bola de nieve entre los guantes y la lanzó al abismo. La fuerza del viento fue desgajando los copos mientras la bola caía hasta que desapareció en el aire, convertida en una nube.

—Si no lo hago —dijo Arthur—, acabará conmigo.

—¿No cree que está siendo demasiado duro con ese viejo amigo? —preguntó Hocking—. Le ha dado fama. Fortuna. Forman una buena pareja.

—Y al estampar su nombre en todas esas noveluchas de tres al cuarto, le he concedido una reputación que sobrepasa con creces la mía. ¿Tiene idea de las cartas que recibo? «Mi querida gata ha

desaparecido en South Hampstead. Se llama Sherry-Ann. ¿Puede encontrarla?» O «A mi madre le robaron el monedero al bajar de un cabriolé en Piccadilly. ¿Puede deducir quién es el malhechor?». Pero lo más curioso de todo es que no van dirigidas a mí, sino a «él». Creen que es real.

—Sí, esos pobres lectores que tanto lo admiran —intercedió Hocking—. ¿Ha pensado en ellos? La gente lo adora.

—¡Lo quieren más a él que a mí! ¿Sabe que recibí una carta de mi propia madre? Me pedía, a sabiendas de que yo, como no puede ser de otra manera, haría cualquier cosa para satisfacer sus deseos, que firmara un libro con el nombre de Sherlock Holmes para su vecina Beattie. ¿Puede imaginarlo? ¡Que firme con su nombre en lugar de hacerlo con el mío! Mi madre habla como si fuera la madre de Holmes, no la mía. ¡Aaah!

Arthur intentó contener el súbito acceso de ira.

—Mis grandes obras caen en el vacío —prosiguió—. ¿*Micah Clarke*? ¿*La compañía blanca*? ¿Esa pequeña y deliciosa obra de teatro que creé junto con el señor Barrie? Ha pasado sin pena ni gloria. Peor aún, se ha convertido en una pérdida de tiempo. Elaborar cada una de esas tortuosas tramas me resulta un trabajo agotador: la puerta del dormitorio que siempre está cerrada por dentro, el mensaje final e indescifrable del fallecido, la historia narrada de forma equívoca desde el principio para que nadie pueda adivinar la solución correcta.

Arthur se miró las botas, con el cansancio que lo abrumaba reflejado en la cabeza gacha.

—Si me permite que le sea sincero, lo odio. Y, para no terminar por perder el juicio, pretendo acabar con él.

—¿Cómo piensa hacerlo? —preguntó Hocking en tono burlón—. ¿Cómo se mata al gran Sherlock Holmes? ¿De una puñalada en el corazón? ¿Degollado? ¿Lo ahorcará?

—¡Un ahorcamiento! Esas palabras me suenan a música celestial. Pero no, no, debería ser un momento magnífico. A fin de

cuentas, es un héroe. Haré que se enfrente a un último caso y a un villano. Esta vez necesita un villano de verdad. Será un combate a muerte entre caballeros; Holmes se sacrifica por el bien común y ambos hombres perecen. Algo en esa línea.

Benson hizo otra bola de nieve y la lanzó al aire. Arthur y Hocking observaron la amplia parábola que trazó al desaparecer en el cielo.

—Si quiere ahorrarse los gastos del funeral —dijo Hocking, riéndose entre dientes—, siempre puede arrojarlo por un acantilado.

Miró a Arthur a la espera de alguna reacción, pero no vio atisbo de sonrisa alguno. Una profunda arruga surcó el ceño fruncido del escritor, absorto en sus pensamientos.

Arthur dirigió la mirada hacia el abismo que se abría a sus pies. Oía el rugido del agua y el violento estruendo que producía al chocar contra el lecho salpicado de rocas del río. Imaginó su propia muerte y, de pronto, se sintió horrorizado. Gracias a su formación médica, conocía la fragilidad del cuerpo humano. Una caída desde esa altura... El cadáver que se golpeaba y rebotaba contra las rocas durante el fatal descenso... El espantoso grito reprimido en la garganta... El cuerpo hecho pedazos sobre la tierra, las briznas de hierba manchadas de sangre... Entonces, la visión de su cuerpo se desvaneció para dejar paso a otro más delgado. Más alto. Un hombre destrozado, desnutrido y escuálido, con su gorra de cazador y su abrigo largo. Su rostro adusto e irreconocible, ensartado en la piedra plomiza.

Asesinato.

OceanofPDF.com

2

Los Irregulares de Baker Street

«Me llamo Sherlock Holmes.
Mi oficio consiste en saber lo
que la gente no sabe.»

Sir Arthur Conan Doyle,

«La aventura del carbunclo
azul»

5 de enero de 2010

La moneda de cinco peniques cayó de cara en la palma de Harold. Era pesada, y el hombre cerró los dedos en torno a la plata desgastada. La apretó con fuerza durante unos segundos, antes de darse cuenta de que le temblaban las manos. La sala prorrumpió en aplausos.

—¡Hurra!

—¡Bienvenido a bordo!

—¡Enhorabuena, Harold!

Harold oyó risas y más aplausos. Una mano le dio una palmada en la espalda, y otra le apretó el hombro en un gesto cálido. Pero Harold sólo podía pensar en la moneda aprisionada en su mano derecha; en la izquierda, sujetaba su flamante certificado. Habían pegado la moneda, de forma algo precaria, a la esquina inferior izquierda de la hoja. Presa de la emoción, Harold la había arrancado inadvertidamente cuando agarró el papel, pero había logrado cazarla al vuelo. Miró la pequeña pieza de plata, un chelín de la era victoriana que en su momento sólo había valido cinco peniques. En la actualidad su valor era mucho mayor, y Harold la consideraba una auténtica fortuna. Parpadeó con rapidez para enjugarse las lágrimas que se le habían acumulado en las comisuras de los ojos. La moneda significaba que había llegado. Que lo había conseguido. Que estaba en el lugar que le correspondía.

—Bienvenido, Harold —dijo una voz tras él, al tiempo que alguien le desarreglaba la gorra de cazador—. Bienvenido a los Irregulares de Baker Street.

Esas palabras, que Harold anhelaba oír desde hacía tanto tiempo, le resultaron ajenas y extrañas ahora que por fin las oía. Toda esa gente, doscientas personas que reían, bromeaban y daban palmadas, aplaudían ahora a Harold. A ese Harold. Harold White, de veintinueve años, con una incipiente tripa, cejas pobladas, astigmatismo y manos temblorosas y empapadas en sudor.

Le costaba creer que mereciera todo aquello. Pero era cierto. Estaba en el lugar que le correspondía.

Los Irregulares de Baker Street era la organización más preeminente del mundo dedicada al estudio de Sherlock Holmes, y Harold, su miembro más reciente. Dos años antes había publicado su primer artículo en el *Baker Street Journal*, el boletín trimestral de los Irregulares: «Sobre la datación de las manchas de sangre: Sherlock Holmes y la fundación de la medicina forense moderna». En él había estudiado los vínculos históricos entre los primeros experimentos de Holmes en *Estudio en escarlata* con la obra del doctor Eduard Piotrowski. («El doctor Piotrowski, que ejerció en

Cracovia en la década de 1890, llevó a cabo un ensayo con crías de conejo para estudiar los patrones que trazaban las salpicaduras de sangre al golpearles violentamente el cráneo. Los experimentos de Holmes eran igual de escabrosos, aunque al menos tenía la decencia de utilizar su propia sangre, así como los frutos de su propio cráneo», había escrito Harold, que consideraba que ésta era la frase más graciosa del artículo.) Posteriormente Harold había publicado dos artículos más, en revistas sherlockianas de menor relevancia. Esa noche era la primera vez que asistía a la cena anual de los Irregulares, un acto al que sólo se podía acudir mediante invitación previa. El mero hecho de formar parte de la lista de invitados a la cena de los Irregulares era un honor inmenso, pero que le hubieran ofrecido ingresar como miembro en la sociedad, a una edad tan temprana, con un currículum sherlockiano tan breve, sólo podía calificarse de extraordinario. No tenía constancia de ningún otro Irregular al que hubieran propuesto el ingreso en la sociedad tan pronto, tras sólo una cena.

Harold White, que vestía un traje negro y barato que le colgaba holgadamente de los hombros, con la corbata manchada de pollo, estaba viviendo el momento de mayor orgullo de su vida. Se ajustó la gorra de cazador de cuadros escoceses que reposaba de forma magnífica sobre su cabeza. La prenda era su posesión más preciada. La tenía desde los catorce años, desde que empezó a obsesionarse con Sherlock Holmes y a vestirse como el famoso detective en Halloween. A medida que su amor por Holmes fue creciendo y pasó de un capricho infantil a un estudio maduro, aquello que en un principio no había sido más que el complemento de un disfraz acabó convirtiéndose en una prenda de uso diario. Se puso la gorra el día de su graduación en Princeton y llegó a coserle una borla para la ocasión. Al dejar atrás los inquietos años de la adolescencia para adentrarse en la segunda década de vida, no abandonó la gorra en cócteles, *picnics* otoñales y ni tan siquiera en las bodas de sus amigos, que cada vez se sucedían con mayor frecuencia. También llevaba la gorra cuando aceptó el primer trabajo relacionado con su carrera, como asistente editorial en

Nueva York. La había llevado cuando terminó con la chica con la que más tiempo había salido, Amanda, y de la que nunca hablaba.

La cena de los Irregulares, que se celebraba en el hotel Algonquin, en la calle Cuarenta y cuatro, coincidía este año con la gran semana sherlockiana. El 6 de enero, fecha del cumpleaños de Holmes, y durante cuatro días, todas las sociedades del mundo dedicadas a la figura del detective se reunían en Nueva York para celebrar la efemérides. Conferencias, visitas, firmas de libros, venta de antigüedades victorianas y primeras ediciones... El paraíso para cualquier devoto de Sherlock Holmes.

Sin embargo, de entre los cientos de sociedades sherlockianas allí congregadas, la formada por los Irregulares de Baker Street era, con diferencia, la más antigua, la más respetable y la más exclusiva. Truman y Franklin Delano Roosevelt habían pertenecido a ella, al igual que Isaac Asimov. Sólo los Irregulares, y unos cuantos convidados, podían asistir a la cena anual, lo que convertía las escasas invitaciones en el objeto de ardiente deseo de sherlockianos de todo el mundo. Los Irregulares eran incluso responsables, como bien se sabía, de haber deducido que el 6 de enero era la fecha del nacimiento de Holmes. Sir Arthur Conan Doyle nunca había llegado a registrarla por escrito en el «canon», es decir, las cuatro novelas y los cincuenta y seis relatos que componían las aventuras originales de Sherlock Holmes. Pero una extensa, profunda y talmúdica lectura de esos relatos había permitido a Christopher Morley, uno de los Irregulares fundadores, proponer el 6 de enero como la fecha más probable del cumpleaños de Holmes. Las demás organizaciones eran consideradas «vástagos» de los Irregulares y requerían de una sanción oficial de éstos para constituirse. No existían las solicitudes de ingreso en los Irregulares: cuando alguien destacaba en el campo de los estudios sherlockianos, acababan dando con él. Y si el líder de los Irregulares consideraba que el candidato en cuestión cumplía los requisitos necesarios, se le ofrecía una moneda de cinco peniques como símbolo de su ingreso en la sociedad, la misma moneda de plata antigua y desvaída que Harold apresaba con fuerza entre los nudillos blanquecinos.

El aplauso dio paso a las charlas. Los asistentes empezaron a apartar las sillas de las mesas, dejaron las servilletas de algodón blanco sobre los platos de pollo y verduras hervidas a medio comer y se dispusieron a dar buena cuenta de largos tragos de whisky escocés, estrechar manos y despedirse.

De pronto, aferrado a su moneda, Harold se sentía estúpido. Había fantaseado con este día desde el momento en que había descubierto la existencia de los Irregulares. Y ahora todo había terminado. Se preguntó qué tendría que hacer para recuperar esa sensación. Quería retener su éxito y no permitir que se diluyera en el tedioso clamor de la vida cotidiana. Harold observó a los camareros mientras recogían la cubertería de plata y metían los tenedores sucios y los cuchillos manchados de mantequilla en pequeñas cubas de plástico.

Vivía en Los Ángeles y trabajaba como investigador literario por cuenta propia. Sus principales clientes eran estudios de cine cuyos departamentos jurídicos contrataban sus servicios para la defensa en casos de violación de los derechos de autor. Si un novelista enfurecido demandaba a los creadores del gran éxito de taquilla del verano, acusándolos de haber tomado la idea del *thriller* político semidesconocido que había escrito veinte años atrás, el trabajo de Harold consistía en redactar un informe en el que se demostrara que, en realidad, la trama básica de ambas obras tomaba elementos de una obra apenas conocida de Ben Jonson, de uno de los complejos relatos de Dostoievski o de alguna otra obra ignota y de dominio público. El nombre de Harold era objeto frecuente de loas y alabanzas en los departamentos jurídicos de los estudios, salvo en las contadas ocasiones en que éstos se demandaban entre sí.

La principal cualificación de Harold para desempeñar ese trabajo era haberlo leído todo. Simplemente había leído más libros, más obras de ficción, que cualquier otra persona que sus clientes o incluso él mismo hubieran conocido. Y, a pesar de su juventud, lo había conseguido gracias a su habilidad para la lectura rápida. De niño, mientras pasaba lentamente las páginas de los libros de

Sherlock Holmes, su deseo, su indómita necesidad de saber qué iba a suceder a continuación, se convirtió en un auténtico problema: la espera del desenlace se volvía insostenible. De modo que aprendió a leer más rápido gracias a un libro que compró por correo. Sus compañeros de clase se burlaban de esa habilidad, ya que les parecía inconcebible que alguien pudiera leer una novela de cuatrocientas páginas en dos horas y fuera capaz de retener una parte significativa del contenido. Pero Harold podía. Y se lo demostró en varias ocasiones: leía libros en presencia de sus compañeros y luego les pedía que le hicieran preguntas sobre cuestiones de la trama y fragmentos descriptivos. No había duda alguna de que Harold podía retener más información y de forma más rápida que cualquiera de sus compañeros de escuela en Chicago, de la Universidad de Princeton o de su vida adulta.

—¡Harold! —exclamó una voz profunda y atronadora.

Un par de manos estrecharon los hombros de Harold. Se volvió y vio la cara de Jeffrey Engels frente a la suya. Aquel californiano de pelo cano, con una sonrisa casi permanente impresa en el rostro, era el sherlockiano más apreciado y respetado de la sala. De hecho, Harold sospechaba que había sido Jeffrey quien había propuesto su admisión en los Irregulares. Pero sabía que no debía caer en la tentación de preguntárselo, ya que Jeffrey nunca se lo confirmaría ni negaría la historia.

—Gracias —dijo Harold.

Jeffrey eludió la muestra de gratitud de Harold. Su sonrisa habitual desapareció para dejar paso a un gesto demudado.

—La situación ha dado un grave vuelco —dijo Jeffrey en voz baja.

—¿En qué sentido?

—¡Se ha cometido un asesinato! —contestó Jeffrey.

OceanofPDF.com

3

El problema final

Un mago pierde todo el
reconocimiento en cuanto
explica su truco.

Sir Arthur Conan Doyle,

Estudio en escarlata

3 de septiembre de 1893

Arthur mató a Sherlock Holmes a la luz de una única lámpara. Recluido tras las pesadas puertas de madera de su estudio, Arthur escribía a gran velocidad. La lámpara de aceite que descansaba sobre el escritorio arrojaba un resplandor amarillo pálido sobre las paredes cubiertas de libros. Shakespeare, Catulo, e incluso, tal y como Arthur admitía con franqueza, Poe. Ahí estaban sus autores favoritos, pero apenas los consultaba. Escribía con seguridad en sí mismo. No era de esos escritores que despliegan sus fuentes sobre el escritorio como sábanas, que se aferran a ellas con fuerza, que las consultan, manchan y doblan las páginas. *Hamlet* reposaba en el tercer estante desde abajo, en la pared que había a la derecha de la puerta, y si cuando Arthur aludía a él en un aforismo

de Holmes la cita no era del todo precisa... qué se le iba a hacer, gajes de la ficción.

El asesinato tenía un sabor dulce en los labios de Arthur. Tragó saliva. La pluma, un instrumento pesado entre sus gruesos dedos, no dejaba marca en el papel. Acariciaba las páginas, las llenaba de arriba abajo de tinta negra. La trama, el desconcertante rompecabezas de trampas y recompensas, había sido elaborada con antelación.

En plena madurez, en el momento más dulce de su carrera, Arthur era, sin lugar a dudas, el mayor autor de misterio de Inglaterra. De hecho, dado el fracaso estadounidense para producir un autor de misterio de cierto calibre desde que Poe inventara el género, a Arthur no le parecía descabellado afirmar que él mismo era el mejor autor del mundo. Las historias de misterio tenían un truco, por supuesto, y Arthur no mostraba reparos en admitir que lo conocía. Era el mismo truco que utilizaban los magos de salón aficionados y los malabaristas de circo: engañar al público apuntando en la dirección equivocada.

Arthur presentaba los hechos en torno del crimen ante sus lectores de forma clara, sosegada y eficiente. No omitía ningún detalle importante, y —sí, ahí estaba la marca de su auténtica maestría— tampoco añadía demasiados detalles sin importancia. Es tarea fácil confundir al lector con una avalancha de personajes y hechos innecesarios; el reto, según Arthur, consistía en ofrecer un relato sencillo y limpio, adornado con unos cuantos personajes destacados, y, aun así, lograr ocultar la solución al lector. La clave residía en la prosa, en el modo en que se transmitía la información. Arthur lograba que el lector se centrara en los hechos más emocionantes, excepcionales y, sin embargo, menos importantes del caso, mientras que Holmes era el encargado de prestar atención a los detalles más destacados, como por arte de magia.

Para Arthur, urdir esas tramas era un juego. Un enfrentamiento entre el autor y el público, del escritor atrapado en un combate infinito con sus lectores, del que sólo podía salir un ganador. De

modo que, o bien el lector adivinaba el desenlace al principio del relato, o Arthur lo sumía en un estado de confusión del que no lograba emerger hasta la última página. Era un duelo de ingenios, una guerra que Arthur no acostumbraba a perder.

No era ningún secreto que si el lector se revelaba lo bastante despierto, podía hallar la solución del misterio en las primeras páginas. Pero, en el fondo, Arthur sabía que sus lectores no querían vencer. Querían poner a prueba su ingenio contra el autor hasta el final y querían perder. Que los deslumbrara. Por ello, el esfuerzo de Arthur era largo y extenuante. Había llegado a la conclusión de que urdir una historia de misterio decente resultaba un asunto sumamente tedioso. Y, puesto que él llevaba ya varios años enfrascado en esa tarea, el tedio había despertado en él un odio tan intenso hacia Holmes que ya no se sentía capaz de contenerlo. Ahora, su odio iba más allá del detective con rostro de rata: alcanzaba también a los lectores que tanto lo adoraban. Sin embargo, sabía que por fin iba a acabar con todos ellos de forma definitiva.

A pesar de lo tarde que era, Arthur oyó el alboroto de los niños en el piso de arriba y la débil voz de Kathleen, la doncella, que les pedía que guardaran silencio para no despertar a su madre. Touie debía de dormir profundamente, como había hecho gran parte del día. La tuberculosis no había empeorado, pero el *Föhn* suizo tampoco había mejorado en modo alguno su estado de salud. Apenas salía de casa. Los viajes hasta la ciudad eran una quimera. Sin embargo, la fragilidad de su esposa no había hecho sino reforzar la determinación de Arthur. Cuidaba de su amada Touie, su prometida desde que ella tenía diecinueve años. Y si tenían que dormir en dormitorios separados para que su salud no se viera afectada, y si habían tenido que contratar a una niñera para que cuidara de sus hijos, y si su mujer languidecía ya, en el invierno de su propio dormitorio... no le quedaba otra que resignarse. Arthur dedicaba las horas a escribir. Le gustaba trabajar de día, pero esa noche era distinta. Ciertos relatos deben escribirse al amparo de la oscuridad.

La pluma de Arthur no se apresuraba mientras avanzaba hacia la última página. Escribía con el mismo trazo amplio de siempre. Las palabras le venían a la mente con naturalidad —el disciplinado nombre, el verbo aclarador, el esporádico, pero bienvenido adjetivo— una a una, y Arthur dejaba constancia de ellas de forma diligente en la página, cada vez más cargada de tinta. Una vez escritas, nunca las repasaba. No tachaba palabras, como hacían sus buenos amigos Barrie y Oliver, que las reemplazaban una y otra vez en su afán de encontrar el término exacto, *ad infinitum*. Arthur creía que ésa era la señal de una mano indecisa. Él no consultaba los párrafos previos para saber cuál era el siguiente paso que debía dar. Lo sabía de forma innata.

Al aproximarse al final de la historia, los dedos seguían deslizándose con firmeza. Una carta desde la tumba que debía ser abierta cuando el remitente hubiera fallecido. «El mejor hombre, y el más sabio, que he conocido jamás», escribió Arthur. Un homenaje adecuado; una gran despedida. Escribió un punto después de «jamás» y dejó la página encima de las predecesoras. Prensó con cuidado el montón de hojas para formar un rectángulo perfecto y hojeó el manuscrito. «El problema final», rezaba el título que había al principio de la primera página. «Y que lo diga», pensó Arthur. Entonces esbozó una sonrisa extraña. Aprovechando que estaba solo, se permitió incluso una carcajada de satisfacción. Sin que su mujer, sus hijos y ni tan siquiera su madre lo supieran, Arthur, por primera vez desde hacía muchos años, era por fin libre.

Se puso en pie y se dirigió hacia la puerta, feliz. Entonces... ¡Oh! Casi lo había olvidado.

Regresó a su escritorio. ¿Qué le había sucedido? Parecía un adolescente perdidamente enamorado que iba a llamar a su amada.

Arthur abrió el último cajón de la izquierda del escritorio y cogió una libreta oscura y encuadernada en cuero que había entre un montón. Pasó las páginas hasta llegar a su última anotación. Mojó la pluma y anotó la fecha. Entonces, a pesar de que la mayoría de noches Arthur dedicaba una hora a dejar constancia de

lo acontecido durante el día y de todos sus pensamientos privados, esa noche sólo escribió cuatro palabras.

«He matado a Holmes.»

Arthur se sintió aliviado. Los músculos de sus hombros se relajaron. Cerró los ojos e inspiró el aire oscuro. Era muy feliz.

Antes de salir al pasillo en busca de un coñac, tuvo la precaución de cerrar con llave el cajón del escritorio donde guardaba el preciado diario.

OceanofPDF.com

4

El diario perdido

«Watson le contará que soy incapaz de resistirme a un toque de dramatismo.»

Sir Arthur Conan Doyle,

«El tratado naval»

5 de enero de 2010 (continuación)

—Un asesinato! —insistió Jeffrey Engels, en el hotel
-¡U Algonquin.

Harold hizo una pausa. Algo no encajaba.

—¿La situación ha dado un grave vuelco? ¿Un asesinato? —
repitió Jeffrey, con un leve titubeo.

Harold se rio.

—La cita pertenece a «La aventura de los seis Napoleones» —
dijo—. Me debes un trago.

—¡Muy bien! —exclamó Jeffrey, con una sonrisa radiante—.
Te debo uno, sí.

—Pero creo que serán más bien dos. La cita no es del todo correcta. Debería ser «el asunto ha dado un vuelco mucho más grave», no «un grave vuelco».

Jeffrey meditó acerca de lo que acababa de decirle Harold.

—¡Caray, sólo llevas dos minutos en los Irregulares y mírate, ya estás poniéndote quisquilloso con un anciano! Muy bien. A este ritmo, te estaré invitando a whisky hasta que salga el sol.

Harold había descubierto el juego de citas sherlockianas en la primera reunión a la que asistió. Cuatro años atrás, antes de que hubiera escrito para el *Baker Street Journal* y de conocer a alguno de los Irregulares, tomó parte en una reunión de la sociedad «vástago» de Los Ángeles, los Curiosos coleccionistas de Baker Street. Formaban un pequeño grupo, bastante menos prestigioso que los Irregulares. Las reuniones estaban abiertas al público. Congregados en un bar con las paredes revestidas de paneles de roble, mientras daban buena cuenta de un whisky que olía a turba —todos los sherlockianos parecían pensar que los cubitos de hielo contenían veneno y, por lo tanto, debían recelar de ellos— los asistentes se dedicaban a pronunciar citas de Sherlock Holmes. Un miembro enunciaba una cita: «Yo nunca hago conjeturas. Es un hábito vergonzoso que destruye la facultad de discurrir con lógica», por ejemplo. El hombre o mujer que tenía a la derecha debía nombrar el relato original, en este caso *El signo de los cuatro*. Si contestaba de forma correcta, le correspondía decir una cita, y el sherlockiano que tuviera a su derecha debía proporcionar la respuesta. El primero que se equivocara pagaba la siguiente ronda. Dado el gusto de la mayoría de los sherlockianos por el whisky de buena calidad, y por consumirlo en grandes cantidades, los miembros nuevos e inexpertos salían de esos encuentros con sus American Express tiritando.

—Ésta es mi primera noche como Irregular —añadió Harold—. Y creo que eres el principal responsable de ello. Diría que soy yo quien debería invitarte a un trago.

Jeffrey recuperó la sonrisa.

—No sé de qué me estás hablando, muchacho. Venga, vayamos a asaltar el bar.

Al cabo de unos minutos, Harold se sentó en un taburete junto a Jeffrey y tomó un sorbo de su bourbon. Un grupo de sherlockianos algo achispados había dado un golpe de estado para hacerse con el control del piano y estaban cantando una antigua canción sherlockiana. El camarero les lanzó una mirada mezcla de desaprobación y desconcierto.

«Por todos nuestros amigos / En ambos bandos del crimen / Cogeremos una copa y la alzaremos / Por los tiempos de Holmes y Watson» cantó el grupo de borrachos, con la melodía de «Auld Lang Syne». Era una versión desafinada y arrítmica, aunque Harold tuvo que admitir que no estaba seguro de haber oído alguna vez una canción sherlockiana interpretada en el tono adecuado.

Al cabo de poco, Harold y Jeffrey se enfrascaron en una conversación acerca del diario, un asunto del que Harold sospechaba que iba a convertirse en el único tema de la noche. Las canciones y la bebida eran una distracción, pero un solo pensamiento rondaba por la cabeza de los cientos de sherlockianos congregados en el Algonquin: el diario perdido de sir Arthur Conan Doyle. El diario perdido que por fin había sido encontrado.

Tras la muerte del escritor, uno de los volúmenes de su diario había desaparecido. El autor había llevado un diario muy detallado sobre sus actividades a lo largo de toda la vida y, sin embargo, cuando su esposa y sus hijos examinaron sus papeles tras la muerte de Conan Doyle, descubrieron que faltaba un libro. No encontraron ningún volumen empapado en tinta y encuadernado en cuero que correspondiera al periodo que abarcaba desde el 11 de octubre hasta el 23 de diciembre de 1900. Y en el siglo que había transcurrido desde entonces, ninguno de los cientos de estudiosos y familiares que habían intentado encontrarlo habían sido capaces de dar con él. El diario perdido era el Santo Grial de los estudios sherlockianos. Su valor podía ascender a una auténtica fortuna. Si alguna vez salía a subasta en Sotheby's, alcanzaría tal vez los diez millones de

dólares. Sin embargo, lo más importante era que podía proporcionar una ventana abierta a la mente del mayor escritor de misterio de todos los tiempos cuando se encontraba en la cumbre de su genio. Durante cien años, los estudiosos habían teorizado sobre el contenido del diario. ¿El manuscrito de una historia perdida? ¿Una confesión secreta de Conan Doyle? Y ¿cómo demonios se había desvanecido sin dejar rastro?

Tres meses antes de que tuviera lugar la cena en el Algonquin, todos los miembros de los Irregulares habían recibido un breve e intrigante mensaje por correo electrónico de Alex Cale, miembro a su vez de la sociedad. «El gran misterio se ha solucionado —decía—. He encontrado el diario. Os ruego que realicéis los preparativos necesarios para que pueda presentarlo, así como los secretos que contiene, en la conferencia de este año.»

Era un succulento misterio incluso para Alex, que sentía una predilección especial por ese tipo de intrigas. El torrente de correos electrónicos que desencadenó se extendió por todo el planeta: «¿Lo dice en serio?». «No puede referirse al DIARIO, ¿verdad?» «Lleva veinticinco años buscando ese maldito diario, y ¿lo ha encontrado justamente AHORA?» Los Irregulares de Baker Street reaccionaron con incredulidad como medida de protección ante lo que se les venía encima; en los tres meses posteriores habrían de pasar por fases de euforia, nerviosismo, anhelo expectante e, incluso, de celos nacidos de algún rincón oscuro.

Alex Cale era sin duda el más célebre de los sherlockianos. Resultaba difícil discutirle el título de mayor experto mundial en Sherlock Holmes, aunque los Irregulares contaban con varios miembros que no estaban de acuerdo con tal afirmación. A pesar de todo, sus rivales habían admitido que, como no podía ser de otro modo, ¿quién sino Alex Cale iba a encontrar el diario perdido de Arthur Conan Doyle? Con tanto dinero. Con tanto tiempo libre. Con ese fondo fiduciario, al parecer infinito, de su adoradísimo padre.

No obstante, la principal pregunta que rondaba la mente de Harold, Jeffrey y los cientos de sherlockianos que bebían, reían, dormían o, los menos, hacían el amor en el hotel Algonquin era la siguiente: ¿dónde había encontrado Alex el diario? Y ¿cómo había dado con él?

Tras el mensaje inicial, Alex dejó de responder los correos electrónicos. No devolvía las llamadas. No respondía las cartas, a pesar de que siempre se había enorgullecido de respetar el antiguo arte epistolar. Al fin, tras varios intentos de comunicación por parte de Jeffrey Engels, Alex le escribió un mensaje. Por llamarlo de alguna manera.

«Me están siguiendo. Te mantendré informado.» Tenía la sintaxis entrecortada de un telegrama y, por lo tanto, Jeffrey no podía discernir si Alex bromeaba o si se había vuelto loco. Reenvió el mensaje a varios compañeros y todos opinaron que Alex se lo estaba pasando en grande, aunque tal vez estuviera llevando el misterio demasiado lejos. El diario, sin duda, era un objeto valioso, pero ¿quién, qué figura misteriosa querría seguir a Alex en Londres? Debía de estar tomándoles el pelo, pensaron todos. Harold, sin embargo, a pesar de su tendencia a fantasear, albergaba ciertos temores. ¿Era posible que alguien intentara atentar contra Alex Cale?

—¿Que qué opino? —dijo Jeffrey—. Que es una buena historia. Un manuscrito perdido. Conan Doyle debió de decidir que carecía de valor y lo escondió. A buen seguro no quería que nadie lo encontrara y publicara algo que no estaba a la altura de su obra anterior.

—Tal vez —admitió Harold—. Pero Conan Doyle publicó mucho material en vida. Y, mira, no quiero ser un blasfemo ni nada por el estilo, pero no todo lo que publicó puede considerarse una joya de la literatura. ¿«La melena del león»? ¿«La piedra de Mazarino»? A ver...

Jeffrey se rio.

—Siempre he opinado que esas horribles historias de la última época no salieron de la pluma de Conan Doyle. No me recuerdan a él. Pero el diario corresponde al otoño de 1900. Estaba gestando la redacción de *El sabueso de los Baskerville*. En mi opinión, su mejor obra, probablemente.

—Sí —convino Harold—. Pero no estoy seguro... Por algún extraño motivo, no creo que sea una historia inventada por Alex. Creo que es...

Harold dejó la frase a medias. Se sentía estúpido pronunciándola en voz alta.

—¿Es...? —insistió Jeffrey.

—Es... El diario contiene un secreto. Algo que Conan Doyle no quería que nadie supiera. Algo que escribió para sí mismo. Y sólo para él. Era escritor. Siempre había llevado un diario. Le gustaba ponerlo todo por escrito. Es algo terapéutico. Pero luego no quiso que el mundo supiera qué había anotado en ese diario.

El teléfono de Jeffrey despertó con un sonido a medio camino ' entre el chillido y el pitido. Miró la pantalla, pidió disculpas a Harold con un gesto y atendió la llamada.

—¿Diga? —fue lo único que dijo; al cabo de un momento, añadió—: Gracias.

Harold lo miró, desconcertado.

—¿Así que crees que ese diario puede contener un secreto? —preguntó Jeffrey—. Entonces ¿por qué no lo averiguamos?

Harold no salía de su asombro.

—Era el conserje —prosiguió Jeffrey—. Le he pedido que me avisara de la llegada de Alex Cale. —Jeffrey sonrió de nuevo, satisfecho consigo mismo—. Nuestro amigo está en el vestíbulo. ¿Quieres resolver un misterio?

Harold estuvo a punto de derramar la bebida cuando se levantó de un salto del taburete y atravesó la amplia doble puerta como

Holmes en pos del profesor Moriarty. Jeffrey, que no dejaba de sonreír, lo siguió hasta el luminoso vestíbulo.

Jeffrey no se equivocaba: era Alex Cale, y estaba firmando el libro de registro ante el recepcionista. Llevaba una gruesa gabardina, abotonada hasta el cuello, y un pesado maletín en la mano derecha que se pasó a la izquierda para acabar de cumplimentar el papeleo. Afectado, pero cordial, Alex era de esos hombres que organizan tantas veladas como a las que asisten, y que tenía el don de lograr que todo el mundo sostuviera una copa incluso en fiestas en las que él no ejercía de anfitrión. Harold había coincidido con Alex en encuentros anteriores de los Irregulares, aunque conocía su nombre desde hacía casi tanto tiempo como el de Sherlock Holmes. A pesar de ello, no lo había tratado en profundidad.

—¡Alex, viejo amigo, ya has llegado! —exclamó Jeffrey.

Alex se volvió, pero no parecía muy feliz de ver a los dos hombres que se dirigían hacia él.

—Caballeros —los saludó Alex en voz baja.

Su acento inglés era poco habitual entre los Irregulares, la mayoría de los cuales provenían de Estados Unidos. Alex no soltó el maletín ni hizo el menor gesto de acercarse a sus dos colegas. Permaneció inmóvil, como una toallita de papel húmeda, empapada y usada. En la calle debía de haber estallado una tormenta sin que Harold se percatara. Alex tenía las pupilas dilatadas, como por falta de sueño. Parecía estar mirándolos, pero no los veía.

—¿Dónde has estado toda la semana, viejo amigo? Te hemos echado de menos. Ayer Laurie King nos deleitó con una maravillosa charla sobre el papel de la mujer en el Gran Hiato, y todas esas cosas. Fascinante.

—Lamento habérmela perdido —se disculpó Alex, con una manifiesta falta de sinceridad.

Debía de saber, pensó Harold, que no querían hablar con él de nada de eso. Querían hablar con él de lo mismo que todo el mundo:

el diario. La conferencia que tendría lugar al día siguiente. La solución a un rompecabezas de más de cien años.

—¿Quién eres? —preguntó Alex, sin ni siquiera molestarse en mirar a Harold a los ojos.

—Harold. Soy Harold White. He sido admitido en los Irregulares esta misma noche.

Le tendió una mano para estrechársela, pero Alex no hizo el ademán de corresponderle.

—De hecho, nos conocimos en California. Fuiste a dar una charla en UCLA.

—Ah, sí —dijo Alex—. Lo recuerdo. Un placer verte de nuevo.

Era obvio que no lo recordaba, y tampoco parecía alegrarse de verlo.

—Cada año los admitimos más jóvenes —terció Jeffrey con amabilidad.

—En realidad no soy tan joven —intervino Harold—. Ya he...

—No te vuelvas —le ordenó Alex bruscamente.

Harold no lo entendió.

—¿Disculpa?

—No te vuelvas —repitió Alex.

Harold y Jeffrey estaban de espaldas a la puerta del hotel y ambos empezaron a ladear la cabeza.

—Hay alguien afuera. Al otro lado de la ventana. No te vuelvas, ¿cómo te llamas? ¿Harry? ¿Qué es lo que te he dicho? Ahora voy a desplazarme un poco a la derecha. Sí. Vamos, haced lo mismo. Sí. Una vez más. ¿Veis a alguien? ¿Ahí, en la ventana?

Harold intentó mover sólo los ojos, lo que le produjo un leve dolor de cabeza. Vio la fuerte lluvia que batía contra los ventanales. Vio el resplandor blanco de las farolas de la calle Cuarenta y cuatro.

Sin embargo, no vio ningún rostro en la ventana que dirigiera su mirada siniestra hacia el vestíbulo.

Harold estaba confundido y su preocupación iba en aumento, más por la cordura de Alex que por su propia seguridad. Jeffrey tampoco vio nada extraño fuera del hotel y no estaba muy seguro de cómo responder.

—Venga —dijo el Irregular más veterano—, no nos tomes el pelo. ¿Por qué no vamos a tomar algo y nos cuentas tus aventuras?

Alex no le hizo caso o no lo oyó, y siguió examinando el vestíbulo con miradas rápidas y furtivas.

—Cuéntanos qué pone en el diario —prosiguió Jeffrey—. Por favor. Danos un adelanto antes de la conferencia de mañana.

Alex miró a Jeffrey un instante. En silencio. Parecía desorientado.

—¿Quieres saber qué pone en el diario? —preguntó.

La pregunta era tan sencilla, y la respuesta tan obvia, que tardaron unos segundos en contestar.

—Sí —dijeron Jeffrey y Harold al unísono.

Alex miró por primera vez a los ojos a Harold, que tuvo una sensación inquietante.

—Me pregunto si a vosotros os ocurre lo mismo —dijo Alex—. Cuando te enfrentas a un problema, lo natural es querer conocer la respuesta. Pero si creéis que vais a poder dormir esta noche, intentad asimilar esto: en ocasiones, ¿no es más agradable el misterio que la solución? ¿Estáis convencidos de que averiguar el contenido del diario será tan satisfactorio como la duda eterna sobre lo que escondían sus páginas?

Retrocedió un paso y cambió el maletín de mano. Se lo acercó al pecho y le dio una palmada con la mano libre.

—Así pues, lo averiguaréis mañana, supongo.

Mientras Alex se alejaba a grandes zancadas, Harold se fijó en la estela de pisadas mojadas que dejó en el suelo de madera noble. Las pequeñas marcas en forma de zapato se transformaron enseguida en una masa informe y resplandeciente.

Harold oyó murmullos en el vestíbulo. Varios sherlockianos volvieron la cabeza. Un momento, ¿era ése Alex Cale? ¿El hombre del maletín? Pero, antes de que alguien pudiera abordarlo, desapareció en un ascensor.

—Caray —dijo Harold—. ¿A qué crees que se refería?

—A que mañana, a esta hora, habremos resuelto el mayor misterio acerca de Arthur Conan Doyle.

OceanofPDF.com

5

Duelo

Pequeños hurtos, asaltos violentos, agresiones sin objeto aparente... Para quien conociera la clave, todo podía encajar de un modo coherente. No existía entonces una sola capital en Europa que ofreciera las oportunidades que Londres brindaba para el estudio científico de las altas esferas del crimen.

Sir Arthur Conan Doyle,

«Las aventuras del constructor
de Norwood»

18 de diciembre de 1893

Arthur abandonó el resplandor naranja de la estación de Charing Cross y se adentró en el frío seco de la época

navideña. A pesar de que estaban en pleno invierno, apenas había nevado en Londres, por lo que todo el mundo esperaba una gran nevada en breve. El gélido aire se arremolinaba en torno al largo abrigo de Arthur, le trepaba por las mangas, se le colaba entre los cordones de los zapatos de cuero, le acuchillaba los lóbulos de las orejas que, al cabo de poco, empezaron a teñírsele de rojo.

En la segunda semana de ese diciembre sin nieve, el asesinato de Sherlock Holmes a manos de Arthur —así lo consideraba él— se había hecho público. «FALLECE FAMOSO DETECTIVE» rezaba el titular del *Times*. Aquella clara muestra de estupidez redomada provocaba una profunda sensación de vergüenza en Arthur. Los muy imbéciles habían publicado una necrológica. La necrológica de un personaje de ficción. En un periódico, nada más y nada menos. Arthur pensó que era la señal inequívoca de que la situación se le había escapado de las manos. Y lo más conveniente había sido ponerle fin. Consideraba a Sherlock un verdadero incordio, y la buena gente de Londres merecía una obra de ficción que lo superara. Al menos, y por fin, la locura empezaría a remitir. En las páginas del *Strand* aparecería algún nuevo aventurero que acaparara la atención de todo el país; tal vez sería Raffles, el personaje sobre el que había escrito Willie Hornung. Dentro de un año, nadie recordaría a Sherlock Holmes. Arthur estaba convencido de ello.

Dos años y medio antes, Arthur se había trasladado de su modesta casa de Montague Place a una preciosa mansión de cuatro pisos en las afueras, a quince kilómetros, en South Norwood. No echaba de menos el ruido, ni el bullicio de la calle cada vez que salía de casa. Pero sí añoraba poder pasar frente al Museo Británico a diario, bordear el gran muro de piedra con forma de rectángulo abierto que lo rodeaba. En ocasiones, tomaba el camino más largo' y observaba la gran entrada, un bosque de columnas jónicas bajo un sencillo arquitrabe. La cornisa superior era tan ancha y fina que, cuando Arthur alzaba la mirada, tenía siempre la sensación de que las nubes formaban la mano derecha de Dios, que empujaba el museo hacia la tierra para asentarlo en suelo británico.

No obstante, South Norwood suponía una gran mejora. No se veía obligado a respirar el humo de la ciudad a diario («Londres le ahorra a cualquier hombre una fortuna en tabaco», le dijo en broma a Barrie, que respondió con una amable carcajada) y estaba a pocos minutos de Charing Cross en tren. Compró un triciclo tándem para Touie, una entusiasta del ejercicio, y él. Podían recorrer veinticinco kilómetros antes de cenar si salían justo después de tomar el té. En la casa había espacio para Connie, la hermana de Arthur, después de que él y su madre pusieran fin a la vida disoluta que la joven llevaba en Portugal. Se había convertido en una institutriz excelente para los hijos de Arthur, Roger, el mayor, y Kingsley, quien con un año de edad apenas ocupaba más espacio que un cojín.

Arthur abandonó el paseo y se dirigió hacia el sur, en dirección opuesta al hotel Charing Cross. Pasó frente a un vendedor de periódicos cojo que agitó los ejemplares ante él, a pesar de lo cual no cruzaron una sola mirada.

Una traqueteante hilera de coches de caballos recorría el Strand. Los animales resoplaban en el frío, como ancianos, cansados y hartos. Los chicos de los recados pululaban a su alrededor, entregando sus encargos al mismo tiempo. Las suaves líneas de los edificios de tres y cuatro pisos que había a ambos lados de la avenida se alzaban junto a carteles de un rojo brillante en los que se ofrecían habitaciones de alquiler encima de la oficina de telégrafos, de las tiendas, del despacho del notario. Arthur tomó una calle en dirección contraria a Trafalgar Square y siguió andando.

Las afueras eran un lugar idílico, sin duda, pero Arthur echaba de menos la ciudad. Le encantaba desplazarse hasta el centro para hacer sus recados, una tarea que realizaba sin prisas. Se empapaba de la energía de la ciudad, de sus chillidos y sus gritos, y luego regresaba a Norwood con el estómago lleno. Junto a Touie. Junto a su triciclo.

Se sentía satisfecho. Incluso balanceaba el bastón mientras caminaba por el Strand, y se habría puesto a silbar si hubiera sido

uno de esos hombres que silban. Era una mañana fantástica.

—¡Animal! —le gritó una anciana mientras le golpeaba en la cabeza con el bolso, con todas sus fuerzas.

La mujer le magulló la nariz y le tiró el sombrero. Arthur trastabilló; no le había hecho daño, pero sí estaba algo aturdido. Debía de haber cumplido los sesenta hacía mucho. Era una mujer jorobada, con los hombros alineados con la punta de los pies. Parecía más bien frágil, y Arthur no comprendía de dónde había sacado la energía para golpearlo. Llevaba un brazalete negro y grueso sobre el abrigo oscuro, como si estuviera de duelo.

—Yo, señora... Lo... lo siento. ¿Acaso la he ofendido de algún modo? —tartamudeó Arthur.

—¡Monstruo! —gruñó la mujer antes de apuntarlo de nuevo.

El pesado bolso trazó un arco largo y lento sobre el cielo, y el azul del tejido destacó en contraste con la plomiza bóveda de nubes. Consciente de las intenciones de la anciana, Arthur retrocedió y eludió el ataque. Levantó el bastón un momento, adoptando una posición defensiva, pero el decoro lo obligó a bajarlo enseguida. Era un hombre joven, atlético. No podía alzar el bastón ante una anciana confundida.

—Señora, no sé quién cree que soy, pero le aseguro que no la conozco de nada.

Uno de los mensajeros que corría se detuvo para contemplar la escena. A él se le unió una mujer alta tocada con un sombrero a la última moda que llevaba el parasol abierto, a pesar de que era un día encapotado de invierno. Los demás transeúntes empezaron a imitarlos y se formó una multitud.

—Sé perfectamente quién es usted, doctor Doyle, y no crea que no sé lo que ha hecho.

Arthur estaba menos confundido por la doble negación que por el uso que la anciana había hecho de su apellido. No estaba acostumbrado a que lo reconocieran, a pesar de que en el último año se habían publicado varias fotografías suyas en la prensa.

David Thomson había tomado una muy favorecedora de Arthur sentado a su escritorio para *The Daily Chronicle*.

Arthur oyó un murmullo entre la multitud.

—Doyle... Doyle... Doyle...

—Disculpe, pero no sé de qué me está hablando —dijo Arthur.

Dirigió la mirada a la muchedumbre en busca de apoyo, de un gesto que le confirmara que no se había vuelto loco y que era la anciana la que había perdido la cordura. Arthur oyó los murmullos que se extendieron entre la multitud y se fijó en que todo el mundo llevaba el mismo brazalete negro. La ciudad entera estaba de duelo. Podía jurar por la Sagrada Escritura que había leído los periódicos de la mañana... ¿Se había producido algún triste acontecimiento que se le había pasado por alto? ¿El fallecimiento de algún gran estadista? Cecil era un hombre mayor, pero no tanto como para... ¿Y la Reina Madre? No, no. ¡Lo habría oído!

—Lo ha matado. Lo ha matado con la misma frialdad con que me mira ahora —murmuró la anciana.

—¿Por qué lo ha hecho? —gruñó uno de los presentes.

—¿Que yo he matado a alguien...? —balbuceó Arthur mientras un horrible e inconcebible pensamiento empezaba a cobrar forma—. No me estará diciendo que está furiosa porque...

—Usted ha matado a Sherlock Holmes.

Al principio, Arthur se quedó atónito. No pronunció palabra, no se movió mientras la anciana intentaba golpearlo de nuevo en el pecho. Algunos de los presentes le pidieron que cesara en su empeño, aunque otros parecían más interesados en las palabras de Arthur. Querían una respuesta, pero él no podía ofrecerles ninguna.

La ira encendió las mejillas de Arthur.

Dos meses antes, en octubre, su padre había muerto en un hospital psiquiátrico de Crichton, a unos ciento cincuenta kilómetros al sur del Edimburgo natal de Arthur. La demencia de Charles Doyle, combinada con su afición al alcohol, le habían

impedido mantener una relación estrecha con su hijo mayor. Durante años, Charles había escrito a Arthur desde el manicomio. Él se ponía tenso cuando veía los sobres garabateados que aguardaban en el umbral, con el matasellos delator: Dumphries. Su padre nunca le enviaba cartas al uso, sólo dibujos. Retratos macabros de él mismo, o de Arthur, de animales. Hadas mezcladas con enormes insectos. Ciempiés grotescos y descomunales a lomos de crueles arrendajos. La noticia del fallecimiento de su padre le proporcionó cierto alivio en un principio. Pero, puesto que iba a visitarlo con muy poca frecuencia, hasta su muerte no descubrió que su padre llevaba un diario en el que tomaba nota detallada de todos los éxitos de su hijo. Charles guardaba reseñas de todas y cada una de las novelas de Arthur en una libreta en la que esbozaba escenas de su familia en torno a la mesa, en la cocina de su antigua casa de dos pisos de Edimburgo. La madre, que a pesar de los arrebatos y delirios producto del alcohol se había mantenido fiel a su marido, encontró el libro entre los objetos de Charles y se lo envió a Arthur sin ninguna nota. Fue entonces cuando Arthur se dio cuenta de todo lo que había perdido. ¿Había llegado a saber su padre que Arthur se había casado? ¿Que tenía dos hijos? ¿Que el segundo nació prematuramente y permaneció dos meses en el hospital antes de que Arthur pudiera llevarlo a casa?

Una semana después de la muerte de Charles, su amada Touie pasó una larga tarde con el médico de la familia. Tras la reunión, el doctor bajó lentamente los escalones del segundo piso, donde se encontraba el dormitorio, y le comunicó a Arthur que la tos de su esposa era incurable. Tuberculosis. Lo más probable era que falleciera al cabo de pocos meses. El médico le dispensó un trato muy educado y profesional, sin aparente esfuerzo, lo que no hizo sino aumentar la turbación de Arthur. Él también había estudiado medicina y, sin embargo, su mujer llevaba varios años enferma de tuberculosis, cuando Arthur siempre había atribuido aquella tos a una debilidad natural tras haber dado a luz a su hijo. Había días en que la vergüenza amenazaba con imponerse a su dolor. Darían más

paseos por el campo con el triciclo. Arthur pedalearía con más fuerza. Cada salida contaba.

Charles Doyle era real. Touie era real. Sus muertes eran una tragedia. Sherlock Holmes era el fruto de su imaginación. Su muerte, un divertimento trivial. La anciana y la multitud que se había congregado tras ella no sabían nada del padre de Arthur, ni siquiera conocían cuál era su nombre. La muerte de Charles Doyle no mereció ni una sola línea en el *Times*, *The Daily Telegraph* ni *The Manchester Guardian*. La enfermedad de Touie permanecería en secreto durante años. No, esas personas, esa condenada y detestable gente, no sabían nada de Arthur. Sólo conocían a Holmes.

Arthur se mantuvo impertérrito ante los insultos hasta que apareció un agente de policía.

—Circulen, vamos, circulen —ordenó a la multitud, en un tono más comprensivo que beligerante.

La gente obedeció, aunque la anciana siguió maldiciendo el nombre de Arthur mientras se alejaba. El agente, bajo, delgado y profesional, le recogió el sombrero.

—Gracias, señor —dijo Arthur, recuperando la conciencia del entorno.

—No se preocupe, doctor Doyle —dijo el agente—. Creo que la despedida que le ha proporcionado al señor Holmes es más que digna. Tan sólo lamento que no volvámos a verlo.

El agente de policía se tocó la visera del casco y se marchó.

OceanofPDF.com

6

...Hasta ahora

El mundo está lleno de asesinos
y sus víctimas; ¡y con qué
avidez se buscan mutuamente!

Cita atribuida a Ambrose
Bierce,

tal vez de forma apócrifa.

6 de enero de 2010

Harold entró en un salón de la segunda planta del hotel Algonquin, convertido en un auténtico gallinero. El griterío ensordecedor de los presentes allí reunidos era la prueba más palpable de su expectación, aunque afirmar que estaban «reunidos» aludía solamente al hecho de que compartían un mismo espacio entre cuatro paredes. Las risotadas, los gritos y las voces para llamar la atención de sus amigos como si fueran chusma hacían que aquello no pareciera en nada una reunión respetable.

Había cientos de expertos sherlockianos en las sillas, aunque ninguno parecía estar sentado: Harold tenía la sensación de que todos levitaban un par de centímetros por encima de sus asientos.

Flotaban e inquirían a sus vecinos por el rumor, volviendo la cabeza de un lado a otro. Harold oyó las mismas palabras en media docena de conversaciones: «tarde», «Alex», «desaparecido».

Mientras se dirigía a una silla vacía, Harold le tocó el hombro a una asistente inglesa cuyo nombre no recordaba. La mujer se volvió y el pelo canoso recogido reveló unas gafas de pasta tan gruesas que parecía imposible que pudieran favorecer a una mujer. Pero, de algún modo, ella contradecía su opinión.

—¿Ha sucedido algo? —preguntó Harold, fingiendo un tono despreocupado e intentando no quedar como un ignorante a la vez.

—Alex llega tarde —se apresuró a responder—. Han llamado por teléfono a su habitación, pero al parecer lo tiene desconectado. Ha desaparecido.

—Caray —exclamó Harold.

Pensó en el estado de nerviosismo de Alex la noche anterior. En lo convencido que se mostraba de que lo estaban siguiendo. No era posible que...

Una mujer joven y de baja estatura a la que no reconoció se sentó a su izquierda. Cuando se dio la vuelta, se recogió la melena castaña y rizada a un lado y Harold le vio los ojos, abiertos de par en par, como si observar el mundo fuera un acto constante de descubrimiento. El vestido azul claro le confería un aspecto más joven de lo que probablemente era. Llevaba un pañuelo a rayas rosas y amarillas en el cuello, y por un fugaz instante Harold pensó que parecía un caramelo envuelto.

—¡Menudo alboroto! —exclamó.

¿Estaba hablando con él? La mujer siguió mirando al frente mientras observaba el salón.

—Sí —dijo Harold, en voz baja.

La chica se volvió hacia él y el contacto visual lo sobresaltó.

—¿Disculpa? —dijo ella con voz amable—. ¿Decías algo?

—Yo... Hmm, sí. Sí.

—Es que con tanto ruido no te he oído. ¿Qué has dicho?

—Sí.

La chica hizo una pausa.

—¿Sí?

—Sí, he dicho... que sí. Es decir, que sí hay mucho alboroto. Aquí dentro.

Lo observó unos instantes para intentar formarse una idea de él.

—Vale —dijo la chica y se volvió de nuevo.

Harold se sonrojó. Cuando se ponía nervioso y no sabía qué decir, tenía la horrible costumbre de empezar a soltar cuantos hechos inconexos se le pasaran por la cabeza, con la esperanza de que alguno de ellos le sirviera de salvavidas.

—¿Has venido por la conferencia? Soy Harold. ¿Todavía llueve? Harold White.

La chica enarcó las cejas, pensativa, intentando decidir a cuál de las preguntas responder.

—¿Conoces a Alex Cale? —preguntó finalmente, obviando el parloteo de Harold.

—Somos amigos —respondió él, satisfecho de haber iniciado una conversación sobre un tema que dominaba—. Bueno, conocidos. Lo vi anoche. En el hotel.

—¿Estaba aquí anoche?

—Sí. Lo sorprendió la tormenta.

Harold se reprendió a sí mismo por seguir insistiendo en el asunto de la lluvia. Estaba seguro de que podía hallar un tema de conversación más interesante.

—Parecía nervioso. Dijo que alguien lo seguía, pero ya sabes... Adora la teatralidad.

La mujer alzó los ojos para mirar la gorra de cazador de Harold y enarcó la ceja derecha.

—Supongo que lo mismo podría decirse de ti. ¿Crees que de verdad lo seguían?

Era una pregunta difícil. Seguramente, la más difícil que podía hacerle.

—No. Quizá. Es decir, ¿no sería fantástico? Bueno, no fantástico, no si le sucediera algo malo, pero... sí algo de notable interés. Ya sabes a qué me refiero.

Había algo en aquella chica que hacía que Harold no pudiera dejar de hablar. Tenía algo que lo atraía. Algo muy útil para una... ¿periodista?

Cuando Alex Cale anunció su descubrimiento, unos meses atrás, los Irregulares de Baker Street recibieron un alud —desde un punto de vista sherlockiano— de peticiones de acreditación de periodistas que querían asistir a la convención de enero. Los obsesivos devotos de Sherlock Holmes no acostumbraban a despertar el interés de los medios de comunicación. A pesar de ello, habían establecido reglas muy claras sobre ese tipo de cuestiones: sólo aquellos que fueran miembros de una organización sherlockiana acreditada podían asistir a la conferencia del fin de semana, de ahí que denegaran todas las solicitudes.

—Disculpa —dijo Harold, interrumpiéndose a sí mismo—. ¿Quién eres?

—Sarah Lindsay —respondió la chica con alegría—. ¡Encantada de conocerte!

La chica le tendió la mano para estrechársela.

—Y ¿de qué organización eres miembro? —quiso saber Harold.

—Ah, de ninguna. Soy periodista. Estoy escribiendo un artículo sobre Alex Cale y el diario desaparecido.

—¿Y cómo has entrado aquí?

Sarah se encogió de hombros.

—Jeffrey Engels —respondió—. Hemos intercambiado varios correos electrónicos y me ha dejado pasar.

Esa explicación le parecía a Harold un tanto extraña. Si Jeffrey había decidido hacer una excepción con Sarah, ¿no habría sido lógico que lo mencionara?

—Es un hombre muy amable —añadió Sarah—. ¿Pertenece también a los Irregulares?

—Sí.

Harold mudó el gesto. Se dio cuenta de que ya había revelado todos los secretos que conocía sobre Alex: su extraño comportamiento de la noche anterior, su paranoia. Sarah dejaría en muy mal lugar a Alex y a los Irregulares. Se burlaría de su costumbre de disfrazarse de época, de su tendencia a lucirse con muestras de erudición sobria e indescifrable, de su gusto «por la teatralidad», como él mismo había dicho.

—¿Te preocupa que esté aquí? No tienes por qué, te lo aseguro.

—No, es que... Tenemos reglas muy estrictas sobre los periodistas. Sobre cualquier persona ajena a la organización, en realidad. No quería...

—Está bien, Harold. ¿Qué te preocupa? ¿Que me burle de la gorra? ¿De las pipas que llevan la mitad de los hombres en los bolsillos de los abrigos?

Harold sonrió. Era graciosa.

—Mira —dijo él—, estamos en una convención sobre Sherlock Holmes. ¿No crees que justamente sería un poco raro que no llevara una gorra de cazador?

—Mucho. Si eres un experto en novelas detectivescas del siglo XIX, debes vestirte en consonancia. Pero ¿no eres algo... joven para ser un Irregular?

—Tal vez sea el más joven, pero conozco la materia tan bien como el que más.

—Te creo —dijo ella—. Y tal vez te ponga a prueba para que me lo demuestres.

Un ruido en el estrado los interrumpió. Jeffrey estaba probando el micrófono.

—Sí. Probando. Uno, dos. ¿Sí? ¿Se me oye? Bien.

Jeffrey respiró hondo y cogió unas notas que había preparado.

—Damas y caballeros, mientras esperamos a que nuestro invitado de honor de hoy, Alex Cale, se persone, permítanme que les dirija unas palabras a modo de presentación. Tenía la intención de hacerlo en presencia de nuestro orador, pero estoy convencido de que el señor Cale no necesita que le recuerden una relación de sus hazañas, ni tener que escuchar los jocosos comentarios sobre una noche estival regada en alcohol que compartimos en Sussex hace muchos años.

En la sala sonaron varias risas y alguna que otra carcajada de complicidad.

—Es una historia muy graciosa —le explicó Harold a Sarah— acerca de una improvisada visita a los establos a medianoche.

—Cuando el 7 de julio de 1930 sir Arthur Conan Doyle abandonó este estado de conciencia para sumirse en el siguiente, tal y como él mismo habría dicho, dejó un legado de veintiocho novelas, más de cien relatos, siete ensayos sobre espiritismo, cuatro libros de memorias y, por supuesto, una voluminosa colección de cartas y diarios que quedaron al cuidado de un entusiasta grupo de estudiosos. Gracias a esas cartas y diarios hemos podido conocer a un Conan Doyle que no guarda apenas ningún parecido con su personaje público: lo hemos visto como el estudiante eterno, con una imagen de sí mismo como caballero andante presto a defender a doncellas desventuradas e indefensas. Lo hemos visto como el romántico en conflicto consigo mismo, involucrado en una apasionada relación platónica con una mujer más joven que, a

juzgar por todas las pruebas de que disponemos, nunca llegó a ser carnal, mientras su esposa enferma se consumía lentamente. Y lo hemos visto como creador celoso que albergaba una ira indescriptible contra su más lúcida creación, en una página tras otra repletas de una caligrafía meticulosa y alargada. Gracias a la riqueza de estos materiales, los estudiosos han podido tejer una gran variedad de excelentes biografías.

Jeffrey se inclinó hacia delante antes de continuar.

—Que varios de esos estudiosos sean miembros de esta augusta institución es un logro del que me enorgullezco. Andrew Lycett, John Dickson Carr, Martin Booth y Daniel Stashower, quien tal vez haya creado la obra definitiva, han alumbrado unos retratos magistrales del amigo y agente literario de John Watson.

Sarah puso cara de curiosidad.

—¿Amigo y agente literario?

—Sí, ahora ya conoces la vertiente política de Jeffrey —susurró Harold—. La mayoría de los sherlockianos... ¿cómo te lo explicaría?, «fingen» que Holmes fue real y que Conan Doyle publicó sus aventuras como obras de ficción para proteger su intimidad. Nuestros rivales doyleanos, tal y como ellos se denominan, creen que los sherlockianos somos una pandilla de estúpidos. Si Jeffrey reconociera a Conan Doyle como autor de las historias, la mitad de la sala lo acusaría de blasfemo. Es mejor ponerse del lado de los sherlockianos. Los doyleanos no son tan proclives a la rebelión.

—Menos mal que no he venido a burlarme de vosotros —dijo Sarah.

—... una prueba de que la obra de Stashower es el relato más detallado de la vida y la época de Conan Doyle que hemos visto jamás —prosiguió Jeffrey—. Sin embargo, hasta el momento, nunca ha sido posible crear una biografía completa de Doyle. El diario que abarcaba el periodo transcurrido entre los meses de octubre y diciembre de 1900 no se encontraba entre sus papeles,

algo que conviene destacar puesto que los demás se hallaron perfectamente ordenados en el estudio de Undershaw tras su muerte. Corrían rumores, claro está, de que alguno de sus hijos podía haberlo ocultado para venderlo a escondidas. Pero jamás se han encontrado pruebas que respalden tal afirmación. De hecho, en los últimos ochenta años, dejando de lado un puñado de falsificaciones que se han desenmascarado rápidamente, nunca ha surgido ninguna prueba de la existencia del diario.

Jeffrey hizo una pausa, respiró hondo y sonrió.

—Hasta ahora.

El salón estalló en aplausos. Jeffrey repitió la afirmación como recurso efectista.

—¡Hasta ahora! El señor Alexander Cale, a quien muchos de ustedes han tratado en persona y al que todos conocen como un estudioso y crítico sherlockiano sin parangón, inició la búsqueda de ese diario hace veinte años. Nuestro compañero ha consagrado su vida a la resolución del último misterio en torno a Conan Doyle. Y por fin ha logrado su objetivo. Hoy, está aquí con nosotros.

Jeffrey miró a su espalda para comprobar una vez más si Alex había llegado.

—Ha venido a presentarnos el diario desaparecido y reencontrado y a revelarnos sus secretos. El más importante de ellos es, como no podía ser de otro modo, ¿por qué no se encontraba ese diario junto con los demás y dónde ha estado todo este tiempo? Sin embargo, y acaso más interesante para los estudios holmesianos del futuro, sea la respuesta a la pregunta acerca de qué hizo Conan Doyle en ese breve periodo de tiempo.

»El vacío empieza justo después del regreso de Conan Doyle de Sudáfrica, donde ejerció como médico en auxilio de los soldados británicos heridos en la guerra de los Bóeres. Doyle, un patriota convencido, ofreció sus servicios como galeno; en verano, regresó a Inglaterra para convencer a sus compatriotas de la justicia de la causa británica. Se presentó como candidato al Parlamento en

Edimburgo, su ciudad natal, y perdió por apenas unos centenares de votos. Se centró en la política, y en la creación de novelas y obras de teatro históricas. Sherlock Holmes había muerto siete años atrás y, según todo cuanto sabemos acerca de Conan Doyle, el gran escritor no lo echaba de menos.

»Entonces, de repente, en marzo de 1901, aparece una carta recibida por H. Greenhough Smith en la revista *Strand*. Conan Doyle quería publicar por entregas un relato de Holmes ambientado antes de su muerte. La historia, *El sabueso de los Baskerville*, señaló un hito en el canon. A ésta la siguió otra historia que causó sensación en Londres: "La aventura de la casa deshabitada", ambientada en 1894, resucitó a Sherlock Holmes. En este relato descubrimos que Holmes simuló su muerte en 1891 para engañar a los secuaces de Moriarty, que viajó por el mundo de forma anónima durante tres años, y que había regresado para hacer el bien. A este paréntesis desconcertante y mágico en el que Holmes permaneció en el exilio, supuestamente muerto, lo llamamos, como bien saben, "el Gran Hiato". Sin embargo, conocemos mucho más acerca de la actividad de Holmes durante ese hiato que de la vida de Doyle. ¿Qué cambio se operó en él que lo llevó a recuperar a Holmes? Podemos descartar que necesitara el dinero, a pesar de que los editores no habían dejado de llamar a su puerta para que publicara otro de los misterios de Holmes. Entonces ¿por qué lo hizo? ¿Y de forma tan inesperada? ¿Por qué regresó a las historias de misterio, a esas "obras baratas y espantosas", tal y como él las definía, y recurrió al héroe por el que, admitámoslo, sentía una profunda antipatía? Por todos estos motivos nos gustaría asomarnos a la mente de Conan Doyle, pero no hemos podido tener acceso a sus pensamientos. Hasta ahora.

—¿No había dicho eso ya?

—Shhhh.

En realidad, no había mucho más que oír. Jeffrey miró a su espalda una vez más y confirmó que Alex no había entrado en el

salón. Cuando los presentes empezaron a cacarear de nuevo, Jeffrey se volvió hacia el público e intentó contagiar su calma al auditorio.

—¡Damas y caballeros! ¡Al parecer, tenemos un nuevo misterio en nuestras manos!

Unas cuantas risas sonaron en la sala.

—Si son tan amables de disculpar este nuevo retraso, me gustaría poner en marcha la investigación de inmediato.

Antes de que Jeffrey hubiera bajado de la tarima, un torrente de murmullos invadió la sala. Un puñado de sherlockianos se puso en pie y, acto seguido, se dio cuenta de que no tenía adónde ir. Harold reconoció a Satoru Ishii, el sereno presidente del grupo sherlockiano más numeroso de Tokio. Se dirigió hacia la primera fila de la sala, impulsado por la imperiosa necesidad de hacer algo.

—Bueno, parece que ya tienes toda la emoción que necesitaba tu artículo —le dijo Harold a Sarah.

Cuando se volvió, Sarah se había esfumado. Estiró el cuello y la vio correteando por el parque, con sus zapatos de tacón bajo. Su trayectoria no dejaba lugar a dudas: se dirigía hacia Jeffrey, quien, con la educación que lo caracterizaba, intentaba salir del salón y eludir la multitud de sherlockianos ansiosos por formularle las mismas preguntas.

Harold no fue consciente de tomar la decisión de seguir a Sarah. Más tarde habría de decirse a sí mismo que lo hizo para echar una mano a Jeffrey —de nada habría servido incordiarlo con preguntas—, pero, en realidad, sentía la imperiosa necesidad de echarle una mano a la chica.

Al llegar junto a la horda envalentonada de aficionados al misterio que querían una respuesta a sus preguntas, Sarah cambió de dirección y cruzó la puerta. Harold recorrió el pasillo central con agilidad, esquivando los pies de un alemán barbudo antes de caer sobre el regazo de una sherlockiana estadounidense menuda y vestida con un traje de *tweed*, lo que le confería un aspecto de

profesora universitaria. Las discretas disculpas de Harold se confundieron con el alboroto general.

Cuando se coló entre las puertas que estaban a punto de cerrarse, se sorprendió al descubrir que el pasillo estaba en silencio. No había ni rastro de Sarah.

No la encontró en el laberíntico pasillo, ni tampoco en el bullicioso vestíbulo en el que desembocaba. Pero entonces vio un atisbo de su melena, que se perdía entre las puertas de un ascensor. De entre todas las opciones que se le presentaban, Harold se decantó por perseguir a la misteriosa Sarah.

Aceleró el paso, y cuando llegó al ascensor corría casi al máximo de sus posibilidades. Notaba una extraña sensación en los gemelos que le subía hasta las rodillas. Al pensar en ello llegó a la conclusión, que no se fundamentaba en ninguna experiencia reciente, de que eso era lo que debía de suceder al «correr». Introdujo la mano entre las puertas del ascensor justo a tiempo, y se alegró al oír el «¡ding!» que indicaba que volvían a abrirse.

—¿Me estás siguiendo? —le preguntó ella.

Harold entró en el ascensor jadeando y se agarró a la barandilla dorada.

—Respira hondo —le dijo—. Te recuperarás enseguida.

—Deberíamos... hmmf... Deberíamos... hmmf... Bajar... aaah —fue lo único que logró articular.

—Qué bien te expresas.

Ante el sarcasmo implacable de Sarah, Harold decidió intentar recuperar la compostura antes de convencerla de que no subiera a las habitaciones. Sin embargo, cuando empezaba a recuperar el resuello, otro «¡ding!» mecánico anunció su llegada al séptimo piso. Sarah se precipitó hacia el pasillo enmoquetado y Harold la siguió.

La chica se detuvo ante la habitación 1117 y golpeó la puerta con los nudillos, junto a la mirilla, dos veces. De la manilla de la

puerta colgaba un cartel: «No molestar, por favor». Esperaron.

—¿Cómo sabías en qué habitación se alojaba?

Sarah sonrió.

—Lo pregunté educadamente.

Volvió a llamar de nuevo, con insistencia.

—¿Alex? —preguntó sin inmutarse.

Harold la imitó.

—¡Alex, soy Harold White! ¿Estás despierto?

No obtuvieron respuesta. Harold se fijó en el cartel de «No molestar», que parecía devolverle una mirada de burla con su eficiencia anodina.

Cuando el silencio empezaba a volverse desconcertante, Harold oyó un ruido de pasos en el pasillo. Ambos se volvieron y vieron a un hombre vestido con un traje oscuro. Detrás de él apareció Jeffrey, del mismo modo en que Harold había seguido a Sarah. «Debe de ser el director del hotel», pensó Harold.

—¿Quién es usted? —le preguntó Jeffrey a Sarah.

—Hola. Soy Sarah Lindsay. Intercambiamos varios correos electrónicos sobre el encuentro de este fin de semana.

Jeffrey torció el gesto.

—Así es. Y recuerdo haberle dicho, de forma muy elocuente, que no podía asistir a la conferencia de hoy. ¿Qué hace aquí?

Sarah se limitó a sonreír.

—Periodistas... —dijo Jeffrey—. No aceptan un no por respuesta, ¿verdad?

Sarah se volvió hacia el hombre del traje.

—No responde, Jim.

El hombre no contestó. Se acercó a la puerta y llamó con firmeza.

—¿Señor Cale? —dijo.

A continuación, se produjo otra larga e incómoda pausa.

—Señor Cale, soy Jim Harriman, director de calidad del hotel.

Harold dedujo que era otra forma de decir que era el gerente.

—Su amigo, el señor Engels, me ha comentado que llega tarde a una cita, por lo que voy a entrar para asegurarme de que no le ha sucedido nada. ¿Señor Cale?

Nada. Jim sacó una tarjeta electrónica de la cartera y la introdujo en la cerradura.

—Si me permiten —dijo Harriman, con la mano en la manilla.

—Vamos —lo incitó Sarah—. Estos dos hombres son amigos suyos. Si ha ocurrido algo, tal vez puedan ayudar.

Harold se percató de que Sarah no hacía referencia alguna al papel que ella misma había desempeñado en el asunto.

Harriman examinó el rostro sincero de Sarah y miró a Jeffrey, a la espera de alguna reacción, pero fue en vano. El director meditó su decisión unos instantes y accionó la manilla.

Harold notó que una punzada gélida le recorría el espinazo hasta llegarle a la punta de los dedos helados de los pies. Antes de que la luz del pasillo iluminara el tenue aire gris de la habitación, lo supo. Supo que algo no iba bien.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra, Harold vio el armario revuelto, los cajones en el suelo y del revés. Vio una lámpara volcada y las manchas oscuras de lo que debían de ser camisas sobre la moqueta marrón. Vio la puerta del armario entreabierta, el montón de perchas en el suelo, los papeles esparcidos como copos de nieve.

Harold entró detrás de Sarah, Jeffrey y Harriman, el director. Los cuatro, en tensión, cruzaron el umbral casi al unísono.

—¿Alex?

—Alex.

—Al... ex...

—...Alex.

Lo llamaron sucesivamente, como si el mero hecho de pronunciar su nombre, convertido en un canto, un canon y un conjuro, lograra que apareciera. El desorden acentuaba el reducido tamaño de la habitación. Las persianas estaban cerradas y lo sumían todo en la oscuridad. Harriman se adentró en la estancia y pasó frente a la puerta del baño y el armario. Después se dirigió hacia el tocador que había en la pared de la derecha, y el escritorio de madera del rincón. Un poco más adelante, a la izquierda, un corto pasillo desembocaba en un espacio abierto. La cama tenía que estar en esa dirección.

Harold observó que Jim aminoraba el paso al doblar la esquina y vio que Jeffrey hacía lo propio. El hombre frunció el ceño y negó con la cabeza cuando un leve temblor reverberó en su cuerpo. Sarah se detuvo junto a Jeffrey y se le cortó la respiración. Se quedó pálida, los rasgos atenuados por la oscuridad.

Harold bajó la mirada y templó los nervios antes de dar otro paso. Se detuvo detrás de Sarah y se agachó inconscientemente un par de centímetros. Miró por encima del hombro de Sarah, que de repente parecía muy alta.

Empezó a recorrer con la mirada la cama deshecha y las almohadas sin funda. Siguió hacia la mesilla de noche y el teléfono de color caqui, con el auricular descolgado. La luz roja de mensajes parpadeaba con largos intervalos, al ritmo de la respiración de Harold. Continuó por el sillón y una otomana a juego, en la que había papeles, unos pantalones y algunos libros. Finalmente, dirigió la mirada al suelo, hacia donde se encontraba el cadáver de Alex Cale.

7

La sanguijuela

«Es un fiel amigo y un hombre caballeroso —dijo Holmes, levantando la mano—. Para nosotros basta con eso, ahora y para siempre.»

Sir Arthur Conan Doyle,

«La aventura del cliente ilustre»

18 de diciembre de 1893 (continuación)

Londres se había convertido en un desconocido para Arthur, en un lugar lleno de gente que se comportaba de un modo extraño. Se sentía como el capitán Nemo, lejos de la civilización y rodeado de monstruos. Mientras intentaba sobreponerse a ese perverso día, varios ojos parecían seguirlo por el Strand, e incluso hasta el interior de Simpson's, donde se detuvo a cenar. Dentro, mientras daba buena cuenta de una empanada de riñones y leía el periódico, lo escudriñaban desde todos los rincones oscuros. Al llegar a las últimas páginas del *Times* descubrió que hasta los caricaturistas londinenses se habían cebado con él. Una imagen

algo tosca mostraba a un joven leyendo el final del último relato de Holmes con una mueca de dolor y desilusión. Ahora acusaban a Arthur de haber hecho añicos la infancia de toda una generación.

Escupió involuntariamente al ver la viñeta y derramó unas gotas de salsa sobre el periódico. El jugo caliente empañó el rostro del muchacho, y la tinta se corrió y deformó sus rasgos. La piel del niño se tiñó de color marrón. Absorto en la viñeta, Arthur tomó la cuchara, cogió un poco más de salsa, devolvió dos guisantes y un pedazo de zanahoria al plato y dejó caer unas cuantas gotas más del delicioso jugo sobre el periódico. Y luego unas pocas más. Y finalmente una cucharada entera, hasta que el papel barato y empapado se arrugó y se deshizo.

Arthur miró a su alrededor para comprobar si alguien había sido testigo de su dislate. Estaba a salvo. Aunque quizá lo habían visto todos y ahora chismorreaban y susurraban enfurecidos sobre su comportamiento. Era imposible saber la verdad.

Una vez en la calle, Arthur repasó su lista de recados. El abogado. La farmacia. También había una tienda que unas horas antes había querido visitar, pero cuyo nombre ahora mismo era incapaz de recordar.

Una desconcertante sensación de soledad se apoderó de él. No era la primera vez que estaba solo, por supuesto, pero estarlo rodeado de gente, ser el único hombre cuerdo en un lugar lleno de locos, lo entristecía. A lo largo de los años había pasado largos periodos en solitario. En los primeros, en realidad los únicos años en los que había ejercido la medicina, había permanecido tardes interminables, una tras otra, en su consulta reluciente y vacía. Se sentaba al escritorio, un mueble barato, esperando en vano a que los pacientes llamaran a su puerta. Entonces empezó a aprovechar el tiempo escribiendo relatos: una novela larga que tituló *La compañía blanca* y un puñado de cuentos que supusieron la primera aparición de cierto detective. A la sazón eran un pasatiempo muy agradable, el detective atormentado y cascarrabias y su ayudante ingenuo y algo zoquete. Holmes era demasiado despiadado y distante para que

Arthur estableciera algún vínculo con él. ¡Pero Watson! Bueno, era fácil llegar a querer a Watson. Él era el doble de Arthur, no Holmes; era Watson quien compartía la biografía del autor, su voz, sus desdichas románticas e impetuosas. A Watson sí que lo echaría de menos. Pero Arthur nunca se sentía tan solo como cuando se inclinaba sobre el escritorio para dar vida a sus relatos, mientras esperaba pacientemente a oír el tintineo de la campanilla.

Llegó hasta el teatro Lyceum y cruzó las alargadas sombras que arrojaban las seis altas columnas. El pórtico proporcionaba un resguardo oscuro y el tejado protegía a Arthur del atardecer. Se sentía mejor entre las sombras.

—Vaya, vaya —graznó una voz fantasmal a su espalda—. Pareces asustado. ¿Se ha muerto alguien?

Arthur se volvió. Un hombre de espaldas anchas emergió de detrás de la tercera columna y se materializó bajo la luz del sol como un espíritu hecho carne. Llevaba una barba muy recortada y el pelo corto, relamido, peinado hacia la izquierda. Vestía un abrigo con faldones y unos zapatos de un negro tan intenso que deslumbraron a Arthur. Parecía haberse engalanado para asistir a un funeral de Estado o, lo que era más probable en su caso, para una noche de estreno. Al cabo de unos segundos, cuando Arthur se hubo recuperado de la impresión, reconoció a su viejo amigo.

—Bram —dijo Conan Doyle con una voz profunda y firme—. Me has asustado.

—Lo siento de veras —se disculpó Bram Stoker mientras le tendía la mano a Arthur—. Es que estabas tan pálido que me ha costado reconocerte.

—¿Ah, sí?

Arthur se apoyó en la fría pared del Lyceum.

—Ha sido... Ha sido un día curioso.

La gran puerta central del teatro se abrió bruscamente y una mujer radiante salió al pórtico.

—¿A las seis, entonces? —le preguntó a Bram.

Varios mechones de pelo castaño se habían soltado del tocado mientras bajaba los escalones. Le lanzó una sonrisa a Arthur y enarcó las cejas en un gesto de complicidad.

—A las seis —respondió Bram con firmeza.

La mujer, de la cual Arthur no tuvo más remedio que admitir que era bastante guapa, se dirigió hacia el Strand. Justo antes de que se perdiera entre el gentío, Arthur vio que llevaba un brazalete negro de duelo y apretó los dientes con fuerza.

—¿Recuerdas a Ellen Terry? —preguntó Bram cuando ésta ya no podía oírlos—. Estoy seguro de que la has visto en el escenario una docena de veces.

—Ah. Sí. Por supuesto. Sin duda, sí.

—La pobre se está volviendo loca con Julieta —dijo Bram sonriendo de oreja a oreja—. Henry ha acaparado la atención de la prensa con su Romeo, y la pobrecilla se siente abandonada. Aunque no lo creas, y pesar de todas las páginas que le han dedicado los periodistas, Henry sigue sin darse por satisfecho.

Esa era una de las conversaciones típicas de Bram. Su vida consistía en aplacar los egos desbocados de los actores a su cuidado como director del Lyceum, en especial el ego de Henry Irving, al que Bram dirigía personalmente. A medida que Irving se había ido haciendo mayor, había adquirido unos modales más dictatoriales y su vanidad se había exacerbado. Ahora, a los cincuenta y cinco años, tal vez ya fuera demasiado viejo para interpretar a Romeo, pero el actor no quería oír las objeciones de Bram. Cuando llegaron las críticas, y Arthur las había leído, se demostró que Bram tenía razón. Aquello no hizo sino enfurecer aún más al avejentado actor. Bram era un sirviente consciente de sus obligaciones, que se había convertido en esclavo de su amo desde el día en que se habían conocido, aunque Arthur sospechaba que su amigo no había gozado de un solo momento de felicidad en los quince años transcurridos desde que había aceptado el cargo.

Bram siempre había deseado ser escritor. Ésa era la cuestión, creía Arthur, el motivo de la leve amargura que su amigo destilaba en ocasiones. Obligado a hacer frente a las cargas de un trabajo desagradecido y agotador para el alma, Bram se mantuvo fiel a una pasión por la vida literaria que no acostumbraba a compartir en público. Se despertaba temprano y, antes de acudir al Lyceum para solucionar la crisis presupuestaria del día y de halagar a Irving hasta que le dolía la garganta, Bram escribía historias macabras y fantásticas, relatos teñidos de sangre, que luego guardaba en un cajón. Sólo se los mostró a Arthur en una ocasión, y se sorprendió de la violencia que Bram era capaz de engendrar, aunque sólo en la ficción, y sólo en secreto. Cuando se veían para tomar un trago alguna noche, Bram le describía a Arthur la obra en la que estaba trabajando, más extensa que las anteriores, una novela siempre a medio escribir sobre seres malignos, muertos vivientes y un conde del continente ávido de sangre. Para ser un hombre tan dócil y, ¿podía decirlo?, escandalosamente afeminado, Bram sentía una gran pasión por lo grotesco.

Se habían conocido dos años antes, cuando Bram había comprado una obra de Arthur, un monólogo para que lo interpretara Henry Irving. Durante las largas noches de ensayos, y las noches aún más largas de borgoña tras el estreno de la obra, se hicieron amigos. Irving era un bufón presuntuoso, pero en aquel amable director que escondía un cajón rebosante de historias de fantasmas, Arthur había hallado a alguien que lo comprendía. El hecho de que las historias de Bram no le hubieran permitido ganarse ni un penique a lo largo de los años, mientras que Arthur había logrado disfrutar de una situación económica desahogada, no había provocado ningún tipo de tensión entre ambos.

—¿Tienes un momento? —preguntó Arthur.

—¿Para ti? Siempre. ¿Qué problema te aqueja?

—¡Le odio! —gruñó Arthur de repente.

Bram se rio.

—¿Estamos hablando de Holmes?

—¡Le odio más que a nadie! Si no lo hubiera matado, sin duda habría acabado conmigo. Y ahora... toda esta gente se comporta como si fuera real, como si hubiera asesinado a su padre, a su esposa.

A medida que Arthur hablaba, cada vez más rápido, la ira iba brotando de su interior. Empezó a bramar sobre lo injusto que era todo, sobre el hecho de que Holmes hubiera distraído al público de mejores ocupaciones, sobre el modo en que, una vez en libertad, la creación empieza a eclipsar a su creador. El aliento de Arthur parecía transformarse en el humo de una pipa al entrar en contacto con el aire gélido.

Al final Bram rompió a reír, con un sonido a medio camino entre el cacareo y un aullido felino. Arthur dejó a un lado su ira.

—Le odio —repitió.

—Eres tú quien lo ha arrojado por un precipicio —dijo Bram—. ¡Imagina lo que piensa él de ti!

OceanofPDF.com

8

La habitación oscura

«Conoces mis métodos.
¡Aplicálos!»

Sir Arthur Conan Doyle,

El sabueso de los Baskerville

6 de enero de 2010 (continuación)

«Todas las historias de Sherlock Holmes comienzan en el rincón más oscuro de una oscura habitación. En la elocuente penumbra de una luz de gas y de humo, Holmes se sentaba para devorar los periódicos del día y dar chupadas a su larga pipa, mientras se inyectaba cocaína. Lanzaba anillos de humo en la oscuridad, a la espera de algo, cualquier cosa, que atravesara el vientre de su estudio y liberara la promesa de nuevas aventuras; de pistas que interpretar; de, tal y como suplicaba, un rompecabezas que no pudiera resolver. Y después de cada historia regresaba allí, a la sala oscura, y moría día tras día de aburrimiento. La oscuridad de su estudio era su jaula, pero también el útero de su genio. Y cuando en esa habitación...»

Harold se estremeció y regresó a la cruda realidad de la habitación 1117, a sus deportivas sobre la moqueta mullida, al hombro de Sarah frente a su cara, y al cuerpo que se encontraba a menos de tres metros de él.

El cadáver de Alex Cale, y el mero hecho de mirarlo confirmaba que sólo podía tratarse de un cadáver, descansaba, como un montón de masa, sobre la moqueta. Llevaba un traje negro de dos botones, y el nudo negro de la corbata se le había aflojado. De no ser porque los zapatos se encontraban perfectamente alineados junto al cuerpo y revelaban unos calcetines elegantes y finos del mismo tono que el traje, a Harold le vino a la cabeza la perversa imagen de un sepulturero. ¿Acaso se estaba vistiendo cuando lo mataron, preparándose para atarse los zapatos?

Harold pasó junto a Sarah y se dirigió hacia Alex. A pesar de los cientos de historias sangrientas que había leído, era la primera vez que se encontraba ante un cuerpo sin vida. Algo, al mismo tiempo, más y menos espantoso de lo que había imaginado. La visión del cuerpo inerte de un hombre al que había conocido —no mucho, pero sí en persona— hizo que se le saltaran las lágrimas y lo obligó a morderse el labio inferior. Sin embargo, la sensación de encontrarse en tensión y alerta en la escena de un crimen le resultaba vergonzosamente natural.

—Voy a llamar a la policía —dijo el director.

Se disponía a coger el teléfono de la mesilla de noche cuando se detuvo súbitamente, a dos centímetros del auricular. La luz roja parpadeante que avisaba de que había recibido un mensaje confirió a su rostro un brillo demoníaco, y cambió de opinión para no alterar la escena.

—No toquen nada, por favor —les pidió con una resolución inesperada.

Después, el gerente salió de la habitación para usar el teléfono del pasillo.

—Marchémonos —propuso Jeffrey, con la mirada vidriosa.

Harold sabía que un hombre inteligente habría salido de la habitación en silencio y de inmediato, con la cabeza gacha en un gesto grave ante la muerte de un ser humano. Un hombre normal, incluso, cedería el protagonismo a la policía y esperaría a leer las noticias relativas a la investigación en los periódicos del día siguiente. Un hombre cuerdo no se habría acercado al cuerpo de Alex Cale bajo ninguna circunstancia.

Pero Harold dio un paso al frente.

—Harold, no.

El tono tenso que empleó Jeffrey fue más que evidente.

—¿Qué haría Sherlock Holmes? —preguntó Harold, con una seriedad que rozaba el delirio.

Debía hacerlo, debía comprobar si era capaz.

—Holmes regresaría a la página de la que hubiera salido porque está hecho de tinta y pulpa de pino.

—Si fuera real. Si las historias fueran reales. ¿Qué haría?

Harold era incapaz de contener la curiosidad.

—Harold, esto es de muy mal gusto. No quiero verme involucrado en ello.

—¡Buscar huellas en el suelo! Eso es lo que hace. En la primera historia de Holmes, *Estudio en escarlata*, lo primero que hace es examinar el suelo en busca de huellas.

—Hay moqueta —respondió Jeffrey.

Harold bajó la mirada. Era cierto, el suelo estaba cubierto por una moqueta marrón y mullida. No se veía ninguna pisada. Sherlock Holmes no era real. Harold no era detective.

—Pero Holmes siempre encuentra huellas —replicó Harold, sin poder reprimirse.

Sarah le lanzó una mirada mezcla de asombro y estupefacción.

—Hablas en serio —dijo con una sonrisa cada vez más amplia.

Más allá de sus cejas enarcadas y su boca abierta, Harold se dio cuenta de que Sarah no dejaba de darle vueltas a la cabeza para examinar la situación desde todos los ángulos posibles.

—No puedes hablar en serio —dijo Jeffrey—. Esto es una locura. Eres investigador literario, no un maldito detective.

Cuando Harold paseó la mirada de Jeffrey a Sarah en una busca desesperada de apoyo, se vio fugazmente reflejado en el espejo que colgaba de la puerta abierta del baño. Examinó sus deportivas sucias y el cadáver que yacía en el suelo tras ellas, y subió la vista por su espalda hasta la gorra de cazador. Hizo una pausa, paralizado por la imagen.

Harold miró a Sarah como lo haría un niño, con la esperanza de obtener un mínimo gesto de aprobación.

—¿Qué es lo segundo que hace Holmes? —preguntó ella.

Las miradas de ambos hombres se cruzaron. Harold clavó los ojos en Jeffrey, un gesto desafiante para que pronunciara la respuesta en voz alta.

—No —dijo Jeffrey con firmeza—. Ni se te ocurra, maldita sea.

—«Sherlock Holmes se aproximó al cuerpo y, tras arrodillarse, lo examinó detenidamente» —citó Harold.

Entonces inclinó el torso hacia delante, como una bailarina de ballet. El ojo izquierdo de Alex estaba casi cerrado, pero el derecho estaba abierto de par en par, más de lo que Harold consideraba normal. Aunque, a decir verdad, ¿qué podía considerarse normal en una situación como ésta? El pelo castaño claro estaba apelmazado y le cubría la frente, como una gallina poniendo un huevo, una impresión reforzada por la palidez casi traslúcida de su rostro. Aún llevaba las finísimas gafas de titanio, con la montura intacta. En torno al cuello, podía verse un arcoíris de rayas moradas adornadas con pequeñas variaciones de color y que formaban un hematoma impresionante e impresionista. Del cuello amoratado colgaba un cordón negro y fino. Parecía suave, de tela. Harold apoyó una

rodilla en el suelo para examinarlo y fue entonces cuando percibió el leve hedor de las heces que impregnaba el aire. Las heces del cuerpo al morir, pensó Harold.

—¿Qué lleva alrededor del cuello? —preguntó Sarah mientras se arrodillaba junto a Harold, despreciando así la prudencia de Jeffrey y animando al joven a que prosiguiera con el examen del cadáver.

Harold examinó el cuello con mayor detenimiento y alargó la mano para tocar el cordón.

Parecía algodón al tacto, y cuando deslizó los dedos por él se percató de que uno de los extremos tenía la punta de plástico.

—Es un cordón de zapato —dijo Harold.

Cuando Sarah alargó el brazo para imitarlo, Harold se fijó en los zapatos de Alex, que reposaban simétricamente junto al cuerpo. Al izquierdo le faltaba el cordón.

—Y es suyo —añadió Harold.

El momento del descubrimiento, por pequeño que sea, proporciona una euforia innegable: las llaves de casa encontradas en los bolsillos del pantalón del día anterior; el misterioso y constante tintineo que oyes cuando intentas dormir y no puedes, y cuya causa es, tras un breve examen, el grifo del baño que gotea; los dígitos del antiguo número de teléfono de tu madre que rescatas, como por arte de magia, de una arcadia mental precámbrica cubierta de musgo. Nada emociona tanto a la mente humana como cuando establece conexiones. Cuando descubre. Cuando soluciona. Harold se estremeció.

—¿Qué hace Holmes a continuación? —preguntó Sarah.

—¡No lo animes a continuar! —gruñó Jeffrey—. Está a punto de llegar la policía, que cuenta con detectives de verdad. Con herramientas de verdad. Esto es la escena de un asesinato, Harold, no puedes andar tocándolo todo. Holmes no disponía de analizadores de huellas dactilares, pero nosotros sí.

—Tienes razón —admitió Harold, ensimismado en sus pensamientos—. Pero le fue bastante bien sin ello, ¿verdad? Hoy en día tenemos equipos de policía científica y dispositivos electrostáticos de toma de huellas. Pero el porcentaje de solución de casos de asesinato de Nueva York es... ¿del seis por ciento? Creo que Holmes lo hacía bastante mejor. ¿No te parece?

—Esto es una locura —dijo Jeffrey—. Estás en estado de *shock*. Sí, de acuerdo, Alex ha muerto y has sufrido una conmoción. Pero ni se te ocurra alterar la escena del crimen e impedir que la policía pueda dar con el asesino. Llegarán en cualquier momento.

—Tienes razón —admitió de nuevo Harold—. Llegarán en cualquier momento. Es mejor que examinemos la habitación antes de que aparezcan y lo pisoteen todo. En *Estudio en escarlata*, qué digo, en la mitad de los relatos, la policía llega, lo estropea todo y no se fija en las verdaderas pruebas. No queremos que se nos pase ninguna pista por alto.

—¿Tú te estás escuchando, Harold? ¿Tienes idea de la imagen que estás dando? —bramó Jeffrey, con la respiración entrecortada—. Nunca he querido decírtelo, pero estás ridículo con esa gorra. Quítatela y vámonos.

Harold no le hizo caso y se dirigió al rincón izquierdo de la habitación. Empezando en la intersección exacta de las dos paredes, inició una búsqueda sistemática.

—Sarah, no tenemos mucho tiempo. ¿Quieres buscar el diario? No creo que lo encontremos. Todo indica que el asesino, o la asesina, ha registrado la habitación a conciencia y es probable que encontrara lo que estaba buscando.

Sarah necesitó hacer una pausa para considerar si debía o no modificar la escena del crimen. Aunque apenas duró una fracción subatómica de segundo, fue un instante cuántico que le sirvió para tomar una decisión. En ese momento que a Harold le pareció fugaz, Sarah empezó a hurgar entre los papeles esparcidos y los dispuso en pilas para evaluar su importancia.

—¿Cómo es el diario? —preguntó.

Harold sopesó la respuesta.

—Encuadernado en cuero. Viejo. Tiene el aspecto de un diario centenario.

—Creía que Holmes hablaba con aforismos, no con tautologías.

—Estoy seguro de que te parecerá muy obvio cuando lo veas, ¿de acuerdo?

Los papeles que Sarah encontró no fueron de gran interés para los detectives aficionados: se trataba de las páginas 709 a 841 de la biografía inacabada de Alex Cale sobre Sherlock Holmes, una obra que, a simple vista, parecía sumamente rigurosa. La chica recogió una pluma estilográfica antigua que había junto al cuerpo y se la mostró a Harold. Era una Parker Duofold, modelo «Big Red», probablemente de la década de 1920, con la boquilla negra y el cuerpo rojo. Era el mismo modelo que se cree que utilizó Conan Doyle para escribir los últimos relatos de Holmes.

Sarah también encontró unos cuantos libros de tapa dura: una colección de los cuentos completos de Holmes, sucia y desgastada por el uso, y con un gran número de notas al margen escritas con pluma. Casi todos los párrafos tenían palabras subrayadas o exclamaciones garabateadas al margen. El maletín de Cale se hallaba bajo un sillón y, cuando lo sacó, Harold lo reconoció de la noche anterior. Estaba abierto. Y vacío.

Mientras buscaba por el suelo, Harold escudriñó la zona en que la moqueta se unía a la pared blanca, bajo las franjas verticales de flores de lis que decoraban gran parte de las paredes. Se metió la mano en el bolsillo del abrigo y sacó la lupa que hasta el momento sólo había utilizado para jugar cuando estaba nervioso o aburrido.

Cuando Jeffrey vio a Harold con la lupa negó con la cabeza, avergonzado.

Harold inició un examen metódico de las paredes de la habitación y observó detenidamente las arrugas del papel a través de la lupa. Cada imperfección parecía sobresalir como una duna. ¿Qué buscaba Holmes cuando examinó la casa de Lauriston Gardens en su primer caso? Aquella habitación estaba destartada, cubierta de polvo y moho tras varios años de abandono. Holmes quitó el polvo y encendió una cerilla en los rincones más oscuros, lo que le permitió descubrir la palabra «RACHE», «venganza» en alemán, escrita con sangre en la parte inferior de la pared, en un punto vacío y desaprovechado de la habitación. Sin embargo, pensó Harold, por muy fantástica que fuera tal pista, ¿qué estaba buscando Holmes cuando la encontró? No podía esperar que un asesino de carne y hueso tuviera el detalle de dejar un mensaje en el que explicara sus motivos, ¿verdad? Harold retrocedió y lo único que vio fue la pared de una habitación de hotel empapelada y limpia, y una moqueta recién aspirada. No podía albergar la esperanza de hallar una pista tan buena como la de Holmes. Aquí no encontraría mensajes escritos con sangre. Sus expectativas se mantenían dentro de lo razonable. Pero el método de Holmes sí podía funcionar. Tenía que funcionar. ¿Qué demonios debía buscar Harold?

La búsqueda lo llevó a girar 180 grados, centímetro a centímetro, hasta el escritorio de madera y la silla. La mesa estaba cubierta de papeles desordenados y bolígrafos: quienquiera que hubiera registrado la habitación quiso asegurarse de que no hubiera ningún diario perdido escondido bajo la «Guía de canales de pago» del hotel. Harold apartó la silla y se agachó bajo el escritorio para proseguir con el examen. Sin embargo, la oscuridad le dificultó la tarea, por lo que se levantó y cogió la lámpara volcada.

La encendió y enfocó la bombilla hacia la pared.

Entonces la dejó caer y se estremeció, sobresaltado. La bombilla se hizo añicos, lo que llamó la atención de Sarah y Jeffrey, quienes se precipitaron hacia Harold. En un principio, lo que vieron parecía una mancha oscura, pequeña y borrosa en la pared limpia. Pero cuando se arrodillaron junto a él, vieron las letras, de un rojo

oscuro, escritas sobre la moqueta, como si lo hubieran hecho con los dedos. No necesitaron una lupa para leer el mensaje que aún no se había secado.

«ELEMENTAL», rezaba.

Estaba escrito con sangre.

OceanofPDF.com

9

Novedades espectaculares

«Usted no conoce todavía a Sherlock Holmes. Tal vez no le guste tenerlo constantemente de compañero.»

Sir Arthur Conan Doyle,

Estudio en escarlata

18 de octubre de 1900

La carta bomba que recibió Arthur no cumplió con su objetivo. Unos diez minutos antes de la explosión, Arthur se sentó a desayunar junto a las ventanas. La luz gris otoñal se filtraba entre los nueve paneles de cristal cuadrados. En días como ése, las franjas de madera blanca que dividían el cristal parecían más resplandecientes que la luz de la ventana. Arthur atacó sus huevos con tomate.

Habían transcurrido siete años desde la muerte de Sherlock Holmes. Siete años de historias, aventuras y una nueva vida que Arthur había construido para sí mismo, lejos de la antigua. Había

abandonado Londres para trasladarse a Hindhead, y había abandonado a Holmes por algo mejor. Era la vida con la que siempre había soñado.

Había construido la casa, que llamó Undershaw, tres años antes. Por entonces era magnífica, y con el paso de los años su magnificencia no hizo sino aumentar. La finca tenía cierto aire de feria ambulante. Albergaba unos establos fantásticos que atraían a amigos de la ciudad casi todos los fines de semana; siempre había niños y familiares lejanos que correteaban de un lado a otro; una chimenea digna de una hoguera hindú; una sala de billar silenciosa y oscura en la que Arthur ya había perdido varias partidas contra Bram y James Barrie. El personal de la finca estaba pintando el escudo familiar en el nuevo landó, que había costado 150 libras más los dos caballos para tirar de él. De hecho, Arthur se aseguró de estampar el escudo de los Doyle en el máximo número de elementos posibles de su nuevo hogar. Le recordaba de dónde venía y el orgullo que sentía por haber llegado adonde había llegado. Era increíble pensar en lo que podía conseguir un hombre gracias a la sencilla habilidad de poner por escrito una historia decente. Era una casa comprada gracias a la fantasía, levantada gracias a unas novelitas de misterio.

Siete años y Sherlock Holmes permanecía, por suerte, enterrado bajo las cataratas de Reichenbach. Sí, la gente aún hablaba de él. Sí, la gente, los desconocidos, aún escribían sobre él, lo analizaban, lo echaban de menos y suplicaban su regreso en las cartas que enviaban a los directores de todas las revistas en las que había aparecido. Pero no allí. Nadie se atrevía a hablar de él en aquella casa. El nombre de Sherlock Holmes no podía pronunciarse en voz alta en presencia de Arthur, no podía nombrarse en la suntuosa casa que había pagado.

Cinco minutos antes de la explosión, Arthur se levantó de la mesa del desayuno y fue a recoger el correo de la mesita de caoba colocada cerca del vestíbulo. Era una tarea que disfrutaba haciendo él mismo. Mientras recorría los pasillos de su propiedad, sintió un agradable momento de satisfacción. Un pequeño ejército de niños y

sus niñeras trasteaban en el piso de arriba, trotando entre las ocho habitaciones. Fuera, el caballerizo daba de comer a *Brigadier*, el caballo de Arthur, un ejemplar de ocho años procedente de Norfolk. A través de los ventanales delanteros, Arthur vio los altos pinos que descollaban sobre su casa. Tal vez, cuando llegara el invierno, fueran a buscar alguno a los bosques cercanos para ponerlo como árbol de Navidad en el salón.

Recogió el correo de la mañana y regresó al estudio para leerlo. Abrió las cartas rápidamente. Había una amable nota de Innes sobre las elecciones, un gesto que Arthur agradecía, aunque habría preferido no pensar en ellas. Se había presentado como candidato al Parlamento por Edimburgo con un programa que destacaba por su postura antibóer. Tras haber regresado del frente a principios de año, Arthur había escrito una historia sobre la guerra desde la perspectiva británica, así como varios panfletos para animar a sus conciudadanos a que apoyaran la contienda bélica. Fue entonces cuando decidió presentarse a las elecciones, convencido de que sus opiniones en favor de la guerra serían manifiestamente útiles en Westminster. Su plataforma, además de la promesa de aplastar la insurrección bóer a cualquier precio, contenía también un plan para aumentar los aranceles de los productos alimentarios importados a Gran Bretaña que podían producirse fácilmente en el país (como el trigo o la carne), al tiempo que proponía la reducción de los aranceles de los que no podían cultivarse en suelo británico (como el azúcar y el té). Su propuesta no logró atraer el apoyo de la población y Arthur se vio arrastrado a un debate público sobre la tensa cuestión del sufragio femenino. No se había planteado hacer campaña sobre esa cuestión, pero era un antisufragista declarado; cuando le preguntaron su opinión, se negó a eludir el tema. Tras una serie de rumores exagerados sobre el catolicismo de Arthur, propagados a través de unas octavillas repartidas por el distrito electoral, perdió el escaño de su ciudad natal por apenas unos cientos de votos. En lugar de rebatir la calumnia de que era un títere del Papa, Arthur se refugió en Hindhead, en la ficción.

La segunda carta que abrió era de H. Greenhough Smith, director desde hacía muchos años del *Strand*. Le ofrecía nueve mil libras por una nueva serie de relatos de Sherlock Holmes, una oferta que superaba las anteriores. Arthur arrugó la carta y la tiró de inmediato a la papelera. Ni siquiera pensaba molestarse en responder. La publicación estadounidense *Collier's Weekly* le había ofrecido veinticinco mil dólares por los derechos para publicar los relatos en su país. Arthur, en un alarde de contención caballerosa, se limitó a ignorar ambas ofertas en lugar de plasmar por escrito su respuesta y enviar a aquellos dos hombres al infierno.

Acababa de escribir dos historias nuevas del brigadier Gerard. ¿Acaso no estaban interesados en publicarlas? (Arthur había bautizado al caballo en honor del personaje, no al revés.) Sin que importaran las hazañas que hubiera acometido, Holmes siempre lo rondaría para ahogarlo en esas aventuras sórdidas y sangrientas que los lectores, un hatajo de necios, tanto anhelaban. Arthur intentó contenerse y respiró honda y pausadamente. No estaba dispuesto a permitir que los pensamientos de Sherlock Holmes lo asaltaran en su casa.

Decidió que no iba a leer más cartas. Había un paquete bastante grande bajo el montón de correo, y prefería abrirlo en lugar de las misivas.

Menos de un minuto antes de la explosión, Arthur colocó el pesado paquete sobre el escritorio, frente a él. Estaba envuelto en papel de estraza y atado con un cordel deshilachado. En el matasellos podía leerse «Surrey», pero no llevaba remitente.

Arthur cortó el cordel con gesto decidido y desenvolvió con cuidado el paquete. En el interior había una caja negra. Arthur buscó una nota, una tarjeta, la factura de una tienda, pero no encontró ninguna pista sobre el remitente ni el contenido.

Cuando levantó la tapa, oyó un chirrido metálico seguido de un fuerte «clic». Agachó la mirada y vio un cartucho de dinamita de unos tres centímetros de grosor envuelto en hojas de periódico arrugadas, como la cuna de un bebé.

Por un instante, Arthur se replanteó su postura antipapal y se preguntó, dejando de lado las difamaciones políticas, si tal vez debería abrazar de nuevo, con sinceridad y devoción, el catolicismo.

Permaneció inmóvil durante mucho tiempo, millones de años; fueron los cuatro segundos más largos de su vida. No se produjo ninguna explosión. No murió. Tampoco estaba seguro de si aquello era una confirmación a favor o en contra de su fe en la única y verdadera Iglesia.

A pesar de todo decidió no moverse, por miedo a que el mero roce del paquete pudiera encender la mecha y activar el fusible que, a primera vista, había fallado. Sus conocimientos sobre la fabricación de bombas, muy limitados, se remontaban a su época con los regimientos antibóeres en África. Sin embargo, el paquete bomba no era un artefacto habitual entre los rebeldes, por lo que ignoraba el método para desactivarlo.

Abrió la boca para pedir ayuda, pero cambió de opinión: ¿y si Kingsley o Roger oían el grito y bajaban al trote? ¿Y si lo hacía una de las doncellas? No quería poner en peligro la vida de otra persona para salvar la suya. De eso estaba seguro.

Examinó el paquete en busca de pistas sobre su fabricación y, por ende, del mejor método para su destrucción. Había una mecha corta, que sólo debía de durar unos pocos segundos en el mejor de los casos, pensó Arthur, y que iba desde el detonador hasta el cartucho de dinamita. El explosivo estaba rodeado por una suerte de filamentos, pero ignoraba su función. Los papeles arrugados que envolvían el cartucho temblequearon y Arthur cayó de inmediato en la cuenta de que era debido al temblor de sus manos. Las puntas de los dedos se aferraban al paquete, pero el temblor parecía iniciarse en los hombros y avanzar lentamente, en oleadas, por el resto de su cuerpo.

Miró más detenidamente los periódicos. Entre la letra pequeña, se fijó en un dibujo. Una muestra pictórica del tema del

artículo, pensó. ¿Era un miembro del gobierno? ¿Un estadista? Arthur se acercó el paquete.

El dibujo impreso en el papel era el de un hombre de rasgos adustos y rostro aguileño ataviado con un largo abrigo, con dos puntos penetrantes en lugar de ojos y una gorra de cazador. Era Sherlock Holmes.

La dinamita no estaba envuelta en hojas de periódico, sino del *Strand*. Páginas de un relato de Sherlock Holmes. El miedo de Arthur empezó a ceder el paso a la ira.

«Si con hacerlo terminara, lo mejor entonces sería hacerlo sin tardanza», pensó Arthur, que, para variar, no citaba bien la fuente.

Dejó el paquete en un lado de la mesa y la dinamita se desplazó ligeramente a la derecha.

Sin embargo, en lugar de causar una explosión, el movimiento de la dinamita dejó asomar otro pedazo de papel. Un sobre. Sellado, a juzgar por su aspecto.

¿Se atrevería a introducir la mano y cogerlo? Sin duda.

Arthur tomó con cuidado el sobre que había bajo el pesado cartucho. Vio que contenía una carta, pero no pudo leerla. Cuando retiró el sobre, mirándolo fijamente como si fuera la espada proverbial extraída de la piedra, la dinamita entró en contacto con algo sólido. Algo metálico.

Oyó un chirrido y un clic. Se había activado un segundo detonador que estaba oculto bajo la carta. La mecha que rodeaba el cartucho había prendido.

Arthur tomó la única decisión sensata: darse la vuelta y echar a correr tan rápido como le permitieron sus piernas de cuarenta y un años. La bomba explotó en cuanto llegó a la puerta, y tuvo la sensación de que también le habían estallado los tímpanos. Una lluvia de astillas de caoba inundó el estudio. Las ventanas reventaron, la celosía blanca estalló hacia fuera y el jardín quedó cubierto de cristales. Cuando Arthur cayó al suelo, al otro lado de la

puerta abierta, el estruendo en el interior siguió, mientras jarrones, libros, tinteros y un sifón sin estrenar caían de los estantes.

Oyó un clamor que procedía de todas las direcciones: los habitantes de la casa que llegaban corriendo para averiguar la causa de tal alboroto. No se atrevió a volver la mirada para comprobar cómo había quedado su estudio.

Sin levantarse del suelo, con el cuerpo aún en tensión, Arthur miró el sobre sellado que sostenía en la mano. Aunque estaba arrugado y manchado de sudor, la única palabra garabateada en la parte delantera era todavía legible.

«ELEMENTAL», rezaba.

OceanofPDF.com

10

La ciencia aplicada de la deducción

El delito es algo común. La lógica, una rareza.

Sir Arthur Conan Doyle,

«La aventura de Copper Beeches»

6 de enero de 2010 (continuación)

Harold hizo un esfuerzo para ignorar a los sherlockianos que discutían a su alrededor. A medida que fueron alzando el timbre de voz, tanto en volumen como en pretensión, se concentró con mayor atención en los tres cubitos de hielo que reposaban en el whisky del almuerzo. Observó cómo las esquinas se iban redondeando a medida que se derretían. Agitó el vaso para que las olas de whisky engulleran los cubitos antes de dar otro largo sorbo. Nunca era demasiado temprano para tomar un trago.

Los dos hombres que había tras él estaban de pie y se apuntaban mutuamente con el índice en un gesto recriminatorio. En

otros lugares del hotel se iban formando discusiones parecidas a medida que las fallas de la tensión acumulada en el seno de la organización empezaron a chocar entre sí. Harold no era, ni de lejos, el único de los asistentes al que le gustaba fingir ser un detective aficionado en un día como ése. El bar estaba lleno a rebosar de sherlockianos que, a falta de pruebas reales, habían forjado complejas maquinaciones para explicar el crimen. Detalles insignificantes que daban pie a desencuentros sobre el canon se convirtieron en motivos para cometer el brutal asesinato. Algunos intentaron dar a luz sus teorías en pequeños grupos con la esperanza de que, con suficiente capacidad intelectual y pericia, pudieran alcanzar una solución. Otros pasaron de largo de la fase de «investigación» para ir directamente al final de la historia que estaban componiendo, acusando al hombre que hubiera al otro lado de la mesa de vil traición. Y, lo que es peor aún, no les dolieron prendas en usar expresiones como «vil traición». Todo el mundo era sospechoso. Sin embargo, en el mayor encuentro sherlockiano del mundo, todos los presentes llevaban dentro de sí un detective.

Harold, por su parte, estaba aturdido y se limitaba a satisfacer sus necesidades más básicas (comida, tranquilidad y bourbon) y a emitir sonidos animales (afirmaciones monosilábicas, gruñidos guturales). Quería marcharse a casa.

Estaba aterrorizado. La realidad del asesinato de Alex le había empapado el cuero cabelludo en sudor. No dejaba de picotear *pretzels* secos de la barra, que trituraba ruidosamente en un intento de ahogar el sonido de las conversaciones que lo rodeaban. Hacía tiempo que se había dado cuenta de que la mayoría de la gente perdía el apetito cuando tenía miedo o estaba preocupada. Le habría gustado experimentar esa misma reacción cada noche que, víctima de los nervios, se atiborraba de aperitivos en medio de una crisis. Cuando estaba deprimido, podía limitarse a devorar montañas de yogur helado de coco. Pero cuando estaba nervioso, necesitaba hidratos de carbono salados: patatas fritas, pececitos salados, *pretzels*. No acostumbraba a beber cuando se encontraba en tales situaciones, pero debido acaso a lo cerca que había estado del

cadáver pálido y frío de un hombre al que había conocido fugazmente, Harold se dio un respiro y recurrió al whisky de diez años para que le templara los nervios.

Sarah apareció de la nada, se sentó en el taburete que había a su lado y le pasó la mano por la espalda, a la altura de los hombros, en un gesto de consuelo. Harold no se sentía especialmente cómodo cuando un desconocido lo tocaba; sin embargo, en esta ocasión le resultó en cierto modo agradable.

—Son las once y media —dijo Sarah con una sonrisa, señalando el vaso de whisky con la cabeza.

—Ha sido una mañana muy larga —respondió Harold.

Sarah le dio la razón, pidió un café al camarero y guardó silencio hasta que se lo sirvieron.

—¿Han sido muy duros los policías? A veces pueden ser un tanto... bruscos, si no estás acostumbrado a tratar con ellos.

Harold no estaba seguro de que «brusco» fuera la palabra más adecuada para describir al agente que lo había detenido; «aterrador» se ajustaba más a la realidad. Cuando llegaron a la escena del crimen y lo encontraron examinando las almohadas intactas en busca de fibras capilares, lo esposaron de inmediato. El exhaustivo cacheo al que lo sometieron los dos agentes no les permitió encontrar ninguna prueba, pero desencadenó el temor que sentía Harold al contacto con desconocidos. Se estremeció cuando le palmearon la cintura y los muslos. Todavía esposado, lo condujeron a una habitación vacía que había al fondo del pasillo, donde lo interrogaron sobre su relación con Alex y el descubrimiento del mensaje del asesino escrito en la pared durante unos minutos que le parecieron eternos. Mientras los nervios y el hambre de Harold iban en aumento, sus respuestas a las preguntas de los agentes se volvían más enrevesadas, y su costumbre de hablar más de la cuenta no hizo sino embrollar aún más la situación. Fue incapaz de transmitir que no sólo no había matado a Alex Cale, sino que no tenía la más remota idea de quién lo había hecho. Al final, tras tomar los datos de su permiso de conducir y de

dejarle muy claro que no podía abandonar la ciudad hasta que la investigación hubiera concluido, lo dejaron marchar, momento en el que descubrió, con gran sorpresa, que el interrogatorio no había durado más de noventa minutos.

—¿Acaso tú estás acostumbrada a tratar con ellos? —preguntó Harold.

—Trabajé dos años en el *Salem News*, en las afueras de Boston, cuando era más joven. Estaba en el departamento de sucesos, pero al ser un periódico pequeño mi trabajo consistía en llamar al jefe de la policía local y preguntarle a quién habían detenido la noche anterior. El tipo era un imbécil que siempre me llamaba «cariño» delante de otros agentes, pero no podía quejarme si quería obtener declaraciones. En fin, la cuestión es que aprendí a sonreír, a hacerme la simpática y a dejarles creer que eran ellos los que mandaban... Lo cual es cierto, claro.

Sarah tomó un sorbo de café y se volvió en el taburete para mirarlo a la cara, lo que obligó a Harold a someterse a las normas de la cortesía social y volverse a su vez para mirarla a los ojos.

—¿Cómo lo llevas? ¿Bien?

Harold no supo cómo responder a la pregunta. No lo llevaba de ninguna manera y no se sentía demasiado bien.

—¿Crees que de verdad soy un sospechoso? —preguntó.

—Lo dudo mucho. Estoy segura de que sólo querían darte una lección por haber alterado las pruebas de la escena del crimen. Querían asustarte.

—Pues lo han conseguido.

Sarah se rio.

—Parece que aquí todo el mundo tiene una teoría sobre el culpable —dijo, abarcando con un gesto a todo el bar y a los sherlockianos enfrascados en sus discusiones—. ¿Qué opinas?

Harold le había dado muchas vueltas al asunto en las últimas dos horas. Pero no se le había ocurrido nada mínimamente

prometedor o agradable en lo que pensar.

—¿Sabías que la palabra «elemental» escrita en la pared... sólo se utiliza en un cuento de Holmes?

—¿Ah, sí? ¿No es una de esas famosas citas de Sherlock Holmes? ¿«Elemental, mi querido Watson»?

—Sí, todo el mundo la conoce, pero no aparece en las historias originales. Está tomada de las películas antiguas y de la serie de televisión protagonizada por Jeremy Brett. En los libros, Holmes sólo le dice «elemental» a Watson en una ocasión, en «La aventura del jorobado».

—Vaya.

—Es una cita muy concreta, de una historia muy concreta. Es extraño. Y el lugar... En *Estudio en escarlata*, el primer relato, Holmes descubre una palabra escrita con sangre en la pared. En el rincón más oscuro de una oscura habitación.

—La sangre con la que se escribió el mensaje de la habitación de Alex no era la suya —dijo Sarah—. El cuerpo no presentaba señales de heridas ni de cortes. Es lo único que pude sacarles a los policías.

—En el relato original sucede lo mismo. La sangre no es de la víctima; es del asesino.

Sarah y Harold permanecieron absortos en sus pensamientos durante un rato.

—Vas a investigarlo, ¿verdad? —preguntó ella al final—. Quieres resolver el asesinato de Alex Cale.

Parecía tan obvio que, cuando Harold pensó en ello, se dio cuenta de que Sarah tenía razón.

Era el más joven de los Irregulares de Baker Street desde la admisión del propio Alex Cale. Y quería resucitarlo haciendo lo que el propio Cale no había conseguido: acabar lo que había empezado. Proporcionando lo que Cale no había podido: la solución.

Sarah sonrió.

—Hay muchos detectives en este hotel —dijo—. Pero creo que vas a ser tú quien lo resuelva.

Las palabras de Sarah lo conmovieron... Y envalentonaron.

—Debo averiguar quién sería capaz de hacer algo semejante... Quién ha asesinado a Alex. ¿Quién es capaz de matar a alguien de un modo tan extraño y macabro, y luego dejar un puñado de pistas con referencias a historias de Sherlock Holmes?

Sarah barrió el bar con la mirada, incapaz de apartarla de los sherlockianos que andaban a la greña. Dos mujeres habían dibujado algo que parecía un diagrama de la escena del crimen en una servilleta y lo señalaban con insistencia, como para demostrar que tenían razón sobre el modo en que se había cometido el crimen.

—Alguien que ha leído demasiadas historias de misterio —dijo Sarah.

OceanofPDF.com

11

Scotland Yard

Las autoridades son excelentes para recabar hechos, pero no siempre los utilizan en beneficio propio.

Sir Arthur Conan Doyle,

«El tratado naval»

19 de octubre de 1900

—dijo el inspector barbudo—, no parece que quisieran
-**M**atarlo, sino sólo darle un buen susto.

Arthur lanzó un suspiro y tamborileó con los dedos en el diminuto escritorio, en el que había una placa de bronce con el nombre del inspector Miller en letras mayúsculas recién grabadas. Dos estrellas verticales cosidas al cuello de su uniforme eran una prueba más del rango de aquel estúpido oficial.

En las oficinas centrales de la nueva Scotland Yard, que Arthur visitaba por primera vez, reinaba una sorprendente calma para ser un miércoles por la mañana. El edificio tenía sólo unos

pocos años y parecía demasiado espacioso para sus escasos ocupantes. Arthur oía las fuertes pisadas de las botas de uniforme, cerca y al otro extremo de los largos pasillos. Eran un agradable acompañamiento de percusión a esa conversación por lo demás tan irritante, una suerte de instrumento tribal, algo que bien podría haber oído en Transvaal durante una búsqueda de soldados bóeres.

—Se trata de una bomba que alguien dejó en mi buzón —dijo Arthur—. Arrancó la mitad de mi escritorio. Espero que se haga cargo de mi inquietud. Mi familia estaba en casa.

Arthur temía no poder contenerse. A pesar de su manifiesta estupidez, lo que más le irritaba era la actitud optimista del inspector Miller. Las frondosas patillas de boca de hacha y el bigote en herradura le conferían un aspecto de beagle uniformado.

—Tiene razón, doctor Doyle. Tiene toda la razón. En Scotland Yard haremos todo lo que esté en nuestras manos para apresar al responsable de este atentado. Puede estar seguro de que no descansaremos hasta que lo metamos entre rejas. No debe preocuparse. La bomba era un artefacto bastante rudimentario. Provocó una explosión potente, no me cabe duda, pero no era más que pólvora con una dosis extra de azufre en la mezcla. Me atrevería a decir que había más humo que fuego, no sé si me entiende.

Arthur jamás había retado a duelo a un hombre, pero en ese momento comprendió lo razonable de la tradición. Era eso o propinarle un puñetazo ahí mismo, opción que no le parecía tan caballerosa.

Arthur replicó muy lentamente en un intento por contenerse.

—¿Y la carta que la acompañaba? ¿Qué me dice de eso?

Cogió el sobre del escritorio del inspector Miller y lo blandió ante el rostro del oficial como si fuera un abanico chino. El día anterior, Arthur había abierto el sobre por el borde derecho apresuradamente. Dentro no había encontrado una carta, sino un recorte del *Times*, publicado dos semanas antes. Era un breve

artículo sobre un asesinato cometido en el East End. «Espantoso asesinato en Stepney», rezaba el titular. «Novia aparece muerta en el baño.» En él se describía el caso de una joven que había muerto estrangulada en la bañera de una habitación alquilada en Salmon Street. Junto al cadáver había un vestido de novia barato, pero no se había encontrado información sobre su identidad, ni la del posible marido, salvo un extraño tatuaje en el cuerpo de la joven que representaba un cuervo negro de tres cabezas. Puesto que por aquel entonces no era nada extraño encontrar el cuerpo sin vida de una mujer anónima en el East End, el caso no llamó la atención de nadie. De hecho, dado el lugar en el que se halló el cadáver y la presencia del tatuaje, Scotland Yard dio por sentado que se trataba de una ramera y zanjó el caso al considerarlo un triste ejemplo más de la gran maldición que se cernía sobre la sociedad.

—Me temo que alguien ha tenido la macabra idea de divertirse a su costa —replicó el inspector Miller—. Creo que el hecho de reclamar la atención de un hombre de su categoría con la noticia de una ramera muerta no es más que el producto de una mente desquiciada.

—¿No se le ha ocurrido pensar que el asesino de esa pobre desgraciada sea, en realidad, el responsable del artefacto que arrasó mi estudio?

—Como le decía, doctor Doyle, la investigación sigue su curso. Le aseguro que la situación está bajo control. Es más, me atrevería a decir que nuestros mejores hombres están trabajando en este caso.

El inspector Miller se estiró los faldones de la casaca y enderezó la columna mientras se erguía unos centímetros más. El movimiento sólo sirvió para conferirle un aspecto aún más juvenil a ojos de Arthur. El uniforme elegante y oscuro del inspector colgaba con holgura de su cuerpo desnutrido. Parecía más bien un niño jugando a disfrazarse con la ropa de su padre que un defensor de la justicia con la misión de proteger a la sociedad de la depravación de los bajos fondos. Si Miller era lo mejor que Scotland Yard podía

ofrecerle, pensó Arthur, entonces la oscuridad de esos crímenes nunca vería la luz de la justicia.

—Si me permite la pregunta —prosiguió el inspector Miller —, ya que está aquí y que yo soy el encargado de llegar al fondo de este caso...

El inspector cogió una revista antigua que amarilleaba bajo un montón de papeles y se la tendió a Arthur para que la viera.

—Verá, la cuestión es que mis hombres me afeitarían el bigote si, aprovechando su visita, no le pidiera un autógrafo.

Se trataba de un ejemplar del *Strand* de diciembre de 1893. El relato central de ese número era «El problema final». Hacía años que Arthur no veía una copia de su último relato holmesiano, y los sentimientos que despertó en él fueron intensos y encontrados. En un principio, consciente de la fama que lo precedía, y que se había ganado con el sudor de su frente, lo embargó una sensación de orgullo que le tensó los músculos de la espalda; no obstante, esos sentimientos no tardaron en dar paso a una irritación incrédula que le crispó el rostro, hasta tal punto que el bigote le rozó la punta de la nariz. De todas las estupideces posibles, en un momento como ése, ¿Holmes? Parecía uno de los muertos vivientes de Bram, un vampiro espectral que seguía a Arthur dondequiera que fuese y de cuya malevolencia omnisciente no podría escapar jamás. No era el elogio de Arthur, sino el de Holmes, lo que el inspector perseguía.

Arthur cogió la revista del escritorio y la examinó.

—Ah, y espero que no le moleste, pero ¿le importaría escribir: «Para Eddie, de detective a detective»? , si no le parece demasiado presuntuoso, claro. Y, ya puestos, ¿podría firmar como Sherlock Holmes?

Aquello era mucho más de lo que Arthur podía soportar. Dejó caer la revista en el escritorio y se encabritó como un caballo.

—Si no está dispuesto a investigar estos crímenes con toda la seriedad que requieren, me veré obligado a investigarlos yo mismo —replicó al inspector Miller con desdén infinito.

Arthur cogió el sobre y se lo guardó en el bolsillo del abrigo antes de que el inspector pudiera oponer resistencia.

—Averiguaré la identidad del hombre que asesinó a esa joven novia indefensa y que a punto estuvo de matarme a mí también. Y lo haré sin su ayuda. Que pase un buen día.

Arthur se volvió y se dirigió hacia la puerta.

—Doctor Doyle —lo detuvo el inspector, con la esperanza de que Arthur estuviera bromeando—. No sabemos nada acerca de la chica muerta. No se halló ningún objeto personal, anillo ni joya de cualquier tipo. El hombre que regenta la casa de huéspedes dice que la muchacha... Espere, lo tengo aquí en algún lado, lo busqué en el archivo para contárselo.

El inspector Miller hurgó en los papeles del escritorio hasta que encontró lo que buscaba.

—Dice que llegó la noche anterior acompañada de un caballero alto y muy delgado. El hombre no pronunció palabra. La chica pagó los cuatro peniques que costaba la habitación por adelantado. Se alojó bajo el nombre de Morgan Nemain. Lo hemos comprobado y estamos prácticamente seguros de que es falso. No encontramos nada en la habitación que nos permitiera establecer la identidad de la dama ni el caballero. Sólo un vestido de novia barato. Sabe Dios de dónde debió de sacarlo. Y ese extraño cuervo de tres cabezas, que, si me lo permite, me atrevería a decir que se lo tatuó uno de sus clientes. Ya sabe cómo son esas mujeres. También me han hecho notar que el tatuaje no era reciente, lo cual significa que llevaba ya un tiempo dedicándose a ese mundo. Uno de mis hombres hizo un dibujo.

El inspector Miller le mostró un pedazo de papel blanco en el que había dibujada una réplica del tatuaje de la chica muerta. Arthur vio lo que, en un principio, le pareció una gran mancha negra; sin embargo, cuando la examinó con mayor detenimiento, la mancha adoptó la forma tosca de un cuervo negro como el carbón, con tres cabezas que nacían del cuello. Una miraba hacia la izquierda, otra hacia delante y la última hacia la derecha. Arthur

pensó en las fotografías de nativos americanos que había visto, indígenas que decoraban sus pieles con furiosas pinturas de guerra.

—Además —prosiguió el inspector Miller—, se dice que pronto lo nombrarán caballero del reino. ¿De verdad quiere verse mezclado en un asunto tan turbio? Y ¿ha pensado en por qué iba a querer alguien estrangular a una ramera del East End y luego hacer volar por los aires a un caballero de su talla? ¿Para luego informar al mundo de sus hazañas? Le ruego que sea razonable.

Arthur se detuvo cuando ya tenía la mano en el pomo de la puerta. El inspector estaba en lo cierto. Era una trama muy oscura. La solución se atisbaba muy lejos en el horizonte, y Arthur no tenía ni la más remota idea de cómo iba a poder llegar hasta ahí.

—Es un caso digno del mismísimo Sherlock Holmes —dijo el inspector Miller esbozando una sonrisa.

Arthur pensó de nuevo en el duelo. Estaba convencido de que ese día habría pelea, pero no con el estúpido inspector.

—No —dijo Arthur—. No es un caso digno del maldito Sherlock Holmes. Es un caso digno de su creador.

Tras pronunciar esas palabras, Arthur se marchó dando un portazo y dejando solo al inspector Miller, quien no podía sino meditar acerca de las posibles consecuencias que podría acarrear haber abierto la caja de Pandora.

12

Una propuesta

«Mis honorarios se rigen por una escala fija. No los modifico, salvo cuando decido renunciar a ellos.»

Sir Arthur Conan Doyle,

«El problema del puente de Thor»

6 de enero de 2010 (continuación)

—o es ningún misterio, maldita sea! —insistió Ron Rosenberg, golpeando la barra con una fuerte palmada para dar un mayor énfasis a sus palabras.

Harold se sobresaltó. Ron mostraba cierta tendencia a agitar los brazos cuando se alteraba. Cuanto más aumentara la intensidad de las palabras de Ron, más alerta debía mostrarse Harold ante la posibilidad de recibir un codazo.

—Vais a echarme la culpa de esto, y creo que ambos sabemos por qué —prosiguió Ron.

—Oye —contestó Harold—, no estoy diciendo que tú tengas algo que ver con esto. Con el asesinato.

—¡Shh! —exclamó Ron, barriendo el bar del hotel con la mirada—. Cállate. Esto debe quedar entre tú y yo.

Ron volvió a levantar los codos y Harold esquivó el golpe. Ron Rosenberg no era uno de los Irregulares favoritos de Harold, y en momentos como ése recordaba por qué. Ron había superado la cuarentena, pero parecía mayor. Tenía los ojos achinados y rodeados de finas arrugas, y los impecables ternos hechos a medida que vestía le conferían un aspecto de banquero avejentado, una apariencia que no se correspondía con la realidad. Harold recordaba vagamente haber oído algún comentario acerca de una empresa inmobiliaria en Londres, aunque no sabía de qué tipo. Sin embargo, sí estaba convencido de que Ron no era el sospechoso de la investigación de nadie.

Ron había abordado a Harold unos minutos antes, cuando Sarah salió para atender una llamada telefónica para proclamar su inocencia. Su nerviosismo iba en aumento, a pesar de que intentaba que la conversación fuera lo más discreta posible empleando una táctica que consistía en acercar la cabeza al hombro de Harold y hablarle entre encendidos susurros. Harold, en cambio, tenía la sensación de estar hablando con una abeja que no dejaba de zumbarle al oído.

—¿Qué es lo que te preocupa? —preguntó Harold.

—Estaba contigo cuando encontrasteis el cuerpo, ¿no es cierto? ¿Qué dijo? Sé que habló de mí, no me mientas.

Harold tardó unos segundos en caer en la cuenta de a quién se refería Ron.

—¿Jeffrey? ¿Te preocupa Jeffrey Engels?

Ron dirigió de nuevo la mirada hacia el local para asegurarse de que nadie los escuchaba. Los sherlockianos seguían reunidos en grupos de tres o cuatro en sus mesas. Diversos fragmentos de

paranoicas teorías conspirativas, aunque susurradas con gran seriedad, flotaban en el ambiente.

—Ya sabes que él y yo hemos tenido... cordiales desencuentros —dijo Ron—. Y algunos de ellos no han sido tan cordiales. Pero sí corteses, teniendo en cuenta las circunstancias, ¿no te parece? Somos amigos. Puedo afirmar sin atisbo de duda que somos amigos. ¿Crees que sabía que Cale había muerto cuando Jeffrey presentó el acto esta mañana?

La pregunta cogió desprevenido a Harold.

—No —dijo—. No lo creo.

—Sabes que él también había tenido sus más y sus menos con Cale, ¿verdad? Sí, de cara al público fingían siempre un gran compañerismo, pero era del todo falso. Jeffrey lo presionó mucho para que le revelara más información acerca del diario y sobre el tema de la conferencia, pero Cale no soltó prenda. Y a Jeffrey, claro, eso no le hizo ni pizca de gracia.

—Mira —dijo Harold—, no creo que ninguno de los dos seáis el culpable, ¿de acuerdo?

Ron torció el gesto. Parecía muy sorprendido de oír esas palabras en boca de Harold.

—¿Ah, sí? —preguntó—. Porque yo creo que tiene que haber sido uno de nosotros.

Harold conocía a los demás Irregulares desde hacía poco tiempo, pero estaba convencido de que los conocía. Y era gente que de verdad le gustaba. Disfrutaba de su compañía. Cuando estaba con ellos se sentía como en casa. La noche anterior, cuando le dieron el chelín de plata, Harold creyó que casi, casi, había encontrado su lugar en el mundo.

Estaba rodeado de docenas de colegas, supuestos amigos, y se sentía solo. Uno de ellos era un asesino. Tal vez más de uno, se corrigió, si habían leído *Asesinato en el Orient Express*. Claro que lo habían leído. Todos compartían las mismas lecturas. Se sabían las mismas historias de memoria: Christie, Chandler, Hammett...

Una lista suficiente para llenar páginas. ¿Cómo era posible que alguno de ellos hubiera cometido el asesinato?

Por primera vez esa mañana, Harold estaba furioso. Furioso con el asesino por haber matado a Alex Cale y por haberse llevado el diario, por haber atacado a los Irregulares de Baker Street. ¿Qué iba a sucederle al grupo ahora? En la última reunión celebrada en Los Ángeles, habían estado hasta las dos de la madrugada bebiendo whisky escocés y riéndose del increíble error en la trama de «La aventura del ciclista solitario». Era algo que no volvería a suceder. ¿Cómo podrían?

No podía permitir que el responsable se saliera con la suya. Todo aquello era demasiado importante para él: el grupo, el club, la gente. No podía permitir que nadie volviera a recluirlo en la antigua soledad de su vida.

Sintió el narcisismo de su ira cada vez mayor.

—¿Por qué ha pronunciado Jeffrey ese discurso esta mañana?
—dijo Harold.

Los pensamientos se le agolpaban en la cabeza.

Ron sonrió.

—Es una excelente pregunta —respondió—. ¿Por qué no esperó hasta saber dónde se encontraba Cale? ¿Por qué empezó a exponer el asunto ante una sala atestada de gente que ya sabía lo que iba a decir?

—Se diría que hubiera querido asegurarse de que todos los presentes comprendieran que creía que Alex Cale aún estaba vivo.

—Harold, me alegro de que hayas cambiado de opinión y pienses como yo.

Harold hizo una pausa tras el comentario. ¿Pensar como Ron? No. Eso no era un buen presagio. Si Harold iba a acometer la empresa, y eso era lo que se proponía, tenía que hacerlo de un modo sensato y razonable. Las teorías paranoicas eran demasiado

simplistas, demasiado satisfactorias desde un punto de vista emocional.

—Creo que deberíamos...

Ron dejó la frase a medias. Tenía la mirada fija en algún punto detrás de Harold.

Alguien le dio un golpecito en el hombro. Harold se volvió y se encontró mirando a los ojos a un hombre atractivo, unos cuantos centímetros más bajo que él y unos diez años mayor. Las cejas negras del individuo arrancaban cerca de una nariz fina y femenina, lo que le confería un aspecto agradable y serio a un tiempo. Iba vestido de modo informal: pantalones caqui y un jersey negro de cuello vuelto. Más tarde Harold habría de fijarse en el aparatoso reloj, de oro macizo; el único detalle de ostentación del hombre.

—¿Es usted Harold White? —preguntó el tipo, en voz baja.

—Sí —contestó Harold.

—Os dejaré hablar —dijo Ron antes de retirarse.

¿Por qué se marchaba? ¿Quién era el desconocido?

Harold miró detrás del atractivo personaje y vio a Sarah en la puerta del bar. Los estaba observando.

—¿Podríamos charlar en algún lado? —preguntó—. Me llamo Sebastian.

Le tendió la mano derecha para estrechársela, y con la izquierda agarró ambas manos, como dando fe del vínculo que acababan de establecer.

—Sebastian Conan Doyle.

Mientras hablaba, el bisnieto de Arthur Conan Doyle recorría la moqueta color crema de la habitación de Harold con las manos entrelazadas a la espalda y los omóplatos en tensión, postura que alternaba con un gesto de seriedad cuando cruzaba los brazos sobre el pecho.

—Como usted bien sabrá, Cale y yo tuvimos nuestras disputas, no es ningún secreto. Hemos discutido en público durante años sobre el diario, y no tiene sentido fingir lo contrario. Él creía, equivocadamente, que era de dominio público y que cuando lo encontrara podría donarlo a una universidad o a un museo. Obviamente, como estoy seguro de que comprenderá, ese diario me pertenece. Fue escrito por mi bisabuelo. Es de mi propiedad. Vine a Nueva York para intentar hacer entrar en razón a Cale, para explicárselo de una vez por todas.

Sebastian Conan Doyle miró a Harold, esperando un gesto de confirmación. Harold estaba sentado en la silla de madera del escritorio, con la espalda erguida y escuchando con atención. No le apetecía discutir el asunto con aquel hombre, pero creía que tampoco podía dejarlo pasar por alto.

—Entiendo su postura, señor Conan Doyle. Pero no soy abogado. No conozco los entresijos de la legislación sobre herencias, aunque tengo entendido que su familia no ha estado en posesión del diario durante los últimos ochenta años. Todo depende del lugar donde lo encontrara Alex. Y, ahora mismo, eso es algo que nadie sabe. Su afirmación no me parece tan sencilla, eso es todo.

Sebastian emitió un suspiro y negó con la cabeza. Se volvió hacia Sarah, que estaba sentada en el borde de la cama, en silencio. La chica se inclinó un poco hacia atrás, apoyó las manos en la cama y balanceó ligeramente las piernas en el aire. Le dedicó una sonrisa a Sebastian y, sin apenas mover la cabeza, le dirigió una mirada de neutralidad comprensiva a Harold.

—En algo lleva razón —dijo Sebastian, volviéndose hacia Harold—. No es usted abogado.

Tampoco lo era él, pensó Harold, aunque ignoraba a qué se dedicaba aquel hombre. Sabía que Sebastian era el hijo mayor del difunto Henry Conan Doyle y que había heredado una módica fortuna. Aunque tenía una hermana más joven, una tía y cuatro primos Conan Doyle, su voz era prácticamente la única que se

alzaba cuando surgía algún problema relacionado con los derechos de propiedad intelectual de su bisabuelo. A lo largo de los años, se habían producido grandes luchas en el seno de la familia por los derechos literarios de Holmes y Watson y por la fortuna que generaban anualmente. Por lo poco que Harold sabía, el estado actual de las relaciones familiares de los Conan Doyle no era el mejor posible. Aunque lady Harriet Conan Doyle, la tía de Sebastian, había sido generosa con los estudiosos y el público en general, Sebastian y ella no se hablaban. Hasta el momento, Harriet, así como los Doyle más jóvenes, se habían mantenido al margen de todo lo relativo al diario. Sin embargo, tan sólo unos días después de que el correo electrónico inicial de Alex Cale anunciara el descubrimiento, Sebastian y sus abogados se habían implicado en el asunto.

—Los tribunales dirimirán la cuestión a su debido tiempo —prosiguió Sebastian—. Denuncié a Cale, como bien sabe, y si la persona que ha robado el diario intenta donarlo, demandaré también a ese maldito cabrón. Pero...

Sebastian se detuvo en el centro de la habitación y dio un taconazo, como un general alemán en una película sobre la Segunda Guerra Mundial.

—El principal problema al que me enfrento ahora mismo es hallar el diario.

—¿La policía no lo ha encontrado oculto en la habitación de Cale? —preguntó Sarah.

—No. Quienquiera que lo haya asesinado, también se ha llevado el diario. Es la única información de la que disponemos, aparte de los registros de entrada y salida correspondientes a la llave electrónica, y de los pocos interrogatorios que han realizado entre el personal del hotel.

—¿Qué sabemos de los registros de la llave? —preguntó Harold.

—Que tres personas entraron anoche en la habitación de Alex Cale. Toma.

Sebastian sacó una hoja de papel de su bolsillo y se la entregó a Harold.

¿Qué demonios estaba sucediendo? ¿Por qué le estaba entregando Sebastian Conan Doyle documentación policial sobre el asesinato? Harold prefirió guardarse las preguntas para sí mismo y bajó la mirada.

La hoja de papel era una fotocopia obtenida del registro del departamento de seguridad del hotel. Contenía una lista de todas las veces que se había usado la tarjeta de la habitación de Alex Cale para abrir y cerrar la puerta.

—Cale usó la tarjeta para entrar en la habitación después de registrarse, a las 12.46 —señaló Sebastian—. Luego entraron otras tres personas, a las 3.51, a las 4.05 y a las 5.10 de la madrugada.

—¡Cielos! ¿Qué tarjeta usaron para abrir la puerta?

—Ése es el problema. No usaron ninguna. En los tres casos, la puerta se abrió y cerró desde dentro.

—¿De modo que tres personas llamaron a la puerta y Alex los dejó entrar? ¿Tres veces, en mitad de la noche?

—Así es —confirmó Sebastian—. O una sola persona entró y se marchó, y luego regresó de nuevo. De las tres veces que se abrió la puerta, no sabemos cuándo entró o salió alguien.

—¿Se ha determinado la hora de la muerte?

—Entre las 4.00 y las 8.00 de la madrugada. Cualquiera de esos visitantes, si hubo más de uno, podría ser el asesino.

—¿Y las cámaras de los pasillos? —preguntó Sarah.

—No las hay. Y las del vestíbulo enfocan hacia la puerta y el mostrador de recepción.

—¿Quién entró por la puerta principal? —preguntó Harold.

—Cientos de personas, Harold. Es un hotel de doscientas habitaciones y la noche del cinco de enero estaba casi al setenta por ciento de su capacidad.

—¿Entró alguien en el hotel justo antes de que Alex recibiera la primera visita? ¿Sobre las 3.40 ó las 3.45?

—¡Buena pregunta! Cuánto me alegro de haber recurrido a ti.

Harold prefirió hacer caso omiso del comentario condescendiente de Sebastian. Estaba demasiado ocupado con los detalles del caso.

—No. No entró nadie en el hotel entre las 3.20, cuando un hombre de negocios regresó de un local de *striptease*, y las 4.30, cuando uno de los sherlockianos entró dando tumbos tras pasar un buen rato tomando vodka en el bar que hay en esta misma calle. Creo que era uno de los japoneses, no recuerdo su nombre.

—De modo que el asesino de Alex se alojaba en el hotel —dijo Sarah, emocionada.

—Así es —confirmó Sebastian.

—O bien —se apresuró a añadir Harold—, el asesino entró en el hotel unas horas antes, aprovechando algún momento en que hubiera mucha gente para que nadie pudiera identificarlo, y esperó.

Sebastian sopesó esa posibilidad.

—Es una teoría plausible, supongo. Interesante —dijo rascándose el cuello con gesto pensativo—. Permíteme que te aclare una cosa, Harold. Alguien ha robado un objeto que me pertenece y me gustaría recuperarlo. Y estoy dispuesto a invertir una suma nada desdeñable para conseguirlo. ¿Lo comprendes?

—Claro —dijo Harold.

Al mirar a Sebastian a los ojos, tuvo la sensación de que el tiempo se detenía entre ellos, de que había una pregunta no formulada que flotaba en el ambiente.

—¿Acaso desea que yo haga algo al respecto?

Sebastian hizo una mueca. No parecía un hombre acostumbrado a tener que dar explicaciones y la situación parecía incomodarlo.

—Le he dicho... —terció Sarah.

Harold la miró y se dio cuenta de que se dirigía a él, no a Sebastian.

—Le he contado a Sebastian que te has propuesto solucionar el caso. Es así, ¿verdad?

—Sí —admitió Harold con voz cansada.

—Bien —se limitó a añadir Sebastian—. En tal caso, me gustaría ayudarte a conseguirlo. Quiero que encuentres el diario. Si averiguas también quién es el asesino, fantástico. Si no, fantástico también. No podría importarme menos. Pero recupera el diario y devuélvemelo; a mí, que soy su legítimo propietario. Te pagaré. Muy generosamente.

Harold miró a Sarah en busca de un gesto que le confirmara que Sebastian hablaba en serio. La sonrisa apenas perceptible de la periodista era tan impenetrable como siempre. ¿Cómo había conocido ella a Sebastian?

—¿Por qué yo? —inquirió Harold tras dejar a un lado las preguntas más espinosas y decantarse por una más sencilla.

—A decir verdad, ha sido idea de Sarah. En el transcurso de los últimos meses me ha entrevistado en varias ocasiones para su artículo. Me alojo en un hotel en el otro extremo de la ciudad, y la he llamado en cuanto me he enterado de lo sucedido. Ella me ha contado lo que has hecho en la habitación de Cale esta mañana, y lo cierto es que me ha sorprendido gratamente. Seamos sinceros: creo que uno de vosotros es el responsable, que uno de tus chalados y delirantes amiguitos mató a Cale y robó mi diario, a buen seguro que por algún motivo sin sentido, oscuro y enfermizo. Ese capullo retorcido debe de estar levantando un altar para colocar el diario y rezarle como si fuera Ganesha. De modo que soy consciente de que, para recuperar el diario, voy a necesitar a alguien que... cómo

expresarlo... a alguien que sea capaz de pensar del mismo modo. ¿Que el asesino ha escrito «elemental» en la pared? ¡Venga ya! Esto es sin duda obra de un sherlockiano chalado que deja mensajes para que otro sherlockiano tan chalado como él los siga. Y lo digo sin ánimo de ofender, por supuesto.

—No me ofendo, esté tranquilo —dijo Harold con sinceridad.

Sebastian se dirigió hacia Harold, se detuvo frente a él y lo miró fijamente a los ojos.

—Tengo acceso a ciertos... Bueno, digamos que puedo conseguir lo que necesitas. Dime cómo puedo ayudarte.

Harold pensó en la descarga de adrenalina que había sentido al entrar en la habitación de Alex. En la emoción del descubrimiento. En la resolución del rompecabezas. Pensó en la imperiosa necesidad que sentía de saber más.

—«Mis honorarios profesionales se rigen por una escala fija» —dijo Harold—. «No los modifico, salvo cuando decido renunciar a ellos.»

—¿Cómo dices?

—Es una cita de «El problema del puente de Thor». Uno de los relatos.

Sebastian y Sarah miraron a Harold con perplejidad.

—Me encargaré del caso —les aclaró—. Y no voy a cobrarle. Pero necesitaré unas cuantas cosas.

—De acuerdo —dijo Sebastian.

—Necesitaré copias de los informes policiales. De la autopsia, de los interrogatorios, de todo.

—Por supuesto.

—Y un billete a Londres. En primera clase. Podría pasarme el día entrevistando a sherlockianos aquí, pero eso no me llevaría a ninguna parte. Son demasiado listos. Para averiguar dónde está

ahora el diario, tenemos que descubrir dónde estaba antes. ¿Dónde y cómo lo encontró Alex? Necesito ver su casa. Su estudio.

—De acuerdo.

Sebastian esbozó una sonrisa de satisfacción.

—Que sean dos billetes —terció Sarah.

Ambos hombres se volvieron hacia ella, sorprendidos de oír su voz.

—He venido hasta aquí para seguir la historia. Y en estos momentos, tú eres la historia.

Hasta ese preciso instante, Harold no sabía si podía confiar en Sarah Lindsay. Ahora estaba convencido de que no podía fiarse de ella.

—Necesitarás un Watson, ¿no? —añadió la periodista, consciente de sus recelos.

Sebastian bajó la mirada a sus zapatos, como si quisiera disimular el bochorno que le producía tomar parte en aquella conversación. Harold pensó en el razonamiento de Sarah y fue incapaz de hallar ningún argumento para rebatirlo. Si él iba a ser Sherlock Holmes, bien necesitaba un Watson. Sin embargo...

Sarah le dirigió la más radiante de sus sonrisas, que fulminó el último atisbo de cautela que le pudiera quedar.

—¡Que empiece el juego! —exclamó Harold con orgullo al levantarse de la silla.

Sarah cerró los ojos un segundo para reprimir una sonrisa de satisfacción.

OceanofPDF.com

13

El vestido blanco

«¡Mi venganza acaba de empezar! Abarcará varios siglos, y el tiempo corre a mi favor.»

Bram Stoker,

Drácula

21 de octubre de 1900

—¿Podrías explicarme de nuevo qué es lo que estoy haciendo aquí exactamente? —preguntó Bram Stoker mientras avanzaban por York Street en dirección norte, dejando atrás la estación de Stepney.

Aunque no iban llenos de pasajeros, por la línea de Blackwall circulaban pocos trenes, de modo que la excursión de esa tarde al East End les había llevado un buen rato.

—Tengo que dirigir una representación, no sé si lo recuerdas. Henry quiere un caballo vivo en el escenario para el *Don Quijote*

que estrenamos mañana, de modo que tengo que encontrar una yegua donde sea.

—Son un hatajo de imbéciles, Bram —exclamó Arthur mientras se abría paso entre los transeúntes—. Los agentes de Scotland Yard no serían capaces de encontrar sus calzones sucios ni aunque lo intentaran.

Arthur levantó la cabeza, buscando en vano alguna señal que le permitiera adivinar dónde se encontraban. Apenas habían recorrido dos manzanas y ya estaba perdido.

—Hay una chica muerta que necesita desesperadamente ayuda. Sería muy poco caballeroso darle la espalda.

—Como bien dices, está muerta. Creo que ninguno de los dos está en condiciones de prestarle la ayuda que necesita, a menos que te hayas ordenado recientemente y no me lo hayas contado.

—Pues le debemos justicia —replicó Arthur—. Es nuestro deber proporcionarle justicia.

Bram no parecía muy convencido.

—Alguien ha hecho volar mi escritorio por los aires. Mi familia estaba en casa. Dejando a un lado mi bienestar, creo que el de mi familia sí debería preocuparte.

Bram lanzó un suspiro.

—Arthur, ¿qué hago yo aquí?

El escritor se detuvo.

—Necesito tu ayuda.

—Dios mío. Quieres que sea tu Watson, ¿verdad?

—No sé a qué te refieres.

—Crees que, por haber dado vida a Holmes con tu pluma, ahora puedes convertirte en él. De modo que necesitas un Watson, y por algún ignoto motivo que desconozco, me has elegido a mí. ¿Por qué no Barrie o, mejor aún, Shaw? Estoy seguro de que no tiene nada mejor que hacer.

—Una deducción interesante. Tal vez seas tú quien se considere un detective.

—De acuerdo, si vas a comportarte así, hablemos con franqueza —dijo Bram—. Watson es un artificio literario, un pobre pero eficiente desgraciado que cumple con su cometido. Para solucionar los crímenes, Holmes lo necesita tanto como una piedra de sesenta kilos atada al tobillo. Pero el público, Arthur... El público necesita a Watson como intermediario para que los pensamientos de Holmes queden siempre fuera de su alcance. Si contaras las historias desde la perspectiva de Holmes, los lectores sabrían qué piensa el maldito genio en todo momento. Sabrían quién es el culpable desde la primera página. Sin embargo, si cuentas las historias desde la perspectiva de Watson, el lector permanece a oscuras en compañía de ese zoquete. Watson es una suerte de adorno cómico. Un divertimento. Bastante bueno, lo admito, pero no entiendo para qué lo necesitas.

Arthur se volvió hacia su amigo, como si se viera obligado a explicarle por enésima vez por qué el cielo era azul.

—Verás —empezó—, voy a intentar explicártelo con todo el respeto que me mereces. No tengo un conocimiento de primera mano de este... ¿cómo te lo diría? Barrio. Y que conste que no soy una vieja chismosa, pero he podido deducir que tú sí pasas cierto tiempo en estos pagos, y se me ha ocurrido que tal vez tengas experiencia en el trato con los moradores de la zona, lo cual podría resultar útil en nuestra investigación. ¿De acuerdo?

Bram se sintió ofendido por lo que Arthur daba a entender.

—Tus palabras me hieren, viejo amigo. No creo que pueda aceptar tus insinuaciones como si tal cosa. Conoces de sobra el tipo de mujeres que viven en este barrio, y lo que buscaría un caballero como tú y como yo que decidiera acercarse. Imagino que te habrás dado cuenta de que tus palabras me resultan sumamente desagradables.

Arthur miró fijamente a Bram durante unos segundos. Alzó la mirada a los edificios que los rodeaban y no encontró nada que

pudiera orientarlos, salvo los anuncios de los puros Duke of Wellington y del zumo de lima Grover. Miró la dirección que había escrito en un pedazo de papel y torció el gesto, ofuscado.

—Lo siento mucho, no era mi intención ofenderte. En ningún momento he pretendido dar a entender que eras uno de esos hombres que buscan consuelo en este horrible e impío lugar. Maldición, me he perdido. ¿Esto es la calle Salmon?

—No —dijo Bram, que se detuvo un segundo para pensar—. Salmon es la siguiente, por ahí. Estamos en...

Entonces se calló, consciente de lo que involuntariamente acababa de reconocer.

—Sí, aguarda un momento. No conozco la zona.

Bram miró a su alrededor, no sin cierta afectación, en busca de alguna señal que indicara el nombre de la calle en que se encontraban, y fingió sorpresa al no encontrar ninguna.

—Discúlpeme, señorita —dijo Bram dirigiéndose a una joven vestida de negro—. ¿Podría indicarnos el camino a la calle Salmon?

La mujer se detuvo, miró a Bram de hito en hito y le dedicó una sonrisa picara. Sus mejillas se tiñeron de un rojo más intenso que los botones de cobre de su vestido.

—Así es, señor. ¿Tal vez esté buscando un lugar en el que descansar y relajarse?

Arthur no entendía nada. ¿De qué demonios hablaba la joven?

—Lo lamento, señorita, no me ha comprendido —se apresuró a añadir Bram—. Sólo estamos buscando la calle Salmon. ¿Está por ahí? —preguntó señalando un lugar al frente, en la dirección que ya había sugerido.

Ahora era la joven la que parecía confundida.

—Pues sí —respondió—. Está justo ahí, a la derecha.

—Muchísimas gracias —dijo Bram, volviéndose en la dirección indicada.

—Pero creo que —añadió la joven— si dos caballeros como ustedes prefirieran elegir otro destino, tal vez un lugar más relajado, les bastaría con tres peniques por cabeza.

Arthur entendió a qué se refería y le sorprendió su franqueza.

—Buenos días, señora —se limitó a decirle, y siguió la dirección que tanto ella como su amigo habían señalado.

Bram se volvió un instante y dirigió una mirada de disculpa a la joven por la reacción tan grosera de su amigo. Ella se encogió de hombros y siguió su camino.

Al cabo de unos minutos, Arthur encontró la dirección y llamó a la puerta. Bram lo había seguido a regañadientes y, con evidente fastidio, cambiaba el peso del cuerpo de un pie a otro.

Al no obtener respuesta, Arthur golpeó la desconchada puerta de nuevo, esta vez con el puño, y tras ella apareció un hombre achaparrado y con cara de pocos amigos.

—¿Quién diablos se supone que son ustedes? —les ladró.

Vestía unos bombachos y un chaleco gris abierto sobre una camisa de trabajo. El pelo, repeinado hacia atrás, dejaba al descubierto unas pronunciadas entradas que parecían avanzar inexorablemente hacia la nuca.

—Buenos días, señor. Hemos venido a investigar el caso de la chica asesinada en su casa de huéspedes hace dos semanas.

—No tienen aspecto de policías —les espetó.

—Así es, somos...

El hombre les cerró la puerta en las narices. Arthur se quedó aturdido.

—¡Señor! —gritó al cabo de un instante—. Señor, si fuera tan amable de abrirnos la puerta de nuevo, le prometo que no le robaremos mucho tiempo. Tan sólo nos gustaría ver sus

habitaciones. Echar un vistazo a la escena del crimen, si es posible...

—¡Es Arthur Conan Doyle! —gritó Bram.

Arthur se volvió hacia su amigo, sorprendido de oír su voz.

—¿Y eso qué importancia tiene? —preguntó Arthur.

Antes de que pudiera proseguir, el hombre furioso asomó la cabeza a través de la puerta entreabierta.

—¿Es usted Arthur Conan Doyle? —le preguntó a Bram.

—No, yo soy... Bueno, no soy nadie. Éste —señaló a Arthur—, éste es Arthur Conan Doyle.

El hombre lo miró fijamente.

—Sí —dijo cuando acabó de examinarlo—. Por supuesto que lo es. He visto su fotografía en los periódicos. Hace ya un tiempo. Sentado a su escritorio, con pluma y papel, un tipo excéntrico y repugnante.

Arthur, concentrado en la tarea que tenían entre manos, se esforzó por contener su enfado.

—¿Podríamos entrar y echar un vistazo a la habitación donde se alojó la chica? —preguntó.

El hombrecillo abrió la puerta un poco más.

—Un caballero tan elegante como usted, cómo no —lo invitó, abriendo la puerta del todo y haciéndose a un lado para que Arthur y Bram pudieran pasar.

Los dos hombres lo siguieron, con cuidado de no tropezar con el umbral, y entraron en una cocina diminuta y templada por calor que desprendían los fogones en el otro extremo de la estancia.

—¿Está trabajando en una nueva historia? —preguntó el hombre mientras los acompañaba hasta las escaleras.

—Sí —dijo Arthur—. Supongo que podría decirse que sí.

Al hombre se le iluminó la cara de emoción.

—Así que por fin va a hacerlo, ¿eh? ¿Lo devolverá a la vida?

—¿Cómo dice?

—¡A Sherlock Holmes! —exclamó el hombre, que había llegado a lo alto de las escaleras y se volvió para mirar a Arthur, envuelto en una aureola de luz que entraba por las ventanas del piso superior—. Si le interesa mi opinión, ya era hora. Ese detective siempre fue una buena distracción para ayudarnos a pasar el día, ya sabe. Lo extraño como si fuera de la familia. —El hombre rio para sí—. Más que de la familia, si me lo permite.

En silencio, Bram siguió a Arthur hasta el segundo piso. Oían los ruidos, amortiguados pero muy cerca, de los inquilinos alojados en las habitaciones.

—¿Cuántos huéspedes acostumbra a tener? —preguntó Arthur, desesperado por cambiar de tema.

—Oh, eso depende —respondió el hombre—. Hay unos diez habituales, más o menos, que duermen aquí todas las noches, y luego otros cinco o diez que vienen y van según se les antoje. Se sorprendería, pero son los habituales los que me causan más problemas. Creen que pueden retrasarse un día en el pago y que no me daré cuenta, o que les daré crédito por una noche más. Se indignan mucho cuando me niego. Sin embargo, los ocasionales saben que tienen que pagar por adelantado. Cuatro peniques la noche, y nada de regatear como los judíos.

—¿A qué clase de huéspedes pertenecía la mujer muerta? —preguntó Arthur.

—A ninguna de las dos —respondió el hombre—. Vino a pasar sólo una noche. Con un caballero, a juzgar por su aspecto, pero tampoco me fijé mucho en él.

—¿Por qué?

—Porque la chica llegó antes que él y me preguntó si tenía una habitación para su marido y para ella. ¡«Marido», me dijo! Si me dieran un penique por cada «marido» que ha venido aquí con la única intención de darse al fornicio...

—Pero ¿pudo verle la cara? —lo interrumpió Arthur, que prefería eludir los detalles más sórdidos del negocio.

—No, señor. Como ya le he dicho, ella llegó primero, con ese vestido blanco tan bonito y un puñado de monedas, hablando de un marido. Parecía algo atolondrada, hablaba deprisa y tenía las mejillas sonrojadas. Como mi hija en Pascua, cuando sabe que su madre y su padre están esperándola al pie de las escaleras con una naranja dulce. Esa chica no dejaba de sonreír. Me dijo que se llamaba Morgan Nemain, lo escribí en el registro y...

—¿Podríamos consultarlo? —lo interrumpió Arthur.

—Claro, está abajo. Se lo mostraré antes de que se marchen —dijo el hombre.

—Continúe, por favor.

—Le enseñé la habitación y me dijo que en breve llegaría un caballero. Me marché para seguir con mis cosas, pero al cabo de unos minutos tuve que subir a la habitación de Hattie Stark para explicarle por qué la fregona no le había hecho todavía la colada. Organizó un buen escándalo y me dijo que necesitaba la ropa, y yo intenté explicarle que, si no la sacaba por la mañana antes de las diez, la fregona no podía tenerla limpia para el día siguiente.

Arthur dirigió la mirada hacia el pasillo, a la hilera de puertas cerradas. El dormitorio en cuestión se encontraba al final.

—Y así nos pasamos un buen rato, discutiendo, como le gusta a Hattie, cuando oigo que llaman a la puerta y una voz que pide que abramos. Al principio, para ser sincero, creí que se trataba de una mujer porque tenía un tono muy agudo y chillón, pero entonces la «novia» dijo que era su marido y que ya le abría ella.

»Como me parecía de fiar, dejé que se encargara del asunto. Los oí reír mientras subían por las escaleras. Asomé la cabeza desde la habitación de Hattie para asegurarme de que eran sólo ellos dos, porque si son tres personas o más la tarifa aumenta, ya sabe, y la vi entrar en el dormitorio con un tipo alto. Sólo lo vi de espaldas.

Llevaba una capa oscura y un sombrero de copa. Tenía los andares de un caballero. Así que regresé con Hattie y sus gritos. Eso es lo que les conté a los detectives de Scotland Yard.

Arthur y Bram siguieron al hombre hasta la estrecha habitación. Había una cama robusta y baja en la esquina derecha. En la mesita de noche, una jarra de agua. Y en la esquina izquierda, una bañera sucia que en algún tiempo debió de ser de un blanco reluciente.

No se veían manchas de sangre por ninguna parte. Ningún rastro del horrible asesinato cometido dos semanas atrás. Sin embargo, al encontrarse allí, consciente de lo que había sucedido y del gran misterio al que se enfrentaba, Arthur se estremeció. El aire parecía resonar con el eco de la muerte, como las explosiones que se producían a lo lejos en la guerra en Transvaal.

—¿De qué trata la historia? —preguntó el hombre mientras Arthur y Bram inspeccionaban la escena del asesinato.

—¿La historia? —preguntó Arthur.

—¡La que ha dicho que estaba escribiendo! ¿Qué investiga Holmes? ¿Un robo? ¿Un asesinato? Por si le interesa mi opinión, le diré que me gustan más los asesinatos.

—No puedo revelarle nada —dijo Arthur—. Le estropearía la sorpresa.

El hombre soltó una carcajada y se dio una palmada en el muslo. Parecía estar disfrutando de lo lindo con la situación.

—¿Sabe qué me gusta hacer cuando leo una de sus historias? —le preguntó—. Me gusta intentar adivinar el final desde las primeras páginas. Averiguar quién es el asesino antes de que lo haga el señor Holmes.

—¿Y lo consigue? —preguntó Bram, uniéndose a la conversación—. ¿Es usted más listo que Sherlock Holmes?

—Aún no lo he logrado —admitió el dueño de la casa de huéspedes—. Pero tengo una idea. Sobre la forma en que podría

devolverle la vida.

—¿Cuál es?

—No necesita un mago ni nada parecido —dijo el hombre—. ¿Y si resulta que el señor Holmes, en realidad, no había muerto? Tal vez no cayó por el saliente de las cataratas de Reichenbach. ¿Y si lo fingió? Para engañar a Moriarty, quiero decir. Y luego se escondió para vivir aventuras por todo el planeta. Así usted podría hacerlo regresar a Londres como un héroe triunfal. Es la mejor opción, se lo digo. Nadie quiere pensar que Holmes haya muerto. Se le cae a uno el alma a los pies.

—¿Ah, sí? —preguntó Bram, que ahora se lo estaba pasando en grande con los desvaríos de aquel individuo.

—Se lo aseguro. Usted, señor Doyle, está tan absorto en la escritura que ha olvidado los sentimientos de sus lectores. No queremos que Holmes muera, por muy buena que sea la batalla en que pierde la vida. Queremos que viva para siempre.

—¿Qué te parece, Arthur? —preguntó Bram, dándole un codazo a su amigo—. ¿Por qué no apartas la roca a un lado y resucitas al divino Sherlock Holmes?

—¿Todas las habitaciones tienen baño? —preguntó entonces Arthur—. Parece algo muy acertado.

—No, no. Sólo ésta —dijo el tipo—. Hace años, cuando se construyó la casa, era el tocador. Ahora la alquilo para sacar un poco más de dinero. Para los clientes de clase alta, ya me entiende.

Arthur se acercó a la bañera y pasó el dedo índice por el suave borde. Estaba muy frío, como el cristal de una ventana en un día de nieve.

—¿Fue aquí donde encontraron el cuerpo? —preguntó.

—Lo encontré yo mismo. Estaba en la bañera, desnuda como un bebé. Tenía el cuello azul y amoratado, los ojos desorbitados. Como si alguien la hubiera agarrado del cuello y la hubiera

estrangulado hasta partírselo. El vestido estaba sobre la cama, preparado para que alguien se lo pusiera.

—¿Se fijó en el tatuaje de la pierna? Tenía la forma de un cuervo negro con tres cabezas.

—Sí que lo vi.

—¿Había visto alguna vez ese símbolo? En alguno de los vándalos que corren por el puerto, tal vez.

—No, no lo había visto nunca. Pero sí, tenía una forma curiosa. Lo llevaba tatuado en la pantorrilla, junto al tobillo.

—¿Encontró algo más en la habitación? ¿Algo que pudiera permiternos averiguar quién era la pobre desdichada?

—Nada. Sólo había un vestido blanco y una ramera muerta y desnuda.

Arthur y Bram dedicaron los siguientes minutos a refrescar la memoria del dueño de la casa para intentar obtener alguna otra pista sobre la identidad de la chica, pero fue en vano. Arthur obligó a su amigo a inspeccionar el suelo de rodillas, a lo que Bram accedió a regañadientes, aunque lo único que hizo fue quejarse de lo sucios que le iban a quedar los pantalones. El hombre les mostró el registro de huéspedes, en el que encontraron la firma de «Morgan Nemain», con letras altas, grabada con fuerza en la página, con un trazo amplio y marcado. Aunque Holmes era un experto en análisis caligráfico, capaz de distinguir las pistas más reveladoras acerca de la identidad de una persona a partir de su firma, Arthur carecía esa habilidad. Cerró el libro en silencio, resignado ante los secretos que contenía.

Al final, y con gran pesar, Arthur y Bram abandonaron la casa de huéspedes. Arthur, en concreto, regresó a las bulliciosas calles de Stepney de muy mal humor. La visita no había resultado como esperaba.

—Y bien, ¿ya hemos acabado? —preguntó Bram.

Estaba esperando el momento oportuno para decirle a Arthur que habían tomado la dirección equivocada.

—¿Te das por satisfecho?

—No voy a fingir que todo ha salido como esperaba —admitió Arthur—. De hecho, el rompecabezas parece aún más complejo. Mi Sherlock tenía datos con los que trabajar. Y nosotros, ¿qué tenemos? Un vestido. Un testigo que sólo vio al asesino de espaldas. Una mujer de la calle sin nombre. Sólo en este barrio debe de haber decenas de miles. Creo que este caso se ubica muy lejos del reino de las aventuras de Holmes.

Bram meditó acerca de las palabras de su amigo durante un buen rato y tomó una decisión trascendental.

—Arthur, no me gusta lo que estás haciendo y, francamente, preferiría regresar al remanso de paz de mi teatro, en la medida en que un teatro pueda ser considerado un lugar apacible. Creo que has abierto la caja de Pandora, y que es imposible saber qué va a salir de ella. Mira dónde estás. Éste no es lugar para ti. Eres demasiado bueno. Otros hombres, como yo... —Bram hizo una larga pausa—. Bueno, digamos que no todos los hombres son tan buenos como tú.

—Gracias —dijo Arthur, que tenía a Bram en muy alta estima—. Sin embargo, aunque no sé cómo voy a seguir adelante, me he involucrado demasiado en el asunto como para dar media vuelta ahora.

—De acuerdo —dijo Bram—. En tal caso, debo decirte dos cosas. Has tomado la dirección equivocada en dos sentidos. En primer lugar, literalmente, puesto que nos dirigimos hacia el norte y la estación de Blackwell queda a nuestra espalda.

Arthur levantó la vista con la intención de confirmar lo que le había dicho su amigo, pero seguía sin saber dónde estaba, por lo que se limitó a asentir con la cabeza antes de dar media vuelta y desandar el camino.

—En segundo lugar —prosiguió Bram, mientras caminaba junto a Arthur—, la chica muerta no era una prostituta.

Arthur se detuvo bruscamente.

—¿A qué te refieres? La encontraron en esa casa, con un hombre...

—Paparruchas. ¿Qué prostituta del East End lleva un vestido de novia limpio y blanco? ¿Crees que hay alguna que tenga siquiera un vestido cualquiera limpio? El suyo es un trabajo penoso que no se caracteriza precisamente por la escrupulosidad en la higiene. Ese hombrecillo horrible con el que hemos hablado nos ha dicho que la chica irrumpió en la casa de huéspedes exhibiendo una gran sonrisa y que pagó la habitación por adelantado. El caballero llegó al cabo de unos minutos. Si en realidad hubiera sido una puta, y disculpa que sea tan franco, habría pagado la habitación con el dinero del hombre. Y ahora, dime, ¿qué prostituta cobra por adelantado y va alegremente a una pensión cochambrosa para pagar la habitación que usará al cabo de unas horas? Si hiciera la carrera, por así decirlo, te aseguro que habría robado el dinero y se habría largado en cuanto el hombre hubiera apartado los ojos de ella.

Arthur meditó sobre lo que acababa de decirle su amigo. Si la muchacha no era una prostituta...

—En tal caso... Bueno, si no se dedicaba a eso, ¿qué era? —preguntó Arthur.

—No lo sé a ciencia cierta —admitió Bram—. No poseo las facultades de deducción sobre las que con tanta elocuencia has escrito. Pero no entiendo por qué nadie se plantea lo obvio.

—¿Lo obvio?

—Sí. Que era exactamente quien dijo que era. Una novia.

—Si fuera una novia —dijo Arthur, intentando atar cabos—, entonces él era...

—Sí —dijo Bram, que cruzó la plaza de York Street y evitó que Arthur, ensimismado en sus pensamientos, fuera arrollado por un coche de caballos—. El asesino es el hombre con el que se casó.

14

El duelo de Jennifer Peters

Londres, ese gran pozo negro al que son irresistiblemente arrastrados todos los haraganes y vagos del Imperio.

Sir Arthur Conan Doyle,

Estudio en escarlata

9 de enero de 2010

A bordo del gélido vientre de un 767 de British Airways, Harold intentó averiguar algo más acerca de Sarah. Desafortunadamente, no obtuvo un éxito inmediato.

—¿Habías estado antes en Londres? —le preguntó mientras se acomodaban en los asientos de cuero.

Sarah guardó silencio unos instantes antes de dedicarle una sonrisa irónica.

—¿Por qué no me lo dices tú? —replicó. Harold estaba confundido.

—¿Qué?

—¿No es una de esas cosas que aparecen en todas las historias de Sherlock Holmes? Le basta con estudiar el aspecto de un desconocido para hacer sus deducciones. Las motas de suciedad de los zapatos, los callos de las manos, ese tipo de detalles.

—¿Así que has leído las historias de Sherlock Holmes? —preguntó Harold.

—¡Bravo! Tu primera deducción es correcta.

Nunca sabía si Sarah coqueteaba o se burlaba de él.

—Pero sólo unas cuantas —admitió Sarah—. Mientras preparaba el reportaje sobre los sherlockianos. Vamos, dime algo más sobre mí.

Harold se fijó en sus botas de tacón de aguja, los vaqueros oscuros, la camisa de cuadros con el cuello levantado. Tenía la impresión de que vestía con estilo, pero no sabría explicar por qué.

Sarah estaba en lo cierto. Holmes ponía en escena uno de sus trucos en casi todas las historias. Cuando entraba un nuevo cliente en el salón, a Holmes le bastaban unos pocos segundos para formarse una opinión al respecto. En *El signo de los cuatro*, Holmes relató la vida entera del hermano de Watson tras examinar únicamente su reloj de bolsillo.

El truco era mucho más difícil de lo que imaginaba Harold. Primero se concentró en la ropa de Sarah, pero no pudo adivinar gran cosa. No parecían prendas baratas, pero tampoco excesivamente caras. Llevaba las uñas largas pero cortadas de forma un tanto irregular, y el esmalte se había desconchado.

—Holmes tenía una ventaja —dijo Harold.

—¿Ah, sí? ¿Cuál?

—Que vivía en la Inglaterra victoriana, en una sociedad en que las clases estaban tan estratificadas que podías adivinar dónde había nacido cualquiera sólo por su acento. Originalmente, la palabra «cockney» hacía referencia a quienes podían oír las campanas de St. Mary-le-Bow desde sus casas. Los puños de la

camisa revelaban tus orígenes. Holmes podía deducir muchas cosas a partir del bastón de un hombre (como, por ejemplo, en *El sabueso de los Baskerville*) porque los caballeros usaban bastón. Hoy en día ya no existen reglas. Tienes un millón de opciones y estilos entre los que escoger. Aunque tu ropa parezca cara, podrías haberla comprado en una tienda de segunda mano. Vivo en Los Ángeles, donde el código básico de vestuario parece ser: cuanto más informal, más dinero tienes. Ambos somos estadounidenses y, dejando a un lado algunas regiones muy concretas, los acentos tienden a mezclarse. Sobre todo entre personas que suelen mudarse con frecuencia. Eres periodista. ¿En cuántas ciudades has vivido? ¿Cuatro? ¿Seis? Podrías haber nacido en cualquiera de ellas.

—Excusas, excusas —le reprochó Sarah—. No eres el único sherlockiano que está persiguiendo al asesino de Cale, pero sí el único por el que he apostado. No deberías permitir que pensara que he apostado por el caballo perdedor, ¿no crees?

—No lo has hecho, tranquila.

—Muy bien. Bueno, entonces ¿he estado en Londres en otras ocasiones o no?

Harold hizo una pausa. Una auxiliar de vuelo les sirvió unas copas de champán.

Harold creía en Sherlock Holmes. Sabía que las historias no eran «reales», claro; no creía en Holmes hasta ese extremo. Pero creía en aquello que representaban las historias, en la racionalidad, en la ciencia exacta de la deducción. Sherlock Holmes podría hacerlo. Y Harold también.

La examinó. Ojos azul brillante. Nariz fina. Pendientes en forma de aro. El pelo castaño y ondulado recogido en una coleta, con algunos mechones junto a las sienes. Había algo detrás de la oreja. Se acercó un poco, inclinándose por encima del hueco entre los asientos de primera clase. Un pequeño tatuaje tras el lóbulo izquierdo.

—Sí —dijo Harold—. Has estado antes en Londres.

Sarah sonrió.

—¿Cómo lo has sabido?

—No lo sabía. Pero era probable. Tienes una pequeña marca en la nariz, en el lugar donde habías llevado un *piercing*. Y también llevas tatuada una nota musical detrás de la oreja izquierda. ¿Quién se tatúa notas musicales? Los músicos, claro. Así que en algún momento te has dedicado a la música. Diría que estuviste en un grupo de rock, porque no te haces la manicura como una intérprete de música clásica y porque te perforaste la nariz. ¿Eras bajista? Te lo tomaste en serio porque, de lo contrario, no te habrías tatuado esa nota. Pero lo luego lo dejaste y te convertiste en periodista. Trabajas por cuenta propia, lo cual significa que has conseguido cierta fama o bien que no ganas demasiado. Y no creo que seas famosa, porque en tal caso habría oído hablar de ti. De modo que no dejaste la música porque necesitaras el dinero, pero tampoco te hiciste periodista por ese motivo. Así que tampoco creo que hayas estado nunca sin un centavo. Eras una niña rica, o al menos de clase acomodada, que quería hacer realidad un sueño adolescente para sacar de quicio a tus padres. Entre tu infancia, con unos padres que podrían haberte llevado de vacaciones a Europa si hubieran querido, y la época en el grupo, con el que debiste de ir de gira si te tomaste tan en serio tu carrera, es razonable pensar que pasaras por Londres en un momento u otro.

Sarah le dedicó una sonrisa de oreja a oreja y unió las manos con un gesto alegre.

—El acordeón —dijo—, no el bajo. Tocaba el acordeón en un grupo punk.

—¿Tu grupo punk tenía acordeonista?

—Era genial. Pero nunca logramos salir de la costa este. Me crié cerca de Berkeley, y mis padres llevaban una vida «holgada», como dirían ellos. Durante mi niñez, viajamos tres veces a Europa. París, Madrid y una semana en Italia, donde fuimos de Roma a Cinque Terre pasando por Florencia. Pero nunca estuvimos en Londres.

—Pero has dicho que habías estado allí —dijo Harold.

—Sí. Tengo un exnovio inglés. Nacido en Londres. Nos conocimos en Nueva York, pero fuimos a visitar a su familia en varias ocasiones.

Sarah levantó la copa de champán y brindó con Harold.

—Salud —dijo, antes de tomar un buen sorbo—. Creo que, para ser la primera vez, lo has hecho muy bien.

La hermana de Alex Cale los recibió entre lágrimas. A juzgar por lo hinchados que tenía los ojos, parecía que llevaba un buen rato llorando.

Aunque era algunos años más joven que su hermano, Jennifer Peters les pareció mucho mayor cuando, después del tercer timbrado, abrió la puerta y los invitó a entrar en su espacioso piso de London Fields. Tenía el pelo reluciente y encrespado, y mientras hablaban, no dejó de recolocarse una y otra vez las puntas de su media melena detrás de las orejas. Vestía vaqueros, un jersey de cuello de pico y unos calcetines gruesos, sin zapatos. A no ser por la tristeza que la embargaba, habría parecido que se había puesto ropa cómoda para pasar el domingo.

Su marido no estaba en casa, y Harold no preguntó por su paradero. La pareja no tenía hijos y pasaba gran parte del año en el extranjero. Había llegado a Londres el día anterior para recoger los objetos personales de Alex y asistir al entierro en el cementerio de Highgate, donde descansaban varias generaciones de su familia. Jennifer era el único familiar cercano de su hermano.

Cuando tomaron asiento, Harold y Sarah en un sofá duro y Jennifer en un sillón blanco y mullido, Harold notó la aflicción que impregnaba el ambiente, como si fuera moho. El sofá estaba pegajoso y húmedo.

Harold se sintió como un imbécil. Al menos había tenido el sentido común de dejar la gorra de cazador en el hotel, con sus maletas. (En realidad no lo había hecho por sentido común, sino obedeciendo el amable consejo de Sarah; aun así, creía que haber

tomado esa decisión tenía mucho mérito.) Obligar a la mujer a que hablara de su hermano fallecido, en un momento en que debía enfrentarse a la idea de que su círculo familiar se había estrechado aún más, lo hacía sentir como un vulgar ladrón de tumbas.

—¿Cuándo fue la última vez que habló con su hermano? —preguntó Harold.

—Disculpe, pero ¿podría explicarme de nuevo qué los ha traído hasta aquí? —preguntó Jennifer con voz lastimera.

—Era un buen amigo —dijo Harold tragando saliva, avergonzado de haber recurrido a tal exageración—. Estamos intentando averiguar qué le ha sucedido.

Jennifer se volvió hacia Sarah y luego los miró a ambos. Parecía desconcertada, no por la complejidad del problema, sino por su simplicidad. Su hermano había muerto. Eso era lo que le había «sucedido».

—Harold se movía en los mismos círculos que su hermano —intervino Sarah—. Creemos que usted podría aportarnos algún tipo de información sobre las circunstancias que rodean la muerte de su hermano, algo que la policía no sepa.

—¿Es usted detective? —le preguntó Jennifer a Harold.

—No. No exactamente.

—Entonces ¿a qué se dedica?

—Soy lector.

—¿Cómo dice?

—Leo... He leído muchos libros. Mire, trabajo por cuenta propia para los departamentos jurídicos de algunos de los principales estudios cinematográficos, y cuando alguien demanda a uno de ellos por infringir los derechos de propiedad intelectual, yo los ayudo a preparar la defensa a partir de...

—¿Es uno de los amigos sherlockianos de Alex?

—Sí.

Jennifer miró a Sarah.

—¿Y usted es periodista?

—Sí.

Jennifer lanzó un suspiro, cruzó las piernas y empezó a quitarse motas de polvo de los calcetines rojos.

—Hacía un mes que no hablaba con mi hermano. Más o menos. No manteníamos... Bueno, no es cierto. A nuestro modo, manteníamos una relación estrecha.

—¿De qué hablaron? ¿Hubo algo que le llamara la atención? —preguntó Harold.

—Con Alex, siempre había algo que me llamaba la atención. Siempre tenía algo que contar del «gran juego», siempre estaba buscando una reliquia o un valioso documento o vaya a saber qué. Siempre estaba muy cerca, a muy pocas páginas de acabar la biografía. Ese día, si mal no recuerdo, me dijo que, desde que encontró el diario, lo habían estado siguiendo. Pensé que, para variar, estaba exagerando.

—¿Quién lo seguía? ¿Qué dijo sobre esa persona en cuestión?

—Y yo qué diablos sé. No era la primera vez que Alex creía que un misterioso desconocido iba tras él. Una vez, cuando estudiaba en la universidad, le dio un arrebató y llamó a nuestro padre porque, según él, había dos compañeros rivales que estaban tramando robarle la tesis. No tenía ningún sentido, claro.

—Si no lo seguían, ¿quién cree que lo mató? —preguntó Harold, sorprendido por su propia audacia.

—¿No le parece obvio? —preguntó Jennifer—. ¿Acaso no están aquí por eso?

—¿A qué se refiere?

—Pues a que ha tenido que ser uno de los suyos. Son como un rebaño de niños celosos. Mi hermano tenía una golosina y todos la anhelaban. «Dámela, dámela.»

La mujer descruzó las piernas, plantó los pies en el suelo con firmeza y se inclinó hacia delante, con las manos apoyadas en las rodillas.

—¿Cuál de sus amigos cree que ha sido? —añadió Jennifer.

Harold pensó en Ron Rosenberg. En Jeffrey Engels. En una docena más. Un escalofrío le recorrió el espinazo, pero logró contenerlo y se revolvió en el sofá.

—No lo sé. Aún.

—Piense en la última conversación que mantuvo con su hermano —terció Sarah—. ¿Le comentó algún detalle sobre el hombre que creía que lo seguía?

Jennifer Peters pensó en ello un momento antes de responder.

—No —dijo.

—Nos gustaría echar un vistazo a su apartamento, si no tiene inconveniente —dijo Sarah.

—Ah, sí, ¿qué daño podría hacer? —accedió Jennifer tras unos segundos de reflexión—. Los acompañaré enseguida. Dejen que me ponga unos zapatos.

El asesinato era siempre un acto trivial en las historias que tanto le gustaban a Harold. Los cadáveres eran un elemento más de la trama, el rompecabezas que había que resolver. No eran hermanos. Elementos de la trama que no dejaban hermanas desconsoladas que piensan en qué zapatos ponerse.

—Su hermano —dijo Harold al cabo de unos instantes— era toda una leyenda en nuestra organización. Y el hecho de que al final encontrara el diario perdido... No sé si será un gran consuelo, pero hizo realidad su sueño. Encontró lo que buscaba. Fue feliz antes de morir.

Jennifer rio para sí y negó con la cabeza.

—¿Feliz? —preguntó, recreándose en la sonoridad de la palabra—. ¿Cree que la gente es feliz cuando por fin consigue aquello que llevaba buscando desde hacía tanto tiempo?

La hermana de Alex Cale empezó a jugar distraídamente con la alianza de matrimonio que llevaba en la mano izquierda.

—No lo fue —prosiguió—. Recuerdo el día en que me llamó para decirme que había encontrado el diario. Hablaba en voz tan baja que apenas oía lo que me decía. Parecía muy distante, muy formal. Le dije que lo invitaría a salir a cenar, que teníamos que brindar por su gesta con una copa de champán. «No es necesario», me respondió.

Jennifer empleó un tono de voz grave, imitando el de su hermano muerto.

—«No es necesario.» ¿Quién es capaz de decir eso a su propia hermana?

Jennifer sacó un par de zapatos cómodos y un grueso abrigo de invierno del armario de la entrada. Mientras se lo ponía, el cuello de visón le rozó los lóbulos de las orejas.

—¿Alguna vez le contó dónde lo había encontrado? —preguntó Harold.

Había estado esperando que llegara el momento adecuado para formular la pregunta, pero había comprendido que la ocasión ideal nunca iba a presentarse.

—No, jamás —contestó Jennifer.

—¿Se lo preguntó?

—Una docena de veces. «Alex, llevabas diez años buscando el maldito diario y ¿no vas a decirme dónde lo has encontrado?» Nada. Deduje que había pasado una semana en Cambridge, aunque no estoy muy segura del motivo. Realizaba gran parte de la investigación en la Biblioteca Británica, que alberga unas colecciones eduardianas y victorianas excelentes. Era tan reservado que ni siquiera me contó que estaba a punto de conseguir su objetivo; o que, al menos, estaba más cerca que las otras veces que había creído estar a punto de dar con el maldito libro. Simplemente, me llamó un día y me dijo: «Ah, Jennifer, he encontrado el diario. Es fascinante. Voy a completar la biografía y desvelaré su

contenido en la convención de este año». Parecía triste, como si hubiera muerto un conocido. Como si tuviera que redactar un discurso fúnebre.

Jennifer frunció el ceño y se contuvo para no continuar.

—¿No cree que el hecho de encontrar el diario le proporcionó cierta paz? —preguntó Sarah—. Fue la culminación de la obra de toda una vida.

—Creo que lo que encontró, fuera lo que fuese, lo convirtió en un desgraciado desde el momento en que posó por primera vez la mirada en ese libro hasta el día en que murió. ¡Hasta el día en que el diario lo mató! —estalló Jennifer—. Creo que encontrar el diario de Conan Doyle fue lo peor que le pudo suceder a mi hermano. ¿Qué cree que va a hacer ese libro por usted?

OceanofPDF.com

15

Las acusaciones del amor

«Al mismo tiempo, debe usted admitir que el matrimonio de una dama es un momento muy adecuado para que sus amigos y familiares realicen un pequeño esfuerzo por ella.»

Sir Arthur Conan Doyle,

«Las aventuras de Charles
Augustus Milverton»

21 de octubre de 1900 (continuación)

La aguja más alta de la abadía de Westminster perforaba la orbe teñida de un amarillo pálido del sol del atardecer cuando Arthur salió de la estación de Waterloo. El tráfico de última hora de la tarde fluía por el puente de Westminster como un caudaloso río, como las temidas cataratas de Reichenbach, arrastrando a los transeúntes y las berlinas y su traqueteo hacia el abarrotado centro de la ciudad. El Big Ben marcaba las cinco y veinte.

En algún lugar de la ciudad se escondía el marido asesino de «Morgan Nemain», y Arthur iba a encontrarlo. Su primera parada fue el despacho del vicario general, donde se expedían más de dos mil licencias matrimoniales al año en nombre del arzobispo de Canterbury. Habitualmente, las parejas se casaban en su diócesis local, pero si el hombre y la mujer procedían de parroquias distintas, la ley establecía que sólo el arzobispo de Canterbury tenía autoridad para legalizar la unión. Esto, a su vez, significaba que, si alguien quería casarse de forma clandestina, la rectoría del vicario general, cerca de Waterloo, era el lugar para hacerlo. Era un secreto a voces, y una gran ironía, que la mayoría de los matrimonios impíos fueran sancionados por la más alta instancia eclesiástica.

Los registros matrimoniales se enviaban a la biblioteca para su custodia, pero si la chica muerta se había casado tan sólo unas semanas antes, existían muchas posibilidades de que Arthur pudiera encontrar todavía una copia de la licencia en el despacho del vicario general.

Arthur y Bram habían llegado a esa conclusión en el tren de vuelta desde Blackwall, antes de que Bram regresara a su teatro para ocuparse de los actores, no sin antes suplicarle a su amigo que renunciara a la búsqueda. Tenía que conseguir un maldito caballo vivo para *Don Quijote*. Debía satisfacer todos los egos.

En el puente de Westminster, Arthur se sorprendió al ver el brillo de las farolas que se extendían como un manto de estrellas. Su resplandor blanco contrastaba con los abrigos negros de la gente, y refulgían como una luna llena sobre las agujas fractales de Westminster. Arthur cayó en la cuenta de que se trataba del nuevo alumbrado eléctrico que el gobierno de la ciudad estaba instalando avenida por avenida, plaza por plaza, en lugar de las sucias farolas de gas que habían iluminado los espacios públicos de Londres durante el último siglo. Las eléctricas eran más brillantes. Eran más baratas. Requerían menos mantenimiento. E iluminaban más el tenue atardecer, mostrando todas las grietas del pavimento, todos los adoquines. Adiós al débil claroscuro de Londres, a las damas y los caballeros en relieve de negro sobre negro. Adiós a la era de

neblina y carbón de Newcastle, al hedor de la fundición de Blackfriars. Bienvenidos al radiante resplandor del siglo XX.

Arthur paró un ruidoso cabriolé evitando dirigir la mirada hacia el edificio de Scotland Yard, situado al otro lado del Támesis. Al diablo con ellos.

El coche llevó a Arthur hasta Kensington, y luego dobló a la derecha por Lambeth Road. El palacio de Lambeth se alzaba ante él, una mole cuadrada con almenas medievales anacrónicamente militares en la ciudad moderna sin fortificar. A Arthur, aquel palacio le parecía un irlandés rechoncho y furioso, dispuesto a entablar pelea con los pabellones del hospital de St. Thomas, al norte. Junto al curioso edificio se encontraba el despacho del vicario general.

La magnífica entrada estaba formada por una serie de aberturas en forma de V invertida, cada una unos cuantos centímetros más pequeña que la anterior. Arthur tuvo la sensación de estar adentrándose en un túnel oscuro.

Aunque en rigor no era una iglesia, el edificio conservaba ese aire de quietud majestuosa y silenciosa que Arthur siempre había asociado con las iglesias católicas y anglicanas. Recelaba de la Iglesia, de cualquiera de ellas, y, sin embargo, debía admitir que también las amaba. Arthur admiraba todo aquello que lo vinculara con la antigüedad, que lo hiciera sentir parte de la Gran Bretaña que abarcaba milenios de historia. Creía en su gente y en los ideales de su civilización más de lo que creía en su Dios. Sentía un amor más intenso por lo sajón que por lo anglicano.

Arthur se sentía en cierto modo avergonzado de que el sonido que emitían las pisadas de sus botas retumbara por los largos pasillos. Junto a él pasaron frailes vestidos con hábitos que, sin embargo, parecían moverse sin hacer ningún ruido.

El fraile que se encontraba en el mostrador donde se despachaban las licencias matrimoniales parecía tan joven que bien podría haber sido su hijo. Llevaba un hábito marrón y tenía un rostro sin arrugas, como si al muchacho no lo abrumara ninguna

preocupación. Cuando miró a Arthur a los ojos no parpadeó ni desvió la mirada hacia otro lado; se limitó a observarlo fijamente, con la certeza y la serenidad de los devotos que no conocen la duda.

—Buenos días —lo saludó Arthur—. Disculpe que lo moleste, pero me gustaría realizar una consulta de su registro matrimonial.

—¿Se trata de su hija? —preguntó el joven fraile con valentía.

—¿Cómo dice?

—Su hija. No hay que ser Sherlock Holmes para darse cuenta de que usted ya está casado.

El fraile sonrió y dirigió una mirada a la alianza de oro de Arthur.

—La mayoría de hombres como usted, caballeros que ya peinan alguna que otra cana, vienen aquí porque están buscando a una hija desaparecida. En principio no puedo permitir que cualquiera hurgue en los archivos, pero acostumbro a hacer una excepción con los hombres de aspecto honorable que acuden en busca de sus hijas. Se sorprendería si le dijera cuántos vienen.

Arthur pensó en lo que acababa de decirle y decidió, de forma muy racional y dada la situación, que la mentira era el mejor enfoque.

—Sí. Mi hija —afirmó—. Ha desaparecido. Temo que haya podido huir con su amado, un hombre de lo más ruin. Nemain, me apellido. Archibald Nemain. Mi hija se llama Morgan. ¿Podría consultar sus archivos para comprobar si ha venido hasta aquí para casarse?

—Me lo temía —dijo el fraile—. Acompáñeme, por favor. Conservamos el registro de amonestaciones matrimoniales en la parte de atrás.

El joven acompañó a Arthur hasta su escritorio, que se encontraba en una pequeña antecámara del registro matrimonial. Las paredes de la sala estaban recubiertas de unas inmensas losas

grises que parecían cernerse lentamente en torno a Arthur. Pensó en Poe, en el dulce horror de «El barril de amontillado».

El único mueble de la sala era un enorme baúl de madera, con dos docenas de pequeños cajones. Fuera cual fuera su función original, había sido convertido en espacio de almacenamiento para organizar alfabéticamente las amonestaciones matrimoniales, los documentos legales que recogían formalmente la intención de una pareja de desposarse.

Mientras Arthur examinaba el archivo se oyeron los murmullos de una joven pareja procedentes del escritorio del fraile, quien dejó a Arthur a solas para atenderlos.

Durante casi una hora, Arthur revisó los cajones de documentos. Al principio la búsqueda se realizó entre las risas de emoción de la futura novia y las lentas respuestas del novio, que ofreció al fraile todos los detalles necesarios: los nombres de la pareja, los de sus padres, los lugares de nacimiento y residencia, y la aprobación firmada del padre de la novia. Cuando se marcharon, el fraile siguió atendiendo a las demás parejas y jóvenes que se presentaron en el despacho. Algunos hombres acudían solos a cumplir con esas obligaciones para ahorrarles la molestia a sus prometidas. Arthur los oía llegar y desaparecer como colibríes: el ruido de las pisadas al llegar, los chillidos y exclamaciones durante los trámites, los pasos rápidos de su apresurada marcha.

Los documentos manuscritos dispuestos ante él atesoraban todo el romanticismo de la burocracia gubernamental. Aunque estaban cumplimentados por la mano derecha del voluntarioso novio, aquellos papeles poco tenían que ver con Shakespeare y mucho con un testamento.

«4 de octubre de 1900 —rezaba el primero de muchos—, fecha en la que se personó Thomas Stacey, natural de Morden, en el condado de Surrey, de veinticuatro años de edad y soltero, para dejar constancia de su intención de desposarse con Mary Beach, del condado de Norfolk, de veinte años, menor y soltera, con el consentimiento de Richard Norris, su tío y tutor legal, al no tener

padre, madre, testamentario ni ningún otro tutor.» Y seguía durante una página entera para precisar que ni la novia ni el novio habían estado casados anteriormente, y que no existía ningún otro «impedimento debido a ningún precontrato» que les impidiera contraer matrimonio legalmente.

Arthur recordó su propia boda, celebrada dieciséis años antes. ¡Caray! ¿Tanto tiempo había transcurrido ya desde aquel precioso día de agosto en Masongill? Cuando conoció a Touie no era más que un pobre doctor; pobre en ambos sentidos de la palabra. Su consulta le aportaba exiguos ingresos, aunque no había sido hasta entonces, transcurridos ya varios años, cuando se había dado cuenta de que aquello se debía probablemente a su escaso talento. Había conocido a su querida Touie —a la sazón Louise Hawkins, un apellido que ahora le resultaba tan extraño que bien podría haber sido el de la esposa de cualquier otro hombre— cuando su hermano acudió a él aquejado de una meningitis cerebral. Arthur le recetó un sedante nocturno de hidrato de cloral, pero aun así falleció al cabo de una semana. En ocasiones Arthur aún se preguntaba, como había hecho entonces, si su cuñado había fallecido como consecuencia del tratamiento, pero siempre se convencía a sí mismo de que era muy poco probable. Dieciséis años más, tarde, Arthur sabía que una dosis de hidrato de cloral conllevaba ciertos riesgos. Pero su paciente yacía consumido por los delirios. ¿Acaso no era cierto que su estado requería algún tipo de sedante? Qué ciencia tan imprecisa era la medicina. Y cuánto más de arte tenía que la ficción.

Arthur se preguntó por los comienzos de los matrimonios cuyos certificados examinaba y hojeaba con los pulgares. ¿Eran todos tan felices como él, cuando vio a su novia en el altar, cuando intercambió un guiño con su madre, incapaz de dejar de llorar? ¿En qué habrían de convertirse esas pasiones transcurrida una década y media?

El amor se volvía dócil con la edad, como un sabueso fiel. Se convertía en un bien valioso y preciado, aislado del mundo como un joyero. El amor se convertía en algo encomiablemente formal; el amor eran los huevos, el amor era el jamón, el amor era el

periódico de la mañana. Amaba a Touie tanto como el primer día. No. Más. Siempre la amaría. Sí, desde que había enfermado, varios años antes, se habían abstenido de ciertas relaciones íntimas. No iban a tener más hijos, pero aun así Arthur no podía ser más feliz con su familia. Se sentía como si se hubiera criado con ella, aunque ya tenía veintiséis años cuando se casaron, y ella veintiocho, como si se hubiera convertido en adulto junto a ella. Como si ella fuera la hermana con la que no tenía secretos.

Bueno, quizá sí un secreto. Estaba Jean...

Tres años antes había conocido a Jean Leckie, una mujer bella y brillante cuya animada conversación, preclara inteligencia y radiante caída de ojos lo habían dejado fuera de combate desde el primer momento. Era joven, pero muy sabia, y no tenía ningún miedo de pensar y preguntarse y expresarse como un hombre. Arthur nunca había conocido a una mujer como ella, y estaba casi seguro de que no volvería a conocerla. Sus intenciones con ella, como no podía ser de otro modo, se habían mantenido en la más estricta pureza. Jamás se cogían de la mano. Cuando paseaban juntos, él henchía el pecho y se cogía las manos a la espalda, formando un ángulo de noventa grados con los codos. Había hecho un juramento, el mismo juramento escrito en los cientos de papeles que descansaban sobre su regazo. No pensaba traicionarlo nunca. Pero, siempre que el honor se lo permitiera, quería seguir viendo a Jean. Daba largos paseos por el campo con ella. Y Jean lo animaba desde las gradas cuando Arthur jugaba a cricket.

Eso también era amor. Y para gran sorpresa de Arthur, esos dos amores no eran mutuamente excluyentes. Gracias al amor que sentía por Jean amaba aún más a Touie. Las amaba de un modo tan distinto que se potenciaban una a la otra, reflejaban imágenes opuestas de lo divino en su gran corazón. En ocasiones, Arthur creía que la intensidad del amor que colmaba su cuerpo de mediana edad iba a hacerlo estallar. El aceite y el agua de sus dos amores no se mezclaba ni detonaba. Ambos fluían por separado por su torrente sanguíneo.

¿Cuánto amor podía albergar un hombre? ¿Amaba más que los novios que inscribían el nombre de sus prometidas en esos documentos? ¿Amaba más que las radiantes novias cuya tez se teñía con todos los tonos de un jardín de rosas en junio al pensar que iban a convertirse en la flamante esposa de su amado? ¿Eran iguales todos los amores, como pollos hervidos y desplumados? ¿O eran distintos como las córneas, las huellas dactilares y los cráneos?

Arthur pensó en el amor que había muerto en el pecho de Morgan Nemain. El amor que fue estrangulado en una mugrienta bañera de Stepney y que se pudrió allí. La muchacha llevaba poco tiempo muerta cuando el dueño de la casa de huéspedes la encontró. Tal vez su vientre todavía desprendiera calor. Tal vez su corazón aún no se hubiera convertido en pasto de los gusanos.

Arthur pasaba las páginas con furia en busca del responsable de aquella muerte, en busca de venganza.

El fraile regresó al cabo de un rato. Arthur no lo oyó entrar, absorto como estaba en la búsqueda de nombres. El joven le tocó el hombro para llamarle la atención, y Arthur se sobresaltó. Se llevó la mano al pecho y respiró hondo.

—Lo siento mucho —se disculpó el fraile—. No era mi intención asustarlo.

—No se preocupe —dijo Arthur entre resoplidos—. Yo tampoco tenía intención de asustarme.

—¿Cómo avanzan sus pesquisas?

—No demasiado bien, me temo —admitió Arthur—. No he encontrado a nadie con el nombre de Morgan Nemain. Es probable que mi hija diera un nombre falso.

El fraile asintió.

—No dispongo de muchas pistas.

De repente, a Arthur se le ocurrió una idea y esbozó una sonrisa.

—Debe de ver entrar a muchos jóvenes por esas puertas... ¿Por casualidad no recordará el nombre, o la cara, de un tipo con un timbre de voz muy agudo? Debió de venir hace un par de semanas, un martes. Con abrigo negro. Sombrero de copa negro.

Arthur se rio, ¿acaso era posible dar una descripción menos concreta?

El fraile torció el gesto, como si acabara de tomar un trago de leche agria, y miró a Arthur con curiosidad.

—Qué coincidencia... Creo que el hombre que busca me hizo la misma pregunta.

Ahora fue Arthur quien se extrañó.

—¿Disculpe? —preguntó.

—El tipo que busca. El novio. Fue algo muy extraño. Hace unas dos semanas, como muy bien ha dicho, entró un hombre vestido de negro riguroso que hablaba con una voz muy aguda. No habría reparado en él de no haber sido porque tuve la sensación de que lo reconocía. Él se dio cuenta y me preguntó si era así, y le dije que sí.

Lo reconocí, pero él insistió en que era imposible, que no tenía sentido, de modo que le di la razón y ahí acabó todo.

—Disculpe, pero no le entiendo...

—Reconocí al caballero porque había estado aquí antes. Unos meses atrás. Cumplimentó las amonestaciones y se casó. Luego, al cabo de unas semanas, aparece un tipo igual que él. Tuve un *déjàvu*. ¿No es eso lo que dicen los franceses? No lo habría recordado de no haber tenido el extraño presentimiento de que lo había visto antes. Le pregunté si era así y se puso muy nervioso.

»"¿Cuándo cree que me vio?", me preguntó.

»"Pues no lo sé", respondí. Me reí y bromeé con él."¿Se ha casado alguna otra vez?" Era una broma, claro. Era un tipo joven que no debía de haber cumplido los treinta, ¿cómo era posible que

ya hubiera estado casado? Pero se puso muy nervioso y empezó a agitar los brazos como si fuera una marioneta.

»"Estoy plenamente convencido", me dijo, "estoy plenamente convencido de que no tengo la menor idea de a qué se refiere". Me habló con una voz tan aguda que fue como si estuviera tocando una obra de William Byrd. Y luego me reprendió empleando un lenguaje que detesto oír bajo este techo. Me ofendió, pero tuve que contenerme porque estoy al servicio del Señor. Así que le ofrecí la otra mejilla. Me entregó las amonestaciones, las firmé y se marchó.

Mientras Arthur escuchaba el monólogo del fraile, sintió un hormigueo en la columna y enarcó las cejas. Era la sensación embriagadora de un descubrimiento.

—¿Recuerda el nombre que le dio el joven? —preguntó Arthur, que se inclinó hacia delante y se puso de puntillas para acercarse más al fraile.

—Me temo que no, señor, lo lamento.

Arthur empezó a darle vueltas al asunto, evaluando las distintas posibilidades.

—Pero ¿me ha dicho que cree que había estado casado antes?

—Bueno, en su momento no me pareció muy probable, sobre todo teniendo en cuenta la reacción destemplada del tipo. Pero ahora... ¿no le parece que es muy posible que así fuera?

«Creo que, fuera lo que fuese lo que ese hombre le hizo a Morgan Nemain —se dijo Arthur—, se lo hizo a otra chica antes.»

OceanofPDF.com

16

El contestador

«Las pruebas circunstanciales son una cuestión muy delicada —respondió Holmes en actitud pensativa—. Podemos tener la impresión de que apuntan directamente a algo, pero si alteramos un poco el punto de vista, quizá nos demos cuenta de que apuntan claramente a algo del todo distinto.»

Sir Arthur Conan Doyle,

«El misterio del valle de
Boscombe»

9 de enero de 2010 (continuación)

En el trayecto en taxi de treinta y tres minutos desde el piso de Jennifer Peters en London Fields hasta el apartamento de Alex

Cale en Kensington, Harold y Sarah averiguaron mucho sobre la historia familiar de Jennifer y Alex.

Como cualquiera podía deducir, ambos eran ricos. Henry Cale, su padre, había amasado una gran fortuna con el negocio del transporte de mercancías. Nacido en Newcastle, fue un hombre de origen humilde que nunca se desprendió de su provincianismo y del recelo hacia las clases adineradas en el que había sido educado, un tipo incapaz de estar sentado junto a sus hijos sin hacer nada. No quería que vivieran exclusivamente de la fortuna familiar.

Todo ello, dedujo Harold a partir de las amargas confesiones de Jennifer, explicaba en gran parte el enfado de Henry Cale cuando sus hijos se negaron a ganar dinero. Alex y su hermana se habían revelado inútiles en ese sentido: las mejores universidades, posgrados en Estados Unidos, un currículo que les habría abierto las puertas de cualquier empresa del mundo. Sin embargo, a lo largo de los años, los intereses de Jennifer habían ido cambiando: después de inscribirse en un curso de posgrado sobre escritura de poesía (su padre puso el grito en el cielo cuando se enteró de la noticia), de ejercer de maestra cuidando a niños de seis años (en esa ocasión su padre rompió una copa de cristal) y de un trabajo administrativo en una campaña para aliviar la carga de la deuda del Tercer Mundo (fue cuando su padre amenazó con borrarla del testamento), acabó casándose con uno de los acaudalados fundadores de la campaña (entonces las amenazas quedaron en nada, aunque sólo fuera porque ya no necesitaba su herencia). Ahora Jennifer dirigía la organización benéfica de su marido.

Alex Cale se mostró más decidido que su hermana, aunque la decepción que le provocó a su padre no fue menor. Había sido un chico prometedor: inteligente, con buena cabeza para los números, un estudiante de matrícula. La cosa se torció en el tercer año de universidad, cuando se tomó un año sabático para terminar de escribir una novela. Su padre tuvo la sensatez de poner fin a la conversación pidiéndole a la señora Whitman, su secretaria, que acompañara a Alex fuera de su oficina.

Henry recuperó la esperanza cuando, al cabo de unos años, Alex le pidió un préstamo para abrir una librería. Henry no sabía qué mercado tendría una pequeña librería de segunda mano en el Chelsea de 1973, pero al menos el chico quería abrir un negocio y dio gracias porque se le hubiera otorgado aquel pequeño milagro.

La librería resistió veintiocho míseros meses antes de traspasar el alquiler a un restaurante indio, cuyos propietarios transformaron el antiguo despacho de Alex en una cocina impregnada de deliciosos olores. Cuando Alex pasaba frente al restaurante lo embargaba una gran nostalgia. Y también el hambre, de modo que solía comer en el local con cierta frecuencia. Jennifer recordó que Alex los invitó a cenar a ella y a su marido la noche en que cerró para convertirse en un restaurante de cocina fusión franco-asiática. (Su padre estaba demasiado ocupado y no asistió.) Alex pareció más disgustado por el cierre del restaurante indio que cuando hubo de clausurar su librería.

Posteriormente pasó por una serie de desventuras financieras, aunque en ninguna de ellas contó con el apoyo económico de su padre. Realizó inversiones poco afortunadas en una revista literaria de fugaz existencia, una colección de antigüedades del siglo XIX, y también pasó seis meses como aprendiz de un artesano que fabricaba muebles de mimbre. Si alguien quisiera escribir una biografía de Alex Cale, pensó Harold, ése sería el típico detalle que se mencionaría de pasada, pues no encajaba con el resto de la narración.

Sin embargo, mientras el taxi avanzaba por el extremo sur de Hyde Park y Harold observaba los árboles sin corteza, Jennifer les explicó que el *leitmotiv* de la vida de Alex había sido, sin lugar a dudas, Sherlock Holmes. Se enamoró del personaje de niño, cuando le pedía a Deirdre, la niñera, que le leyera las historias una y otra vez antes de acostarse. En la escuela había escrito sobre Conan Doyle, y había ingresado en los Irregulares a la temprana edad de veinticuatro años. Asimismo, había colaborado con el *BakerStreet Journal* en todas las fases de su vida. Todas sus pasiones guardaban alguna relación con Sherlock.

Cuando Henry Cale murió inesperadamente de un aneurisma cerebral en 1989 y desapareció la férrea mano de su estricto padre, sus dos hijos empezaron a distanciarse. Ya no se necesitaban para protegerse mutuamente. Hasta entonces habían sido compañeros de trincheras, y ahora que el bombardeo había finalizado, ninguno de ellos sabía qué decirle al otro. Jennifer tenía a su marido y su organización benéfica; Alex tenía a Holmes y su investigación infinita.

Tras la muerte de su padre, la búsqueda del diario perdido se convirtió en el motor de la vida de Alex. Disponía de una fortuna para hurgar en la vida de Conan Doyle y, a partir de entonces, nada podría distraerlo. No quedaba nadie que pudiera impedirselo. Cuando encontrara el diario y finalizara la biografía demostraría lo equivocado que estaba su padre con respecto a él. Al final iba a conseguir algo muy grande, y no sólo en el sentido que esperaba su padre. Iba a conseguir la victoria y la rebelión al mismo tiempo.

Harold se sorprendió de que Jennifer les hiciera aquellas revelaciones tan íntimas, aunque el extraño ritmo de su discurso lo enervaba. Hablaba con gran dolor y belleza de los sentimientos más profundos de su hermano, y acto seguido, en mitad de una frase, se recluía en sí misma y empezaba a hablar del cielo gris invernal. Al cabo de un minuto retomaba el hilo y se dejaba llevar por un torrente de palabras sobre la infancia de su hermano y sus cuitas familiares. Todo aquello recordó a Harold las esclusas del río Chicago, cerca de donde había crecido, que se cerraban para llenarse de agua y luego se abrían y vertían miles de litros de agua turbia al lago.

El taxi se detuvo en una calle bordeada de casas de tres plantas. En los jardines traseros de los edificios se alzaban altos árboles, y Harold vio que las copas asomaban por encima de los tejados inclinados. Harold pagó la carrera con el dinero de Sebastian Conan Doyle y los tres se dirigieron hacia el apartamento de Alex.

Jennifer los condujo hasta un edificio que parecía el almacén de una feria ambulante. Juguetes de fantasía y baratijas cubrían todas las superficies posibles. Había un gasógeno de plata, un sable decorativo, una lámpara de cobre, una docena de frascos de comprimidos llenos de sólo Dios sabía qué, un revólver en una caja de cristal, catorce jarrones vacíos de todos los colores, y libros, libros y más libros. Libros de todos los tamaños, formas y diseños. Libros dispuestos ordenadamente en estanterías, amontonados, en precario equilibrio en el borde de mesas y reposapiés. Ni los libros ni el resto de objetos parecían guardar ningún tipo de orden; conformaban una cacofonía decorativa, el colapso nervioso de un diseñador de interiores.

Desde el pasillo hasta la sala de estar, el comedor y lo que hubiera más allá, cada habitación estaba empapelada con un color distinto. Amarillo, rosa, púrpura. El piso parecía una enorme golosina. Harold imaginó que el estudio de Willy Wonka debía de tener un aspecto parecido.

—Guau —fue lo único que acertó a decir.

—Creo que las... excentricidades de mi hermano se habían acentuado en los últimos años —se excusó Jennifer.

—¿Le importa que echemos un vistazo?

—Adelante —dijo la hermana de Alex—. Buena suerte.

No había forma alguna de realizar una búsqueda organizada en un entorno tan caótico. Harold se puso a hurgar entre los objetos que tenía a los pies, yendo de un lado a otro como una abeja en busca de polen. Curioseó en el estudio amarillo y cogió un ejemplar de *Decadencia y caída del imperio romano* de Gibbon. Abrió una vieja caja de puros de la sala púrpura y encontró una colección de monedas extranjeras, de dólares y coronas y cuatro tipos de pesos, todos en bolsas de plástico y atados con cintas de goma. Sarah hurgó por su cuenta. No hablaron de lo que estaban buscando. De todos modos, Harold tampoco habría sabido qué decirle. Esperaban reconocerlo cuando lo encontraran.

Sarah cogió un salero y un pimentero en forma de gatos. Los dejó en una mesa junto a un montón de fotografías de diez por quince y las organizó bajo la atenta mirada de Harold, quien poco a poco empezó a prestar menos atención a los detritos esparcidos por el suelo y más al modo en que Sarah sistematizaba su búsqueda. Parecía que estuviera haciendo limpieza. Cuando se topó con una cinta azul que había junto a una caja de cartón blanco, la ató en un lazo. Estaba ordenando las cosas. Harold se fijó en el desbarajuste que se extendía a sus pies, y se dio cuenta de que él se limitaba a levantar las cosas y a dejarlas donde las había encontrado. No seguía ningún sistema, se dejaba llevar por una entropía sin sentido. Para él, todo lo que no fuera el diario era sólo basura; Sarah, sin embargo, cogía los objetos que abarrotaban el apartamento de Alex y los convertía en algo mejor.

Buscaron en relativo silencio, roto tan sólo por alguna que otra historia de Jennifer. Cuando Harold o Sarah encontraban una baratija o un recuerdo antiguo, Jennifer intentaba describirles su origen. A menudo no sabía de dónde procedían los objetos, pero intentaba deducirlo a partir de los vagos recuerdos que conservaba de los viajes de su hermano. Ese reloj parado parecía sudamericano; Alex había visitado el continente en 1998 ó 1999; *ergo*, debía de haberlo comprado en Argentina.

Fue Sarah quien se fijó en el contestador.

—¿Ha escuchado los mensajes? —preguntó a Jennifer mientras señalaba el parpadeo lento y constante de la luz roja.

—¡Oh! —Jennifer parecía sorprendida—. No lo había visto.

—¿Me permite? —preguntó Sarah.

Jennifer asintió y Sarah pulsó el botón de reproducción. Se oyó un fuerte clic y luego un pitido ensordecedor.

«Un. Mensaje.» La voz antropomórfica del contestador de Alex pertenecía a una mujer mayor, reproducida con un *staccato* entrecortado. «Primer. Mensaje. Recibido a las. Diecinueve. Y. Cuarenta y un minutos. Cuatro. De enero. Dos mil. Diez.» Cinco

días atrás, pensó Harold. Tres días antes de que se celebrara la cena de los Irregulares.

«Señor Cale, soy Sebastian Conan Doyle», dijo la nueva voz humana del mensaje. Tras haber hablado con él el día anterior, a Harold le resultó espeluznante oír su voz en la cinta. Sebastian parecía furioso.

«Confío en que habrá recibido la orden judicial que le han remitido mis abogados. Sé que se está escondiendo de mí. No responde a mis cartas. No me devuelve las llamadas. Cree que, porque ha dado con el baúl correcto en un desván cualquiera, tiene derecho a quedarse con algo que me pertenece. Maldito cabrón. ¿Me oye, Cale? ¿Está ahí, escuchándome? Apuesto a que está meándose de miedo en los pantalones. Bueno, pues escuche esto: si dona el diario, lo lamentará. Me aseguraré de que llegue a odiar el mismísimo nombre de Conan Doyle.»

Otro sonoro clic puso fin al mensaje.

OceanofPDF.com

Una lista de atrocidades

«Debemos buscar la coherencia. Allí donde encontremos una falta de ella, debemos sospechar que se trata de un engaño.»

Sir Arthur Conan Doyle,

«El problema del puente de Thor»

21 de octubre de 1900 (continuación)

Arthur Conan Doyle apoyó la cabeza en la pila de informes de estrangulamientos y respiró hondo.

¿Quién iba a imaginar que el trabajo de un detective era tan infernalmente tedioso?

Arthur había pasado la mayor parte del día buceando entre el papeleo. A pesar de la buena predisposición del joven fraile, su visita al despacho del vicario general no le había aportado nada hecho relevante. Habían buscado entre los documentos hasta el

anochecer, pero no encontraron nada que refrescara la memoria del religioso y le permitiera recordar el nombre del novio asesino.

Convencido de que había agotado todos los recursos del vicario general, Arthur recorrió el breve trayecto hasta Scotland Yard en tan sólo unos minutos. Por suerte, el inspector Miller había salido, pero los agentes de guardia conocían de sobra la reputación de Arthur y se mostraron encantados de poder echarle una mano. De modo que pasó varias horas investigando en los archivos criminales de Scotland Yard. Si el asesino había actuado dos veces, tenía que haber constancia del crimen anterior. Sin embargo, a pesar del gran número de chicas encontradas muertas en Londres a lo largo del último año, ninguna había sido hallada en una casa de huéspedes de mala muerte del East End, desnuda, tatuada, y junto a un vestido blanco de novia.

Así pues, Arthur se dedicó a buscar entre aquel montón de aterradores informes de casos de estrangulamiento con la esperanza de dar con alguna especie de patrón. Después de matar a Morgan Nemain de aquel modo, ¿era razonable pensar que el asesino hubiera empleado la misma técnica en su otro crimen o, no lo quisiera Dios, sus otros crímenes? Arthur no estaba muy convencido de ello. ¿Disfrutaban las mentes criminales con ese tipo de coherencia? Arthur se preguntó si los asesinos serían como los artesanos, cada cual con su juego de herramientas favoritas. El curtidor tenía su punzón; el criminal, su cuchillo. O quizá los villanos preferían entregarse al feliz azar de sus espantosos crímenes y usaban cualquier objeto que tuvieran a mano para perpetrar la carnicería. Ojalá dispusiera de alguna herramienta que le permitiera examinar el interior de la mente de los asesinos de Londres y ver cómo sus cerebros pervertidos los conducían al mal. Ojalá existiera tal artilugio.

Oyó pisadas de botas y el agradable tintineo de una taza de té al posarse sobre el platito. Al levantar la mirada del montón de papeles, vio a un joven agente de policía que le llevaba un té. De rostro anguloso y profesional, el agente resultaba una visita agradable.

—Su té, doctor Doyle —dijo el agente, mientras se lo dejaba en el escritorio.

—Gracias —dijo Arthur, apartando los papeles para ordenarlos.

El joven dudó un instante, a la espera de más instrucciones. Al no recibir ninguna, dio media vuelta y se dirigió a la puerta del gran despacho que le habían cedido a Arthur. La noche había empezado a caer. La negrura del cielo, que Arthur podía ver desde la ventana, hacía que el edificio de Scotland Yard pareciera aún más grande, sumido en un silencio más profundo.

—¡Agente! —llamó Arthur para atraer la atención del joven—. ¿Agente...?

—Binns, señor. Frank Binns —respondió el aludido aproximándose de nuevo al escritorio de Arthur.

—¿Alguna vez ha conocido a un asesino?

El agente Frank Binns reflexionó antes de responder.

—A unos cuantos, diría. La semana pasada detuve a un tipo que había participado en una pelea de bar. Trabajaba para los ferrocarriles, si mal no recuerdo. Se lio a puñetazos con un compañero y le golpeó en la cabeza con una pinta de cerveza. Fue un espectáculo muy lamentable.

—Sí, no me cabe ninguna duda —dijo Arthur, insatisfecho con la respuesta—. Pero ¿alguna vez se ha enfrentado a un asesino de verdad? ¿A alguien que ha nacido para hacer el mal?

—¿A qué se refiere?

—Bueno, estoy buscando a un hombre que ha matado, al menos, a dos chicas a sangre fría. Planeó todos los detalles. Sabía qué iba a hacer antes de actuar. ¿Qué tipo de hombre mataría a una pobre mujer de ese modo? No tiene ningún sentido.

El agente Binns tomó asiento antes de responder.

—¿Me permite una digresión?

—Por supuesto —dijo Arthur, acercando la silla al escritorio.

—Me crié en Dorset —explicó el agente Binns—. Allí tenía un amigo que se llamaba Sean Mocos. No era su verdadero nombre, por supuesto, sino el apodo que le pusimos porque siempre le moqueaba la nariz, ya fuera invierno, primavera, verano u otoño. Bueno, la cuestión es que, un año, de repente, empezaron a morir muchas ovejas en la zona. La gente del pueblo estaba muy alterada. Duró seis meses. No había ninguna explicación: alguien entraba en los campos de noche, cortaba las venas de las patas de las ovejas y las observaba mientras se desangraban hasta morir. Las madres no dejaban salir a los niños de casa por miedo a que el asesino de ovejas cambiara de objetivo y empezara a hacer lo mismo con personas. Es una larga historia, pero al final las autoridades lo atraparon con las manos en la masa y, ¿sabe qué? Resultó que el asesino de ovejas era Sean Mocos. ¡Sean! Lo vi una vez más, cuando estaba esposado, antes de que se lo llevaran. Le pregunté por qué lo había hecho. «¿Por qué has matado a las ovejas, Sean?», le pregunté. ¿Y sabe qué me contestó?

—No —dijo Arthur.

—Me miró fijamente a los ojos —dijo el agente Binns—. Me dirigió una mirada confusa, como si estuviera meditando cuál iba a ser su respuesta. Al final, como si se hubiera hartado de darle vueltas a la cuestión, me contestó: «No lo sé, Frankie. ¿Tú por qué crees que lo he hecho?»

Arthur no sabía qué responder, de modo que optó por guardar silencio.

—Lo que quiero decir es que no le dé más vueltas al porqué, doctor Doyle. ¿Quién sabe qué lleva a la gente a hacer daño? No hay forma de explicar lo que le pasa por la cabeza a un hombre. —El agente se tocó dos veces la cabeza, como si quisiera demostrar lo dura que podía llegar a ser—. Es mejor dedicar el tiempo a investigar el cómo y el quién.

Cuando el agente Binns se marchó, acompañado del taconeo de sus botas, Arthur pasó un largo minuto tomando sorbos de té.

Tenía un sabor horrendo, aguado y frío. Apartó la bandeja a un lado y siguió ordenando los papeles, clasificándolos en varios montones.

Chicas apuñaladas. Chicas tiroteadas. Chicas ahogadas. Chicas estranguladas.



24 de octubre de 1900

Arthur tenía ante sí varias opciones. Había hecho una preselección de chicas de entre las que podía escoger: una camarera de un salón de té, recién casada, apuñalada en St. James' Park; una enfermera atropellada por un coche de caballos cerca de University College; no una, sino dos institutrices asaltadas y asesinadas a golpes en Kensington. Tenía la sensación de haber abierto la caja de bombones de los horrores.

Al final, Arthur decidió centrarse en las chicas que habían sido estranguladas y barajó distintas posibilidades igualmente intrigantes. En los días posteriores a sus indagaciones en Scotland Yard, realizó una serie de visitas desoladoras. Fue a ver a sus familias, sus hogares, los sitios donde las habían asesinado. Hizo las mismas preguntas en todas las entrevistas: «Disculpe, ¿su hija se había casado justo antes de morir?» y «Lamento importunarlo de este modo, pero ¿por casualidad vio un vestido de novia cerca del cuerpo?» y «Lo siento mucho, pero ¿estaba desnuda su hermana cuando la encontré?».

Todo aquello le recordó los días en que visitaba a sus pacientes a domicilio. Hacía las mismas preguntas en la intimidad de cada dormitorio. «¿Cómo se siente hoy?» o «¿Tiene apetito?» o «¿Aún le duele la muela? Oh, señora Harrington, dígame la verdad: ¿ha tomado las gotas de cocaína que le receté?» Prefería mil veces esas preguntas rutinarias que las que estaba haciendo ahora.

Cuando finalizaba una entrevista, Arthur tachaba el nombre de la chica en cuestión de la lista de probables víctimas. Al cabo de unos días había llegado al final, por lo que empezó a explorar

opciones más arriesgadas: cuerpos encontrados en la calle, prostitutas anónimas, incluso una mujer mayor que parecía haberse ahogado accidentalmente con las almohadas a causa de su débil estado.

El viernes siguiente, cuando sus opciones se agotaron, regresó al East End. Tres meses antes se había encontrado el cadáver de una chica en un callejón detrás de Watney Street, cerca de Whitechapel. La causa de la muerte, según el juez, no estaba clara. Le habían fracturado la tráquea, pero el cuerpo presentaba tantas contusiones que era imposible afirmar si había fallecido por la lesión del cuello o por cualquiera de los moretones azul oscuro o los cortes de un rojo intenso que cubrían su pálido cuerpo. La habían encontrado vestida. En los documentos de Scotland Yard no se mencionaba ningún vestido de novia entre las posesiones de la joven. Sí que se sabía su nombre: Sally Needling. Era una buena chica. Sus padres habían denunciado su desaparición; cuando se encontró el cuerpo, fueron a reconocerlo. Vivían lejos, en Hampstead. Veintiséis años, camino de convertirse en solterona, seguía viviendo en casa. Tenían dinero. Una buena extensión de tierra. Su padre era abogado. La joven no se dedicaba a la prostitución; es más, a sus padres no se les ocurría ningún motivo que justificara su presencia en Whitechapel.

Arthur encontró el callejón detrás de Watney Street. Examinó el espacio oscuro y estrecho, del que parecía emanar un horrible hedor. Cuando entró en el callejón, comprendió el motivo: había una carnicería al otro lado, en cuya puerta trasera se almacenaban varios cochinitos y huesos de ternera que se habían estropeado. Antes, esperaba Arthur, de que hubieran cortado la carne para venderla. Aunque era un lugar sumido en la penumbra, el callejón daba a una vía bulliciosa. Arthur podía oír el traqueteo de los coches de caballos de Watney Street mientras se adentraba en el rincón más apartado. Era un lugar público, alejado de las puertas cerradas de las habitaciones de la casa de huéspedes donde Morgan Nemain había encontrado la muerte.

Arthur se dio cuenta de que había muy pocas probabilidades que hubiera encontrado lo que buscaba. Una chica estrangulada en el callejón habría causado tanto revuelo que tendrían que haberla oído por fuerza desde la calle. Fuera cual fuese la atrocidad que se había cometido en aquel lugar, poco tenía que ver con el misterio que lo ocupaba.

Fue entonces cuando, absorto en sus pensamientos, Arthur levantó la mirada. Entre una ventana del edificio de la acera derecha del callejón y un gancho de la izquierda se extendía una cuerda de tender. Había todo tipo de prendas colgadas: pantalones de lana, blusas, chaquetas de cintura ceñida, camisas blancas holgadas, medias de todas las formas y tallas concebibles. ¡Menuda mezcla!

Arthur salió del callejón y dirigió la mirada hacia la puerta del edificio situado en la acera derecha, de cuya ventana pendía la cuerda. No había ningún cartel en la fachada del edificio de ladrillo de cuatro plantas. Parecía una residencia privada; sin embargo, había mucha ropa tendida.

Arthur llamó a la puerta. No oyó ningún ruido en el interior y llamó de nuevo. Al final, respondió una anciana. Tenía mala cara, la nariz aplastada, los ojos hundidos y las comisuras de los labios surcadas de arrugas.

—¿Y bien? ¿Qué quiere? —le ladró.

—Le ruego que me disculpe, señora —dijo Arthur—. ¿Es ésta su casa?

—No, señor, es la residencia de la reina. Ahora mismo está preparando el té.

Arthur no se dejó amedrentar por el sarcasmo de la anciana.

—Necesito un lugar en el que pasar la noche —le explicó—. ¿Podría ofrecerme una habitación por un precio razonable?

La mujer miró a ambos lados de la calle, como si buscara a alguien entre el bullicio de mediodía.

—¿Qué ha oído? —preguntó.

—Disculpe, no entiendo a qué se refiere.

—¿Quién le ha dicho que aquí podría encontrar una cama?

—Nadie. Pasaba por aquí y su agradable casa me ha parecido un lugar muy acogedor.

La mujer miró fijamente a Arthur y le espetó con desdén:

—De vez en cuando alquilo una habitación a desconocidos —dijo—. Si parecen gente responsable. Usted parece medio decente, imagino.

La mujer se volvió y lo dejó entrar.

—¿Cuántas habitaciones tiene? —preguntó.

—Tal vez tenga una para usted, si se comporta, y le sugiero que no meta las narices en las demás.

Arthur consideró que el comportamiento de la mujer era bastante extraño, pero no dijo nada. Estaba avanzando en sus pesquisas.

Atravesaron la cocina y llegaron a un largo pasillo. La casa parecía tranquila, o al menos mucho más tranquila que la última casa de huéspedes que había visitado. Había varias habitaciones a ambos lados del pasillo, y Arthur vio dos dormitorios y un cuarto de aseo a través de las puertas entornadas. Al final del pasillo se encontraba lo que parecía la habitación principal. Tenía las puertas abiertas de par en par, y la luz de mediodía se filtraba desde la calle. Cuando se aproximaban al dormitorio, la mujer giró a la izquierda y empezó a subir los primeros escalones de unas largas y estrechas escaleras.

—Le daré una de las habitaciones de arriba; las de abajo están ocupadas.

Cuando Arthur llegó al primer escalón, miró hacia la derecha, en dirección a la habitación iluminada. La amplia cama estaba hecha, con sábanas blancas y una manta azul. Había un quinqué en la mesilla de noche y, en el otro extremo de la estancia, un pequeño

armario abierto; en realidad, no tenía puertas, y había un par de bisagras inútiles que colgaban de la pared. Al volver la cabeza hacia las escaleras, pudo vez fugazmente la ropa guardada en el armario: las prendas oscuras de una mujer que limpiaba una casa grande, los vestidos hechos jirones, unos miriñaques vulgares y un vestido de novia blanco y radiante.

Arthur se detuvo al pie de las escaleras y miró de nuevo hacia el armario abierto. ¿Qué demonios hacía una mujer de la limpieza de Whitechapel con un vestido como ése? Arthur se negó a subir al piso de arriba.

—¿De dónde lo ha sacado? —le preguntó con calma.

La mujer se volvió. Parecía confundida.

—¿De dónde he sacado qué?

—Tiene un vestido de novia de un blanco radiante en lo que deduzco que es su dormitorio. Disculpe la descortesía, pero es demasiado pequeño para usted. ¿De quién es?

Una expresión de recelo se adueñó del rostro de la mujer.

—¿Y a usted qué le importa? —le preguntó ella, con un deje de enfado.

Arthur decidió que, dadas las circunstancias, era mejor decir la verdad que recurrir a una mentira.

—Me llamo Arthur Conan Doyle. Estoy investigando los asesinatos de Morgan Neman y Sally Needling.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—Sally Needling se alojó aquí la noche en que murió, ¿no es cierto? Era una de sus huéspedes.

Ella miró fijamente a Arthur durante un buen rato. Ninguno de los dos parpadeó. Unas arrugas cada vez más profundas surcaron la frente de la mujer, acompañadas de un gruñido.

—¡Fuera de aquí, imbécil!

—¿Cómo llegó el cadáver desde su casa hasta el callejón? No creo que la matara usted, sino un hombre. Pero sí que se encontraba aquí cuando sucedió.

—Me da igual quién sea o qué intenciones lo hayan traído por aquí. Ahí está la puerta. Úsela.

Arthur tenía que encontrar el modo de hacer hablar a la mujer. Pensó en su extraña reacción al abrir la puerta. Tenía la impresión de que era una casa de huéspedes clandestina. De que no quería que nadie supiera lo que hacía allí.

—Ha alojado a huéspedes contraviniendo los deseos de algún vecino, ¿no es cierto? Alguien que frecuenta este mismo edificio, me atrevería a decir. Hmmm, bueno...

Arthur apartó la mirada, se frotó las manos y empezó a tararear una melodía mientras intentaba unir las piezas del rompecabezas.

La mujer no parecía compartir su respeto por la justicia. Iba a tener que mostrarse más firme.

—Esta es una casa muy grande, ¿no le parece? Para una mujer como usted, quiero decir. No veo que lleve alianza... No es la propietaria de la casa, ¿verdad? Simplemente cuida de ella y alquila las habitaciones a escondidas para ganar unos cuantos chelines más a la semana. Pero perdería el negocio si el dueño supiera lo que se trae entre manos, ¿me equivoco? Le aseguro que no me gustaría ser yo quien tuviera que informarlo de esta situación.

Arthur se arregló el abrigo e hinchó el pecho.

—No pienso devolverlo —dijo la mujer tras una larga pausa, con un gesto que daba a entender que se había resignado a confesarlo todo.

—No me importa en absoluto lo que haga con él —dijo Arthur—. Pero quiero saber qué sucedió entre usted y la chica asesinada.

—¡Yo no la maté!

—Lo sé. ¿Quién fue?

—No pude verlo, apareció de repente. Llegó con la chica. ¿Sally, dice que se llamaba? Ella llevaba puesto el vestido. ¿Cuándo fue la última vez que vio usted uno así? Brillaba como si fuera eléctrico. El hombre llevaba un abrigo y un sombrero negros, nada que llamara la atención. Mantenía la cabeza gacha en todo momento, por lo que no pude verle los ojos. Fue la chica quien pagó la habitación. Los acompañé hasta la puerta y eso fue todo.

La mujer se sentó en las escaleras, se inclinó hacia delante y se abrazó las rodillas. A Arthur le pareció que se estaba acunando a sí misma.

—Bueno, al menos yo creía que eso había sido todo. A la mañana siguiente fui a llamar a su puerta para preguntarles si querían desayunar. Tenía gachas y un poco de jamón de la carnicería de aquí al lado. No respondieron, por lo que abrí la puerta. Ella estaba... La chica estaba... Y el vestido estaba tirado en un rincón, arrugado como si fuera basura...

En la oscuridad de las escaleras, Arthur no pudo adivinar si la mujer estaba llorando, aunque supuso que sí.

—Encontró el cuerpo de Sally —dijo Arthur—. Estaba desnuda. La habían estrangulado. El hombre había desaparecido. El vestido estaba junto al cadáver.

La mujer no abrió la boca, pero asintió, primero una vez, pero luego varias, como si estuviera confirmando la verdad para sí misma y para Arthur.

—¿No le parece un vestido precioso? —le preguntó—. ¿Había visto alguna vez algo así?

—No quería que se estropeará. Que se lo llevara la policía. Creía que tal vez podría venderlo, o quizá quedárselo. Debe de ser bastante caro, un vestido como ése. De modo que lo escondió en el armario. Pero tenía que hacer algo con el cadáver, ¿no?

Ahora no había duda de que la mujer estaba llorando. Arthur subió los primeros escalones a pasos cortos, peldaño a peldaño. Se

sacó un pañuelo del bolsillo y se lo entregó a la mujer, que se secó las lágrimas que le corrían por las mejillas.

—Cogió el cuerpo y lo dejó en el callejón, junto a su casa. Debió de bajarlo por estas mismas escaleras. Pesaba bastante, ¿verdad? Debió de golpearse con todos los escalones. Por eso la chica tenía tantas magulladuras cuando la policía la encontró. Comprendió que una chica muerta y desnuda llamaría más la atención de la policía que una vestida. Así pues, ¿qué hizo? Cogió unas cuantas prendas de su armario y la envolvió en ellas. Supongo que es un trato justo a cambio de ese vestido blanco tan bonito.

La mujer siguió llorando mientras sepultaba la cabeza entre las rodillas. Arthur sintió el impulso de sentarse junto a ella, de abrazarla. Pero no había espacio. Se vio obligado a permanecer frente a ella, a limitarse a mirarla mientras las lágrimas caían en sus zapatos sucios.

—Puede quedarse con el vestido —dijo, y empezó a bajar los escalones—. Y el pañuelo.

OceanofPDF.com

18

Lectura agradable

«No cabe duda de que van a producirse cambios espectaculares.»

Sir Arthur Conan Doyle,

«La aventura del constructor de Norwood»

9 de enero de 2010 (continuación)

Cuando el mensaje del contestador de Alex Cale llegó a su fin, se hizo el silencio en el abarrotado piso de Kensington. Como detective encargado del caso, Harold creía que era su deber decir algo.

—Bueno —dijo—. Ahora ya conocemos el contenido del mensaje.

—Pero ¿qué diablos ha sido eso? —preguntó Jennifer con incredulidad.

—Intentemos mantener la calma.

—¿Sabe quién era? ¿Conoce a ese hombre?

—Sí. Digamos que, técnicamente, trabajo para él.

Jennifer lanzó una mirada de horror a Harold.

—Se llama Sebastian Conan Doyle —terció Sarah—. Había mantenido alguna que otra disputa pública con su hermano.

—Sabíamos que había amenazado a Alex —añadió Harold—, aunque creíamos que se había limitado a hacerlo sólo por escrito, desde una perspectiva legal. Desconocíamos que hubiera vertido una verdadera amenaza.

—Sentémonos —dijo Sarah—. Quizá deberíamos recapitular.

Los tres se sentaron, y Harold y Sarah dedicaron quince minutos a explicar todo lo que sabían acerca de Sebastian Conan Doyle y su disputa con Alex. Hablaron sobre las amenazas de ida y vuelta por carta, del temor de Alex de ser perseguido, e incluso le explicaron que habían viajado a Londres gracias al dinero de Sebastian. Sin embargo, Harold se apresuró a añadir que no habían jurado lealtad a su causa. Simplemente querían averiguar la verdad. Y encontrar el diario.

Jennifer no parecía del todo convencida. Hizo callar a Harold levantando lentamente las manos, como si estuviera avanzando a tientas en una habitación oscura.

—Silencio —le dijo—. Necesito una respuesta sencilla. ¿Cree que Sebastian Conan Doyle asesinó a mi hermano mayor?

Harold y Sarah se miraron fugazmente a los ojos. Sarah esbozó una leve sonrisa y bajó la barbilla en un gesto de deferencia. No iba a inmiscuirse en el terreno de Harold.

—No lo sé —dijo Harold tras una larga pausa—. No cabe duda de que es el principal sospechoso. Pero el primer sospechoso casi nunca es el asesino, ¿no es así? Si esto fuera uno de los relatos de Conan Doyle, creo que Sebastian sería una pista falsa.

La mirada que le lanzó Jennifer no parecía indicar que el análisis de Harold hubiera logrado convencerla.

—¿Por qué no parte de la base, señor White, de que esto no es uno de los relatos de Conan Doyle? Aunque sólo sea por un momento. ¿Por qué no supone que esto ha sido, por el bien de la trama, algo que ha sucedido en el mundo real, a una persona real con una vida real? En tal caso, ¿no cree que yo debería informar a la policía del mensaje que Sebastian dejó a mi hermano?

—Sí, por supuesto, hágalo. Pero, en tal caso, le agradecería que omitiera el detalle de que nosotros la acompañamos. O incluso que hemos hablado con usted. La policía de Nueva York... bueno, digamos que me pidió que no abandonara el estado. Ya sabe. Sólo por unos días. No es que yo sea un sospechoso ni nada por el estilo. Estoy seguro de que entiende a qué me refiero. No quisiera transmitirle una impresión equivocada...

—Harold —lo interrumpió Sarah—. Respira hondo y regresemos a la idea original. ¿Por qué crees que Sebastian no mató a Alex?

—Por varios motivos. En primer lugar, ¿por qué iba a hacerlo? El dinero, sí, claro. Pero ahora que Alex ha muerto, ¿a quién podría venderle el diario? Todo el mundo sabe que fue robado. Y los únicos coleccionistas con suficiente dinero o interés en adquirirlo se alojaban en el hotel en el que murió Alex. ¡Y todos creen que probablemente Sebastian sea el asesino! Nunca le comprarían el diario. Preferirían entregarlo a la policía y hacerse los héroes. Lo que me lleva al punto número dos: si Sebastian mató a Alex, no se tomó demasiadas molestias en ocultarlo, ¿no es cierto? Si usted estuviera planeando cometer el asesinato de alguien, ¿dejaría un mensaje en el que amenaza a la víctima en su contestador? Sebastian puede ser un cretino, pero no es ningún idiota. Y en tercer lugar: ¿cómo lo hizo? Había cámaras en el vestíbulo del hotel. Sebastian afirma que no estuvo en el hotel esa noche, de modo que, si la policía de Nueva York hubiera reconocido su rostro en una de las cintas... Bueno, nos habríamos enterado de ello porque lo habrían detenido. ¿Y cómo entró en la habitación de Alex? No forzaron la puerta, sino que Alex la abrió voluntariamente. Hasta en tres ocasiones. Conocía al asesino. Si

creía que lo estaban siguiendo, tal y como usted ha dicho y... sé que lo pensaba porque lo vi con mis propios ojos, ¿cree entonces que habría dejado entrar a Sebastian en su habitación con una sonrisa en los labios? No iba a ofrecerle una taza de Earl Grey con leche, ¿no le parece? Además, y llegamos al punto número cuatro: ¿el mensaje pintado con sangre? ¿El cordón de zapato como arma asesina? ¿Cree que Sebastian sería capaz de algo así? Y si hubiera dejado todas esas pistas para tenderle una trampa a otro sherlockiano, a alguien como yo, ¿no cree que hizo un trabajo bastante lamentable? Si su objetivo era inculpar a otra persona, no deja de ser curioso que él sea el único sospechoso. ¿Por qué no le disparó en un callejón oscuro y se llevó la maleta con el diario para cargarle el crimen a un atracador? ¿Por qué no entró en su apartamento de Londres y robó el diario para que culparan a una banda de ladrones de pisos? Si lo hizo Sebastian, lo hizo de la forma más estúpida posible.

Harold puso punto final a su monólogo con un gran suspiro. Sus mejillas flácidas y sin color se veían ahora tensas y rojas. Sarah y Jennifer lo miraban, boquiabiertas.

—Ha sido una exposición muy coherente —dijo Sarah al final.

Harold cerró los ojos con fuerza un instante y le lanzó una mirada que esperaba que transmitiera de forma muy clara que su último comentario no le parecía especialmente útil.

—Ahora entiendo por qué lo ha contratado el señor Conan Doyle —dijo Jennifer tras otra pausa.

Harold no sabía si eso era un cumplido.

—Señora Peters —dijo entonces—, me gustaría hacerle una pregunta más.

—¿Una? —susurró Sarah en voz baja.

—Entre todos los libros que hay esparcidos por el apartamento, no he visto ninguno escrito por Arthur Conan Doyle. Tampoco he encontrado notas, ni materiales de referencia relacionados con el gran proyecto que había ocupado a su hermano

durante gran parte de su vida: su biografía de Arthur Conan Doyle. Entiendo por qué llevó el diario original a Nueva York, pero ¿por qué haría lo mismo con todo el material relacionado con la investigación?

—No —contestó Jennifer—, eso debe de estar en su despacho.

—¿Su despacho?

—Sí. Mi hermano tenía un despacho en esta misma calle, un poco más abajo, que es donde trabajaba. No le gustaba escribir en el mismo lugar en el que vivía. Le provocaba claustrofobia, sensación de enclaustramiento o algo así.

—¿Y los libros del estudio y ese gran escritorio de madera? ¿No es su despacho?

—Ésa es su sala de lectura. O su sala de lectura por placer, no recuerdo cómo la llamaba. Guardaba todo el material relacionado con Sherlock Holmes en su otro despacho, en esta misma calle. Podemos acercarnos un momento, si quiere.

Mientras Jennifer cogía el abrigo y Harold se abotonaba el suyo, Sarah le susurró algo al oído para que la hermana de Alex no la oyera.

—¿Me aclaras una cosa? ¿Hay alguno de vosotros que no sufra un trastorno obsesivo-compulsivo?

El trayecto hasta el despacho de Alex fue muy breve. Se encontraba en la siguiente manzana, un poco más al norte. Harold reparó enseguida en que el apartamento de escritor era exactamente igual que el de lector, un hecho que no hacía sino acentuar la idiosincrásica inutilidad de aquel gasto.

En los escalones de la entrada, Harold escuchó con atención el murmullo de actividad procedente del interior del edificio mientras Jennifer hurgaba en el bolso, en busca de las llaves. Sacó varios efectos personales (un estuche negro y cuadrado de maquillaje, una especie de funda para lentes de contacto, diversos artilugios de belleza de acero y formas redondeadas) y volvió a guardarlos en el bolso mientras proseguía con la búsqueda. Harold sopesó la

posibilidad de ofrecerle ayuda, pero temía que hurgar en el bolso de una mujer fuera considerado un gesto descortés. Nunca sabía qué hacer en situaciones como ésta.

Sin embargo, antes de que pudiera decir nada, la puerta se abrió de par en par. Del interior del edificio salió un hombre con una bolsa de cuero que sujetó la puerta para que entrara Jennifer. Aunque parecía un tipo joven, de apenas unos treinta años, empezaba a tener entradas en las sienes, mientras que el cuero cabelludo del tercio central no había perdido aún el esplendor de antaño. Llevaba unos vaqueros holgados, sucios y con manchas de pintura azul, así como un jersey gris anodino y una perilla horrible y muy descuidada.

Jennifer le sonrió mientras el hombre aguantaba el peso de la puerta con la mano, y le devolvió la sonrisa cuando bajó por los escalones sin decir palabra.

—Yo tampoco soporto las perillas —le dijo Sarah a Harold, como si le hubiera leído el pensamiento, cuando entraron en el edificio—. Déjate barba o afeítate, ¿no te parece?

Cuando llegaron a la puerta del despacho de Alex, Jennifer había logrado encontrar el llavero correcto. Sin embargo, mientras sostenía la llave frente a la puerta 2L, se quedó paralizada al darse cuenta de que no era necesaria: estaba entreabierta.

Parecía la mandíbula de un animal, a punto de devorarlos.

—¿Hola? —dijo Jennifer, con un deje de miedo—. ¡¿Hola?!

No hubo respuesta.

—¿Hay alguien ahí dentro?

Harold se volvió hacia Sarah en busca de consejo, pero su compañera no podía apartar la mirada de la puerta abierta.

Entonces Sarah asintió con un gesto para sí misma: había llegado su turno. Sin mirar a Harold, dio un paso al frente, abrió la puerta del todo y entró en el piso.

El desorden era incluso mayor que el que encontraron en la habitación del hotel de Nueva York. El difuso sol londinense se filtraba por las ventanas y bañaba un mar de libros esparcidos por el suelo, arrancados del lugar que les correspondía en las estanterías. Los cojines del sofá, destripados, estaban desperdigados por la sala. El plumón del relleno, o lo que quiera que fuese aquella cosa, cubría el salón como copos de nieve. Cuando Harold entró, se fijó en las estanterías vacías, cuyo exterior se había descolorido por efecto de la luz del sol. Vio una cocina pequeña a un lado de la sala, también sumida en el caos. Platos rotos en el suelo, el brillo de la cubertería de plata sobre las baldosas blancas. Todos los cajones del escritorio estaban abiertos, algunos incluso desajustados. Había manchas de tinta azul en el escritorio que conducían hasta un tintero derramado.

Jennifer se quedó en la puerta, demasiado asustada para entrar. Sarah inspeccionó el piso rápidamente, de un extremo a otro.

—No hay nadie —dijo.

Harold observó la tinta azul derramada en el escritorio. Todavía estaba húmeda. Todavía goteaba hasta el suelo.

—¡Esa perilla! —exclamó Harold, atando cabos.

No era pintura azul lo que había visto en los vaqueros del hombre. Era tinta.

Pasó como una exhalación junto a Jennifer y bajó corriendo las escaleras, de tres en tres. Abrió la puerta de la calle del edificio con un fuerte empujón, pero ya era tarde. Barrió la calle con la mirada mientras la puerta se cerraba tras él. No vio ni un alma.

OceanofPDF.com

19

La horquilla rota

«En la madeja incolora de la vida encontramos la hebra escarlata del asesinato, y nuestro deber consiste en desenredarla, separarla de las restantes y sacar a la luz hasta el menor de sus detalles.»

Sir Arthur Conan Doyle,

Estudio en escarlata

27 de octubre de 1900

La familia Needling vivía a los pies de una colina en West Hampstead, en una mansión llamada Millhead. Unas grandes columnas blancas se alzaban de la tierra y empujaban el pronunciado ángulo del tejado hacia arriba, como una flecha disparada al cielo. Frente a las columnas, había una hilera de delicados arbustos y dos parterres de flores vacíos y simétricos. A lo lejos, Arthur distinguió un páramo, cuyos afloramientos de roca rojiza se extendían hacia el horizonte cubierto de nubes.

Arthur los había avisado de su visita el día antes. Había redactado el primer telegrama él mismo, un mensaje muy formal dirigido al padre de Sally Needling en el que le explicaba quién era y cómo se había implicado en la «tragedia», y le pedía permiso para ir a visitarlo. Pero entonces se dio cuenta de que tal vez resultaba extraño enviar tal misiva sin previo aviso, por lo que regresó de nuevo a Scotland Yard y les pidió a los agentes que se encargaran de ello. Era mejor dejar los trámites más delicados en manos de las autoridades. El inspector Miller se había puesto en contacto con el padre de Sally, Bertrand Needling, quien aceptó rápidamente la visita. Arthur le había enviado un mensaje breve pero muy educado esa misma mañana en el que le daba las gracias y le informaba de que llegaría en el tren de las 16.05 procedente de King's Cross. No mencionó a Sally, su asesinato, la cochambrosa casa de huéspedes del East End ni el vestido de encaje blanco guardado en el armario de la habitación.

Arthur llamó a la puerta con la pesada aldaba de bronce. Oyó el sonido del eco en la casa. Al cabo de unos instantes, un criado abrió la puerta y lo dejó pasar. La familia lo estaba esperando.

La entrevista fue tensa. Las preguntas y las respuestas se sucedieron en voz muy baja, casi entre susurros. Bertrand y Clara Needling se sentaron en extremos opuestos de la sala. Los dos hermanos de Sally no estaban presentes, pero Arthur no fue informado de dónde se encontraban. La conversación se vio salpicada por silencios súbitos e incómodos. En mitad de la descripción de cualquier faceta de la breve vida de su hija, la señora Needling perdía el hilo y dejaba la frase a medias, como una locomotora que se hubiera enfriado y hubiera exhalado su último aliento. A pesar de todo, el señor Needling, un pálido abogado, no retomó el hilo en ningún momento, y Arthur tampoco quería interrumpir. El silencio se convertía en una tortura interminable, hasta que Arthur se sentía lo bastante cómodo para fingir que había recibido una respuesta satisfactoria y formular otra pregunta sobre un tema distinto. En la casa flotaba una suerte de bruma provocada por el dolor, que él intentó atravesar con cautela y educación.

Sally había nacido en 1874 en esa misma casa. Era una chica feliz, según le aseguró la señora Needling a Arthur. Subía corriendo a la colina que había detrás de la mansión familiar y luego bajaba rodando con los chicos. Se ponía los pantalones anchos y gastados de sus hermanos para no mancharse los vestidos. Cuando cumplió ocho años, les pidió una y mil veces una horquilla de rubí que había visto en el escaparate de Routledge's, en Oxford Street. Después de suplicarle a su padre, éste compró la horquilla y se la regaló dentro de una caja llena de papel de seda rosa. Cuando la vio, Sally chilló de alegría. La llevó todo el día, y su madre tuvo que soltársela del pelo de noche, cuando la niña ya se había quedado dormida. Y, como no podía ser de otro modo, Sally subió a la colina con sus hermanos al día siguiente, con la horquilla en el pelo. Mientras rodaba colina abajo, feliz como una perdiz, la horquilla se partió en pedazos. La pequeña quedó destrozada. Tenían que comprarle otra horquilla idéntica, y eso fue lo que hicieron al día siguiente. No tuvieron que insistirle demasiado al señor Needling, le aseguró la mujer, esbozando la primera sonrisa de la tarde.

—El doctor Doyle no tiene por qué escuchar todo esto —dijo el señor Needling con una firmeza implacable pero sin alzar la voz—. Está intentando averiguar quién la ha matado, no escribir su biografía.

La señora Needling intentó replicar al estallido de su marido.

—Cariño, sólo quería explicarle lo mucho...

Y dejó la frase a medias, lo que recargó aún más el ambiente.

—¿Les consta que sintiera un aprecio especial por algún caballero? ¿Tenía muchos pretendientes? —preguntó Arthur, volviendo a cambiar de tema.

Consideró mejor empezar por ahí y ver si ese camino conducía a una conversación sobre el matrimonio de una noche de Sally.

—No, señor —respondió el señor Needling—. Era una chica discreta. No salía muy a menudo de la finca. Le gustaban mucho los caballos.

Arthur asintió con la cabeza. No sabían que estaba casada cuando murió. Su relación con ese hombre, su asesino, era un secreto que había ocultado a su familia. ¿Debía seguir insistiendo? Le parecía horrible tener que contarle a una madre que se había perdido el día de la boda de su hija asesinada.

—Pero tenía amigas en la ciudad —añadió la señora Needling—. Últimamente pasaba mucho tiempo con ellas.

—¿Sus amigas de la ciudad? —preguntó Arthur.

—Janet y... Emily. Sí. Janet y Emily, así se llaman. Lo siento, pero cuando hablaba de ellas sólo mencionaba sus nombres de pila. Y nunca vinieron a casa. Era Sally quien siempre se desplazaba a la ciudad para verlas. Asistían juntas a algunas reuniones.

El señor Needling se revolvió en el asiento, visiblemente incómodo por los derroteros que estaba tomando la conversación. Sin embargo, no dijo nada. Arthur se dirigió a la señora Needling, sin hacer caso de la reacción de su marido.

—¿Qué tipo de reuniones eran? —preguntó, quitando importancia al asunto.

La señora Needling miró a su marido en busca de apoyo, pero éste se lo negó.

—Quizá fueran más bien «charlas», en lugar de «reuniones». Sally no era un miembro muy activo. Sólo asistía como oyente. Y también por sus amigas, claro. Le gustaba reunirse con otras jóvenes.

—¡No queremos que se lleve una impresión equivocada, doctor Doyle, eso es todo! —exclamó el señor Needling—. Era una buena chica. Siempre lo fue. Me gustaría que no olvidara eso.

—Por supuesto, señor Needling, estoy seguro de que su hija era una muchacha ejemplar, lo cual no hace sino aumentar mi interés por encontrar al hombre que cometió tan vil atrocidad y asegurarme de que reciba un merecido castigo.

Bertrand Needling no pareció muy consolado tras las palabras de Arthur.

—Bueno, ¿cuáles eran esas charlas a las que asistían su hija y sus amigas?

—Por el derecho a voto de las mujeres —contestó la señora Needling, sin inmutarse—. Iba a las charlas en favor de conceder el derecho a voto a las mujeres. Era una sufragista.

—Bueno, bueno —dijo el señor Needling—. Tampoco es necesario exagerar, ¿de acuerdo, querida? Asistía a algunas charlas. Tenía algunas amigas. Era todo muy inofensivo. Pero yo soy un firme partidario de Disraeli. Pertenezco a la Liga de la Prímula.

El señor Needling levantó la mano derecha, lo que provocó un destello del anillo de plata que llevaba en el dedo índice. Arthur se inclinó hacia delante y reconoció la forma de la flor de cinco pétalos que adornaba el anillo.

—Desde Disraeli hasta nuestro Cecil —prosiguió el señor Needling—, eso sí que son estadistas. Y yo nunca permitiría que una hija mía cayera en las redes de semejante locura. He leído sus opiniones sobre la materia, por supuesto, y sé que está de acuerdo conmigo. Comprenda que no era más que un divertimento juvenil para la chica. Eso es todo. Nada serio.

—Era sufragista —repitió la señora Needling—. Hablaba de ello siempre que tenía oportunidad.

Su marido tosió con fuerza y la señora Needling volvió a guardar silencio. Arthur no quería involucrarse en las discusiones políticas de la familia. Debía admitir que sentía un gran aprecio por Disraeli, pero, por el amor de Dios, ¿Cecil? El marqués de Salisbury era un maldito puritano. ¿Cómo podían haber caído tan bajo los conservadores y convertirlo en su nuevo portaestandarte? Por suerte, Arthur tuvo el sentido de común de abstenerse de expresar su opinión.

—¿Conoce el nombre de la organización? ¿O el lugar donde se celebraban las reuniones?

—No asistía a las reuniones —dijo el señor Needling—. Fue a un par de charlas inofensivas. Y no era miembro de ninguna organización. Tal vez sus amigas sí, no podría poner la mano en el fuego por ellas, pero Sally no lo era. No recuerdo los nombres de los grupos ni del lugar donde se celebraban las charlas. Sólo sé que era en Londres.

—Le ruego que me disculpe por sacar a colación un tema tan desagradable, pero encontraron su cuerpo en Whitechapel —dijo Arthur.

El señor Needling frunció el ceño y apretó los dientes.

—¿Cabe la posibilidad de que las reuniones de su hija fueran en...?

—Mi hija, señor Doyle, no tenía ningún asunto que atender en Whitechapel, eso se lo aseguro. ¿Me entiende? Ningún asunto.

El señor Needling dio una fuerte palmada con ambas manos en los reposabrazos del sillón.

—La policía se equivoca. Eso, o el villano que la mató trasladó su cuerpo hasta ese lugar infecto para borrar su rastro.

Era cierto que habían trasladado su cuerpo, pensó Arthur, pero, por desgracia, sólo desde el interior de la casa de huéspedes hasta el callejón de al lado. La chica había pasado su noche de bodas en Whitechapel.

—¿Le importaría decirme si su hija recibió alguna vez cartas de esas amigas? ¿De Janet y Emily? Tengo la sospecha de que podrían contener información muy útil para mis investigaciones...

Arthur omitió por el momento revelar de qué tipo de información se trataba.

—De modo que, si las encontrara, sería de suma importancia.

La señora Needling sopesó la pregunta.

—No lo creo. Pero si el señor Needling no se opone, puede examinar su escritorio y comprobarlo usted mismo.

Arthur miró al señor Needling, cuya palidez no ofrecía una respuesta afirmativa, pero tampoco negativa.

—Le estaría muy agradecido, si no tiene ninguna objeción.

El señor Needling asintió y permaneció sentado mientras su mujer acompañaba a Arthur por la señorial casa, hasta el piso superior, donde se encontraba la habitación de Sally.

Cuando Arthur entró, se sorprendió por la inmaculada limpieza que reinaba en la estancia. No vio ni una mota de polvo flotando en el aire. No había ni un centímetro de colcha fuera de lugar. Los criados debían de limpiarla a diario, pensó, aunque la chica llevaba varios meses muerta.

Arthur se detuvo frente al escritorio. Encima de la mesa había seis cajones, y debajo, entre las patas, dos más anchos. Alargó el brazo para abrir uno y se detuvo para mirar a la señora Needling, que seguía en la puerta. La mujer se apoyó en el marco, con la mano izquierda sobre el pecho y el cuerpo pegado a la pared, como si quisiera atraerla hacia ella.

Arthur esperó, con la esperanza de que la mujer se excusara para marcharse. La búsqueda iba a llevarle un buen rato y prefería realizarla a solas. Sólo Dios sabía lo que podía encontrar y no quería alterar a la pobre mujer más de lo necesario.

Sin embargo, la madre de Sally no se movió. Dirigió la mirada al techo, descansó todo el peso del cuerpo en el marco y apoyó una mano enguantada en el enyesado.

Arthur tiró de uno de los cajones que había sobre el escritorio hasta sacarlo. Lo dejó encima de la mesa con un fuerte golpe y los sobres, plumas y tinteros entrechocaron.

La señora Needling se estremeció, súbitamente arrancada de su estado de duermevela.

—Si me disculpa, doctor Doyle, debo comprobar cómo va el ganso de la cena.

Y dejó a solas a Arthur, que se sentía como un ladrón de tumbas. O un espíritu necrófago. Dios, ¿dónde estaba Bram cuando lo necesitaba?

Realizó una búsqueda metódica. Leyó las cartas con cuidado. Un puñado eran de los hermanos de Sally, enviadas desde Transvaal el año anterior. Buenos muchachos. Dos eran de un tío de París. Tres de una abuela de Swansea. Arthur aprendió mucho sobre el clima en el continente y las mareas atlánticas de las playas de Swansea, pero poco sobre la vida secreta de Sally Needling. ¿Quiénes eran esas chicas, Janet y Emily? ¿De qué organización habían formado parte? ¿Y quién era ese hombre que se había casado en secreto con Sally, sin que tan siquiera los padres de la chica lo supieran?

Arthur inspeccionó los cajones superiores uno por uno, hasta llegar al quinto. Tiró del pomo de bronce, pero el cajón no se movió. Estaba cerrado con llave. Se inclinó hacia delante y vio una minúscula cerradura bajo el pomo. Parecía un simple adorno, como los pequeños candados sujetos a la cubierta de los diarios encuadernados en cuero. No creía que ofreciera unas grandes medidas de seguridad. Arthur tiró de nuevo del pomo, con más fuerza. El cajón no se movió.

Aquello prometía.

Se acercó a la puerta y la cerró en silencio. No quería que la familia lo oyera. Regresó a la mesa y se inclinó de nuevo sobre el cajón. No sabía mucho sobre cerraduras, pero en una ocasión, mientras daban cuenta de un buen coñac, Wilde le había explicado cómo forzarlas. Arthur no estaba muy seguro de cómo lo había aprendido el propio Wilde, pero lo cierto es que aquel hombre era un misterio para todos sus amigos. Mientras Arthur cogía una pluma del escritorio, la tristeza se apoderó de él al pensar en su viejo amigo. ¿Qué había sucedido?

Después de la detención, el juicio y la cárcel, Wilde se había esfumado. ¿Dónde estaba? Arthur no tenía ni la más remota idea. Era un gran hombre, con una sonrisa diáfana y cálida, que se había

dejado arrastrar por el vicio. Todos los hombres conocían la peligrosa atracción del pecado. Sí, para ser sincero, todos los hombres sentían ciertas... necesidades. Pero no era el hecho de sentir las lo que había provocado la caída de Wilde, sino el hecho de ceder a ellas. El fracaso fruto de la debilidad. Ser un hombre, un buen hombre, implicaba superar las iniquidades de la hombría. Wilde había sucumbido al pecado, pero Arthur no lo odiaba por ello. Tan sólo estaba triste. Quería que Wilde, el viejo Wilde, el bueno, el ingenioso y optimista que alegraba todas las cenas a las que asistía, regresara.

Arthur desterró el pensamiento de su mente en cuanto introdujo la punta de la pluma en la cerradura. Era mejor no pensar en ello.

Sin embargo, la pluma no entraba. La cerradura era demasiado pequeña. Arthur probó suerte con las otras que había en el escritorio, pero fue en vano. Tendría que buscar en otra parte.

El joyero que había cerca del espejo era la opción más obvia. Cuando lo abrió, parpadeó con el resplandor de las joyas que había en su interior. Diamantes, ópalos, pulseras de oro y anillos de todos los colores. Arthur encontró tres collares de perlas, pero todos los cierres tenían forma de U, por lo que tampoco le servían. Tras unos minutos de intensa búsqueda, dio con una joya que tenía un cierre fino y largo. Era perfecto para forzar una cerradura. La cogió y se dirigió hacia el escritorio. Estaba a medio camino cuando bajó la mirada y vio lo que sostenía en la mano: una resplandeciente horquilla de rubíes.

Arthur se detuvo y la miró fijamente, tan pequeña en la palma de su mano. Las dos piezas metálicas estaban cubiertas de piedras. Era de un colorido abrumador, como todas las joyas infantiles. Se imaginaba la emoción de la pequeña Sally, con tan sólo ocho años, al abrir la caja y ver aquella preciosidad la mañana de su aniversario. La imaginaba llorando desconsoladamente al llegar rodando al final de la colina y ver los pedacitos de la horquilla

enterrados en su pelo. Entendía por qué su padre había aceptado comprarle otra idéntica, la que ahora sostenía en las manos.

Arthur introdujo el largo cierre metálico en la cerradura. Encajaba a la perfección. Lo giró, lo movió hacia abajo y luego de un lado al otro para encontrar la gacheta. Recordaba que Wilde le había descrito que debía encontrar las gachetas, aunque hubiera muchas, en orden. Tenía que empujarlas una a una. Arthur imprimió más fuerza al movimiento, buscando una gacheta que se encontraba al fondo, cuando la horquilla se rompió. Los diminutos tornillos que unían el cierre con las dos piezas metálicas saltaron y la horquilla se partió en dos. Las piezas con las incrustaciones cayeron al suelo, y el impulso hizo que Arthur perdiera el equilibrio. Quitó la pieza de la cerradura y miró al suelo.

¡Cielos! Había pisado la horquilla sin darse cuenta, la había roto en cuatro o cinco pedazos y los rubíes se habían soltado de los engarces. Una nube pasó frente a los ventanales; cuando desapareció, los rayos de luz inundaron la habitación. Las piedras refulgían en el suelo, como islas en un mar de madera marrón.

Arthur dejó los restos del naufragio donde estaban. Lo hecho, hecho estaba. Era inútil lamentarse ahora. Se volvió hacia el escritorio e introdujo el cierre en la cerradura.

Al cabo de un minuto, la había abierto.

Arthur examinó el contenido del cajón con afán. Lo vació sobre la mesa y lo miró con atención. Sólo había un pequeño montón de hojas blancas idénticas. Cogió un puñado y las observó detenidamente al trasluz.

Estaban en blanco. Las miró de una en una y todas estaban en blanco.

Tan sólo había una marca en el encabezado de todas ellas, la imagen impresa en tinta negra de un cuervo de tres cabezas. Arthur dio un respingo. ¡Era la misma imagen que habían encontrado tatuada en la pierna de Morgan Nemain!

Pero ¿qué significaba?

Dobló las hojas, se las guardó en el bolsillo y volvió a colocar el cajón en su sitio.

Después, se arrodilló y recogió los fragmentos de la horquilla antes de guardarlos con cuidado en el joyero y marcharse.

Cuando salió, no quedaba rastro de su paso por la habitación.

OceanofPDF.com

20

La persecución

«En estos momentos, está emocionado con el *glamour* de la situación y las expectativas creadas por la caza.»

Sir Arthur Conan Doyle,

El valle del terror

9 de enero de 2010 (continuación)

-La policía está de camino —dijo Jennifer Peters tras cerrar su teléfono móvil.

Harold y Sarah estaban examinando los montones de libros y papeles del despacho, mientras Jennifer permanecía cerca de la puerta. En los cinco minutos que habían transcurrido desde que Harold había bajado corriendo las escaleras para intentar dar con el hombre de la perilla, sin éxito, Jennifer sólo se había adentrado un par de metros en el apartamento. Estaba inmóvil, con los brazos cruzados sobre el vientre.

—Mire, ya sé que esto le parecerá raro —dijo Harold—, pero preferiría no tener que hablar con la policía, si no le importa. He estado en las escenas de dos crímenes en las últimas setenta y dos horas, y preferiría que no volvieran a someterme a un interrogatorio.

Jennifer cruzó los brazos con más fuerza y le respondió de manera cortante.

—De acuerdo. Váyase. No les diré que ha estado usted aquí.

Harold lanzó un último vistazo a las estanterías de Alex Cale y a continuación le hizo una señal a Sarah: había llegado el momento de marcharse. Cerró el cajón del escritorio de Alex en el que había estado hurgando y siguió a Harold hasta la puerta. Lanzó una afectuosa mirada a Jennifer y le puso una mano en el hombro al pasar junto a ella.

—Gracias —dijo Harold, cuando salieron al rellano.

—Preferiría no volver a verlos nunca más, si no les importa —dijo Jennifer.

Harold asintió y, sin decir nada más, Sarah y él abandonaron el edificio.

Tras medio minuto de reflexión en la calle, Harold tomó la palabra.

—Bueno —dijo—, las malas noticias son que, quienquiera que fuese el tipo de la perilla, se ha llevado todos los documentos útiles que había en el apartamento. No encontramos el diario, de acuerdo, pero ni siquiera hemos dado con una fotocopia del volumen. O con algún fragmento que pudiera haber copiado Alex. O con notas sobre su contenido. ¿Te has fijado en el cable de alimentación que había junto al escritorio? Diez contra uno a que ahí había un ordenador y también se lo ha llevado. Había muchos libros sobre Conan Doyle, claro, pero ninguna información sobre el diario en sí, o sobre cómo lo había encontrado Alex.

—¿Y tenemos alguna buena noticia? —preguntó Sarah mientras se dirigían hacia Argyll Road.

—Sí. Hemos visto a un hombre que está involucrado en esto, aunque en estos momentos no tengo muy claro a qué me refiero con «esto». Y sabemos que no es un sherlockiano. O, al menos, no es un Irregular; de lo contrario, lo habría reconocido.

—Supongo que sí, que podríamos considerarlo una buena noticia. Pero creo que hay otra mejor.

Sarah metió la mano en el bolsillo del abrigo, sacó un objeto de plástico violeta, del tamaño de un pulgar, y se lo entregó a Harold.

—Un lápiz de memoria. Estaba en uno de los cajones de Alex.

—¿Lo has robado?

Sarah se encogió de hombros.

Harold estaba impresionado. Nunca sabía si su compañera iba dos pasos por delante o por detrás de él.

—No sé si contendrá información útil, pero podemos comprobarlo en el hotel —dijo Sarah.

La joven volvió la cabeza un momento, y repitió el gesto al cabo de unos segundos.

—También tengo malas noticias.

—¿Cuáles?

—Creo que nos están siguiendo.

Harold se puso tenso.

—¿En serio? —preguntó.

—Voy a arrodillarme como si fuera a atarme los cordones. Cuando lo haga, ponte delante de mí y háblame con naturalidad, como si siguiéramos conversando. Luego mira disimuladamente por encima de mi espalda y dime si ves a un tipo grande con chaqueta de cuero. ¿Listo? Vamos.

Sarah apoyó la rodilla derecha en el suelo, se inclinó sobre la otra y se descalzó el talón izquierdo, fingiendo sacar una piedrecita del zapato plano y negro con los dedos.

Harold se volvió hacia ella, esforzándose en fingir normalidad, y se llevó las manos a los bolsillos mientras hablaban.

—Vale, pues aquí estoy hablando contigo —dijo—, y sigo hablando, bla bla bla, aquí estoy, hablando.

Dirigió la mirada hacia el otro extremo de la calle. Entre la multitud de transeúntes (una pareja que caminaba cogida de la mano, un chico vestido con un chándal que había salido a correr y una familia india de cuatro miembros), Harold enseguida vio a un hombre corpulento que llevaba una chaqueta de cuero y unos vaqueros azules holgados. Era un individuo fornido, con la cabeza redonda y las mejillas hinchadas. La chaqueta no parecía muy gruesa y el tipo llevaba las manos metidas en los bolsillos para protegerlas del frío.

«Mierda», pensó Harold. Consciente de que acababa de intercambiar una mirada con el hombre, movió la cabeza bruscamente a la derecha y fijó la vista en un cartel con el nombre de una calle.

—Acabamos de mirarnos a los ojos —dijo—. Creo que se ha dado cuenta de que lo observaba.

—¿Qué está haciendo ahora? —preguntó Sarah mientras seguía entretenida con el zapato.

Harold no movió la cabeza y fingió leer el cartel con las letras «KENSINGTON PALACE» impresas, acompañadas de la imagen de un hombre andando y de una flecha que señalaba un lugar detrás de Harold, mientras intentaba mover los ojos a la izquierda para espiar al tipo. El gesto le provocó cierto dolor. El hombre también había desviado la mirada y parecía estar observando el escaparate de un local de bronceado.

—Ha apartado la mirada —dijo Harold—. Parece un tipo raro.

Sarah volvió a calzarse el zapato, se puso en pie y echó a andar con premura por Kensington Road, seguida de Harold.

—¿Qué hacemos? —preguntó él.

Sarah levantó una mano y bajó de la acera.

—Largarnos de aquí —dijo.

Pararon un taxi y entraron en él rápidamente. Hasta que no cerraron la puerta y el taxista se volvió para preguntarles adónde querían ir, no se dieron cuenta de que no sabían qué decir.

—Hmm... ¿Descartamos el hotel? —preguntó Harold.

—Puede que ya sepa que nos alojamos allí, aunque, por si acaso, será mejor que no se lo revelemos.

Sarah levantó la voz para hablar con el conductor.

—¿Le importaría circular en línea recta un rato mientras decidimos adónde vamos?

El taxista, un asiático con el pelo negro y un gran mostacho, se limitó a encogerse de hombros. Puso la marcha y arrancó de nuevo.

Harold y Sarah se volvieron para mirar a través del parabrisas trasero. El hombre de la chaqueta de cuero estaba hablando por teléfono.

Mientras observaban cómo se alejaba lentamente, vieron que un coche negro aparecía de repente y se detenía frente a él. El hombre guardó el móvil, abrió la puerta del coche y entró con un gesto rápido y ágil para alguien de su corpulencia. El vehículo aceleró y comprobaron que se dirigía hacia ellos.

Harold se volvió hacia el conductor.

—¿Le importaría ir un poco más rápido? —le preguntó.

—¿Más rápido? ¿Adónde?

—Adonde quiera —respondió Sarah—. Por ahí. Y rápido.

El taxista se encogió de hombros de nuevo y sacudió la cabeza. ¡Americanos!

Tras ellos, el coche negro avanzaba serpenteando entre el tráfico, intentando recuperar agresivamente la distancia que lo separaba del taxi. Las ventanillas del coche estaban tintadas, por lo que Harold no pudo ver a ninguno de los pasajeros. La visión del

parabrisas delantero quedaba obstruida por un coche que se interponía entre ellos, y luego otro, hasta que al final pudo ver, durante unos segundos, al conductor: un hombre joven con entradas en las sienes que vestía un jersey gris y lucía una perilla horrible.

Harold contuvo la respiración.

—Joder —fue lo único que logró articular.

Sarah vio al hombre de la perilla al mismo tiempo y se volvió de inmediato hacia el taxista.

—Disculpe, ¿podría doblar a la derecha en el semáforo? Sí, justo ahí.

—¿Qué sucede? —preguntó el conductor.

—¡Gire a la derecha aquí, ahora! —gritó Sarah.

El conductor cambió de carril y giró.

—No quiero meterme en problemas —dijo el taxista, mientras avanzaban hacia el sur y pasaban junto al Imperial College.

—Nosotros tampoco, así que lo mejor será que intentemos evitar cualquier problema. Para ello, tendrá que girar a la izquierda un poco más adelante.

—Voy a dejarlos en esta misma esquina.

—¡No! —exclamó Harold—. Nos están siguiendo.

—Venga —dijo el conductor—. Es hora de apearse.

—Hablo muy en serio. Fíjese en el coche negro que hay detrás de nosotros. Nos está siguiendo desde que hemos subido a su taxi.

El conductor miró por el retrovisor. Había varios coches negros.

—¿Por qué iba a seguirlos alguien? ¿Qué son, actores famosos?

—Ésa es una buena pregunta —dijo Harold mientras sopesaba la respuesta—. No sé por qué nos siguen, cuando en realidad son ellos quienes tienen algo que nosotros queremos.

—Pues, si me detengo ahora, podrá averiguar quién está persiguiendo a quién.

—No es un mal plan —admitió Harold.

Sarah lo miró, desconcertada.

—¿Qué? —preguntó no muy convencida, como si temiera la respuesta.

—Tengo una idea —dijo Harold.

Cogió la cartera y sacó un fajo de billetes. Sin mirar siquiera cuánto le estaba dando, dobló los billetes y se los entregó al taxista, quien parecía muy contento mientras contaba el dinero.

—Necesito que nos haga un favor más. Acelere. Mucho. Luego, gire bruscamente a la izquierda, en...

Harold aguzó la vista para leer el nombre de la calle.

—Fulham. Entonces, frene en seco en cuanto pueda.

El conductor miró el fajo de billetes que acababa de darle y se encogió de hombros. «Como usted quiera», dio a entender.

Cuando el taxi aceleró, Harold notó que el cuerpo se le pegaba al respaldo. Bajó la mirada y vio que sus manos, por iniciativa propia, se habían aferrado al asiento.

El taxista dio un volantazo a la izquierda y se coló en el hueco que se abría entre dos coches. Harold salió despedido hacia la izquierda, contra el cuerpo en tensión de su compañera. Cuando el coche enderezó el rumbo, intentó apartarse de ella educadamente, pero acabó poniéndole una mano en el muslo. Sarah pareció no darse cuenta de ello.

El taxista acercó el coche a la acera y pisó el freno a fondo. Los pasajeros, que no se habían abrochado los cinturones de seguridad, se empotraron contra la mampara. El coche se detuvo.

—Aguarde aquí un segundo —dijo Harold, saliendo del coche.

Permaneció junto a la puerta abierta un instante, en espera de que el coche negro apareciera frente a él.

No tuvo que esperar demasiado. Al cabo de unos segundos, el vehículo atravesó el cruce a toda velocidad. A diferencia del taxi, el coche no tenía la intención de parar, sino que aceleró aún más al enderezar el rumbo en Fulham Street.

Harold, rebosante de adrenalina, bajó a la calzada y se situó frente al coche. Cuando el hombre de la perilla se dio cuenta de lo que había sucedido, un gesto de confusión le ensombreció el rostro. Durante un instante que pareció eternizarse, mientras el coche avanzaba hacia Harold, empezó a darle vueltas a su plan. Si el hombre de la perilla quería matarlo, ahora se le presentaba la oportunidad perfecta. Lo único que debía hacer era mantener el pie en el acelerador y embestir a Harold. Podía achacar la muerte a un simple accidente de tráfico y nadie sabría jamás la verdad. Harold estaba haciendo una clásica apuesta de póker contra el coche: estaba pagando por información, asumiendo un riesgo calculado no para ganar, sino para averiguar algo sobre su adversario. Si salía con vida, sería porque el hombre de la perilla no quería matarlo. Sin embargo, si moría... Supuso que, si hubiera querido matarlo, ya lo habría hecho. Como hizo con Alex.

Harold vio la mueca del conductor cuando pisó el freno, dio un volantazo a la izquierda y se subió a la acera. El chirrido metálico de las ruedas quebró el ruido del tráfico de mediodía. El coche derrapó y quedó atravesado, con el morro en la calzada. Se detuvo a pocos metros de Harold, que miró al hombre de la perilla, en el asiento del conductor. El tipo puso mala cara. Harold sonrió. No intentaba matarlo. De hecho, había tratado de evitarlo por todos los medios. Harold se acercó lentamente y llamó con los nudillos en la ventana del acompañante.

Se hizo una larga pausa. Los pasajeros del coche no sabían qué hacer. Lo suyo era una persecución, no una charla educada, y el cambio de planes los había desconcertado.

Al cabo de un momento, el copiloto bajó el cristal de la ventanilla.

—¿Sí? —dijo el tipo de la chaqueta de cuero, con una mirada de serenidad glacial.

—No tenéis el diario, ¿no? —soltó Harold a bocajarro.

El hombre evaluó en silencio la situación. La pausa se alargaba; tal vez fuera más listo de lo que Harold creía.

—Entonces tú tampoco lo tienes —le espetó mientras le dirigía una sonrisa de oreja a oreja.

«Mierda.» Harold había revelado toda la información que poseía. Pero quizá había valido la pena. Si ninguno de ellos tenía el diario...

—No mataste a Alex Cale —dijo Harold.

No era una pregunta.

—¿Estás seguro?

El hombre se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta, sacó una pistola y apuntó a Harold a la cara. Parecía enorme, pensó mientras miraba fijamente el cañón.

La firme determinación de Harold empezó a flaquear. ¿Podía estar seguro de que ese hombre no quería matarlo? Se sentía incapaz de pensar. La lógica se había esfumado. La fría razón sherlockiana se derritió al calor abrasador del pánico que se había apoderado de él.

—No lo tengo —suplicó Harold—. El diario. Ni siquiera sé dónde está. Ni quién lo tiene.

De repente, el coche negro se estremeció como si lanzara un suspiro y se hundió en el asfalto.

Harold miró por encima del techo y vio a Sarah poniéndose en pie al otro lado. ¿Cómo había llegado hasta allí? Estaba junto a la rueda trasera: la había pinchado. Y había hecho lo mismo con la delantera.

—¡Al taxi! —le gritó a Harold—. ¡Ahora!

Harold vio que el hombre de la pistola se había distraído con el alboroto, de modo que aprovechó para correr tan rápido como pudo.

Abrió la puerta y entró en el taxi, seguido de Sarah al cabo de medio segundo.

—¡Llévenos adonde quiera, tan rápido como pueda! —le gritó Harold al conductor.

La expresión del taxista era una prueba de que sabía que algo grave había ocurrido. No hizo preguntas, sino que metió la marcha y pisó el acelerador a fondo.

Harold miró a través del parabrisas trasero. Ninguno de los ocupantes había salido del coche. El vehículo negro permanecía inmóvil, medio subido a la acera.

Sarah le mostró el pequeño cuchillo retráctil que sostenía en la palma de la mano. Cerró la hoja y se lo guardó en el bolso.

—Y bien —dijo Sarah, mirándolo fríamente a los ojos—. ¿Qué tal ha funcionado tu plan?

OceanofPDF.com

21

Virgilio y Dante en las orillas de Aqueronte

«Oh, vosotros los que aquí
entráis, abandonad toda
esperanza.»

Dante Alighieri,

Divina Comedia

30 de octubre de 1900

Bram Stoker se encontraba frente a la estación de Aldgate, examinando la imagen que sostenía en la mano. Era un cuervo de tres cabezas, impreso en tinta negra sobre una hoja de papel blanco. Los picos del cuervo estaban entreabiertos, como si cada uno estuviera a punto de devorar a su succulenta presa. Los ojos eran puntos vacíos que dejaban ver el papel blanco. Las alas parecían pinceladas, o cortes de un cuchillo. Era una imagen amenazadora. Bélica. Homicida.

Bram le devolvió el papel a Arthur, que había esperado en silencio mientras su amigo finalizaba la inspección.

—Un animal aterrador —dijo Bram, refiriéndose a la imagen—. Nunca había visto nada semejante.

—Yo tampoco —admitió Arthur con un suspiro—. No sé de dónde procede ni qué se supone que representa.

—Nada agradable, me atrevería a decir. ¿Has encontrado estas hojas en la habitación de Sally Needling? ¿Y Scotland Yard describió un tatuaje idéntico en la pierna de Morgan Nemain?

—Sí —respondió Arthur—, y ya sé qué me vas a preguntar. ¿Llevaba Sally Needling la misma imagen tatuada en la pierna? Sin embargo, me temo que no tenemos la respuesta a esa pregunta. Los inútiles de Scotland Yard no dejaron constancia de ningún tatuaje en su informe sobre el caso Needling. Pero era una buena chica. De familia respetable. El hecho de que encontraran su cuerpo en un callejón de Whitechapel ya supuso un problema incómodo para la policía. Tal vez prefirieron omitir el detalle del tatuaje para ahorrar más preocupaciones a los padres de la chica. Y a ellos mismos, claro.

—Tienes razón. Deduzco que tu opinión sobre Scotland Yard empeora día a día.

—¡Dios mío, es que son un hatajo de imbéciles! En sólo cuatro días he avanzado mucho en la investigación de dos asesinatos, tal vez más, que ellos habían renunciado a resolver tiempo atrás. Son unos detectives pésimos.

Bram no pudo sino sonreír.

—Menos mal que nosotros contamos con la inestimable ayuda de un gran sabueso.

Arthur torció el gesto. En ocasiones, cuando se enfrentaba a un problema grave, Bram podía mostrarse frívolo en exceso. Sin embargo, puesto que necesitaba la ayuda de su amigo para orientarse en el East End prefirió morderse la lengua.

—Tengo la esperanza —dijo Arthur— de que podamos encontrar al tatuador que grabó el cuervo en la pierna de Morgan Nemain, y probablemente también de Sally Needling. Esta imagen

significaba algo para esas chicas. Conservaban el dibujo del cuervo y al menos una de ellas se lo había tatuado. Quizá le explicaran su significado al tatuador. Su simbolismo.

—¿Has pensado en la posibilidad de que fuera el propio asesino quien le hizo el tatuaje a Morgan Nemain cuando ya estaba muerta?

—Cielos, Bram, qué idea tan espantosa. No sé de dónde las sacas. No, no me parece algo probable. Para empezar, el agente de Scotland Yard señaló que el tatuaje no era reciente. Además, si Sally guardaba varias hojas de papel con el mismo dibujo, creo que lo más probable es que la relación de esas chicas con la imagen del cuervo fuera voluntaria.

—Es un buen razonamiento. Pero ¿cómo piensas encontrar al tatuador? Debe de haber mil marineros en Londres que saben hacer un tatuaje con tinta y una aguja caliente.

Ahora era Arthur quien sonreía. Retrocedió y señaló a su alrededor. El bullicio de Aldgate los rodeaba. Los carros avanzaban traqueteando por High Street. Un grupo de chicos levantaba una nube de polvo a su paso mientras se daban empujones y lanzaban piedrecitas a los caballos. Los mendigos agitaban las latas oxidadas y los carteristas seguían con sigilo a cualquier hombre que luciera un buen sombrero de copa. Y el hedor, el horrible hedor a pescado muerto que saturaba las ráfagas de aire procedente de los muelles situados un poco más al sur. Arthur respiró hondo, se llenó los pulmones de aquel aire pútrido y lo expulsó con una sonrisa.

—«Ahora ponte en el lugar de ese hombre. ¿Qué haría entonces?» En el lugar de ese hombre o, en nuestro caso, de esa mujer —dijo Arthur.

Bram frunció el ceño.

—Eso es una cita de algún libro, ¿verdad?

—Sí. De *Estudio en escarlata*.

—¡Es uno de tus relatos!

—Así es. Y un buen consejo, ¿no crees? Vamos.

Arthur echó a andar hacia el este por High Street, alejándose de la estación.

—Imagínate que eres una chica de rostro inmaculado de veintiséis años, que has vivido siempre en un páramo situado al norte. Vienes a la ciudad de vez en cuando, de compras, al teatro, y asistes a alguna que otra reunión de las sufragistas. Tus amigas y tú habéis decidido marcaros el cuerpo como símbolo de algo. ¿Adónde irías?

—Al Strand. Lo más probable es que preguntase en las tiendas de la zona, en lugares en los que hubiera estado antes, para averiguar quién podía hacerle un tatuaje.

—No está mal, Bram, pero no has acertado. Todo lo contrario: Sally habría ido a cualquier lugar menos al Strand. No querría que nadie la reconociera en las tiendas que frecuentaba y que supieran que buscaba un tatuador. ¿Y si sus padres lo descubrían? ¿Qué pensarían? Sería un desastre.

—Pero también dicen que pintarse el cuerpo es una práctica cada vez más habitual. Hace años que no veo un solo marinero británico sin un tatuaje en el antebrazo. Y no es que yo preste mucha atención a los chismes, pero dicen que incluso el duque de York se ha tatuado, que lo hizo cuando estuvo en Malta.

—Sí, sí, claro, la figura de George se presta a historias de ese tipo. Es un tanto orientófilo, el muchacho. Pero un comportamiento propio de los hombres rudos que trabajan en alta mar, y del rudo heredero de Gales, no encaja con el de la hija de un abogado de West Hampstead. Si Sally se tatuó, lo hizo en secreto.

Arthur pensó que Bram parecía impresionado por su razonamiento, pero que procuraba disimularlo.

—Entonces iría a los muelles, junto al río —propuso Bram—. Allí podría hacer lo que quisiera en secreto. La reputación de ese barrio en cuestiones tan impropias de una dama es de sobra conocida.

—Muy bien —dijo Arthur—. Ahí quería llegar.

Bram miró a su amigo con extrañeza, aunque Arthur ignoraba el motivo. Estaba demasiado ocupado disfrutando de la pedantería inherente al trabajo de detective. Aquello era mucho más emocionante que las largas horas que había pasado en Scotland Yard, hurgando entre papeles. Descubrir algo por uno mismo era apasionante, claro, pero poder explicarlo a un público embelesado... Un detective necesita un público. Arthur tenía la sensación de que, con el paso de los días, cada vez comprendía mejor a su viejo Holmes.

—De acuerdo, nuestra chica llega a Londres y se dirige a los muelles. ¿Adónde va?

—Las estaciones más próximas son las de Shadwell y Fenchurch, en la línea de Blackwall, o, mejor aún, Wapping, en la línea de East London.

—Tienes razón —admitió Arthur—. Eso es lo que haría alguien que vive en la ciudad. Pero Sally Needling no era de Londres. Para llegar a la línea de Blackwall, tendría que cambiar de tren en Cannon Street y, francamente, es algo que resulta bastante confuso incluso para alguien como yo. Además, ella no conocía los muelles. Era una chica de campo. ¿No crees que habría consultado un mapa de ferrocarriles y habría tomado la ruta más sencilla hasta cualquier estación que pareciera estar cerca de los muelles?

Arthur sacó un mapa del bolsillo del abrigo y lo abrió.

—¡Mira! Habría tomado la Great Northern hasta King's Cross, es obvio. Y luego la línea metropolitana, hasta Aldgate.

—Pero la estación de Mark Lane está más cerca de los muelles.

—Sí, pero ¿crees que ella lo sabía? Diría que no. Fíjate en el mapa.

Arthur se detuvo frente a una taberna y apoyó el mapa en la pared. Dentro, se oía el tintineo de los vasos de pinta y los chirridos de las botas que se pegaban al suelo de madera manchado de

cerveza. Era una algarabía melodiosa, una canción interpretada todas las tardes por una multitud ebria, con vasos sucios y madera podrida. «La balada de las cervezas de mediodía», pensó Arthur.

—¿No parece —prosiguió Arthur—, tal y como están dibujadas las calles, que es más fácil llegar a los muelles desde la estación de Aldgate que desde Mark Lane? Tú y yo conocemos el terreno y sabemos que Mark Lane es la más cercana. Sin embargo, es lógico que Sally Needling considerara mejor apearse en la estación de Aldgate. Vio esta calle, Commercial Road, y pensó que era una ruta más sencilla que adentrarse en el laberinto de la Torre de Londres. Por lo que debió de echar a andar hacia el este, por Commercial Road, y luego dobló a la derecha en Leman. De ese modo llegó a los muelles desde Wellclose Square. ¡Sígueme!

Arthur aceleró el paso, arrastrando el mapa de ferrocarriles como una cometa. Bram siguió a su amigo mientras éste se abría paso entre los carteristas y las prostitutas. Se dirigían hacia St. George. Arthur no perdió detalle de los escaparates: tabaqueros, pubs, casas consignatarias y casas de huéspedes. Cuando se acercaban a Wellclose Square, Arthur se dirigió hacia el este, pero Bram le puso una mano en el hombro para que enderezara el rumbo y enfilara hacia el sur, en dirección a los muelles. En la esquina de St. George y Well Street, justo por debajo de Wellclose Square, encontró lo que buscaba: un comerciante de especias del lejano Oriente.

«Especias aromáticas», decía el cartel tallado a mano que había en la puerta. «Importación y exportación.»

—¡Ajá! —exclamó Arthur—. Perfecto. ¿Qué sabe Sally acerca de los tatuajes, además de que es un arte que se practica en Oriente? No me cabe la menor duda de que fue a una tienda oriental con la idea de encontrar lo que buscaba.

Arthur abrió la puerta torcida y entró en la tienda. En cuanto atravesaron el umbral, se sumergieron en un océano de olores. Ninguno de los dos conocía el origen de aquellos aromas

embriagadores que invadían sus fosas nasales y les embotaban los sentidos. Era una sensación mareante, pero extrañamente agradable.

Un hombre chino, pequeño, viejo y de aspecto frágil, salió de la trastienda. Sólo tenía un mechón de pelo en la cabeza y llevaba una túnica sucia, con manchas de color naranja.

—Caballeros —susurró el anciano—. ¿En qué puedo ayudarles?

—Espero que pueda ofrecernos una gran ayuda —dijo Arthur—. ¿Por casualidad trabaja usted con la tinta?

El anciano frunció el ceño.

—¿Tinta? No importo tinta de China.

—No me refiero a la importación, sino al arte de grabar la piel humana. Me gustaría hacerme un tatuaje y estoy convencido de que en el pasado ha hecho más de uno para unos cuantos viajeros perdidos.

El anciano frunció el ceño y al cabo de un instante se encogió de hombros.

—Me temo, señor, que se equivoca. Aquí vendo especias, no dibujos para la piel.

Levantó la mano derecha, huesuda y trémula. Tendió el brazo y Arthur comprobó cómo le temblaban los dedos.

—Me temo que no podría hacerlo aunque lo intentara —dijo el anciano mientras bajaba la mano.

Era imposible que aquel anciano pudiera sujetar una aguja caliente con firmeza suficiente para hacer un tatuaje sin dejarle una gran cicatriz al cliente.

—Le ruego que me disculpe —dijo Arthur, lanzando un suspiro de desánimo.

Sin pronunciar otra palabra más, salió de la tienda acompañado de Bram. Aunque habían pasado apenas unos minutos dentro, al pisar la calle los embistió la luz del sol y el aire fresco.

Todavía sentía un cosquilleo en la nariz mientras el viento arrastraba los últimos restos de los aromas de las especias.

—Pero juraría —dijo al cabo de un momento— que tuvieron que venir aquí. ¡Tuvieron que venir aquí, Bram, es el único camino que tiene sentido!

—Tal vez encontró a un tatuador dispuesto a hacer el trabajo en cualquiera de los locales que hay entre el río y Whitechapel Road —dijo Bram—. O tal vez le pidió a alguno de los marineros con los que tuvo que cruzarse por la calle que se lo hiciera. No hay forma de deducir adónde fue.

Arthur dio vueltas a la cuestión. ¿Estaba Bram en lo cierto? ¿Era imposible, dada la poca información de que disponían, deducir los pensamientos y acciones de esas chicas? En tal caso, el proceso de trabajo detectivesco que Arthur había descrito en dos docenas de relatos era un fraude. Disponía de todo el material necesario para reconstruir lo sucedido. Estaba convencido de ello. Si era incapaz de hacerlo, no sólo significaba que era un fracaso como detective, sino también como escritor. Holmes y él pasarían a la historia como una pareja de charlatanes. La «ciencia de la deducción» de Arthur, la capacidad de usar la razón para abrirse paso entre los horrores más oscuros de la experiencia humana, era una farsa. Una mentira infame, indigna de las páginas que había manchado de tinta.

Cuando se encontraban en St. George, justo por debajo de Wellclose Square, a Arthur le sobrevino una extraña idea a la cabeza. ¿Era eso lo que sentían sus lectores? ¿Que estaban perdidos en una historia, sin la menor idea del lugar al que se dirigían? Arthur se sintió hundido, como si hubiera ido perdiendo el control de los hechos a medida que se sucedían. Sus lectores depositaban una confianza ciega en él, se entregaban a esa confusión desconcertante, al mismo tiempo que se aferraban a la esperanza de que Arthur los condujera a una conclusión satisfactoria. Pero ¿y si al llegar a la última página no había una solución? ¿Y si la solución era una sandez? ¿Y si todo se desmoronaba? Sus lectores habían

realizado un acto de fe, ¿no era así? Le ofrecían su tiempo y su dinero. ¿Y qué les prometía el autor a cambio?

«Voy a cuidar de ti —quería decirles—. Sé que ahora parece imposible, pero todo va a salir bien. No ves adónde me dirijo, pero te aseguro que el final te llenará de alegría. Confía en mí.»

Y muchos habían depositado su confianza en Arthur.

El escritor sacó el mapa del bolsillo, lo abrió y se sentó en la acera.

Bram le lanzó una mirada de desagrado.

—Arthur, el suelo debe de estar mugriento...

—¡La pobre no sabía adónde iba! Ésa es la clave. Si no conocieras la zona, ¿adónde irías?

Arthur deslizó los dedos por el mapa, como si estuviera escrito en braille.

—Hemos ido directamente desde la estación hasta los muelles, y no he visto más comercios de especias en el camino.

Arthur no apartaba la mirada del mapa.

—Hemos ido directamente hasta los muelles —repitió—. ¡Directamente! ¡Eso es!

—No tengo ni idea de a qué te refieres.

—¡Hemos ido directamente hasta los muelles, tomando la ruta más rápida, porque tú sabías el camino! Pero Sally no podía conocerlo. ¿Recuerdas que me he detenido en Wellclose Square y luego he doblado a la izquierda?

—Sí —dijo Bram, que empezaba a entender a su amigo—. La calle conduce en esa dirección, pero luego tuerce hacia el este y regresa a Cable Street.

—¡Pero yo no lo sabía! —exclamó Arthur, emocionado—. Si no hubieras estado ahí para corregirme, ¡habría ido directo a la plaza!

Se puso en pie de un salto y, cuando intentó cruzar la calle, estuvo a punto de arrollarlo un carro. Los caballos no lo embistieron por escasos centímetros. El cochero le gritó algo que parecía una obscenidad, pero Arthur no le prestaba atención y no entendió lo que le dijo. Se volvió y se dirigió hacia el norte por Leman Street, en dirección opuesta a los muelles. Bram lo siguió.

En el centro de Wellclose Square, la iglesia danesa se alzaba dos pisos por encima de la cárcel de Neptune Street, a la izquierda. En el lado derecho de la plaza se ubicaba un albergue para marineros gestionado por la iglesia metodista, junto a la Escuela Náutica de Londres. Mientras observaba la plaza, Arthur no pudo evitar pensar que todo el East End se asemejaba a la extraña organización arquitectónica de la plaza: iglesia, cárcel, tugurio; iglesia, cárcel, tugurio.

Entre la multitud de marineros de tez curtida, Arthur vio otro comercio oriental al otro lado de la plaza y echó a correr en esa dirección de inmediato.

Sin embargo, el tendero no le fue de mucha más ayuda que el anterior. Aunque era de ascendencia oriental, el hombre no hacía tatuajes. Arthur salió de la tienda muy desanimado y hecho un mar de dudas.

—No lo soporto, Bram. Lo hemos razonado todo. Mi lógica es irrefutable. Los pasos, tal y como los he descrito, se producen de forma ordenada y secuencial. Sally tuvo que llegar a esta plaza, algo tan claro como que dos y dos son cuatro. Es demasiado razonable para que no sea cierto.

Arthur se sentó de nuevo sobre la tierra fría y apoyó la espalda en la pared del albergue para marineros. Había dos pequeñas ventanas encima de su cabeza. Estaban rodeadas de los carteles de madera que recogían las reglas del albergue: «Todos los marineros son bienvenidos», rezaba el primero. «Orientales bienvenidos» y «Prohibido el consumo de alcohol», señalaban los otros dos. Del interior manaba un cálido resplandor que iluminaba los carteles y arrojaba un haz de luz roja sobre el sombrero de Arthur.

Bram se situó frente a su amigo y le dirigió una mirada de compasión.

—Lo siento. Tal vez la razón acabe en la Torre de Londres, y en los suburbios del East End sólo pueda guiarnos la locura. Volvamos a casa —propuso Bram—. A los dos nos conviene pasar una noche de descanso. Estás exhausto. Tal vez mañana, con la mente despejada, se te ocurra algo que...

Bram dejó la frase a medias y se tragó las palabras que iba a pronunciar. En su rostro se dibujó una expresión que Arthur no le había visto nunca.

—¿Bram? ¿Te ocurre algo?

—Cielo santo, por el amor de Dios y nuestro Señor. Joder.

Bram parecía embrujado.

Arthur soltó un suspiro, apoyó la cabeza en la pared y cruzó las manos en el regazo.

—Soy consciente de que nos hallamos entre marineros —reprendió a su amigo—, pero eso no significa que debas hablar como ellos.

Bram respondió con una carcajada. Arthur empezaba a preocuparse. ¿Acaso había perdido el juicio?

—No puedo creer lo que ven mis ojos —dijo Bram, entre risas—. Levántate.

Arthur meneó la cabeza y obedeció. Después se sacudió la tierra del abrigo con unas palmadas.

—Ahora, date la vuelta.

Arthur se volvió y miró hacia la pared del albergue de marineros.

A menos de quince centímetros de su cara había un dibujo de un cuervo de tres cabezas hecho con pluma. El papel estaba sujeto a uno de los tablones de madera, el que anunciaba «Orientales

bienvenidos». El dibujo era idéntico al que Arthur llevaba en el bolsillo del abrigo.

—Ya me gustaría ver a Sherlock Holmes hacer algo así —dijo Bram con sorna.

Arthur sonrió, satisfecho con su victoria.

—Vamos —dijo en voz baja.

Rodearon el albergue metodista para marineros hasta que encontraron una entrada lateral, lejos de la iglesia. Había otros carteles que también adornaban la pared exterior del edificio. Mostraban caracteres orientales, cada uno formado por una compleja trama de trazos que recordaron a Arthur el laberinto de setos del castillo de Alnwick.

—Tienen un edificio aparte para los marineros orientales —dijo Arthur lentamente, al darse cuenta de lo que había encontrado—. Pueden alojarse aquí por unos cuantos peniques mientras su barco está fondeado. Y así es como se ha formado una pequeña comunidad. Los marineros intercambian bienes entre ellos, alcohol y tabaco, opio y pipas nuevas. Y, obviamente, tienen un tatuador.

Arthur entró en el edificio y fue recibido por un gran alboroto. Marineros de todos los puertos orientales se gritaban unos a otros en lenguas extrañas, profiriendo insultos desconocidos y cantos disonantes. En un rincón había varios hombres amontonados, como si estuvieran en una lata. Algunos fumaban opio en pipas que medían casi un metro, mientras que otros ya estaban inconscientes y yacían en el suelo, a los pies de sus compañeros. Había dos orientales enormes y calvos que sujetaban dos pequeños frascos que contenían un líquido viscoso que vertían en jeringuillas relucientes. En la etiqueta se leía: «Friedrich Bayer & Co.: Heroína pura para aliviar la tos nocturna infantil». No muy lejos de allí, un grupo hacía lo propio con un frasco de morfina. Arthur examinó el estado de las relaciones internacionales: heroína de los alemanes, morfina de los ingleses, opio de los chinos... Las sustancias circulaban libremente hasta que todos sucumbían a sus dulces y vividas quimeras.

Arthur pensó en el momento en que Sally y Morgan entraron por esa puerta, dos vírgenes que cruzaban la laguna Estigia. Lo expresó en voz alta.

—Si tú eres Virgilio, ¿eso me convierte en Dante? —preguntó Bram con sorna.

—Creo que sería al revés —dijo Arthur.

Un empleado que vestía un traje negro inmaculado se acercó a Arthur y Bram. Era un hombre blanco y delgado, y hablaba con el acento de las tierras altas escocesas.

—¿Qué barco los ha traído a mi casa? —preguntó esbozando una media sonrisa.

—La barca de Carente, tal vez, pero dejemos eso para otro momento.

El empleado del albergue no pareció cazar la referencia de Bram, pero su rostro tampoco transmitía una impresión concreta sobre el asunto.

—Estamos buscando a un par de mujeres jóvenes.

—Al igual que la mitad de los hombres que ve ante usted —dijo el empleado—. Pero dudo que tengan ni una triste moneda para poder pagarlas. Sin embargo, ustedes dos...

El hombre miró a Arthur y Bram de arriba abajo, desde los sombreros hasta los lustrosos zapatos.

—Me llamo Perry y estoy seguro de que podré ayudarlos a encontrar lo que buscan.

—Gracias —dijo Arthur—, pero no buscamos mujeres que estén aquí esta noche. Estamos buscando a dos muchachas que vinieron aquí hace meses, tal vez un año. Contrataron los servicios de su tatuador.

Perry frunció el ceño al ver cómo se esfumaba la esperanza de sacar tajada de la visita de aquel par de caballeros.

—Lo encontrarán ahí detrás —les indicó señalando una puerta—. Cuando hayan terminado de hablar con él, vengan a verme. Tal vez pueda ofrecerles algo que sea de su interés.

Una cortina de terciopelo impregnada de humo y agujereada por las quemaduras de las pipas separaba la sala de la plácida trastienda en la que entraron Arthur y Bram. Este último apartó la cortina a un lado.

La nube de humo era mucho más fina en la pequeña estancia. En las paredes había, cada pocos pasos, unas gruesas velas en candelabros. Un marinero extranjero, descamisado, con la piel del color del fresno, estaba tumbado boca abajo en una mesa acolchada en el centro de la habitación, con los brazos tatuados y colgando a los lados. A la luz de las velas, Arthur y Bram vieron también los dibujos que le adornaban la espalda.

Ante el marinero se encontraba el tatuador. Era el japonés más grande que Arthur había visto jamás. Era totalmente calvo, algo que resultaba aún más llamativo debido a los elaborados tatuajes que le cubrían el cuero cabelludo. El hombre se volvió hacia Arthur y Bram, quienes vieron entonces los tatuajes de colores vivos que le recorrían el cuello, las orejas y el cráneo.

El tatuador vestía ropa de trabajo: pantalones holgados de lana y una camisa blanca. En la mano sostenía una aguja larga y curva con la que apuntó a Bram al dirigirles la palabra.

—Tendrán que esperar fuera, caballeros —les pidió, con una entonación a medio camino entre la pregunta y la afirmación.

Tenía el acento típico de los muelles de Londres, sin rastro de su patria oriental. Hablaba con una voz profunda y rasgada por el humo. Arthur pensó que debía de tener las entrañas tan abrasadas como la piel.

Antes de que Arthur pudiera responder, Bram metió la mano en el abrigo de su amigo, sacó el dibujo del cuervo del bolsillo de Arthur y se lo mostró al tatuador sin mediar palabra. El hombre lo

miró extrañado. Arthur distinguió en sus ojos un brillo de reconocimiento y orgullo.

—¡Eeeh! —gritó el marinero de torso desnudo tendido en la mesa—. ¿Podemos acabar de una vez?

—¿De dónde han sacado eso? —preguntó el tatuador, ignorando las protestas de su cliente.

—Del cadáver de una chica. Lo llevaba tatuado en la pierna.

—¿Un cadáver? ¿Alguien ha matado a una de esas chicas?

«¿Una de qué chicas?», pensó Arthur; sin embargo, guardó silencio.

—Sí —dijo Bram.

—¿Quién?

Bram hizo una pausa para pensar en la respuesta. El tatuador retrocedió hasta una pequeña mesa de instrumental que había en un rincón de la habitación. Arthur vio docenas de finas y afiladas agujas dispuestas según su medida sobre la mesa. Algunas eran rectas, del tamaño de una pinza para tender la ropa, mientras que otras eran largas y curvas, como el pico de una gaviota. El tatuador acarició sus herramientas de trabajo con un gesto amenazador.

—Usted no —dijo Bram al final, provocando la sonrisa del tatuador.

—Venga, Smithy, levántate —le dijo a su cliente—. Déjame hablar a solas con mis amigos.

El cliente expresó su evidente malestar mediante una serie de gestos ostensibles. Al salir de la habitación, se inclinó hacia delante y escupió en el zapato de Bram, quien ni siquiera se inmutó.

Arthur comprendió que había llegado el momento de tomar de nuevo las riendas de la investigación.

—¿Tatuó a un grupo de chicas, al menos dos, hace un tiempo? —preguntó.

—Sí —admitió el tatuador—. Debió de ser hace más de un año. El dibujo era bastante sencillo. Nada de sombras, sólo tinta negra sobre esas piernas tan delgadas y pálidas. Utilicé...

Hizo una pausa y se volvió hacia el instrumental. Escogió una aguja mediana del centro de la mesa y se la entregó a Arthur.

—... Ésta.

Ligera como una pluma, apenas pesaba en la palma de Arthur. La aguja era de marfil, fina como un carboncillo. Arthur miró al tatuador, que lo observaba con detenimiento, esperando un gesto de aprobación. No existe artesano que no se enorgullezca de sus herramientas.

—Es un objeto... bonito —dijo Arthur.

—La tallé yo mismo. En Kioto.

El tatuador suspiró y puso una mirada nostálgica, pero enseguida retomó el hilo.

—Fue la primera y única vez que un grupo de chicas entró para hacerse un tatuaje —dijo—. Les dibujé el mismo cuervo a las cuatro.

—¿Cuatro? —exclamó Arthur.

—Así es. Vinieron las cuatro juntas con una copia de ese dibujo en un pedazo de papel. Como el que tiene usted.

—¿Cómo se llamaban?

—A ver, déjeme consultar el registro del banco. Estoy seguro de que todas me pagaron con un cheque —respondió el tatuador en un tono de voz aún más bajo para transmitir su gélido sarcasmo.

—Entiendo —dijo Arthur—. ¿Y el dibujo? No lo había visto en la vida. ¿Qué simboliza el cuervo de tres cabezas? ¿De dónde proviene?

—Eso no sabría decírselo. Parece obra del diablo, ¿no cree? Las chicas trajeron ese dibujo y me explicaron dónde querían que se lo tatuara. Practiqué unas cuantas veces en papel antes de hacerlo

sobre la piel. ¿Ha visto el que hay colgado fuera? Es uno de los dibujos que hice para practicar. Me gustó. Pero las chicas no me dijeron qué significaba —dijo soltando una risa de satisfacción—. Y ¿sabe qué? Lo colgué en la pared del estudio, y los marineros empezaron a preguntar por él. Venían aquí en cuanto desembarcaban, y al ver el dibujo me decían: «Quiero uno de éstos». Se hizo tan popular que tuve que ponerlo en la calle. Creo que ellos tienen tan poca idea como yo de lo que significa. Ese cuervo da un poco de miedo, ¿no le parece? Pero es bueno para el negocio.

—¿De qué hablaron las chicas cuando estuvieron aquí?

—No lo recuerdo bien, porque apenas callaron un momento. ¡Cómo gritaban! Creo que se pusieron nerviosas pensando que iba a dolerles. La primera vez, la gente puede reaccionar de dos formas: o se quedan callados como ratoncitos, demasiado asustados para hablar, o bien no cierran la boca ni un instante, aunque les vaya la vida en ello. Y también gritaron cuando empecé a tatuarlas. Tuve que administrarles una dosis doble.

El hombre señaló la jeringuilla hipodérmica que había sobre la mesa.

—¿Morfina? —aventuró Arthur.

El tatuador asintió.

—Últimamente le he añadido un poco de esa heroína importada. Deja a los clientes menos adormilados que la morfina, pero igual de dóciles.

—Creemos que las chicas formaban parte de un club. O de un grupo. ¿Recuerda que hablaban sobre el sufragio femenino?

—¿Sobre qué?

—No importa —terció Bram—. ¿Recuerda algo de lo que dijeron? Cualquier palabra o frase podría resultarnos útil.

El tatuador se llevó una mano a la cabeza mientras pensaba y se dio unas cuantas palmadas en la calva, que sonaron como el

tictac de un reloj.

—Unas fauces [1] —dijo al final.

Arthur y Bram se miraron.

—¿Unas fauces? —preguntó Bram.

—Sí, es raro, lo sé —dijo el tatuador—. Por eso lo recuerdo. Una de ellas decía una tontería y otra replicaba «¡díselo a las fauces!». Y todas estallaban en carcajadas. Repetían las mismas bromas una y otra vez. Es uno de los efectos de la morfina. Eran todas muy menudas, no debían de pesar más de cuarenta o cuarenta y cinco kilos. Tal vez debería haber usado una dosis menor de anestésico. En fin, la cuestión es que no dejaban de reír.

—¿De unas fauces?

—«¡Ya me gustaría ver a las fauces hacer eso!» O «¿Y qué dirán las fauces ahora?» Y luego «¡ñam! ¡ñam! ¡ñam!», y venga a reír.

—¿Qué significa eso? —preguntó, Bram, confundido.

—Significa —respondió Arthur—, que esas chicas eran miembros descontentos de la Unión Nacional de Sociedades Sufragistas.

Incluso el tatuador parecía impresionado. Bram y él miraron a Arthur enarcando las cejas.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Bram.

—Porque cuando has tomado opiáceos, hay muchas cosas que de repente te parecen graciosas y que en realidad no lo son. Incluso los chistes malos. Al parecer, nuestras chicas no tenían en buena estima a la líder de las sufragistas, una tal Millicent Fawcett.

—Arthur, Dios mío, acabas de dejar en ridículo al mismísimo Sherlock Holmes. Me avergüenza decir que nunca había oído hablar de Millicent Fawcett.

Arthur lanzó un suspiro, pues él también habría preferido no haber oído nunca ese nombre.

—¿Recuerdas que me presenté como candidato al Parlamento por Edimburgo?

—Por supuesto —dijo Bram, sorprendido por la pregunta.

—¿Recuerdas que mi candidatura naufragó por culpa de una serie de rumores malintencionados sobre mis supuestas simpatías papales?

—Sí. Eran ridículas. Un montón de sandeces.

—Así es. Y fue Millicent Fawcett quien las difundió.

OceanofPDF.com

22

El Gran Hiato

Tal vez el mayor de los misterios de Sherlock Holmes sea éste: que cuando hablamos de él, lo hacemos convencidos de su existencia.

T. S. Eliot,

reseña de *The Complete
Sherlock*

Holmes Short Stories, 1929

9 de enero de 2010 (continuación)

Harold y Sarah estaban sentados en un destartado cibercafé con la mirada fija en dos pantallas mientras sorbían té. Un poco más allá, a su izquierda, un hombre fornido que ya había cumplido los cuarenta se dedicaba a visitar páginas porno, una tras otra.

Un poco antes, en el taxi, se habían enzarzado en una larga discusión sobre la relativa seguridad de su posible regreso al hotel.

El taxista había mostrado un gran interés en el resultado de su conversación. Al final, Harold y Sarah llegaron a la conclusión de que los hombres del coche negro, el tipo de la perilla y su compañero de la pistola, tenían que saber quiénes eran ellos. Era imposible averiguar cuánto tiempo llevaban siguiéndolos, por lo que decidieron que no podían considerar el hotel como un lugar seguro. Y puesto que el primer punto de la orden del día era revisar el contenido del lápiz de memoria que Sarah había cogido del escritorio de Alex Cale, el taxista los dejó en el Kensington Internet Café, donde ahora estaban examinando los archivos.

Harold seguía impresionado por la frialdad que había mostrado Sarah durante la persecución. Él había estado a punto de desmayarse, y si había logrado plantarse ante el coche negro había sido gracias a su fuerza de voluntad y firme determinación. Pero Sarah había tenido la idea de pincharles las ruedas. Harold se sentía aturdido, arrastrado por un torbellino de confusión, preguntas, dudas e incertidumbre. Fuera de sus libros, el mundo entero constituía un auténtico misterio; en cambio, Sarah siempre parecía comprenderlo. Ojalá se pareciera más a ella.

Harold introdujo el lápiz de memoria y creyó que había dado con un filón. El archivo «ACD BIO BORRADOR 12.14.09» lo saludó desde la pantalla del ordenador. Harold abrió el documento y ahí estaba, el borrador más reciente de la tan ansiada biografía de Conan Doyle escrita por Alex Cale. Obviamente, pensó Harold, el manuscrito debía de incluir un largo capítulo dedicado al diario desaparecido, el lugar donde lo había encontrado y su contenido.

Harold tardó dos horas en leer la biografía completa mientras Sarah tomaba té verde y consultaba el correo electrónico. Salió fuera en una ocasión para hacer una llamada, y una vez más para atender otra.

Harold devoró el manuscrito rápidamente. Al estar familiarizado con los detalles de la vida de Conan Doyle (nació en Edimburgo en 1859, estudió medicina en la Universidad de

Edimburgo, se casó con Touie en 1885, y posteriormente con Jean (en 1907) la leyó aún más rápido de lo habitual en él.

El tono de Alex era cariñoso y anticuado hasta el delirio, como si quisiera imitar la prosa del propio escritor. «Decidido era el semblante, y firme la resolución de Arthur Conan Doyle, cuando bajó los escalones del transatlántico P & O y desembarcó en el inmundo puerto de Ciudad del Cabo», rezaba el primer párrafo dedicado al periodo de Conan Doyle en la guerra de los Bóeres. Era un estilo pretencioso y, no obstante, atractivo, música celestial. A Harold se le humedecieron los ojos cuando llegó a la parte en que Alex relataba la muerte de Conan Doyle, en su cama, en brazos de su amada segunda esposa. «Eres maravillosa» fueron las últimas palabras del escritor, susurradas al oído de la que había sido su mujer durante los últimos veintitrés años, quien lo miraba con el rostro surcado de lágrimas. Harold pensó en la solitaria muerte de Alex Cale, en una habitación de hotel estéril, con los ojos desorbitados y los músculos en tensión debido al forcejeo. Cayó en la cuenta de que, en los días transcurridos desde su muerte, no había dedicado ni un momento a llorar la pérdida de Alex. A asimilar lo ocurrido. ¿Qué importaba que Harold encontrara el diario? ¿Supondría alguna diferencia que encontrase al asesino de Alex? ¿Que el culpable fuese encarcelado durante el resto de sus días? Alex nunca vería la obra de toda su vida completa, ni publicada. No podría emprender un nuevo proyecto. El mundo había perdido su voz, había perdido para siempre al creador de estas frases: «Desafiando la inquebrantable fe de Conan Doyle en lo sobrenatural, Harry Houdini intentó demostrarle de una vez por todas que la magia de verdad no existía. Houdini realizó una proeza tras otra para el autor, pero quedó perplejo al descubrir que Conan Doyle se negaba a creer, después de cada carta que sacaba de la baraja, que lo que había visto no era producto de la magia. "He sacado tu carta gracias a un juego de manos, no a una fuerza paranormal", imagina uno que le dijo el mago. "Y, sin embargo, mi carta está aquí", debió de responder Conan Doyle. "No importa cómo lo hayas hecho; para mí, ha sido magia."» Harold disimuló

las lágrimas con una servilleta, se sonó la nariz y la arrugó en una bola antes de tirarla a la papelera.

Por primera vez, Harold comprendió que no estaba haciendo todo aquello por Alex. Lo hacía por sí mismo. Lo hacía por la «solución». La poderosa respuesta que se encontraba más allá de su campo de visión, más allá de las nubes oscuras y el cielo. No era una cuestión de justicia. Su estímulo era el misterio.

Al levantar la mirada de la pantalla Harold se dio cuenta de que Sarah no estaba a su lado. La vio en la calle a través del escaparate del cibercafé, hablando agitadamente por teléfono. Había recibido varias de esas llamadas misteriosas en los últimos días, y siempre las había atendido lejos de él para que no pudiera oírla. Intentaba no ser paranoico, pero alguien acababa de apuntarlo con una pistola. Había sido una experiencia singular y esperaba no volver a pasar nunca por lo mismo.

—¿Quién te ha llamado? —le preguntó a Sarah cuando regresó.

—Mi director, desde Nueva York —contestó ella—. Está muy emocionado por el artículo.

—¿Ah, sí? ¿Qué le has contado?

—No mucho. Que estamos avanzando. Que eres un personaje fascinante, en torno al cual puede girar todo el artículo. Me ha dicho que le gustaría conocerte cuando regresemos a Nueva York. Juntos.

Sin embargo, a Harold le pareció extraño que tuviera que salir a la calle para hablar con su director. Pero a pesar de todo intentó refrenar sus sospechas.

—Me encantaría conocerlo —se limitó a añadir él—. Cuando todo esto haya terminado.

—Hablando del tema, ¿qué has averiguado?

—Aquí hay algo raro.

—¿Ah, sí?

—No aporta nueva información relacionada con el periodo que en teoría abarca el diario desaparecido: de octubre a diciembre de 1900. Sólo hay unas cuantas páginas sobre esa época, y los datos están tomados de las fuentes de información públicas. No hay ningún secreto —explicó Harold mientras pasaba las páginas en la pantalla—. Sabemos que Conan Doyle se presentó como candidato al Parlamento por Edimburgo, que perdió de manera lamentable, que le encantaba jugar al cricket, que ejerció como asesor de Scotland Yard y que finalmente resucitó a Sherlock Holmes. Pero son detalles que han aparecido en docenas de biografías de Conan Doyle publicadas anteriormente. Todo eso ya lo sabíamos.

—Eh, no tan rápido —dijo Sarah—. Yo no lo sabía. ¿Arthur Conan Doyle trabajó como asesor para Scotland Yard?

—Sí, hay muchos artículos periodísticos que recogen esa faceta. Digamos que, con el paso de los años... se volvió más excéntrico. Alguien intentó, de forma bastante chapucera, matarlo con un paquete bomba que introdujo en su buzón. No funcionó, claro. Pero ahí empezó su relación con Scotland Yard, y Conan Doyle se involucró en algunos de sus casos. En cierto momento llegó a convencerse de que estaba persiguiendo a un asesino en serie, pero la cosa no fue a más.

—¿No encontró al hombre que buscaba?

—No. De hecho, creo que Scotland Yard ni siquiera consideró que se tratara de un asesino en serie. Jack el Destripador había horrorizado a todo Londres unos años antes, y supongo que pensaron que Arthur se estaba dejando arrastrar por su sensibilidad literaria. Pero a Scotland Yard le beneficiaba la publicidad, le convenía que la gente supiera que Arthur Conan Doyle estaba de su bando. De vez en cuando, cada pocos años, se generaba una especie de clamor popular para que Scotland Yard contara con él cuando surgía un caso importante. Cuando Agatha Christie desapareció en 1926, todos los periódicos publicaron editoriales para pedir que Conan Doyle se involucrara en la investigación. ¿Y sabes qué es lo más gracioso? Que lo hizo. Y la encontró. Un día, Agatha Christie

salió a dar una vuelta en coche por el campo y no regresó. El vehículo se estrelló contra un árbol, pero no había sangre ni rastro del cuerpo.

—¡Caray! ¿Y cómo la encontró?

—Muy acertadamente, dedujo que sólo había podido llegar (o ser trasladada) a pie a una estación de ferrocarril, y que sólo había un tren al que podía haber subido sin que la reconocieran. De algún modo, y debo confesar que he olvidado cómo lo hizo, averiguó en qué parada bajó. Como era de esperar, su marido la encontró en esa ciudad, al cabo de tres días, viviendo con una identidad falsa. La pobre mujer había sufrido una crisis nerviosa después de descubrir la relación de su esposo con otra mujer. En realidad, es una historia muy triste.

—Vaya. Pero eso no tiene nada que ver con el diario desaparecido, ¿verdad?

—No.

—De acuerdo. Conan Doyle trabajó para Scotland Yard y, poco después, ¿resucitó a Sherlock Holmes?

—Sí. El Gran Hiato llegó a su fin con la publicación de *El sabueso de los Baskerville*, en marzo de 1901. Sherlock Holmes llevaba ocho años muerto y, de repente, sin motivo aparente, Arthur decidió resucitarlo, escribir más historias sobre el detective ficticio que, a decir de todos, aborrecía. Dijo que lo hacía por dinero, pero, a mi entender, eso no tiene sentido. Había amasado una gran fortuna y además, durante todos esos años, los principales editores y revistas del mundo le habían ofrecido cheques en blanco. ¿Por qué decidió hacerlo entonces? ¿Y por qué resucitó a un Sherlock Holmes tan... tan distinto?

—¿Distinto? —preguntó Sarah, intrigada.

—Sí —afirmó Harold—. Tras el Gran Hiato, cuando Holmes regresó, era un personaje distinto. Más mezquino. Más frío. Empieza a manipular a los testigos para sonsacarles información. A mentir a la gente. A cometer delitos cuando cree que eso le servirá

para defender su causa. En una ocasión llega a seducir y pedir matrimonio a una doncella para conseguir que le permita entrar en su casa, y luego no vuelve a verla jamás. Se convierte en un auténtico cabrón. También pareció perder la fe en el sistema judicial inglés. De repente se erigió en juez y jurado, y pasó a imponer castigos a los criminales que atrapaba. Al principio, Holmes colaboraba con Scotland Yard, pero en los años posteriores fue por libre. Llegó a albergar un gran desprecio y animadversión hacia la policía. Es cierto que los agentes de policía siempre habían sido retratados como personajes muy bobos en las historias de Holmes, sobre todo para demostrar lo listo que era él, pero tras el Gran Hiato desaparecieron. Holmes no quería relacionarse con ellos. La pregunta del Gran Hiato, la pregunta que la biografía de Alex no parece capaz de responder es: ¿qué le ocurrió a Sherlock Holmes durante esos años?

—Me parece —dijo Sarah mientras le daba vueltas a todo ello — que la pregunta es: ¿qué le ocurrió a Arthur Conan Doyle?

OceanofPDF.com

23

Las sufragistas

El corazón y la mente de las
mujeres son rompecabezas
insolubles para el hombre.

Sir Arthur Conan Doyle,

«El cliente ilustre»

11 de noviembre de 1900

Arthur se abrochó el primer botón del corsé y metió tripa mientras sujetaba los ligeros a las ligas. La falda trompeta era algo holgada, y se la pudo abotonar sin problemas en la cintura. Pero cuando se puso en pie y los pliegues de tela cayeron delicadamente sobre las medias blancas, Arthur sintió una punzada de dolor en el pecho y la espalda. El corsé le dolía y se le clavaba en la caja torácica y los omóplatos.

—Oh, Bram, ¿de verdad es necesario todo esto? —se quejó—. Dios mío, es sumamente incómodo.

Su amigo, que llevaba un canesú «liberty», más moderno, le lanzó una mirada. La transformación de Arthur era un espectáculo digno de ver. Las loras de grasa pectoral quedaban oprimidas por

el corsé, que las convertían en dos exuberantes pechos. La falda, holgada, le quedaba bastante bien. El contraste del mostacho hizo que Bram estallara en carcajadas, aunque cuando se lo afeitara, se pusiera una peluca y un poco de maquillaje... Bram creía que su amigo no quedaría nada mal.

—Serás el reflejo de una auténtica dama, Arthur, no te preocupes. —Bram no pudo reprimir una sonrisa—. Holmes no dudaba en ponerse una falda cuando tenía que pasar desapercibido en alguna de sus aventuras, ¿no? Creo que es un buen momento para que tú también lo pruebes. He tomado prestado un poco de maquillaje del camerino de Henry y unas pelucas del de las actrices. A ellas no les importará, y Henry no se dará cuenta.

Bram señaló un lavamanos de porcelana que había en un rincón de la habitación. Ambos hombres se vistieron ante unos grandes espejos que reflejaban la luz de gas de una docena de lámparas. Habían ocupado un camerino abandonado, en las entrañas del Lyceum. Ninguno de los actores quería usarlo ya, pues era el único que aún tenía lámparas de gas. Bram se había visto obligado a instalar la luz eléctrica en el camerino de Henry poco después de haberlo hecho en el escenario. Al primer actor de la compañía le parecía inconcebible tener que vestirse a la luz de las lámparas de gas cuando luego debía actuar bajo los focos. Al cabo de poco tiempo, el resto de los actores se unieron a sus quejas y Bram tuvo que sufragar la instalación de la nueva iluminación en todo el teatro, salvo en este único camerino, alejado de los otros.

—No entiendo por qué no puedo seguir adelante con la investigación vistiendo un buen par de pantalones —dijo Arthur.

El corsé lo había vuelto muy irritable. Incluso los lazos que colgaban por la espalda le rozaban la piel y lo incomodaban. Era imposible tener un momento de paz vistiendo aquel invento del demonio.

—¿Qué otra cosa podíamos hacer? —preguntó Bram—. ¿Asistir a la reunión de esta noche de la Unión Nacional de Sociedades Sufragistas vestidos con frac y tocados con sombreros

de copa? Creo que se fijarían especialmente en ti, el famoso autor y célebre antisufragista Arthur Conan Doyle. Nos echarían antes de que pudiéramos tomar asiento. Y si fuéramos vestidos como cualquier otro hombre menos afamado, también llamaríamos demasiado la atención. Seríamos dos hombres en un mitin sufragista. Si queremos asistir y no tener problemas, debemos disfrazarnos de mujeres.

Arthur sabía que Bram tenía razón. Pero, aun así, no le gustaba la idea.

—Si lo prefieres —prosiguió Bram—, puedo ir yo solo. A mí nadie me conoce. No tendría que disfrazarme para pasar una velada con las mujeres de la Unión.

A Arthur le pareció percibir un deje de amargura en la voz de su amigo. Que su carrera literaria no progresara tan bien como él deseaba no era motivo para que hiciera pagar sus frustraciones a sus amigos más afortunados.

—No, quiero estar allí para ver a Millicent Fawcett y su tropa. Alguien ha asesinado a esas chicas y quiero proteger a las demás, así que debo averiguar qué traman.

—Siempre tan caballeroso —dijo Bram.

Arthur se cubrió los hombros con un fino chal y se lo ató con un lazo al cuello.

—La caballerosidad forma parte del alma de la hombría. Es lo que separa a los hombres de las bestias.

—También es lo que separa a los hombres de las mujeres —añadió Bram, mientras se alisaba la falda.

—¡Ya lo creo! Y así debe ser.

Arthur dio varias vueltas al sombrero que tenía en las manos hasta encontrar las cintas.

—Si los hombres se convirtieran en mujeres y las mujeres en hombres, ¡sería el fin de nuestra civilización! ¡La decadencia de Inglaterra!

—Entiendo, pues, que no has reconsiderado tu postura acerca del derecho a voto de las mujeres. Ven. Siéntate. Permíteme que te afeite el bigote.

Bram acompañó a Arthur hasta una silla que había junto al lavamanos. Tenía ya todos los utensilios preparados: tijeras, crema y navaja.

—A menos, claro está, que prefieras hacer los honores tú mismo.

—No. No creo que pudiera soportarlo. He llevado este bigote desde que tenía seis años y diez días, ¿lo sabías? Fui el primer niño de mi clase que tuvo que empezar a afeitarse los cañones de la barba.

Arthur se sentó en la silla frente su amigo y cerró los ojos.

—Y sí —prosiguió—, he reconsiderado mi postura acerca del asunto. He pensado en ello una y otra vez y siempre he llegado a la misma conclusión: los argumentos de las sufragistas son a todas luces endebles.

Bram preparó la crema de afeitar en un mortero de arcilla y la removi6 rápidamente con un cepillo.

—Y ¿qué es lo que no te satisface de los argumentos en favor de los derechos de las mujeres? —preguntó Bram, antes de coger unas tijeras de acero cortas del lavamanos.

Arthur se estremeció. Apretó los dientes pero mantuvo los ojos cerrados. No quería ser testigo de la poda de su vello facial.

—No se trata de derechos —dijo Arthur en voz baja, sin apenas mover los labios para que Bram pudiera hacer su trabajo—. Es una cuestión de obligaciones. Los hombres tienen una serie de obligaciones con la sociedad y las mujeres, las suyas. Gracias a eso ambos sexos pueden cohabitar felizmente. ¿Te imaginas lo que sucedería si las mujeres empezaran a votar junto con sus maridos? No es ningún secreto que el Partido Conservador cuenta con un mayor apoyo de las mujeres de Inglaterra que de los hombres.

—Eso es lo que dijo Gladstone cuando rechazó la ley de la Reforma.

Tras rebajar el bigote a una mera sombra, Bram empezó a frotarle la crema con la ayuda del cepillo.

—Así es —convino Arthur—. Tienes buena memoria en lo referente a la política. Los liberales tampoco apoyaron a las sufragistas por sus propios motivos electoralistas. Lo importante es que mi principal argumento sigue siendo válido. Imaginemos que la ley se hubiera aprobado y que las mujeres de Inglaterra hubieran podido empezar a votar. Una pareja joven, recién casada, acude a votar, juntos. En este caso, el marido vota a Gladstone y la mujer, a Cecil, el muy honorable marqués de Salisbury. ¡Imagina las peleas que tendrían! ¡La tensión que supondría para su matrimonio si, de repente, la mujer empezara a decirle a su marido a quién debe votar! ¡O los aranceles que había que imponer ese año a los cereales franceses! Sería como si los hombres empezaran a decirles a sus mujeres cómo tienen que hacer el suflé para que no baje. El número de divorcios del país aumentaría una barbaridad.

Cuando Arthur puso fin a sus argumentos, Bram le pasó la navaja por el labio superior una docena de veces y el bigote fue desapareciendo centímetro a centímetro. En cuanto terminó, Bram le acercó a su amigo la toalla que había tenido el cuidado de prepararle.

Arthur abrió los ojos y examinó su rostro en el espejo. Parecía tan... desnudo.

—Bueno —dijo Bram—. Ahora te aplicaré un poco de sombra de ojos, otro poco de maquillaje en las mejillas, y nos vamos.

—¿Cómo puedes saber tanto de maquillaje? —preguntó Arthur mientras acompañaba a su amigo hasta el tocador.

—Trabajo en un teatro, Arthur. Y estoy seguro de que tengo muchos talentos que probablemente ignoras.

Arthur echó un vistazo a una bolsa de polvos blancos. Parecían harina, o puede que cocaína.

—Los polvos te aclararán la tez y esto... —dijo Bram al tiempo que le mostraba un carboncillo— te disimulará las patas de gallo. Ahora, siéntate y acabemos cuanto antes. La reunión empieza a las ocho. ¿Quién sabe? Tal vez aprendas algo.

Cuando Arthur y Bram llegaron a Caxton Hall, en Westminster, la multitud se agolpaba ya en la calle. Su cupé se detuvo en una larga cola que se había formado en Palmer Street, mientras las sufragistas se apeaban de los vehículos en la acera. Desde la ventana, Arthur vio una fila de sombreros negros que avanzaban hacia el norte a lo largo de varios bloques, balanceándose como manzanas en un cubo de agua cuando sus propietarias se detenían para saludarse. Mientras Arthur observaba la situación, Bram pagó al cochero, ansioso por ponerse de nuevo en marcha. Arthur tuvo la precaución, siguiendo las instrucciones de su amigo, de recogerse los pliegues de la falda mientras bajaba. No se había tomado tantas molestias para parecer una mujer y pifiarla en el último momento caminando con paso masculino.

A medida que se aproximaban a la taquilla, el nerviosismo de Arthur iba en aumento. Sus disfraces estaban a punto de someterse a la primera prueba. Hasta el momento, ninguna de las mujeres que lo rodeaban lo había mirado dos veces, pero, cuando llegara al principio de la cola, estaría a pocos centímetros de la cara de la joven que había al otro lado del cristal. Arthur se fijó en que la muchacha no debía de tener más de dieciséis años. Sonreía a todas las asistentes con felicidad, como una niña.

Bram había intentado ponerse por delante de Arthur en la cola, pero su amigo se lo impidió. Tenía que ser el primero. Si su disfraz no superaba la prueba, lo mejor sería marcharse cuanto antes.

Cuando ya se acercaban al principio de la cola, Arthur cayó en la cuenta de que iba a tener que hablar con la chica. No se había preparado para afrontar algo así. Sin mover la boca ni emitir ningún sonido, empezó a contraer la garganta, intentando imposter una voz aguda. No tenía ni la más mínima idea de si iba a servirle de algo.

Cuando le llegó el turno, Arthur miró a los ojos a la taquillera y la muchacha le dedicó una sonrisa radiante.

—¿Cuántas entradas desea para la velada? —preguntó con desenfado.

Arthur tragó saliva.

—Dos, por favor —dijo en el tono más agudo que fue capaz de emitir.

Al oír su propia voz creyó que no se parecía en nada a la de una mujer, sino más bien a la de un niño de doce años. Sin embargo, la taquillera se limitó a sonreírle.

—Serán cuatro peniques, señora.

«Oh, gracias a Dios», pensó Arthur. Sin decir nada más, pagó las dos entradas y la chica las deslizó por debajo del cristal. Arthur le entregó una a Bram, que lo siguió a través de las puertas dobles de Caxton Hall.

Aunque todavía eran las ocho menos cuarto, la sala estaba ya abarrotada. Había varias hileras de sillas de madera, que chirriaban cada vez que la mujer que se había sentado en ella se volvía a un lado y a otro para charlar con sus amistades. Arthur y Bram dedicaron cinco minutos a buscar sillas vacías; las encontraron por fin en el extremo derecho de la sala, casi al fondo.

Al menos doscientas mujeres, y tres o cuatro hombres, llenaban la sala. Una barra metálica recorría el escenario y lo separaba del suelo. Sobre una mesa situada en la parte delantera del escenario había un atril de no más de treinta centímetros de alto. Detrás habían colocado una hilera de sillas, de cara al público. Algunas estaban ocupadas por señoras de mediana edad de aspecto distinguido y otras permanecían vacías mientras las mujeres iban de un lado a otro y entablaban conversaciones rápidas y furtivas en pequeño comité. La sala estaba decorada con varias pancartas en las que se leían consignas sufragistas. «¡Los pensamientos han partido ahora que los susurros ya no pueden seguir adormecidos! ¡Victoria! ¡Victoria!», rezaba la más prominente. En la platea había

al menos un centenar de mujeres apoyadas en la barandilla de madera, con la vista fija en el escenario. Todas tenían un brillo de emoción en la mirada. El acto estaba a punto de comenzar.

Arthur buscó a Millicent Fawcett entre la multitud, pero no pudo encontrarla. Intentaba mantener la cabeza gacha y evitar el contacto visual con la mujer sentada a su lado. Aunque el disfraz había engañado a la taquillera, tal vez no fuera infalible. Era mejor mostrarse precavido que arriesgarse a que lo descubrieran.

Finalmente, una de las mujeres del escenario se acercó al atril para poner orden en la sala. Vestida de blanco de pies a cabeza, era una de las pocas mujeres allí reunidas que no llevaba un sombrero de ala ancha. Su melena castaña refulgía bajo las luces del escenario. Golpeó tres o cuatro veces la maza y se hizo un silencio inmediato.

Cuando todos los asistentes tomaron asiento, Arthur se percató de que la primera fila estaba ocupada por hombres. Apenas dirigían la mirada al escenario, absortos en las diminutas libretas en las que escribían frenéticamente. Periodistas. Estaban allí para cubrir el mitin.

El acto político que se celebró a continuación fue, en parte, el más tedioso y monótono al que Arthur había asistido jamás; sin embargo, el tono le pareció extrañamente animado. En primer lugar, la mujer de blanco agradeció la asistencia y el apoyo del público. Hizo una presentación tan anodina que Arthur se preguntó si había entrado sin darse cuenta en la reunión de una sociedad de horticultura. La oradora dedicó los primeros minutos a dar la bienvenida, a saludar a las presentes, a recordar las contribuciones de distintas personas. ¿Ése era el estilo de la organización política más revolucionaria de Londres? La mujer de blanco anunció que, a continuación, hablarían otras dos mujeres. La primera sería Millicent Fawcett; la segunda, Arabella Raines. Al oír el nombre de Fawcett, Arthur se irguió.

Cuando las dos mujeres subieron al escenario, el público enloqueció apenas pronunciaron las primeras palabras. Arthur creía

que iba a asistir a una conferencia, pero se encontró con algo más parecido a un debate. O tal vez a un combate de boxeo sin guantes. Fawcett y Raines, ambas vestidas de negro y tocadas con sombreros de color crema, se situaron en extremos opuestos del estrado. Apenas se miraron a la cara, y expusieron al público sus puntos de vista sobre el sufragio en turnos de cinco minutos.

Millicent Fawcett fue la primera en tomar la palabra y lo hizo con una gran calma. El tono que empleó no excedió en ningún momento el que podría usar cualquiera para bendecir la mesa. Lo hizo con gran dignidad y contención, sin dejar de lado la firmeza. Llevaba la melena rubia y brillante recogida en un moño. Tenía los ojos oscuros y hundidos, y una nariz perfilada que no hacía sino aumentar la sensación de sobria seriedad que transmitía su persona. Sin embargo, antes de que llegara al final de la primera frase, empezaron a oírse murmullos entre el público. Luego, al cabo de un instante, se convirtieron en vítores. La mujer de blanco tuvo que regresar al estrado en diversas ocasiones para golpear la maza y hacer callar al público.

Arthur consideró que el argumento de Millicent Fawcett era bastante conservador en sus principios. Admitió que hombres y mujeres eran criaturas distintas y que poseían intereses y destrezas distintos. De hecho, ése fue el principio fundamental de su argumento en favor del sufragio femenino.

—Si los hombres y las mujeres fueran exactamente iguales —dijo—, una asamblea legislativa compuesta por hombres nos representaría del modo adecuado. Pero, puesto que somos distintos, proclamamos que aquello que nos diferencia no está lo bastante bien representado en nuestro sistema político actual. En nuestra sociedad, los hombres son los defensores del arte de gobernar, mientras que las mujeres lo somos de la vida doméstica. Eso es todo.

—¡Maldita *tory*! —gritó una mujer furiosa desde la platea.

—¡Tenemos derechos! —exclamó otra.

Millicent Fawcett siguió con su discurso ajena a las interrupciones.

—Hasta hace pocos años, nuestro gobierno sólo se ha preocupado de los asuntos de los hombres. Sin embargo, el Estado se ha involucrado últimamente en cuestiones de educación, domésticas y de la crianza de los hijos. Las preocupaciones de las mujeres se están convirtiendo en preocupaciones de la sociedad. ¡Como tales, las mujeres debemos tener voz en las decisiones del gobierno, porque el gobierno se ha involucrado en nuestras vidas! Garantizar el derecho a voto de las mujeres no hará que abandonen sus obligaciones, ¡sino que cumplan con ellas de forma aún más efectiva!

Arthur juzgó que era un buen discurso, bien razonado y estructurado. Nunca se había planteado la cuestión desde ese punto de vista. Iba a tener que repasar esos argumentos más adelante, cuando no estuviera persiguiendo a un asesino.

Cuando llegó el turno de Arabella Raines, la multitud se mostró tanto o más alborotada, aunque por motivos distintos. Era una mujer pálida, delgada y de constitución muy menuda. Vestida de negro riguroso, parecía un espectro. Pero de aquel cuerpo de tan frágil apariencia brotó una voz tan potente que Arthur se irguió en el asiento. Las palabras de Arabella resonaban como si estuviera en la Royal Opera House.

Saltaba a la vista que era discípula de Fawcett, pero con una política liberal mucho más radical. Su argumento se basaba únicamente en los derechos naturales de las mujeres, en su derecho inherente, como seres humanos, a todo aquello que los hombres tenían. Aunque también hizo énfasis en que existían grandes diferencias entre ambos sexos.

—No digo que las mujeres sean como los hombres —gritó—. Digo que las mujeres son iguales a los hombres. Durante siglos, las mujeres se han involucrado en los asuntos del Estado. Han fundado y participado en organizaciones políticas de todo tipo. Hay mujeres partidarias de la Liga de la Prímula, del mismo modo que hay

mujeres que lo son de la Federación Democrática Social. Si las mujeres pueden aconsejar, convencer y persuadir a los votantes de a quién deben votar, también deberían poder ejercer el derecho a voto ellas mismas. Y permitidme que sea muy clara sobre los principios sobre los que se sustenta esta petición de sufragio: deberían extenderse, por la gracia de Dios, a todas sus criaturas. Del mismo modo en que deberían votar las mujeres, también deberían hacerlo las mujeres pobres. Y las hindúes. Y las negras y las asiáticas. Nuestros derechos no nacen de nuestro gobierno, sino de nuestro Dios.

—¡Radical! —se oyó un grito desde la platea.

—¡Sufragista! —exclamó otro.

Cuando oyó la palabra «sufragista», Arabella Raines dirigió la mirada hacia la platea para intentar ver quién la había pronunciado.

—Ésa es una palabra usada en un tono de broma condescendiente —dijo con gesto serio—. Es un insulto que nos lanzan los americanos, y los directores miopes de nuestro *Daily Mail* —añadió mirando hacia la primera fila para fulminar a uno de los periodistas—. Nos llaman «sufragistas» porque jugamos a hacer la revolución. Pues yo les digo que no estamos jugando a nada, que esto no es un juego. Digo que nos tomamos muy en serio nuestros objetivos, y que nos tomamos muy en serio los medios necesarios para conseguirlos.

En ese momento, la sala estalló en un torrente de gritos de amargura. Los insultos procedían de todas direcciones. La mujer de blanco se acercó de nuevo al estrado y empezó a golpear, en vano, la maza. Millicent Fawcett ni siquiera pestañeó. Miró fijamente a la multitud, erguida e inmóvil. Sin embargo, Arthur distinguió algo en sus ojos, incluso desde el otro extremo de la sala. Había en ellos un brillo de tristeza, una sensación de oportunidad perdida, quizá. El acto no había resultado como esperaba.

Al cabo de unos instantes, la calma reinó de nuevo en la sala. Las dos oradoras prosiguieron con el debate, por turnos, durante una hora. Sus posturas no variaron ni un ápice, y sus opiniones no

hicieron sino endurecerse. Aunque luchaban en el mismo bando, Arthur no pudo dejar de notar que la distancia entre ambas iba aumentando a medida que pasaban los minutos. Millicent Fawcett mostró en todo momento una actitud comedida y profesional, mientras que Arabella Raines expresó una mayor variedad de emociones en el escenario. Ninguna de las dos cedió ni un milímetro. Sólo al final, llegado el momento de las conclusiones, Millicent Fawcett recordó a las presentes que, a pesar de todos los dardos que se habían lanzado la una a la otra, las unía el mismo propósito. Sin embargo, la multitud sólo parecía unida en la desaprobación de su elegante intento de conciliación.

—Las peleas de las sufragistas son peores que las de la casa de Atreo —dijo Arthur cuando las oradoras hubieron acabado.

Aunque el acto había concluido, pocas de las asistentes parecían dispuestas a marcharse y formaron corrillos para compartir sus opiniones en susurros.

—Parece que la señora Fawcett gobierna un reino dividido. Sin embargo, a juzgar por lo que nos contó el tatuador, diría que nuestras chicas militaban en el bando anti-Fawcett. Que se identificaban con las sufragistas más radicales.

—Estoy de acuerdo —convino Bram.

Ambos hombres agacharon la cabeza para evitar que sus disfraces fueran sometidos a un escrutinio no deseado.

—Sigamos a la señora Raines y veamos adónde se dirige. Si Sally tenía amistades entre estas mujeres, no me cabe la menor duda de que eran del bando de la señora Raines.

Arthur y Bram serpentearon entre la multitud en dirección al escenario para espiar a Arabella Raines, quien había concedido audiencia a una docena de jóvenes sufragistas. Los dos hombres se apiñaron junto a la pared, a escasos pasos de Arabella y sus compañeras. Tras sopesar las distintas opciones, ambos coincidieron en que no sería prudente abordar a un grupo de mujeres.

Arabella Raines se marchó en dirección a la puerta acompañada de otra chica. Sin mediar palabra, Bram y Arthur decidieron seguirlas, abriéndose paso entre la multitud que los rodeaba y que avanzaba lentamente para intentar estrecharle la mano a Arabella o para dedicarle una sonrisa de aprobación.

La amiga de Arabella, que no se separaba de ella, era menuda. Arthur pensó que corría el riesgo de ser engullida por la muchedumbre en cualquier momento. La chica se movía con gestos rápidos y nerviosos. Algunos mechones de pelo se le habían escapado del sombrero y le cubrían las orejas, y parecía ser incapaz de hablar sin mover la nariz al mismo tiempo. A Arthur le recordaba un ratón de campo.

Justo antes de abandonar la sala principal y salir al vestíbulo, Arabella y su amiga doblaron a la izquierda. Abrieron una puerta, entraron y la cerraron tras ellas. No fue hasta que ya había apoyado la mano en el pomo cuando Arthur vio las letras «W.C.» grabadas en la puerta de madera. Debajo podía leerse «Damas».

—Oh, Dios —dijo Arthur—. Quizá deberíamos...

—Ni hablar —replicó Bram—. ¿Quieres encontrar al asesino o no?

Bram pasó delante de Arthur y abrió la puerta del aseo de mujeres. Arthur miró a su alrededor instintivamente, convencido de que estaban a punto de profanar un santuario. Cuando se dio cuenta de que nadie le hacía el menor caso, respiró hondo y siguió a Bram.

Las botas de Arthur resonaban en el suelo de baldosas. Bram no había podido encontrar zapatos de mujer de su número, por lo que Arthur se había visto obligado a ponerse un vestido largo que las cubriera. Sin embargo, no habían caído en la cuenta de que las botas eran mucho más ruidosas que los zapatos planos que calzaban las mujeres.

El aseo de Caxton Hall era la viva imagen de la limpieza. En la pared de la derecha había tres retretes separados por mamparas de madera oscura. Las baldosas iban desde el inodoro hasta el

lavamanos de la izquierda. De todos los aseos públicos en los que Arthur había estado, éste era, con mucho, el más higiénico. Incluso Bram, que gestionaba su propio teatro y los aseos, parecía impresionado.

Arabella se encontraba en el lavamanos. Se había quitado el sombrero para retocarse el peinado ante el espejo. Se volvió hacia Arthur y Bram, les dedicó un gesto educado con la cabeza y siguió arreglándose sin hacerles el menor caso.

El ruido de la cisterna delató la presencia de la amiga de Arabella. Bram entró en el retrete más alejado y cerró la puerta. Arthur no sabía qué hacer. Quería quedarse cerca de las mujeres, oír de qué hablaban, y, sin embargo, no podía quedarse allí mirando.

Por suerte, encontró la solución cerca del lavabo. Había dos cómodas sillas, a buen seguro destinadas a las mujeres que se veían obligadas a sentarse y recuperar el aliento cuando el corsé les apretaba demasiado. Arthur se dejó caer en una de ellas, lanzó un gran suspiro y se abanicó con las mangas del vestido. Aunque estaba exagerando un poco, debía admitir que aquella ropa le producía un gran cansancio. A pesar de que todavía no habían logrado convencerlo de las bondades del sufragio femenino, sí que lo habían convencido con respecto a vestir un atuendo racional y confortable.

La amiga de Arabella salió del retrete y se dirigió al lavamanos.

—Ah, Emily. Voy a ir a cenar con Dot y las chicas de Manchester. Creo que están tramando algo espectacular. ¿Te gustaría acompañarnos?

—Gracias, pero no —dijo la chica menuda, a la que había llamado Emily—. Antes de salir he dejado una tarea a medias en casa. Debería volver y terminarla.

—¿Una labor de punto, tal vez? —preguntó Arabella entre risas.

—Sí —respondió Emily con una sonrisa—. Una labor de punto.

Entonces Emily puso el pie en la silla que había junto a Arthur y se levantó la falda por encima de la rodilla. Arthur intentó fingir desinterés mientras la chica se ajustaba los ligueros. Llevaba unas medias blancas muy finas, tanto que Arthur casi podía ver a través de ellas. En ese momento, eligió un punto de la pared que tenía enfrente y fijó la mirada en él. No podía permitir que Emily lo descubriera mirándola mientras tiraba de la media para ajustarla a su preciosa y pálida pierna. La chica movió la rodilla a un lado y a otro para acabar de ceñirse la media, y ese gesto hizo que se le subiera aún más la falda. Arthur estaba como ausente.

Sin darse cuenta, apartó los ojos de la pared y los dirigió hacia el muslo de Emily. Vio cómo se tensaban los músculos al apoyar el peso en la pierna. Deslizó la mirada hasta la rodilla, donde se formaron unas arrugas en la media. Recorrió con los ojos la elegante espinilla, luego la suave pantorrilla, hasta llegar a una mancha oscura. La miró fijamente. Era un tatuaje de un cuervo de tres cabezas.

Arthur se sobresaltó y a punto estuvo de caerse de la silla. Ambas mujeres se volvieron de inmediato hacia él.

—Disculpen. Mareo —dijo con su mejor voz femenina, intentando reducir al mínimo el número de palabras para limitar las posibilidades de que captaran el tono masculino de su voz.

—Lo entiendo —dijo Arabella, comprensiva—. Cuando llevaba corsés como el suyo, me mareaba una vez a la semana. No deseo meterme donde no me llaman, y puede vestir como más le guste, pero sé que ahora mismo hay rebajas en Whiteley's; allí podrá encontrar corpiños modernos a buen precio. Mi vida cambió cuando empecé a usarlos.

—Gracias —dijo Arthur.

—No sé cómo vamos a conseguir el sufragio si no nos llega el aire a los pulmones. ¿No crees, Emily?

—Sí, tienes razón —respondió Emily, mirando a Arthur con recelo.

La joven no parecía una persona de trato tan fácil como Arabella, ni tan confiada.

—Bueno, me marchó. Le recomiendo que los pruebe; estoy segura de que le sentarán bien —le dijo Arabella a Arthur, y se volvió hacia Emily—. ¿Nos vemos el próximo jueves? Y, por favor, ten cuidado con... la labor de punto. No me gustaría que tuvieras un accidente. Con las agujas.

Arabella se despidió con un gesto de la cabeza y se fue.

Cuando Bram vació la cisterna y salió del retrete, Emily había acabado de ajustarse la media y había dejado caer la falda sobre la pierna. Se marchó enseguida, sin una palabra ni un gesto de despedida. En cuanto la chica hubo salido del aseo, Arthur se puso en pie de un salto.

—¡Lleva el tatuaje! —exclamó—. ¡En la pierna derecha! ¡Lo he visto!

—¿Arabella Raines? —preguntó Bram, confundido.

—No —dijo Arthur—. Su amiga Emily. La otra. ¡Rápido, no hay tiempo que perder!

Arthur salió tan precipitadamente del aseo que estuvo a punto de tropezar con la falda.

OceanofPDF.com

24

Las manchas de sangre dan sus frutos

«Gracias a usted, el arte de la investigación se ha aproximado tanto a una ciencia exacta que en el futuro nadie podrá superarlo.»

Sir Arthur Conan Doyle,

Estudio en escarlata

10 de enero de 2010

Harold se despertó con el ruido del agua. Adormilado, levantó la cabeza y se volvió para intentar averiguar de dónde procedía. Miró las sábanas revueltas, azul oscuro con franjas rojas, la moqueta de color crema y el escritorio de madera oscura. Había estado en muchas habitaciones de hotel en la última semana y todas le parecían idénticas. ¿Dónde estaba?

Cuando se volvió hacia la puerta del baño, que podría haber sido cualquier puerta de baño de cualquier habitación de hotel a

ambos lados del Atlántico, Harold vio el vapor que se filtraba por debajo. El grifo de la ducha estaba abierto. Salía agua caliente. Oyó que alguien se movía dentro del baño y cayó en la cuenta de que era Sarah. Poco a poco empezó a recordar lo que había sucedido la noche anterior, y se lamentó de que no hubiera sido nada interesante.

Habían encontrado ese hotel tras una rápida búsqueda en Google desde el cibercafé. Estaba cerca, era tranquilo y aceptaba pagos en metálico. No podían arriesgarse a usar tarjetas de crédito.

Habían pasado la noche por separado leyendo la biografía de Conan Doyle en la que Alex estaba trabajando. Sarah agradeció tener por fin la oportunidad de leerla, y Harold la relejó una y otra vez en busca de cualquier indicio que les permitiera adivinar dónde había encontrado Alex el diario, o que les proporcionara alguna pista sobre su contenido. Sin embargo, a pesar de las varias relecturas, no fue capaz de averiguar ningún hecho nuevo.

El momento más emocionante de la velada, para Harold, fue el descubrimiento de que el hotel tenía lavandería. Mientras no pudieran regresar a su antigua habitación iban a tener que pasar otro día con la misma ropa, de modo que se pusieron los albornoces blancos que encontraron colgados en la puerta del baño y bajaron por las escaleras cargados con la ropa interior, los vaqueros y las camisas. Harold era incapaz de apartar la mirada de los pliegues del albornoz de Sarah, que le permitían entrever fugazmente el muslo derecho cada vez que daba un paso. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no mirar. Estaba casi seguro de que ella no se había dado cuenta.

Esa noche, durmieron cada uno a un lado de la cama de matrimonio extragrande, sin quitarse el albornoz. Fue todo muy casto y desalentador, como cuando era adolescente, y aun así a Harold le costó conciliar el sueño. Estaba tumbado en su lado, de espaldas a Sarah, a pesar de que habitualmente dormía boca arriba. No quería correr el riesgo de volverse y quedarse mirándola sin querer. ¿Y si ella abría los ojos en ese mismo instante? Creería que

no le había quitado ojo de encima en toda la noche, lo cual no era cierto. Consideró más oportuno no volverse hacia ella. De ese modo evitaría cualquier malentendido. Harold estaba tumbado sobre el costado derecho y notaba el peso de su cuerpo sobre el hombro, dolorido e incapaz de dormir.

Se incorporó en la cama cuando oyó el zumbido de su Blackberry desde la mesilla de noche. Sebastian Conan Doyle le había enviado un mensaje. Estaba en Londres y quería verlo. «De inmediato», insistió.

Cuando Harold dejó la Blackberry en la mesilla, vio que el móvil de Sarah estaba al lado. Pensó en las largas conversaciones telefónicas que había mantenido el día anterior en el cibercafé. No tuvo ningún problema en admitir que desconfiaba de ella. A pesar de que sintiera afecto por Sarah, de que disfrutara de cómo le tomaba el pelo y de que tal vez estuviera un poco enamorado, no acababa de confiar en ella.

Cuando cogió su móvil, se consoló pensando que Holmes tampoco había sido siempre del todo sincero con Watson. Le había mentado a menudo, y en ocasiones le había ocultado información para poder solucionar el caso cuando le resultara más conveniente. En *El sabueso de los Baskerville* llegó incluso a encargarle una misión inútil; de ese modo Holmes podría ocultarse entre las sombras y observar a los sospechosos mientras estaban distraídos con su torpe ayudante. Harold no estaba haciendo nada que Sherlock Holmes no hubiera hecho antes.

Tampoco se sintió culpable cuando revisó la lista de llamadas. Sin embargo, al oír que se cerraba el grifo, supo que debía actuar con rapidez.

La tarde anterior Sarah había intercambiado varias llamadas con un número de la zona de Nueva York, una de ellas a las 15.03. A esa hora estaban en el cibercafé: debía de ser la llamada que le hizo a su director.

Mientras Sarah se secaba en el baño, Harold pulsó el botón de rellamada. Los segundos se hicieron interminables hasta que

consiguió línea.

Una voz femenina respondió casi de inmediato.

—Silverman, Rummel, Tabak y Siegler. ¿Con quién desea hablar?

—Yo... Hm...

Harold no había preparado ninguna respuesta.

—¿Es un bufete de abogados?

Al otro lado de la línea telefónica se hizo el silencio.

—Sí, señor. ¿En qué puedo ayudarle?

La puerta del baño se abrió de repente y Sarah salió vestida, pero con el pelo envuelto en una toalla.

—No, gracias —dijo Harold y colgó.

Cuando lo vio con su teléfono en la mano, Sarah se quedó paralizada.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—¿Quiénes son Silverman, Rummel, Tabak y Siegler?

La primera reacción de Sarah fue de ira.

—¿Has estado espiando en mi teléfono? ¿Por qué lo has hecho?

—Porque me mentiste cuando me dijiste que habías hablado con tu director. Al menos ahora ya lo sé. Mira, lo siento, pero entre las persecuciones en coche, las pistolas y los muertos, estoy un poco de los nervios. Y parecía que tenías muchas ganas de seguirme hasta Londres.

Sarah lanzó un suspiro. Miró hacia la puerta un segundo para intentar recuperar la compostura y se sentó en la cama, mientras encogía y estiraba los dedos de los pies sobre la moqueta.

—Sí, te mentí. No quería decirte que... El bufete de abogados. Son los que están llevando mi divorcio. Estoy en trámites de divorcio.

De todas las posibles respuestas que esperaba Harold, ésta no era una de ellas.

—Marc Epstein. Así se llama mi abogado. Puedes llamarlo y comprobarlo. No quise decírtelo porque, bueno, no tengo un director. Y en estos momentos no estoy trabajando como periodista. Pero lo había hecho en el pasado. Escribí para varios periódicos y unas cuantas revistas. Estoy segura de que habrás buscado mi nombre en Google. Cuando me casé, dejé de trabajar. Mi marido, mi exmarido, ganaba lo suficiente para mantenernos a los dos, y acabé abandonando el periodismo. Y ahora que me estoy divorciando, quiero volver a la profesión. Así que me dedico a escribir artículos por mi cuenta. O eso es lo que intento hacer, vamos. Y cuando descubrí que Alex Cale había encontrado el diario, cuando empecé a leer sobre los Irregulares, me pareció una historia demasiado perfecta. Cualquier periódico la compraría, es increíble.

—Por eso me pusiste en contacto con Sebastian. Por eso te ocupaste de que todo esto sucediera. Querías tener algo sobre lo que poder escribir.

Sarah levantó la mirada de los pies por primera vez desde que había empezado a hablar. Tenía los ojos empañados en lágrimas.

—Lo necesito, Harold. Necesito que esta historia se haga realidad. Necesito recuperar mi vida.

Cuando se calmó un poco, Harold se dio cuenta de que no estaba enfadado. Comprendía a la perfección a Sarah, más de lo que le hubiera gustado.

—No importa —dijo—. Lo entiendo. Vamos a encontrar el diario. Te lo prometo. Pero hagamos un trato. Estamos juntos en esto. Tú no me mientas y yo no revisaré tu lista de llamadas.

Harold sonrió y ella le devolvió el gesto. A continuación la rodeó con un brazo, momento que habría de recordar con gran cariño más adelante. Sarah apoyó la cabeza en su hombro durante unos instantes.

—Gracias —dijo al final.

—No te preocupes. Sé lo que se siente cuando quieres demostrarte algo a ti mismo. Cuando has tenido una imagen de ti mismo en la cabeza durante mucho tiempo y te llega por fin la oportunidad de pasar a la acción en la vida real... Digamos que la vida real es mucho más compleja de lo que esperaba.

Sarah se rio.

—Los dos necesitamos solucionar esto —añadió Harold.

—Sí —dijo Sarah—. Y lo más gracioso es que creo que yo tengo incluso una mayor necesidad de solucionarlo que tú.

La casa de Sebastian Conan Doyle se encontraba en Holland Park, junto a Abbotsbury Road. Era un edificio de cuatro plantas inmaculado, flanqueado por una hilera de plátanos. Harold y Sarah recorrieron rápidamente el camino de entrada y dieron sus nombres al portero, quien los dejó entrar de inmediato. Los estaba esperando.

La enormidad del recinto engulló a Harold. Los techos parecían medio metro más altos de lo necesario, y los pasillos más anchos. Incluso las puertas parecían desproporcionadamente grandes y llegaban casi a lo alto de las paredes. Había varios cuadros, dispuestos con elegancia. Aunque el arte no era su fuerte, a Harold le parecieron modernos. Las pinturas eran estructurales, arquitectónicas, llenas de formas sencillas y colores que se fundían entre sí.

Sebastian los recibió en el rellano del piso superior. Parecía contento de verlos. Le estrechó la mano a Harold con calidez e hizo lo propio con Sarah.

—Pasad —dijo, y los hizo entrar en una estancia que sólo podría definirse como salón.

Sebastian se sentó en un amplio sofá cubierto de cojines perfectamente colocados; Harold y Sarah, en otro que había enfrente. Harold se sentía incómodo, no quería estropearlo ni

mancharlo dado su aspecto inmaculado. Sobre la mesa de centro que los separaba de Sebastian descansaba un sobre de papel manila.

—Venga, manos a la obra —dijo Sebastian—. ¿Qué habéis averiguado?

Harold y Sarah intercambiaron una mirada furtiva: ¿qué podían decirle? Harold creía que le correspondía tomar la palabra.

—En primer lugar, ¿ha recibido algo de la policía de Nueva York?

—Sí, por supuesto —respondió Sebastian—. Tengo todo lo que me pediste. Los resultados de la autopsia, los informes policiales y las fotografías de la escena del crimen. Es horroroso.

Sebastian cogió el sobre que había en la mesa y se lo lanzó.

Harold lo abrió y empezó a examinar el contenido. Había fotocopias de los informes policiales manuscritos, fotografías de la escena del crimen, la lista de huéspedes del hotel y un gran fajo de documentos agrupados bajo la etiqueta de «Informe forense».

—¿Cómo lo ha conseguido? —preguntó Sarah.

Sebastian se volvió hacia ella con una mirada de absoluta condescendencia y guardó silencio.

—He echado un vistazo a los documentos por pura curiosidad —dijo—. Las fotografías son mucho más truculentas de lo que esperaba.

Había algo en Sebastian que inquietaba a Harold. Algo en su preocupada intensidad. En la cabeza siempre ladeada. El bisnieto de Conan Doyle transmitía la impresión de que había llegado tu hora y simplemente estaba esperando el momento adecuado para decírtelo.

—Lo más interesante de todo esto —prosiguió Sebastian— es el anexo al informe sobre el análisis de ADN de la sangre que había en la pared.

—¡Ah! —exclamó Harold mientras buscaba la página—. ¿La sangre de la palabra «elemental»? ¿Saben ya a quién pertenece?

—Sí. Era de Alex Cale.

Harold dejó de hojear los documentos y miró a Sebastian.

—Maldita sea —dijo—. En la historia la sangre era del asesino, no de la víctima.

—Pero hay más diferencias con la historia —terció Sarah—. En *Estudio en escarlata*, la víctima muere envenenada, no estrangulada.

Harold se volvió hacia ella, sorprendido de que estuviera tan familiarizada con la obra de Conan Doyle.

—¿Qué pasa? —dijo ella al ver su mirada—. Llevas tres días hablando sin descanso de todas esas historias ¿Cómo no iba a querer conocerlas? Aproveché para leerlas en internet, cuando estuvimos en el cibercafé.

—¿El forense encontró veneno en la sangre de Cale? —preguntó Harold.

—No —respondió Sebastian—. Alex Cale murió estrangulado, no hay duda de ello.

—¿Y la nariz? —preguntó Harold, extrañado.

—¿La nariz? —dijo Sebastian.

—¿La nariz? —repitió Sarah.

—La sangre. ¿Era de la nariz de Cale?

—Harold, no soy médico, pero no creo que los forenses puedan averiguar de qué parte del cuerpo procedía la sangre. Sólo pueden decir a quién pertenecía.

—No, no, el informe forense...

Harold dejó la frase a medias mientras los pensamientos se le agolpaban en la cabeza y pasaba las páginas del informe. Se detuvo cuando encontró lo que buscaba e intentó leer la letra indescifrable del forense. La fotocopia estaba borrosa, lo que dificultaba aún más la misión.

—¿Alguno de vosotros dos entiende lo que hay escrito?

Sarah se inclinó hacia delante, deslizó los dedos por la página y entrecerró los ojos. Harold percibió el aroma del champú del hotel cuando un mechón de pelo cayó sobre el informe. Sarah se lo recogió enseguida detrás de la oreja con un movimiento rápido de la mano.

—¿Hemorragia? —le pareció leer a Sarah—. ¿Algo sobre una hemorragia?

—En la cavidad nasal. Un coágulo de sangre en...

Harold volvió a dejar la frase a medias.

—No tengo la menor idea de lo que pretendes insinuar, Harold —dijo Sebastian—. ¿Alex tenía un coágulo en la cavidad nasal? Puede que recibiera un golpe mientras forcejeaba con el asesino.

—No, no tenía magulladuras en la cara cuando lo encontramos. No tenía la nariz rota. Fue algo deliberado. En *Estudio en escarlata*, la sangre del mensaje escrito en la pared procedía de la nariz del asesino. Había tenido una hemorragia mientras discutía con la víctima.

—Sin embargo —dijo Sarah—, en este caso el asesino usó la sangre de Alex en lugar de la suya. Le practicó una incisión en la nariz, o algo parecido, después de matarlo. Seguramente le preocupaban las pruebas de ADN. No quería ponértelo demasiado fácil.

—Es extraño —dijo Harold—. No está recreando fielmente la historia, sino que usa sólo los fragmentos que le convienen. ¿Intenta decirnos algo con eso? ¿O está...?

Harold volvió a dejar la frase a medias. Frunció los labios y exhaló el aire que le quedaba en los pulmones.

—¿O qué? —preguntó Sebastian.

—¿Y si resulta que el asesino no conocía bien la historia? ¿Y si no la sabía de memoria? Mató a Cale precipitadamente. No fue algo planeado. Se pelearon. Discutieron. Tuvo que ser por el diario. Entonces decidió ocultar las pruebas fingiendo que lo había hecho

un sherlockiano y dejó pistas falsas. Recordaba vagamente el principio de *Estudio en escarlata*, pero se equivocó.

Sarah parecía confundida.

—Deja que me aclare, ¿estás sugiriendo que el crimen no es obra de un sherlockiano?

—Tan sólo sugiero la posibilidad —dijo Harold, mirando fijamente a Sebastian— de que el asesino fuera alguien que conociera nuestro mundo, pero que no formara parte de él.

Sebastian observó a Harold en silencio. Al final, le dedicó una sonrisa perversa, con las mejillas teñidas de rojo.

—¿En serio, Harold? ¿Eso es todo? ¿Es lo único que puedes ofrecerme?

Sarah miró a ambos hombres. No parecía tener muy claro qué papel tenía ella en todo este asunto.

—Escuchamos el mensaje que dejó en el contestador de Cale —dijo Harold—. Parecía muy enfadado.

—Sí, sí, sí. Y después, cuando Cale murió, me ofrecí a ayudar a dos tontos de remate a encontrar al asesino. Ya os había hablado de mi pelea con Cale. Nunca ha sido un secreto.

—¿Quién nos persigue? —le espetó Sarah bruscamente.

Ahora era Sebastian quien parecía confundido.

—Disculpa, ¿os persigue alguien?

—Sí —dijo ella.

—Alguien con una pistola —añadió Harold—. Una pistola muy grande. Y sea quien sea, también registró el despacho de Cale.

Harold observó detenidamente a Sebastian, que parecía estar procesando la nueva información.

—Entonces ¿no creéis que es muy probable que ese tipo armado pudiera ser, digamos, el asesino de Alex Cale?

—Quizá —respondió Harold—. Pero no creo que tenga el diario. Creo que lo tiene usted.

Se produjo un largo silencio.

—Quizá hayas dejado de resultarme útil —replicó Sebastian con frialdad.

Harold respiró hondo. ¿Iba a abalanzarse sobre él? ¿Tenía un arma? Harold retrocedió, intentando prepararse para lo peor.

—Os sugiero que os vayáis —prosiguió Sebastian, con voz firme pero serena.

Parecía un hombre irascible, aunque no cedía fácilmente a la ira.

—Estaremos en contacto —dijo Harold mientras se dirigía hacia la puerta, convencido de que había manejado bastante bien la situación.

—¿De dónde han salido esas agallas? —preguntó Sarah cuando Harold y ella salieron a la calle.

Echaron a andar por Abbotsbury Street, bajo los plátanos orientales que crecían más cerca del parque. No habían decidido adónde se dirigían, pero eso no les impidió seguir andando. Harold estaba absorto en sus pensamientos, procesando la nueva situación creada. Se sentía como si estuviera al borde de algo, en el precipicio entre saber y no saber. Estaba insufriblemente cerca de la solución y, sin embargo, aún no la tenía al alcance de la mano.

—¿Cómo dices? —preguntó Harold, de regreso a la realidad.

—Agallas. De repente. Ahí dentro.

Sarah señaló la casa de Sebastian.

—¿De verdad crees que mató a Cale?

—No —dijo Harold tras una larga pausa—. No lo creo. Es decir, hay pruebas suficientes que lo señalan como autor. Tiene motivos, medios. Y es un tipo inquietante. Pero no creo que matara a Alex Cale.

—Pues tienes una extraña manera de demostrarlo.

—No creo que lo hiciera, pero podría estar equivocado. Quería ver cómo reaccionaba. Pensaba que tal vez se desmoronara y lo confesara todo. Es algo que ocurre a menudo en los relatos de Sherlock Holmes cuando alguien se encara con el asesino. Aunque no existan pruebas fiables.

Durante unos minutos caminaron en silencio. Holland Park se convirtió en Notting Hill y luego en Bayswater. Los edificios crecieron unas cuantas plantas y el ruido de la calle aumentó varios decibelios.

—*Déjàvu*, nos están siguiendo —dijo Sarah de repente.

—¿Qué? —preguntó Harold con incredulidad.

—Un hombre mayor. Traje marrón oscuro. Gafas. Zapatos Oxford tan ruidosos que los oigo desde aquí.

—Joder —dijo Harold—. ¿Cómo nos han encontrado? Y ¿cómo se te da tan bien saber que alguien te sigue?

—No lo sé. Quizá pensarán que tarde o temprano pasaríamos por el piso de Sebastian y apostaron un vigilante. Además, deberías saber que cuando una mujer camina por una calle transitada es plenamente consciente de todos los ojos que la miran. Es mejor entrenamiento que la CIA.

Puesto que no tenía experiencia en sentirse observado, Harold se vio obligado a aceptar su razonamiento.

—¿Has dicho que es mayor? —preguntó, mientras seguían caminando con paso acelerado.

—Sí —contestó ella—. En torno a los setenta años.

—¿Setenta? No hay muchos matones de esa edad. A no ser que... ¡A no ser que sea el jefe de la operación! Quizá contrató a los sicarios del coche y, como la fastidieron, ahora ha decidido seguirnos él mismo.

—Mierda —dijo Sarah, que de repente se puso más nerviosa—. ¿Ves el callejón que hay un poco más adelante, a la izquierda?

¿A diez pasos? ¿Ocho?

—Sí.

—Vamos a meternos por ahí... Ahora.

Sarah dobló a la izquierda y Harold la siguió. Acto seguido, estiró el brazo, agarró a su compañero y lo empujó contra la fría pared de ladrillos. Harold notó el brazo firme y cálido de Sarah en el pecho.

—No te muevas —le ordenó ella.

La chica se llevó la mano al bolsillo del abrigo, sacó la navaja retráctil y abrió la hoja. A pesar de que era mediodía, los altos edificios a ambos lados del callejón ocultaban el sol. En la penumbra, la hoja de acero parecía de un azul turbio.

Sarah se colocó de espaldas a la pared, al lado de Harold, pero más cerca de la entrada del callejón. Harold vio el aliento de Sarah en el gélido aire, regular y medido. Fue entonces cuando se dio cuenta de que había contenido la respiración. Estaba demasiado asustado para respirar. Oyó los pasos que se aproximaban al callejón. Los zapatos Oxford del hombre resonaban como cascos en el pavimento. Harold soltó una bocanada de aire.

Y entonces se produjo un momento fugaz de violencia. El anciano entró en el callejón y Sarah se abalanzó sobre él con unos movimientos tan profesionales como salvajes. Antes de que la vaharada de Harold se disipara, Sarah había derribado al hombre y lo apuntaba al cuello con la navaja.

El anciano se llevó una mano a la rodilla. Sarah debía de haberle propinado una patada.

—¡Aaaagh! —gritó.

Harold se fijó en el rostro del hombre. Las grandes gafas. La piel cenicienta cubierta de manchas. Las cejas oscuras y espesas. La nariz, desproporcionadamente grande en comparación con el resto de sus rasgos, parecía blanda y suave. Como si fuera parte de un disfraz y se le hubiera caído cuando el hombre... Oh, Dios.

—¡No! ¡Ah! ¡Soy yo! —gritó el anciano.

—Deja que se levante —dijo Harold.

Sarah no se movió ni apartó los ojos del anciano y de la navaja que le rozaba la garganta.

—Harold, por favor, ay, ¡no dejes que me mate!

—Sarah —insistió Harold después de tomar aire—. No pasa nada. Deja que se levante.

Le puso una mano en el hombro y, por primera vez, Sarah apartó los ojos del anciano y miró a Harold.

—No pasa nada. Es Ron —dijo Harold, azorado—. De los Irregulares. Es Ron Rosenberg.

OceanofPDF.com

25

Vigilancia

«El peligro forma parte de mi
oficio.»

Sir Arthur Conan Doyle,

«El cliente ilustre»

12 de noviembre de 1900

Arthur se tragó el humo de su cigarrillo Morris, tosió y expulsó una voluta que subió hacia la lámpara de gas que había sobre su cabeza. Se apoyó en la farola y dio otra calada al cigarro. Arthur no fumaba habitualmente, pero cuando uno participaba en tareas de vigilancia, le parecía que fumar era la única forma práctica de pasar el tiempo. Miró al otro lado de la calle, a la ventana del tercer piso de un edificio de cuatro plantas. Las luces estaban encendidas y refulgían en la noche. Vio pasar una figura frente a la ventana, enmarcada en la luz como un actor en una función de sombras chinescas. Arthur retrocedió un paso de inmediato para eludir el estrecho haz que arrojaba la farola y bajó la cabeza. La figura de la ventana pertenecía a Emily, la sufragista menuda de la noche anterior, y era de suma importancia que no lo descubriera

espiándola. La joven desapareció de la ventana y se perdió en el interior de la vivienda, fuera del campo de visión de Arthur. El escritor dio otra calada al cigarro, esta vez algo menos profunda. Dios, ¿acaso no era la vigilancia la actividad más tediosa que había realizado jamás?

La «persecución» de la noche anterior había sido tan sumamente típica que Arthur tenía la sensación de haberla imaginado. Emily subió a un coche en Palmer Street, y Arthur y Bram encontraron otro libre detrás de ella. Le mostraron un puñado de monedas al cochero para que supiera cuál sería su recompensa si lograba seguir el vehículo de Emily hasta su destino. El hombre contestó con un alentador «Como desee, señora» a Arthur e hizo restallar las riendas. Si al cochero le inquietó la disociación entre la ropa de Arthur y su voz, no lo expresó.

Habían ido desde Westminster hasta Clerkenwell, sin perder de vista en ningún momento el coche de Emily. Llegaron al edificio de cuatro plantas de Aylesbury Street justo cuando Emily introducía la llave en la cerradura. Arthur ordenó al cochero que se detuviera unas cuantas casas antes de la de Emily, y luego que siguiera hasta aquélla cuando ella hubiera entrado. Aguardaron unos instantes hasta que una luz se encendió en el tercer piso. Arthur y Bram no alcanzaban a ver las ventanas para saber qué hacía Emily, pero ahora sabían dónde vivía.

Cuando el cochero se marchó, discutieron sobre cuál debía ser el siguiente paso a dar. Arthur proponía llamar a la puerta, pedir que lo dejaran entrar y abordar a la chica para averiguar su papel en el asunto que los ocupaba. Bram intentó hacerle comprender el peligro que ese plan entrañaba. Era muy probable que Emily fuera la compañera clandestina de al menos dos sufragistas asesinadas. Estaba involucrada en los asesinatos de Sally Needling y su amiga, y a buen seguro también en el envío del paquete bomba que Arthur había recibido. Todavía no sabían qué significaban los tatuajes. Y, lo que era más importante, no tenían ninguna información acerca del marido asesino al que buscaban. Si Emily lo conocía, o si había

conspirado con él, podía aparecer en cualquier momento. Tal vez les fuera útil recabar algunos datos más antes de enfrentarse a ella.

Si bien Arthur no había quedado del todo satisfecho con los argumentos de Bram, éstos sí habían logrado convencerlo de que actuara con mayor cautela.

—De acuerdo —admitió—. Primero vigilaré a Emily y su casa. Tarde o temprano tendremos que deshacernos de este ridículo atuendo, por lo que será mejor que nos turnemos para ir a casa y ponernos pantalones y una camisa mientras el otro vigila las ventanas. Si Emily vuelve a salir, tendremos que seguirla. Si no lo hace, esperaremos, ¿de acuerdo?

Y así procedieron. Arthur fue el primero en regresar a casa para cambiarse de ropa. A esa hora ya no había trenes, por lo que tuvo que tomar otro coche, el más caro de su vida. Cuando llegó a su hogar lo recibió el silencio de sus ocupantes, que descansaban en sus habitaciones. Al introducir la llave en la cerradura y oír el ruido de sus zapatos en el suelo del recibidor, se sintió como un desconocido. Como un ladrón en su propia casa. Ninguna de las almas que dormía plácidamente bajo ese techo estaba al corriente de la búsqueda que lo había consumido durante las últimas semanas. Sus obsesivas maquinaciones eran un secreto para los habitantes del segundo piso. Ni su esposa Touie, ni su amada Jean, ocupaban su pensamiento de manera tan obsesiva como las víctimas y su asesino.

Nadie lo oyó cuando subió las escaleras hasta su dormitorio. Por suerte, Touie y él dormían en habitaciones separadas debido a su enfermedad, por lo que no tuvo que molestarla mientras se desabrochaba torpemente el corsé.

Arthur regresó a Clerkenwell al cabo de tres horas, en el mismo coche en el que se había marchado. Ahora era el turno de Bram. El cochero no podía dar crédito a aquella noche tan provechosa. Arthur y Bram se turnaron durante gran parte del día y durmieron en un hotel cercano, aunque ninguno de los dos pudo descansar demasiado.

Y ahora, cuando eran las seis menos cuarto de la tarde del día siguiente a la conferencia sufragista, Arthur estaba solo al pie del cañón, acompañado únicamente por una pitillera plateada de cigarrillos Morris. La noche había sido larga, sí, pero el día aún más. El frío de la medianoche lo había mantenido despierto hasta el amanecer; sin embargo, tras pasar casi un día entero a medio camino entre el sueño y la vela, con la atención fija en una ventana, empezaba a estar desorientado. Los peatones iban de un lado a otro mientras Arthur se mantenía en su puesto, obligándose a permanecer alerta a pesar de la tediosa tarea. Había oído explicar a los soldados de Transvaal que, cuando estaban de guardia, perdían por completo la noción del tiempo. Un segundo podía parecer una hora, y una hora, un segundo, hasta que uno ya no recordaba si era de día o de noche. Sin embargo, Arthur sentía todo lo contrario: sabía qué hora era y contaba los minutos que faltaban hasta que Bram llegara para relevarlo.

A las seis en punto, Arthur vio que su amigo doblaba la esquina de Aylesbury Street. Parecía mucho más fresco que él, aunque no más feliz con la misión que habían emprendido. Intercambiaron las cortesías de rigor, aunque ninguno de los dos tenía nada cortés que decir al otro.

Cuando la luz de la ventana de Emily se apagó, ambos dirigieron toda su atención hacia el piso oscuro. Se apartaron instintivamente de la farola, fuera del haz de luz que emitía la lámpara de gas desde una altura de tres metros y medio. Al cabo de un instante, Emily apareció en la puerta del edificio. Llevaba un bolso pesado en el que guardó las llaves después de cerrar la puerta. Al bajar los cuatro escalones que separaban la puerta de la calle estuvo a punto de chocar con una anciana. Emily murmuró una rápida disculpa y siguió andando mientras la mujer recuperaba el equilibrio agarrada a la barandilla y subía hacia la puerta del edificio.

Arthur se volvió hacia Bram.

—¿Tenemos el mismo plan en mente? —preguntó.

—Estoy seguro de que no —respondió Bram con cautela.

—Entonces te lo cuento luego. ¡Ahora, sígueme!

Arthur se volvió y avanzó en dirección a la puerta del edificio de Emily. La joven se dirigía hacia el este y estaba a punto de llegar a la esquina. Al cabo de unos segundos, estaría fuera de su campo de visión.

Pero Arthur no le prestó atención. Subió los cuatro escalones mientras la anciana intentaba encontrar las llaves.

—Discúlpeme —le dijo Arthur a la mujer—. ¿Me permite que la ayude?

La mujer parecía confundida cuando levantó los ojos de las llaves y vio el rostro radiante de Arthur. Se había afeitado en casa, dejando intacto el labio superior. Aún no habían pasado veinticuatro horas y el bigote de Arthur empezaba a cobrar forma, aunque de manera irregular. Parecía un adolescente ansioso por demostrar su hombría.

—Yo... —murmuró la anciana—. Bueno... yo... sin duda...

Arthur le cogió el manojito de llaves de la mano. Encontró la correcta y le abrió la puerta. Le devolvió las llaves mientras le sujetaba la puerta y le hizo un gesto para que pasara.

—Después de usted, señora —dijo.

La anciana no parecía saber cómo manejar la situación, pero finalmente las normas sociales hicieron su efecto.

—Gracias, señor —dijo la mujer y entró en el edificio.

Recorrió el vestíbulo y, con la llave ya en la mano, abrió la puerta de su piso y entró. Arthur seguía allí, sonriendo de oreja a oreja, como si fuera un mayordomo. En cuanto la mujer hubo desaparecido, Arthur borró la sonrisa de su rostro y llamó a Bram.

—¿A qué esperas? ¡Vamos! —le gritó.

Bram siguió a su amigo por las escaleras hasta el rellano del tercer piso. Se encontraban ante una puerta maciza, marcada con

una «C» de latón. Arthur giró el pomo para comprobar si Emily la había dejado abierta, pero no hubo suerte.

—Bueno —dijo Bram—. Muy bien. ¿Y ahora?

Arthur levantó la pierna derecha, se inclinó hacia atrás y dio una patada a la puerta con todas sus fuerzas. El estruendo fue considerable y ambos hombres vieron cómo temblaba el marco. Sin embargo, la puerta no cedió ni un milímetro. Arthur dio otra patada, esta vez a la altura del pomo. Cuando la bota impactó contra la madera, el estruendo resonó en el pasillo. Pero, de nuevo, la puerta no cedió.

Oyeron que la anciana del primer piso salía al rellano, atraída por el ruido.

—¿Qué sucede? —gritó desde las escaleras.

Bram y Arthur se miraron. ¿Qué podían decir?

—¡Ya casi hemos terminado! —contestó Arthur—. ¡Denos un minuto más!

Lo cual no respondía la pregunta de la mujer ni por asomo, pero lograron ganar algo más de tiempo. La anciana no supo qué decir.

Arthur se encogió de hombros y se preparó para dar otra patada, que resultó tan poco efectiva como las anteriores.

—¿Está seguro de que no hay ningún problema? —insistió la mujer.

—No, señora —gritó Arthur.

Mientras se preparaba para acometer otro intento, a pesar de que empezaban a dolerle las rodillas, Bram levantó la mano.

—Espera —susurró su amigo—. Si quieres entrar en el piso de Emily por la fuerza, es mejor no andarse con rodeos.

Bram metió la mano en el bolsillo del abrigo y sacó un revólver con la empuñadura nacarada. Quitó el seguro, apuntó a la puerta y apretó el gatillo.

El edificio entero resonó tras el estruendo del disparo. Cuando Arthur recuperó la capacidad auditiva, empezó a percibir el eco que reverberaba en todos los rincones. Pero no fue hasta que disminuyó el zumbido de sus oídos cuando fue plenamente consciente de lo que acababa de suceder.

—¡Lo sentimos, señora! —gritó Bram por la escalera—. ¡Ya no la molestaremos más!

Arthur miró la puerta. El pomo colgaba de un modo precario, a punto de soltarse, y la cerradura había quedado inservible. Bram abrió la puerta con un leve empujón.

La anciana no respondió, pero al parecer regresó a su piso. O, a juzgar por los ruidos que llegaban desde la escalera, eso dedujo Arthur.

—Ha sido una solución más estruendosa y brusca de lo que esperaba —comentó Arthur—. Creo que nunca había oído un disparo en el interior de una casa. El ruido ha sido atronador.

—Si quieres registrar el piso de Emily, te sugiero que lo hagamos con rapidez. No creo que tarden demasiado en venir a preguntarnos a qué se debe tanto escándalo.

Bram entró en el piso, seguido de Arthur.

El desorden que encontraron en el interior no era consecuencia del método elegido para forzar la puerta. Había un juego de té junto a un sillón, y tazas y platos repartidos por todas las superficies planas. En las tazas, un líquido turbio otrora té desprendía un leve olor a leche agria.

A un lado de la sala había una puerta abierta que daba a una habitación abarrotada. Arthur vio que la cama estaba sin hacer y que había prendas de ropa femenina tiradas en el suelo, junto a las sábanas. Aunque las ventanas, los únicos portales de que disponían para asomarse al mundo de Emily, parecían grandes desde la calle, no lo eran tanto ahora que estaban dentro. No dejaban pasar mucha luz, ni siquiera de día. Fuera estaba oscuro, y cuando Arthur se

acercó a la ventana, miró la solitaria farola donde había montado guardia. Apenas se distinguía entre la niebla.

Al otro lado de la puerta del dormitorio había un escritorio en el que parecían coexistir todo tipo de objetos: vasos de precipitado y tubos de ensayo, bolsas con polvos de colores y frascos de Corning, ovillos de hilo de bramante y un montón de papel de envolver barato. Arthur dedujo que en esa mesa se realizaba una labor científica. En el centro había una caja blanca abierta. Arthur echó un vistazo al interior y vio un cartucho de dinamita.

Parecía idéntico al que había encontrado envuelto en un paquete similar, en su buzón. Por suerte, en este caso la dinamita no parecía conectada a nada. No había ningún detonador a la vista. Arthur cogió el paquete y lo inspeccionó. En la parte inferior había una etiqueta en la que se leía: «Dr. Arthur Conan Doyle. Undershaw. Hindhead».

Bram se acercó a Arthur y se limitó a asentir mientras observaba el paquete bomba y el nombre escrito en la etiqueta.

—Dios mío —dijo Arthur—. Fue Emily. Fue ella quien intentó matarme.

Antes de que Bram pudiera responder, oyeron pasos en la puerta del piso y se volvieron.

Emily, envuelta en su colorido abrigo, los observaba desde el umbral. En una mano sujetaba un fajo de cartas; en la otra, un revólver que apuntaba a Arthur.

Por extraño que parezca, Arthur no pensó en su familia ni en sus seres amados, sino en Bram. El miedo de Arthur nacía del sentimiento de culpa por haber involucrado a un amigo tan querido como Bram en todo aquel asunto. Bram no lo merecía, pensó Arthur, con la mirada fija en el revólver de Emily, que tiró del percutor.

26

Las teorías de Ron Rosenberg

—¿Cómo lo sabe?

—Lo he seguido —dijo Holmes.

—No he visto a nadie.

—Eso es lo que cabría esperar cuando sigo a alguien.

Sir Arthur Conan Doyle,

«El pie del diablo»

10 de enero de 2010 (continuación)

Ron Rosenberg se incorporó con gran esfuerzo. Se agarró la rodilla y se frotó el punto en el que Sarah le había propinado la patada. Mientras Ron respiraba hondo, Sarah retrocedió un paso para darle más espacio. Sin embargo, seguía sosteniendo la navaja en la mano, abierta, lista para cualquier cosa.

—¿Por qué nos sigues? —le preguntó Harold.

—Y lo que es más importante, ¿qué demonios llevas puesto?
—añadió Sarah.

Como si hubiera recordado de repente que iba disfrazado, Ron se llevó las manos a la cara y se arrancó la nariz postiza, las cejas grises y una peluca canosa muy convincente. Tras el forcejeo, le habían quedado unos colgajos de piel artificial en las mejillas y la frente. Parecía que se estuviera derritiendo.

—¡Tal vez debería ser yo quien hiciera las preguntas! —dijo
—. ¿Qué habéis hecho con el diario?

—Dios, Ron, no tenemos el diario. Basta ya.

Harold se volvió hacia Sarah.

—El disfraz, el anciano... Es algo muy sherlockiano. Cuando tenía que seguir a un sospechoso, Holmes solía disfrazarse. Normalmente de anciano o, incluso, de anciana. Aparece en varias historias. Lo cual no explica qué haces tú aquí —agregó Harold volviéndose hacia Ron.

—No quería revelar mi identidad tan pronto, Harold, pero no me dejaste elección. Creo que mataste a Alex Cale y que robaste el diario. Creo que estás conchabado con Sebastian Conan Doyle y que lo planeasteis juntos.

Sarah sonrió. Harold se frotó las sienes, más irritado que furioso.

—¿Por qué iba yo a matar a Cale?

—Porque querías ser el número uno, Harold. Y no finjas que no eres ambicioso. ¿Cuánto tiempo llevas en los Irregulares? ¿Una semana? Ya has publicado un artículo en el *Baker Street Journal*. Te has hecho amigo de todas las celebridades de la sociedad, incluido yo. Conociste a Alex Cale la noche antes de su muerte. Jeffrey Engels propuso tu investidura, ya lo sabes. Pero ¿creías que también iba a ayudarte a encubrir el asesinato? No seas estúpido.

Harold ni siquiera sabía por dónde empezar. Ron se estaba dejando en ridículo a sí mismo, y también a Harold. El trabajo de

detective era serio y complejo, no una cuestión que pudiera tomarse a la ligera. Ron no estaba preparado para asumirlo. No era el momento para entretenerse con aficionados.

—No he matado a nadie —respondió Harold, con voz cansada—. Si fuera el asesino, ¿por qué fui yo quien descubrió el cuerpo? ¿Por qué estoy aquí intentando encontrar al asesino? ¿Por qué no me marchó a casa para disfrutar con la lectura del diario de diez millones de dólares que acabo de robar?

—Para desviar todas las sospechas, ¡por eso! —replicó Ron en un tono que mezclaba la condescendencia profesoral y la admisión apesadumbrada de que se encontraba ante un adversario de nivel—. Nadie sospecha que el detective es el asesino. Es un recurso brillante, pero viejo. Fue Agatha Christie quien lo usó por primera vez, no Conan Doyle. *El asesinato de Roger Ackroyd*. Recuerda que he leído las mismas historias que tú, Harold. Sé lo que tramas.

—Pues en tal caso, como eres tú quien me está investigando, como eres tú quien está jugando a los detectives, quizá seas tú el asesino.

Ron se quedó paralizado, meditando sobre lo que Harold acababa de decirle. Harold le hizo un gesto con la cabeza a Sarah, quien le lanzó una sonrisa educada a Ron mientras regresaban a la calle. Ron se quedó donde estaba, absorto en sus pensamientos.

La extraña historia de Emily Davison

—¿Qué interés tienen en este asunto? —preguntó Henry Wood.

—El interés que todo hombre tiene en que se haga justicia —contestó Holmes.

Sir Arthur Conan Doyle,

«El hombre jorobado»

12 de noviembre de 1900 (continuación)

Arthur permaneció inmóvil. Sus ojos iban de la pistola de acero que sujetaba Emily a la expresión acerada de su rostro. Tenía la piel suave, pero tensa por la rabia. Los segundos se hicieron eternos. Arthur se percató de que había dejado de respirar, aunque cuando intentó llenarse de aire los pulmones, su cuerpo no reaccionó. Se encontraba entre Bram y Emily. No podía oír ni sentir

la presencia de su amigo, a pesar de que no debía de estar a más de un metro de él.

—¡Malditos asesinos! —susurró Emily—. Matasteis a mi Sally. Matasteis a mi Anna. Cerrad los ojos y pensad en sus rostros mientras morís.

La joven se estremeció de ira y el dedo índice derecho le tembló en torno al gatillo.

—Se ha producido un malentendido —dijo Arthur con voz temblorosa—. No hemos matado a nadie.

Arthur levantó las manos por encima de la cabeza, imitando el gesto universal de rendición. De pronto le pareció oír un movimiento detrás de él, el roce del abrigo de Bram. Cayó en la cuenta de que su amigo llevaba el revólver en el bolsillo trasero. ¿Estaba intentando cogerlo?

—¡Os he atrapado aquí, justo aquí, con las manos en la masa, y sólo sabéis mentir! —dijo Emily alzando la voz a medida que se preparaba para apretar el gatillo—. No esperaba que fuerais dos. Pero cuando haya acabado con vosotros, aún me quedarán cuatro balas. Las dos vuestras por las dos de mis amigas. Diría que es un trato justo.

Arthur no sabía de qué hablaba. Pero su mirada le decía que iba a matarlo tanto si lo entendía como si no. Oyó de nuevo un ruido detrás de él. Bram iba a conseguir que los mataran a los dos.

—¡Elemental! —gritó Arthur, con el poco aire que le quedaba.

Emily frunció el ceño y apretó los labios. A continuación pareció relajarse un poco, mientras su rostro reflejaba una serie de expresiones confusas.

—¿Elemental? —repitió.

—Soy Arthur Conan Doyle —dijo el escritor—. Y tú eres quien ha intentado matarme.

Emily se sorprendió al oír las palabras de Arthur. Lo miró a los ojos, intentando adivinar si le estaba diciendo la verdad. ¿Era

Arthur Conan Doyle?

—Me he afeitado el bigote —le explicó—. Ayer.

La ira de Emily empezó a amainar mientras sopesaba aquella nueva información.

—¿Es usted Arthur Conan Doyle? —preguntó, presa de las dudas.

—Sí.

—¿Y usted? —preguntó mirando por encima del hombro de Arthur.

—Me llamo Bram Stoker.

Emily no lo conocía.

—Soy amigo de Arthur.

—¿Y usted quién es? —preguntó Arthur a Emily, como si estuviera tratando con una niña.

—Emily... Emily Davison —contestó ella.

—Señorita Davison, usted me envió un paquete bomba por correo para matarme —dijo Arthur—. Contenía un recorte de periódico. El asesinato de su amiga. Usted escribió «Elemental» en el papel y no tengo ni la más remota idea del motivo que la llevó a hacerlo. He investigado el caso. Hay varias pistas que Scotland Yard pasó por alto. Las he seguido y me han traído hasta esta casa, hasta usted.

Arthur vio que Emily respiraba hondo, vio cómo se le hinchaba el pecho. De repente, se dio cuenta de que el sudor le inundaba la frente y las axilas. Estaba empapado, sucio.

Emily bajó el revólver. Arthur notó que la sangre volvía a circularle por las venas de la cara. Mientras parpadeaba, advirtió que la actitud de la muchacha cambiaba por completo. Se dejó caer en el sofá y echó la cabeza atrás. Parecía que acabara de quitarse un gran peso de encima.

—No puedo creer que funcionara —dijo en voz baja—. Deseaba... Dios mío, deseaba con toda mi alma que funcionara. No me lo puedo creer... ¿Cómo me ha encontrado?

—El tatuaje —respondió Arthur con cautela.

No estaba seguro de cómo iba a reaccionar ni cómo tomarse el cambio de actitud.

—Encontramos al tatuador que se lo hizo. Sus amigas y usted le pidieron que les tatuara el mismo dibujo, ¿no es así?

—Debo reconocer que es usted muy bueno. Sabía que no me defraudaría. Recé para que así fuera. Pero se suponía que no debía venir aquí. Que no debía encontrarme.

—Entonces ¿a quién se suponía que debíamos encontrar? —preguntó Bram.

—Al hombre que mató a mis a amigas. Al hombre que mató a Sally y a Anna. No era mi intención hacerle daño, créame. Intentaba contratarlo.

La chica dejó el revólver sobre la mesa de centro, como si fuera un llavero. De repente, parecía inofensiva.

Arthur aprovechó la oportunidad para volverse. Detrás de él, Bram tenía la mano cerca del bolsillo del revólver, pero Arthur le hizo un gesto de negación con la cabeza. Bram enarcó una ceja, preguntándole, «¿estás seguro?». Arthur asintió. Sí. Lo estaba. El peligro había pasado. Lo que necesitaban ahora era hablar. Largo y tendido.

—Tal vez sea mejor que se explique —sugirió Arthur.

Emily pensó en lo que Arthur acababa de decirle. Era como si la idea de tener que explicarse ni siquiera se le hubiera pasado por la cabeza, y frunció los labios en un gesto que reflejaba seriedad y cansancio.

—Sí —admitió—. Tal vez sea lo mejor. Tenemos mucho de que hablar. ¿Puedo ofrecerles un té? ¿Por favor? Es lo mínimo que

puedo hacer por ustedes. No sé si aún me queda leche, pero sé que hay miel en la alacena.

—Se lo agradezco, pero no —dijo Arthur, que se sentó junto a ella en el sofá—. ¿Me envió el paquete bomba para asesinarme?

—A mí no me importaría aceptar su ofrecimiento, si no es molestia —intervino Bram, tomando asiento en un sillón frente a Arthur.

Emily se levantó y fue a la cocina para calentar el agua.

—Le debo mil disculpas —contestó Emily tras regresar al salón—. No tenía intención de matarlo, le ruego que me crea —se lamentó lanzando un suspiro—. Quería que fuera sólo una pequeña detonación y un poco de humo. Pero era mi primer paquete bomba y creo que usé demasiada dinamita. Jamás quise hacerle daño. ¿Lo comprende? A usted no.

El cansancio se apoderó de la voz de Emily, reemplazando la furia que, tan sólo dos minutos antes, parecía a punto de consumirla.

—¿Podríamos empezar por el principio? —sugirió Arthur.

—¿El principio? Pues no sabría decirle cuál fue. He sido mujer toda la vida —afirmó esbozando una sonrisa apesadumbrada—. Pero supongo que hace menos tiempo que soy sufragista.

—¿Por qué no empezamos por ahí? —propuso Arthur en un tono conciliador—. Usted y sus amigas Sally y Morgan... ¿Ha dicho que su verdadero nombre era Anna? ¿Sally, Anna y usted eran sufragistas?

—No me avergüenza decir que yo estaba más comprometida con la causa que ellas. Pero creo que eso ha quedado claro, ¿no es cierto?

Emily hizo una pausa y enderezó la espalda.

—¡Ah, esto no está saliendo bien! Le debo una explicación, y probablemente dentro de poco le deberé también las gracias. Éramos cuatro: Sally, Anna, Janet y yo misma. Nos conocimos en

Caxton Hall hace años, en las reuniones que frecuentábamos. Yo no había cumplido los diecisiete cuando ingresé en la Unión Nacional de Sociedades Sufragistas, por difícil que resulte de creer. Las demás eran mayores. Nos veíamos de vez en cuando en las reuniones, y una noche, hace dos años, ¡BANG! —Emily dio una palmada que sobresaltó a Arthur—. Nos hicimos amigas. Es curioso: puedes conocer a alguien durante años y luego, de repente, un día sucede algo y os volvéis inseparables. Eso fue lo que pasó. Sobre todo conmigo y con Janet. Era la chica más guapa que había conocido. Nos entendimos de fábula y, desde la primera conversación, no hubo ni un solo momento de incertidumbre o confusión. A veces la gente me confunde. Me cuesta entender lo que dicen. Pero con Janet nunca ocurrió. ¿Tiene un amigo así, alguien con quien pueda compartirlo todo, y no haya ningún secreto entre ambos?

Arthur pensó en Bram. Su relación, a pesar de la confianza y la buena voluntad por parte de ambos, no se ajustaba a la descripción de Emily. Prefirió no contestar, y la muchacha prosiguió con su extraño monólogo.

—Al menos aún tengo a Janet. Ese hombre, esa detestable criatura, sea quien sea, aún no ha dado con ella.

Oyeron el pitido de la tetera y Emily se levantó para preparar el té. Regresó al cabo de un instante con tres tazas vacías, y las puso ante los dos hombres junto con la tetera. Dejó que se filtrara mientras hablaba.

—Las cuatro formamos nuestro propio grupo. La señora Fawcett es una boba y, en el fondo, una *tory*. La gente como ella no conseguirá el sufragio para nosotras. Es débil, miedosa y está sometida tanto por el dinero como por su marido a la sociedad en la que vivimos. Siente el mismo aprecio por las mujeres inglesas que el antisufragista más rancio del país.

Emily volvió a esbozar una sonrisa amarga.

—¡Como usted! Para la señora Fawcett y su Unión inútil, nuestra lucha es meramente política. ¿Se puede ser más miope? Por

eso hemos creado una organización alternativa. No somos las primeras que lo hacemos, no se vaya creer. Se sorprendería del gran número de escisiones que existen. Esas chicas de Manchester... ¡Le aseguro que dentro de poco oírán hablar de ellas!

Arthur no sabía a quién se refería, pero tampoco quiso interrumpirla.

Emily sirvió los tres té, a pesar de que Arthur no se lo había pedido. Aun así, tomó un sorbo por cortesía. Cuando se dio cuenta de que estaba tomando té con una mujer que había estado a punto de asesinarlo, se sintió estúpido y dejó la taza sobre la mesa.

—Nos llamamos «las Morrigan» en honor de la diosa irlandesa de la guerra y de la profecía. Podía asumir distintas formas: unas veces de anguila, otras de loba, pero nuestra favorita era el cuervo de tres cabezas. De modo que adoptamos el cuervo como nuestro emblema y nos lo tatuamos en la piel para demostrar nuestra adhesión a la causa. Nuestro objetivo era sumir el reino en una gran conmoción. Pensábamos lanzar una campaña de panfletos este otoño. Contratamos a un impresor e hicimos pruebas con nuestro emblema. Tardamos una eternidad. Fue muy servicial y no quiso cobrarnos las muchas horas de trabajo que nos había dedicado. Pero los panfletos no iban a salvar el país, eso lo sabíamos. Si era necesario, estábamos dispuestas a algo más. Después de los panfletos, tenían que llegar las bombas. Y si las bombas no lograban llamar la atención del público, estábamos dispuestas a fabricar bombas más grandes. ¡Ya me habría gustado ver a la Unión metida en algo así!

—¿Habríais sido capaces de atentar en Londres? —preguntó Arthur—. ¿Habríais convertido vuestra patria en un campo de batalla por una cuestión de política legislativa?

—¡Ya se está librando una guerra en Londres! —exclamó Emily, que golpeó la mesa con la palma de la mano y derramó un poco de té.

Bram cogió su taza y tomó un sorbo.

—Inglaterra está cambiando. Las Morrigan no son una causa del cambio; son un efecto. ¿Ha estado en Whitechapel, doctor Doyle? ¿Ha visto los estragos que se han producido? Cien mil mujeres esclavizadas como putas. ¿Ha estado en Westminster? Cien mil más esclavizadas como doncellas. En la actualidad, las mujeres de Inglaterra sólo tienen tres opciones: trabajar con las manos, trabajar con el coño o casarse con un hombre rico a cambio de entregarle su corazón. ¿Qué opción elegiría usted?

Emily iba alterándose a medida que hablaba, acumulando la ira en su interior. Arthur se agarró a los cojines del sofá. No sabía adónde le llevaría todo aquello.

—He leído sus discursos. He leído lo que dijo en Edimburgo. Todas lo hemos leído. Y he leído sus historias. He leído sus relatos de Sherlock Holmes. Su Londres murió con él, saltó por un precipicio y se ahogó en aguas turbias.

La chica miró a lo lejos, hacia un horizonte imaginario. Arthur estaba convencido de que estaba en presencia de la auténtica maldad. De la clase de ira capaz de acabar con una civilización.

—¿Intentó asesinarme por un discurso? —preguntó Arthur, procurando mantener la calma.

—No, no, claro que no. Ya le he dicho que nunca tuve la intención de hacerle daño. Necesitaba su ayuda.

—¿Mi ayuda?

—No pusimos las bombas. Ni siquiera llegamos a repartir nuestros panfletos. La Unión sigue siendo la voz única e impotente del movimiento sufragista en Londres. Antes de que pudiéramos poner en marcha nuestros planes, Sally fue asesinada. Y luego Anna. Vi ese artículo en el periódico, el que le envié, y supe que era ella. «Morgan Nemain.» ¡Ja! Era una pequeña broma entre nosotras. «Morgan», por Morrigan, y «Nemain»... Es el nombre de uno de los espíritus de Morrigan en el mito. Anna era la más divertida...

»Janet, mi querida Janet, quedó tan desolada que abandonó la causa. Se marchó a vivir con su tío en Leeds. Le escribí para contarle mis planes, para decirle que quería seguir adelante con las Morigan. No me respondió.

Arthur distinguió un nuevo sentimiento en el rostro de la joven Emily. Una profunda tristeza que tiñó de rojo sus mejillas y empañó sus ojos verdes.

—¡Incluso mi querida Jane me abandonó! Ese asesino me lo robó todo, ¿no lo ve? Arrancó de mi pecho todas las almas de cuyo amor dependía mi supervivencia. No podía recurrir a nadie más. Sólo a usted.

—Me temo que no la comprendo —dijo Arthur.

—He leído todas sus historias. Las tramas son tan fabulosas que no entiendo cómo lo hace. ¡Y ese Holmes! Es un ser amargado que odia a las mujeres, pero también un auténtico genio. Con él todo parece fácil. «Elemental», dice; es capaz de hacer cualquier deducción sin apenas esfuerzo. Yo jamás podría averiguar quién mató a Sally y Anna. Pero Holmes sí. Usted podía. Creía en usted, doctor Doyle. Creía que era un hombre noble y bueno, el álter ego de su creación. Y tenía razón. Ha funcionado. Dios mío, ha funcionado... Mi historia favorita es «El hombre jorobado». ¿No es la favorita de todo el mundo? Es ahí donde le dice «elemental» a su amigo Watson. Lo escribí en la carta para llamar su atención, para despertar su curiosidad. Y veo que ha surtido efecto.

—¿Quería que investigara los asesinatos de sus amigas? —preguntó Arthur con incredulidad.

Era algo demasiado increíble para ser cierto. O bien aquella chica estaba loca, o bien era un genio. Arthur no sabía qué posibilidad lo consolaba más.

—¿A quién podía recurrir, si no? Scotland Yard no mostró ningún interés por mis amigas. Creían que Sally era una furia barata. Cuando la familia de Anna denunció la desaparición de su hija, investigaron el asunto durante unos días y luego se olvidaron

del tema. Ni siquiera encontraron el cuerpo. Y por si eso no fuera suficiente, si yo contaba a Scotland Yard la verdad sobre nuestro grupo, habrían preferido detenerme a mí antes que al asesino. Pensé en la posibilidad de enviarle dinero y pedirle ayuda, pero he gastado todos mis ahorros en las bombas. Y entonces me di cuenta de que me quedaba un as en la manga.

Emily señaló el cartucho de dinamita que había en la otra mesa.

—Dicen que pueden atraparse más moscas con miel que con vinagre, pero ¿cuántas podrían atraparse con cien gramos de dinamita?

Emily sonrió. Arthur se mantuvo impertérrito y se puso en pie, alzándose como san Pedro a las puertas del cielo.

—Señorita Davison —dijo—. Es usted una vulgar criminal. Una matona y una villana y quiero que reciba su castigo. Sus amigas asesinadas son dignas de toda mi compasión, pero usted no. Voy a ir a Scotland Yard para comunicarles que fue usted quien me envió el paquete bomba. Comparto su desesperación por el trato que reciben las mujeres de Whitechapel; tal vez pueda informarme del estado en que se encuentran las mujeres de la cárcel de Newgate cuando ingrese en ella.

—¡Pero doctor Doyle! —exclamó Emily, levantándose como un rayo—. Sé que me he comportado de un modo reprobable con usted. Comprendo su ira. Pero estaba desesperada. ¿No tiene compasión? ¡Sally y Anna están muertas! ¡Asesinadas! ¿No piensa averiguar quién las mató?

—No —respondió Arthur mientras se dirigía hacia la puerta—. No voy a hacerlo. Prepárese para recibir la visita de la policía mañana. Buenas noches.

Arthur abrió la puerta y se marchó.

Bram se puso en pie y dejó la taza de té con delicadeza en el plato.

—Buenas noches, señorita Davison. Ha sido un placer conocerla.

A continuación, siguió a su amigo y dejó a Emily Davison a solas en la sala. La chica no se movió.

OceanofPDF.com

Concentración

Sherlock Holmes cerró los ojos y apoyó los codos en los brazos de la butaca, mientras juntaba las puntas de los dedos. «El razonador ideal —observó— debería, una vez se le ha mostrado un solo hecho en todas sus facetas, no sólo deducir de ahí la cadena entera de acontecimientos que han desembocado en él, sino también todos los resultados que pueden derivarse.»

Sir Arthur Conan Doyle,

«Las cinco pepitas de naranja»

10 de enero de 2010 (continuación)

H

■ ■ ■ había llegado el momento de que Harold se concentrara y pensara en lo sucedido.

Eso es lo que habría hecho Sherlock Holmes. Se habría sentado en su sillón con su batín, su pipa, y habría cerrado los ojos para evitar cualquier distracción. Paso a paso, examinaría metódicamente el problema al que se enfrentaba. Lo descompondría de forma lógica para averiguar lo sucedido. Al cabo de unas horas, y sin previo aviso, exclamaría que había hallado la solución.

Ése era el mayor don de Holmes. No su asombroso poder de observación, o su conocimiento enciclopédico sobre pisadas y venenos, ni su gran habilidad para disfrazarse o para lograr que los perros siguieran un rastro concreto. Su gran poder era la concentración. Era su habilidad para meditar acerca de un misterio. La razón era su arma contra lo desconocido.

Si Harold quería convertirse en Holmes, o cuando menos erigirse en un digno heredero, iba a tener que hacer lo mismo. El único problema era que le estaba costando mucho más de lo esperado.

Harold se sentó en el sillón rojo, con los codos apoyados en los reposabrazos. El asiento acolchado era cómodo, aunque la cartera que llevaba en el bolsillo derecho trasero de los vaqueros le molestaba y se le clavaba en la nalga.

Debía levantarse y sacársela. Así estaría más cómodo.

Harold estaba en la habitación de hotel en la que Sarah y él habían pasado la noche anterior. Ella estaba tumbada en la cama, comiendo una ensalada griega mientras pasaba las páginas de la biografía de Alex Cale. Harold oía el crujido de la lechuga en su boca y el sonido amortiguado del tenedor de plástico al rozar el envase. Tantos ruidos le impedían concentrarse.

La cartera empezaba a molestarle de verdad. Lo obligaba a inclinar la pelvis, por lo que no encontraba ninguna postura cómoda. Tenía que levantarse y sacarse la cartera del bolsillo para

poder pensar. Pero se había prometido a sí mismo no hacerlo hasta que encontrara una solución. Iba a mantenerse fiel a su plan. No podía levantarse.

Sarah masticaba otra vez. Dios, debería haberle pedido que saliera a dar un paseo. Como no tenía adónde ir, Sarah había decidido acabar de leer la biografía de Cale y comer algo. Le había preguntado si le importaba que se quedara en la habitación mientras él pensaba, a lo que él le había respondido que no. Harold era muy educado y disfrutaba de la compañía de Sarah. Pero le estaba poniendo las cosas muy difíciles y no podía concentrarse.

El problema al que Harold se enfrentaba era el siguiente: en octubre, Alex Cale había anunciado el hallazgo del diario perdido de sir Arthur Conan Doyle. Había llamado a su hermana para comunicarle la buena noticia, y había rechazado su invitación para salir a celebrarlo. Pasó los meses posteriores leyendo y estudiando el diario, preparándose para integrar la información obtenida de éste en su biografía. Sin embargo, a fecha de 14 de diciembre, no había reescrito el manuscrito para incluir la nueva información. El 5 de enero Cale llegó al hotel Algonquin, en Nueva York, para presentar el diario ante sus colegas sherlockianos. Informó de que lo estaban siguiendo y parecía asustado. En mitad de la noche, la puerta de su habitación se abrió tres veces. No había ninguna pista sobre la identidad de esas visitas, y nadie había confesado haber estado en su habitación. Entre las cuatro y las ocho de la mañana, Alex había muerto estrangulado con el cordón de su zapato.

El cordón de su zapato. Era algo extraño, ¿no? El canon no recogía ningún caso de estrangulamiento con un cordón de zapato...

El asesino había escrito la palabra «elemental» en la pared, en el rincón más oscuro de la habitación. Había utilizado la sangre de la nariz de Cale. La habitación estaba patas arriba. Habían encontrado el diario y se lo habían llevado.

«Un momento», pensó Harold. ¿Y si el diario no estaba en la habitación? ¿Y si Alex lo había dejado en su despacho de Londres? Por eso el asesino había entrado en la oficina, ¡para buscar también

allí el diario! No. Maldición. No tenía sentido. Harold sabía quién había registrado el despacho de Londres: el hombre de la perilla y su amigo de la pistola. Pero el tipo de la perilla no tenía el diario porque, de lo contrario, no se lo habría pedido a Harold. De modo que el diario no estaba en la oficina de Londres. Tenía que estar en el hotel. ¿Significaba eso que había dos grupos de personas buscándolo? ¿El asesino, que lo había encontrado en el hotel, y el hombre de la perilla, que no lo había hallado en Londres? Pero, en tal caso, ¿qué sabía el hombre de la perilla sobre el auténtico asesino? ¿Creía, al igual que Ron Rosenberg, que Harold era el asesino? ¿Por eso le ordenó que le entregara el diario? Si...

Sarah masticó otro trozo de lechuga crujiente. Harold oyó hasta el último chirrido de los dientes, el ruido del tenedor de plástico hurgando en el envase. Acto seguido, Sarah mordió otra cosa. Parecía algo más blando... ¿Tal vez un pedazo de pepino? ¿O una aceituna cubierta de feta?

Harold perdió la concentración de nuevo y la cartera volvía a molestarlo.

¿Se enfrentaba Sherlock Holmes a las mismas dificultades cuando quería concentrarse? ¿Y Arthur Conan Doyle? Harold pensó en los intentos de colaboración del autor con Scotland Yard. Ninguno de los eruditos sherlockianos creía que hubiera tenido éxito. ¡Menudo ego debía de tener Conan Doyle para pensar que por el mero hecho de escribir historias de misterio estaba capacitado para resolver misterios de la vida real!

Harold cerró los ojos con fuerza y se concentró.

«Debemos buscar la coherencia —había dicho Sherlock Holmes—. Cuando no la hallamos, debemos sospechar que se ha producido un engaño.» ¿Dónde fallaba la coherencia en este caso? ¿Qué era lo que no tenía sentido?

Ñam, ñam, ñam.

«Por el amor de Dios —pensó Harold—. Como no deje de masticar la ensalada como si fuera un compactador de basura, se va

a cometer otro asesinato.» Harold oyó que Sarah dejaba de masticar, como si le hubiera leído el pensamiento. A continuación, la oyó entrar en el baño y cerrar la puerta. Entonces oyó el agua del grifo. Sabía que Sarah iba a concederle apenas unos instantes de concentración antes de salir y ponerse a comer de nuevo.

Aunque la cartera se le estaba clavando en el trasero, decidió no hacer caso del dolor. Necesitaba un minuto más de pura energía mental. Iba a conseguir lo que se había propuesto y nadie se lo impediría. Bueno, ¿qué era lo que no encajaba?

Fue entonces cuando Harold lo averiguó.

Abrió los ojos como si fueran a salirse de las órbitas. Tuvo que entrecerrarlos de inmediato para acostumbrarse a la luz del sol. Se levantó del sillón y notó cómo le crujían las rodillas. Debía de haber pasado varias horas sentado. Llamó a Sarah.

—¡Sarah! —gritó.

—¿Qué? —respondió ella por encima del chorro de agua.

—¡Alex Cale no encontró el diario perdido de sir Arthur Conan Doyle!

Harold oyó cómo se cerraba el grifo. Al cabo de un segundo, Sarah salió del baño con una expresión de extrañeza.

—¿Cómo dices?

—Que Alex Cale no encontró el diario perdido de sir Arthur Conan Doyle. Mintió.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque hay un elemento que no encaja. Hay algo que no tiene sentido. En cuanto he descubierto qué era, lo demás ha sido coser y cantar.

—Y ese elemento es...

—¡El manuscrito! ¿Qué sabemos de la historia ahora mismo? Que Cale dedicó veinte años a investigar el asunto. Tenía que significar la culminación de la obra de toda una vida. Entonces, por

fin encuentra lo que estaba buscando. El diario. Después de todos estos años, por fin puede completar el manuscrito... ¿Y no lo hace? En los tres meses posteriores al descubrimiento, ¿está demasiado ocupado para añadir el contenido a su obra maestra? No tiene ningún sentido.

—Espera un momento, lo único que tenemos es una copia de seguridad de un borrador del manuscrito. Quizá el capítulo en cuestión se encontraba en un archivo distinto. Quizá estuviera en otro borrador. No hay forma de saberlo.

—Es cierto —dijo Harold—. Sin embargo, fíjate en un detalle: según su hermana, ¿cuál era su estado de ánimo después de encontrar el diario?

Sarah enarcó las cejas para intentar recordarlo.

—Dijo que no quiso celebrarlo —contestó finalmente Sarah—. Que su hermano no quiso hablarle del contenido del diario. Que no le contó nada. Dijo que, fuera lo que fuese lo que encontró en el diario, el hallazgo le amargó la vida.

—¿Tiene algún sentido? ¿No es más lógico pensar que no encontró el diario, decidió mentir al público y esa decisión amargó sus últimos días? Desde el momento en que en teoría encontró el diario, ¿le reveló a alguien algo de su contenido? ¿O del lugar donde lo había encontrado?

—No.

—¿Existe alguna prueba, aparte de la palabra de Alex, de que encontró el diario?

—No.

—Así pues, ¿qué es más probable? ¿Que Alex Cale resolviera el gran misterio de los estudios sherlockianos, pero se negara a contarle a nadie cómo lo había solucionado o cuál era la respuesta, y luego decidiera no incluir la nueva información en la biografía que estaba a punto de terminar? ¿O que mintió sobre el hallazgo del diario?

Sarah asintió y admitió que Harold podía estar en lo cierto.

—De acuerdo. Si Alex Cale no encontró el diario, ¿quién lo mató?

Harold le dedicó una sonrisa de oreja a oreja. Las explicaciones eran la parte más divertida de ser un detective.

—Nadie. Se suicidó.

Si hasta entonces Sarah estaba sorprendida, ahora se había quedado anonadada.

—Y una mierda.

—«Cuando has eliminado lo imposible, lo que queda, por muy improbable que parezca, tiene que ser la verdad.»

—Imagino que el autor de la cita es Sherlock Holmes.

—Sí. Y tiene razón. Sé que es improbable, pero es el único modo de explicarlo todo.

—Muy bien —dijo Sarah, dejándose caer en la cama—. Explícamelo todo.

La joven miró a Harold expectante, como el público a la espera de que suba el telón. Nunca lo había mirado así. La sensación le resultaba muy estimulante.

—Lo primero que hay que explicar es por qué mintió Cale acerca del descubrimiento del diario y por qué decidió asistir a la convención. ¿Cuál era su plan? ¿Iba a presentarse con las manos vacías y decir que lo sentía? Eso explica el suicidio. Nunca tuvo la intención de dar aquella charla. Su plan, desde el primer momento, fue anunciar que había encontrado el diario y luego matarse en circunstancias sospechosas para fingir que le habían robado el diario. Fue él mismo quien puso patas arriba su habitación. Abrió y cerró la puerta tres veces a lo largo de la noche para simular que había recibido la visita de varios asesinos potenciales. Y recuerda que nadie ha confesado haber entrado en la habitación de Cale durante aquella noche. Es lógico que el asesino no lo haga, pero ¿mentirían también a la policía dos sherlockianos inocentes?

—¿Se estranguló con el cordón de su zapato? —preguntó Sarah, balanceando los pies por el borde de la cama—. ¿Es eso posible?

—La comunidad médica está dividida. Algunos creen que es posible, otros afirman que no lo es.

—¿Cómo diablos sabes eso?

—He leído muchas historias de misterio. Digamos que ésta no es la primera vez que aparece el tema de la autoestrangulación. Además, cabe la posibilidad de que utilizara algo para lograr su cometido. ¿Recuerdas la escena del crimen? Había una pluma en el suelo, junto al cuerpo. El mismo modelo que usaba Conan Doyle. ¿Y si Cale utilizó la pluma para ceñirse el cordón en torno al cuello y la soltó cuando se desplomó? La pluma le habría permitido tensar el cordón al principio, antes de que su cuerpo empezara a perder fuerza.

—Pero ¿cabe la posibilidad de que haya otra explicación?

—Estás viendo el vaso medio vacío, ¿no te parece? Es una posibilidad. Ni tú ni yo somos médicos. Y en caso de que lo fuéramos, no podríamos descartarla de manera concluyente.

Sarah sonrió. Estaba disfrutando de lo lindo.

—Esto mismo sucedía también en «El problema del puente de Thor» —continuó Harold—. No me refiero al estrangulamiento con un cordón de zapato, sino al caso de la mujer que se suicida de tal modo que parezca un asesinato con la intención de tenderle una trampa a la amante de su marido.

—¿La palabra «elemental» no aparece en un relato distinto? Es lo que me dijiste.

—Sí, así es. Cuando Cale escribió «elemental» en la pared, no lo hizo para dirigirnos hacia «El problema del puente de Thor», sino hacia *Estudio en escarlata*, como siempre he pensado: la historia en la que el asesino deja un mensaje en la pared con su propia sangre. ¿Y de quién era la sangre de la pared?

—¿De Alex! —exclamó Sarah.

—Además, la palabra «elemental» aparece en «El hombre jorobado». Si te soy sincero, no tengo ni la más remota idea de cuál es el vínculo que une ese relato con la muerte de Cale. Es una historia más en la que un supuesto asesinato resulta no serlo. Se descubre el cadáver del coronel Barclay, y todo apunta a que ha sido asesinado por su esposa. Sin embargo, Holmes deduce que el hombre había muerto debido a una gran conmoción y que la mujer había preferido guardar silencio porque en ese momento se encontraba con su amante. En el fondo, es una especie de versión menor de «El problema del puente de Thor». No sé qué pretendía Cale con ese mensaje. Todavía.

—Entonces ¿por qué lo hizo? —preguntó Sarah—. ¿Por qué mintió Alex sobre el descubrimiento del diario y se suicidó fingiendo que se lo habían robado?

Harold hizo una pausa. Mientras hablaba, se había dedicado a caminar inadvertidamente de un lado a otro de la habitación. Se detuvo, plantó los pies en la moqueta y retomó su argumentación.

—No tengo ni idea —admitió—. Ése será el siguiente paso de nuestra investigación.

«El siguiente paso.» «Nuestra investigación.» A Harold le gustaba la promesa implícita en esas palabras.

—Pero se me ocurren otras posibilidades —añadió a continuación—. ¿Y si lo hizo para tenderle una trampa a alguien? Como en «El problema del puente de Thor».

—¿A quién?

—A Sebastian Conan Doyle —dijo Harold—. Diez contra uno a que la poli cree que es el asesino.

—Pues yo aceptaría esos diez contra uno a que la poli cree que lo hiciste tú, pero entiendo tu punto de vista.

—Cale odiaba a Sebastian. Llevaban años enzarzados en la misma trifulca, y la amargura que ambos sentían no había hecho

sino aumentar. Se enfrentaban en una carrera para encontrar el diario. Tal vez Cale decidió recurrir a un gran truco final y hundir a Sebastian de una vez por todas. Al suicidarse y prepararlo todo para que pareciera que alguien había robado el diario, Sebastian pasaría varios años intentando encontrar al asesino. Invertiría todo su tiempo y energía en cosas como, por ejemplo, contratarme a mí. Pero andaría siempre dando palos de ciego, porque nadie le había robado el diario a Cale. Además, la policía señalaría a Sebastian como principal sospechoso. Y aunque no lo detuvieran, porque en realidad no mató a nadie, la sombra de la sospecha mancillaría su nombre de por vida. Cale muere y se convierte en un mártir; Sebastian vive y se convierte en un villano.

Sarah dirigió la mirada al techo, pensando en todo lo que Harold acababa de decir. Tenía mucho que asimilar, pero no dejaba de darle vueltas a la cabeza en busca de algún error en el razonamiento de Harold. A juzgar por su sonrisa y el balanceo constante de las piernas colgando por el borde de la cama, parecía que no había encontrado ninguno.

—¡Sí que has sabido sacarle provecho a ese rato de concentración! —dijo al final.

—¡Lo sé!

Harold estaba visiblemente orgulloso de sí mismo.

—Sin embargo, tengo un par de dudas —dijo Sarah—. Problema número uno: ¿por qué ahora? ¿Por qué, después de tantos años, decidió poner fin a su búsqueda del diario para suicidarse y tenderle una trampa a Sebastian?

—Estoy de acuerdo —asintió Harold—. Sabemos lo que hizo, pero desconocemos el motivo. Tendremos que averiguarlo.

—Problema número dos. Y éste es más serio. —Sarah respiró hondo y añadió—: Si Alex Cale mintió y no encontró el diario, puso patas arriba la habitación y se suicidó, ¿quién demonios nos persigue?

Harold no tenía respuesta a esa pregunta.

OceanofPDF.com

29

Arthur regresa a Scotland Yard

«¿Qué significado tiene, Watson? [...] ¿Qué objeto tiene este círculo de desdicha, violencia y miedo? Debe tender a un fin; si no, nuestro universo se rige por el azar, lo cual es impensable.»

Sir Arthur Conan Doyle,

«La caja de cartón»

13 de noviembre de 1900

El nuevo Scotland Yard emitía un agradable runrún de ajetreo, como un gigantesco experimento científico. Un caudal de policías, todos con el mismo uniforme, entraban y salían por la puerta principal y ascendían por el edificio de cinco plantas como minúsculas burbujas de dióxido de carbono en un gran mechero Bunsen. Arthur atravesó la verja de hierro forjado situada al pie

mismo del Big Ben. El reloj dio las once menos cuarto por encima de su cabeza. Encontró el camino al despacho del inspector Miller sin demasiados contratiempos. La puerta estaba abierta, y Arthur entró sin llamar. El inspector alzó la vista de sus papeles y Arthur observó una vez más lo joven que parecía tras su tupida barba.

—¡Doctor Doyle! —exclamó el policía mientras hacía sitio en su desordenado escritorio apartando unos cuantos papeles—. No esperaba recibir hoy su visita.

—Eso es porque no tenía tiempo de telegrafiarle mis intenciones de visitarlo —replicó Arthur en tono desafiante.

El inspector Miller pareció quedarse sin palabras. Tenía aspecto de haber sido sorprendido cometiendo una grave travesura.

—Ah, muy bien —dijo el inspector—. En cualquier caso, me alegro de verle.

Miller señaló la silla sin brazos situada frente a su escritorio. Arthur se sentó y adoptó la misma posición que en su anterior visita. ¿Habían pasado sólo dos semanas? ¡A qué velocidad podía verse irrevocablemente alterada la vida de un hombre!

—¿Cómo va su... esto... su investigación? —preguntó el inspector Miller, fingiendo curiosidad.

—He descubierto quién intentó asesinarme con un paquete bomba —respondió Arthur.

El inspector lo miró con cara de sorpresa.

—¿De verdad?

—Sí. He...

—Disculpe —lo interrumpió una voz desde la puerta—. ¿Tiene un momento, señor?

Arthur se volvió en la silla para ver a un agente con aspecto imberbe en el umbral. El casco no era de su talla y el pelo alborotado le asomaba por debajo del ala. El agente ignoró la presencia de Arthur.

—Ahora mismo estoy reunido —respondió el inspector—. Le atenderé en cuanto acabe.

—Sí, bueno, de acuerdo... Me envía el inspector jefe. Me ha pedido que comprobara si estaba usted ocupado y que, en caso contrario, le solicitara que se encargara de un caso que acaba de entrar.

—Puesto que estoy bastante ocupado, me encargaré del asunto cuando haya concluido mi reunión. Gracias, agente.

El inspector Miller se volvió de nuevo hacia Arthur y le lanzó una mirada de comprensivo hastío. «Hay que ver estos nuevos reclutas —decía su cara—. Lo que tengo que aguantar.»

Aun así, el joven se quedó en el umbral. Parecía tener atragantada una observación que se veía incapaz de expresar.

—¿Puedo seguir? —preguntó Arthur al inspector Miller en un tono que denotaba algo más que un ligero sarcasmo.

—Se lo ruego —lo invitó el inspector.

—He atrapado a una asesina para ustedes. Al menos, asesina en grado de tentativa. Y ahora estoy dispuesto a revelar su identidad.

—¿«Asesina»? —preguntó el inspector.

—Sí. En femenino. Fue una mujer quien fabricó el paquete bomba. Está muy perturbada, aunque resulta obvio que también es muy inteligente.

El inspector Miller observó a Arthur con rostro inexpresivo.

—Éste es el doctor Arthur Conan Doyle —le dijo al agente a modo de explicación.

—¡Ah! —exclamó el joven policía—. ¡Ya veo!

Parecía más avergonzado si cabe de haber interrumpido la reunión, pero aun así no hizo ademán de marcharse.

—Así que, si no le importa —continuó el inspector Miller—, quisiéramos volver a nuestros asuntos. Comprenda que el doctor

Doyle y yo tenemos mucho de que hablar.

—¡Por supuesto! ¡Sí, por supuesto, señor!

El agente se volvió hacia Arthur y añadió:

—Es un gran placer conocerle, señor. Soy un gran admirador... Bueno, todos lo somos, ¿no? No creo que hubiera ingresado en el cuerpo de no ser por esas historias, ¿sabe? Las leía cuando era un simple mocoso del norte, ¡y ahora, míreme!

Arthur lo miró, pero consideró una descortesía compartir su opinión sobre lo lejos que había llegado el muchacho.

—La cuestión —prosiguió el joven, dirigiéndose de nuevo al inspector Miller— es que creo que el inspector jefe quería que partiese usted de inmediato.

—¡Agente! —exclamó el inspector—. Estoy en plena reunión. Con el doctor Doyle. Seguro que, en menos de una hora, tendré tiempo de...

—El subinspector jefe del Departamento de Investigación Criminal se dirige ya al escenario del crimen, señor.

Tras ese explosivo arrebato, el agente se encogió como si acabara de disparar por primera vez un mosquete y temiera descubrir dónde había acertado.

Arthur no daba crédito al desbarajuste de Scotland Yard. ¿No se suponía que aquel hatajo de incompetentes era una división militar? A Arthur le hubiera encantado ver a lord Kitchener al timón de aquella panda.

—¡Maldita sea! —gritó el inspector Miller—. ¿El señor Henry ya ha partido? Tú, mentecato, ¿por qué no me lo has dicho enseguida? ¡He perdido unos minutos preciosos por culpa de tus balbuceos y remilgos!

El inspector se levantó como un resorte de su silla y agarró sobre la marcha el abrigo que estaba colgado en el perchero de la esquina.

—¡Oh, por el amor de Dios! —protestó Arthur—. ¡Inspector, estoy seguro de que tiene deberes que atender, pero esto es indecoroso!

—Lo lamento muchísimo, doctor Doyle, me duele tener que salir corriendo de esta manera, pero usted no conoce a Edward Henry. Es nuevo en Scotland Yard, acaba de regresar de la India. Lo han ascendido directamente al Departamento de Investigación Criminal, y como subinspector jefe, nada menos. Es una especie de periodo de prueba para ver cómo se adapta a Londres. Yo le diré cómo se está adaptando Londres al señor Henry, más bien. El tipo lleva diez años echando el guante a morenitos y ahora se cree que puede manejar a la clase delincuente británica. Tiene mucho que aprender, ¡mucho! Pretende reorganizar la unidad entera, alterar las prioridades e instalar un montón de cacharros en la oficina para sustituir lo que es una investigación cabal. Reglas y normas, no sabe hacer otra cosa. Una maldita pérdida de tiempo. ¿Sabe cuál es la mejor herramienta del detective, doctor Doyle?

El inspector se dio un golpecito en las relucientes botas hasta la rodilla.

—Tener los pies en el suelo, eso es lo que resuelve un caso.

Arthur se levantó y siguió a aquel par por los pasillos de Scotland Yard.

—Hay una joven suelta por ahí con afición a fabricar bombas —señaló—. Sugiero encarecidamente que la arresten sin tardanza.

Sin dejar de caminar, el inspector Miller hizo un gesto hacia el joven agente.

—Desde luego. Puedo hacer que el agente Billings, aquí presente, detenga a quien le parezca —dijo.

—Encontrarán todas las pruebas que necesitan en su apartamento. Entren allí y la atraparán con las manos en la masa.

—Excelente —sentenció el inspector mientras acometía con grandes zancadas el descenso por la escalinata central del edificio, bajando los escalones de dos en dos—. Con mucho gusto

detendremos a quien haga falta sin más garantía que su palabra. ¿A quién le gustaría que arrestase el agente Billings?

Arthur de pronto se sentía poderoso. Sabía que Scotland Yard nunca apreciaría sus ideas ni sus dotes de sabueso. Y aun así, veía que de todos modos eran cautivos de su fama; la estructura entera se zarandeaba ante el primer soplo de los vientos de la reputación.

—Se llama Emily Davison —explicó—. De Clerkenwell.

Arthur le proporcionó las señas al joven policía.

—Yo me ocupo, señor —dijo el agente con complacida deferencia.

—Y ahora —preguntó el inspector Miller—, ¿adónde debo ir yo?

El agente le entregó al inspector Miller una hoja de papel doblada que había llevado en la mano durante el transcurso de toda su conversación, aunque Arthur no se había fijado antes en ella. El inspector leyó el contenido mientras avanzaba a paso ligero hacia las puertas de Scotland Yard.

Pero entonces, con la mano en alto y a escasos centímetros de la entrada, el inspector Miller se detuvo. Una expresión perversa asomó a sus facciones.

—Doctor Doyle —dijo lentamente, sin apartar la vista del papel—. ¿Le importaría acompañarnos al escenario de este nuevo crimen? Creo que tal vez necesitemos algo de ayuda, de una clase que usted está especialmente dotado para proporcionar.

La petición dejó perplejo a Arthur, quien de todas formas asintió enseguida con la cabeza.

—Por supuesto —afirmó—. Pero ¿puedo preguntarle por qué piensa que le seré de ayuda?

—Porque —respondió el inspector Miller mientras miraba a Arthur a la cara—, me han encomendado que investigue el aparente asesinato de una tal Emily Davison. Residente en Clerkenwell.

De todos los pensamientos y las sensaciones que asaltaron a Arthur en ese momento, lo que más le reconcomía era la consciencia de su extraña postura en el vestíbulo de Scotland Yard. Cien detectives pasaban por su lado a toda velocidad de camino hacia la salida, rozándole con el hombro, mientras otro centenar desfilaba junto a él en dirección al interior del edificio. Doscientos detectives trabajando en doscientos casos, y allí estaba Arthur, paralizado entre ellos, un escritor maduro sumido en un misterio que tenía la profundidad justa para ahogarlo.

OceanofPDF.com

30

Aves británicas, Catulo y La guerra santa

«Hace tiempo que tengo como axioma que los detalles más pequeños son, con una diferencia infinita, los más importantes.»

Sir Arthur Conan Doyle,

«Un caso de identidad»

11 de enero de 2010

Si uno fuera Alex Cale y se hubiera suicidado dejando tras de sí un rastro de pistas sherlockianas que explicaran los motivos, ¿adónde conducirían esas pistas?

Ése era el interrogante que se les planteaba a Harold y Sarah. Debatieron sus opciones. Podían regresar a Nueva York para echar otro vistazo en la habitación de hotel de Cale, sólo que a esas alturas ya estaría limpia de cualquier prueba. Podían volver al piso de Sebastian Conan Doyle para comprobar si algo de lo que Cale le

había dicho durante los últimos meses les revelaba alguna pista acerca de sus motivaciones, sólo que el último encuentro que habían mantenido con el bisnieto de Conan Doyle no había acabado demasiado bien.

Así, tras considerar la ausencia de buenas opciones de investigación, Harold y Sarah decidieron echar otro vistazo al despacho donde escribía Alex Cale.

—Cale intentaba dejar una serie de pistas para que las siguiera otro sherlockiano. Cualquier sherlockiano, como yo, habría remontado los pasos de Cale hasta su oficina. De modo que es razonable pensar que allí nos espere un mensaje.

Sarah reconoció que aquello tenía tanto sentido como cualquiera de sus otras opciones.

—Pero —añadió la joven— ahora la oficina es el escenario de un crimen. Jennifer Peters llamó a la policía. Y no creo que ella sea nuestra mayor fan. ¿Cómo vamos a entrar?

Resultó que al final aquello no fue tan problemático como se temían. Después de esperar en los escalones de la entrada del edificio durante apenas un cuarto de hora, fingiendo que buscaban las llaves en el bolso de Sarah, apareció un adolescente como salido de la nada y les dejó pasar. El chico no los miró a los ojos, sino que mantuvo la barbilla apuntada hacia el suelo mientras abría la puerta. Después, en apariencia absorto en sus pensamientos, subió por la escalera central hasta su apartamento, arrastrando los pies y con los hombros encorvados todo el tiempo. Harold se alegró de constatar que, incluso al otro lado del Atlántico, el estilo huraño era la moda que arrasaba entre la juventud.

La puerta del piso de Cale estaba cerrada; sin embargo, cuando Harold giró el picaporte, descubrió que la cerradura estaba rota. El hombre de la perilla debía de haberla roto al forzarla para registrar la oficina, y al parecer el propietario del edificio aún no la había cambiado. Unas tiras de cinta policial amarilla en forma de «X» cruzaban el marco. Harold y Sarah se agacharon para pasar por debajo y entrar en el piso.

Las habitaciones estaban más o menos como las habían dejado dos días atrás. Pero ¿habían pasado dos días o tres? ¿O acaso Harold había estado allí el día anterior, rebuscando entre los montones de libros esparcidos por el suelo? Harold cayó en la cuenta de que, desde el asesinato de Alex, había perdido por completo la noción del tiempo. Qué extraño era, pensó, que aquellos, los días más memorables de toda su vida, se desdibujaran con tanta facilidad en un borrón de adrenalina e intriga.

Miró a Sarah, quien estaba revolviendo los montones de libros y papeles, buscando Dios sabía qué. Comprendió que, en la vorágine de la revelación sobre su divorcio, y su mentira, él se había sentido tan satisfecho consigo mismo por haber hallado la respuesta a ese pequeño misterio que, en realidad, no le había preguntado gran cosa sobre el divorcio en sí. No sabía nada en absoluto sobre el que pronto sería su exmarido ni los acuciantes problemas jurídicos que exigían acaloradas llamadas a su abogado. Sentía una punzada de celos, por supuesto; ésa era la razón por la que le había preguntado al respecto. Temía indagar sobre el hombre al que tanto debía de haber amado en otro tiempo y que en esos momentos discutía con ella a propósito de algún enrevesado y aburrido problema de dinero. Harold, por su parte, nunca se había planteado en serio el matrimonio. No tenía nada en contra de la idea; la cuestión era que jamás se le había planteado en términos que no fueran teóricos. Siempre había imaginado que algún día se casaría; aún era joven. Aunque Sarah no parecía mucho mayor que él, ya se había lanzado de cabeza. Después había chocado con las rocas y la marea la había arrastrado hasta la playa.

Intentó imaginarse a Sarah preparando café los domingos por la mañana. Resolviendo el crucigrama en la cama con las sábanas blancas sobre las piernas mientras le recordaba a Harold alguna palabra rebuscada. La imagen se le antojaba absurda. Sólo podía visualizar a Sarah atacando los neumáticos de un sedán negro con una navaja o examinando el escenario de un crimen saqueado en busca de mensajes secretos. Su relación con ella, fuera del tipo que

fuese, se había desarrollado bajo circunstancias más bien inusuales, por decirlo de alguna manera.

De repente, sintió tristeza. En cuanto aquello terminase, Sarah partiría y volvería a algún lugar donde no formara parte de la vida de Harold. Y entonces él tendría que regresar a un dormitorio individual decorado con austero buen gusto en Los Feliz. A una pequeña pila de sumarios civiles y otra más grande de libros viejos. A los amigos con los que cenaba una vez al mes. A una gala anual en Nueva York en la que podía ponerse su gorra de cazador sin que nadie se riera de él. Aquellos días con Sarah eran una fantasía, y la vida real pronto regresaría. Qué idea tan deprimente. Aquello no terminaría con un perezoso café matutino dominical. Terminaría y punto.

Había tenido una novia, Amanda, justo después de la universidad. Lo que más recordaba de ella (más que los once días felices que habían pasado en Buenos Aires o la noche en que hicieron el amor cuatro veces y media y él estuvo a unos segundos de pronunciar las palabras «alma gemela» cuando ella cayó dormida) era su capacidad para vivir intensamente en el momento presente. Amanda era capaz de aceptar las alegrías y los pesares que la vida le deparaba tal y como llegaban, sin preguntarse una y otra vez cuándo terminarían los gozos o pasarían las penas.

A Harold le paralizaban los finales. Era incapaz de pensar en dónde estaba o qué hacía sin plantearse cuándo acabaría. Intentaba con todas sus fuerzas experimentar los placeres del momento y disociarlos del conocimiento de un pasado que hubiera sido, en comparación, más o menos placentero; intentaba separar el presente de su eventual conclusión, pero nunca le parecía que fuera capaz de conseguirlo. Intentó, en ese momento, centrarse en los libros que tenía a los pies, en el misterio y la aventura que lo rodeaban y, sobre todo, en el pausado aliento de Sarah, cuyo sonido a duras penas distinguía desde el otro lado de la habitación. Pero no podía dejar de pensar en la leche agria que le esperaba en su nevera de Los Ángeles ni en los cuatro mensajes que encontraría en el

contestador de su casa, ninguno de los cuales le apetecía escuchar. También aquello acabaría.

—¿Cuándo termina esto? —preguntó en voz alta.

No recordaba que hubiera decidido hablar, y aun así, allí estaba. Las palabras flotaban ya en el aire.

—¿A qué te refieres? —preguntó Sarah, que dejó caer el libro que tenía en las manos sobre una pila y cruzó las piernas en el suelo.

Harold no estaba seguro de cómo manejar esa conversación, y desde luego no quería tenerla; pero, por improbable que le pareciese, la había empezado, y no se le ocurría ninguna salida fácil.

—Bueno... ¿Cuándo termina la investigación? ¿Qué estamos buscando ahora mismo? El trabajo de detective es algo curioso, una máquina que se justifica y mantiene a sí misma: encuentras una pista, deduces una explicación para una cosa u otra, y luego sigues ese rastro hasta la siguiente pista. Y luego otra. Y a lo mejor estamos avanzando en algún sentido, o a lo mejor ser detective es como estar atrapado dentro de una máquina de movimiento perpetuo. Siempre hay algo más que analizar. Siempre hay más cosas que encontrar. Podemos empezar a analizar nuestro propio análisis. ¡Podríamos sobrevivir alimentándonos de nosotros mismos para siempre!

Sarah respondió con una mirada curiosa.

—Veo que todo esto hace que te pongas filosófico —dijo con tacto—. Pero no comprendo adónde quieres llegar.

—¿Qué nos planteábamos hacer? Queríamos averiguar quién había matado a Alex Cale. Y queríamos recuperar el diario. Bueno, ya sabemos quién mató a Alex Cale. Y sabemos que el diario no puede recuperarse, porque nunca fue hallado.

—No sabemos por qué lo hizo Cale.

—Pero ¿acaso importa? ¿Importan los porqués cuando ya conocemos los qués?

Sarah hizo una pausa para intentar descifrar la expresión de Harold. Él quería llegar a alguna parte, eso estaba claro; pero ninguno de los dos sabía adónde.

—¿Qué estás diciendo, Harold? ¿Quieres marcharte a casa?

—No —respondió él—. Pero ¿qué haces tú aquí todavía?

—¿Qué hago yo aquí todavía?

Sarah parecía desconcertada por la pregunta.

—Puedo decirte por qué sigo yo aquí. Porque Alex Cale se suicidó para dejarme un mensaje. Pero ¿por qué sigues tú aquí?

«Por mí —pensó Harold—. Di que sigues aquí por mí.»

Sarah miró a Harold a los ojos con serenidad.

—Por el diario —dijo—. Sigo aquí para encontrar el diario. Ésa es mi historia.

Harold le sostuvo la mirada y trató de igualar su expresión impasible. Estaba convencido de que había fracasado, de que Sarah distinguía la tristeza que él procuraba contener.

—Alex no llegó a encontrarlo —respondió él.

Harold hizo un muy buen trabajo minimizando el temblor de su voz.

—No. Pero tú sí puedes hacerlo.

—¿Qué libros tienes ahí? —preguntó Harold señalando la pila que había junto a Sarah, como si nada hubiera sucedido entre ellos.

—Libros de historia —dijo ella—. Y poesía. Alemana, romana.

—Espera. ¿La romana es la poesía o la historia?

—Umm...

Sarah sacó del montón un tomo antiguo y pesado de tapa dura sin camisa brillante, sólo una cubierta de cartón morada y negra.

—*Poesía de Catulo*. Era romano, ¿no?

Harold se rio.

—Sí. Y apuesto a que por ahí encuentras también un libro de historia militar. ¿Alguno titulado *La guerra santa*?

Sorprendida por el grado de concreción de Harold, Sarah examinó el montón. Al cabo de un momento, sacó otro libro de tapa dura.

—Sí —dijo—. ¿Cómo has sabido que estaba ahí?

—Abre el libro.

Sarah lo hizo y luego miró a Harold, anonadada.

—¡Las páginas están en blanco! —exclamó.

—Sí. Es falso. Una bromita de Cale. Cuando Sherlock Holmes volvió a la vida tras el Gran Hiato, reapareció ante Watson disfrazado de anciano vendedor de libros. Llevaba con él tres volúmenes que regaló a su desprevenido amigo. Los libros eran una antología de poemas de Catulo, algo titulado *La guerra santa*, que por lo que sabemos ni siquiera era un libro real, y una guía de naturaleza llamada *Aves británicas*. La parte de Catulo siempre ha sido motivo de curiosidad para los sherlockianos. Era uno de los poetas romanos con una temática sexual más abierta, tanto hetero como homosexual. Es un regalo peculiar que hacerle a tu mejor amigo tras una larga ausencia.

Sarah completó la búsqueda de los libros apilados junto a ella y volvió a Harold con las manos vacías.

—Aquí no hay nada que se titule *Aves británicas* —dijo.

—Estoy seguro de que anda por alguna parte.

Harold se agachó a su lado en el suelo y juntos repasaron la pila otra vez. Nada.

De modo que buscaron por todo el piso. Recorrieron el suelo a cuatro patas, levantando todos los libros que encontraban a su paso. Al principio, Harold se ocupó del extremo sur y Sarah de la parte

norte. Pero el libro seguía sin aparecer, de modo que decidieron alternarse y realizar una segunda búsqueda en el sector del otro. Una vez más, sin éxito.

—No está aquí —concluyó Sarah.

—Eso no tiene ningún sentido —protestó Harold—. Es impensable que Alex Cale tuviera sólo dos de los libros de esa pequeña trilogía sherlockiana. ¿Alguien tan obsesivo como él? Pues claro que debía de tener un ejemplar.

—De modo que el hombre de la perilla lo robó —conjeturó Sarah.

Harold pensó en ello.

—Quizá —dijo—. Es posible. Pero ¿por qué iba a pensar que ese libro tenía algo especial? Y si sabía que tenía algo especial, ¿por qué puso el apartamento entero patas arriba?

—Es una buena observación.

—Y si el tipo de la perilla no lo robó —concluyó Harold—. Bueno... Si él no lo robó, es que nunca estuvo aquí. Y Alex Cale intentaba mandarnos otro mensaje.

OceanofPDF.com

31

Donde se presenta al señor Edward Henry

Los casos criminales dependen continuamente de esa cuestión. Un hombre se convierte en sospechoso de un crimen meses después, quizá, de que se haya cometido. Se examina su [...] ropa y se descubren en ella unas manchas parduzcas. Son manchas de sangre, de barro o... ¿qué son? He aquí una pregunta que ha desconcertado a muchos expertos, y ¿por qué? Porque no existía una prueba fiable. Ahora que tenemos la prueba de Sherlock Holmes, pronto no habrá ninguna dificultad.

Sir Arthur Conan Doyle,

Estudio en escarlata

13 de noviembre de 1900 (continuación)

Arthur tenía mucho que explicar, y lo intentó durante el breve trayecto a Clerkenwell a bordo del carruaje de Scotland Yard. Viajaban a gran velocidad, de modo que intentó hablar más deprisa todavía. Cuando el ancho carruaje de cuatro ruedas se detuvo ante la residencia de Emily Davison, Arthur había ofrecido al inspector Miller un resumen más o menos satisfactorio de sus investigaciones.

El piso de Emily Davison estaba infestado de policías. Una docena de agentes deambulaban por el salón enfrascados en diversas tareas. Dos rociaban con polvo de carbón toda superficie disponible, y los montoncitos de hollín negro conferían a la sala la apariencia de un volcán que hubiera entrado en erupción hacía mucho tiempo. Los hombres prensaban el polvo con un cristal transparente que después sostenían a contraluz. Escudriñaban las caleidoscópicas imágenes impresas por la sustancia en el cristal y después, en apariencia insatisfechos con los resultados obtenidos, volvían a apretar el cristal para crear otra imagen. Un segundo grupo de investigadores se arremolinaba en torno a algo que había en el suelo. Con las manos llenas de extraños artilugios, se turnaban para arrodillarse y aplicar sus herramientas a lo que fuese que ocupaba su atención. Cuando Arthur se adentró un poco más en el salón, en el centro de aquel grupo distinguió en el suelo unas piernas enfundadas en un par de medias. Después entrevió un vestido negro por encima de las piernas, desgarrado y doblado en un ángulo extraño. Aquél debía de ser el cuerpo de Emily Davison, comprendió. A través del corro de detectives, vio que un hombre se arrodillaba a su lado. Sostenía una larga vara de acero, curvada en forma de media luna. En el centro de la vara había una bisagra que le permitía abrir y cerrar el semicírculo como si de la mandíbula de un animal se tratara. El hombre colocó el artilugio en torno al cráneo de Emily y consultó alguna clase de escala situada en la parte superior del instrumento. Después, gritó una serie de números

a los que estaban de pie, que replicaron ladrándole los mismos números a modo de respuesta para que los confirmara. Arthur dedujo que estaba midiendo el diámetro del cráneo.

Entonces, la imponente figura del subinspector jefe, Edward Henry, se abrió camino con paso firme en mitad de aquel bullicio. Aunque no llevaba ninguna identificación a la vista, Arthur albergaba pocas dudas acerca de su identidad. Le sacaba más de medio palmo a la mayoría de sus hombres, gracias a unas piernas escuálidas que se prolongaban en un torso descarnado y un rostro anguloso. Todas sus facciones tenían aristas, como si le hubieran tensado la piel sobre los huesos. Unas cejas tupidas y un bigote compacto le conferían una expresión pugnaz. Mientras avanzaba con autoridad hacia sus hombres, exclamó en una lengua extranjera:

—*Yul-di kuro! Yana hae!* ¿Qué tenéis ahí, muchachos?

Cada uno de los doce agentes, además del inspector Miller, se volvió hacia él. Henry paseó la mirada por la habitación, de derecha a izquierda, observando a los hombres cuyas tareas había interrumpido.

—Es hindi, caballeros. Lo aprendí durante el desempeño del cargo de inspector general en Bengala. Si quieres atrapar a un malhechor, conviene hablar su lengua. Y ahora, veamos: en el dormitorio de la señorita Davison hay dos tazas de té usadas sobre la mesilla de noche. Usted, y usted... —dijo señalando a dos de sus hombres—. Vayan a rociarlas con polvo de carbón cuando hayan terminado aquí. ¿Recuerdan lo que les enseñé? Bien.

El inspector Miller se volvió hacia Arthur sin alejarse de la entrada.

—¿Ve la carga que me han echado a la espalda? —susurró—. El inspector jefe cree que es una especie de mago, cuando más bien parece que se haya convertido en un nativo. No me hace ninguna gracia que asciendan a un advenedizo al Departamento de Investigación Criminal, y menos aún que se dedique a gritar a mis chicos esos galimatías en hindi.

Al oír los susurros del inspector Miller, el subinspector jefe Henry se volvió hacia la puerta.

—Inspector Miller —lo saludó—. Es un placer verlo tan lejos de su despacho.

Miller entró en el salón con la espalda forzadamente erguida mientras se acercaba a la posición de Henry. Sólo el sofá separaba a los dos hombres.

—¿Está ordenando a mis agentes que echen polvo por todo el escenario del crimen? —preguntó el inspector Miller.

—Técnicamente —lo corrigió Henry—, son mis agentes. Y usted, mi inspector.

—¡Mis disculpas, caballeros! —dijo Miller a voces—. ¡No sabía que habíamos ido a pasar el día a la playa para poder jugar con esta arena renegrida!

Un puñado de agentes sonrieron. La mayoría alternaron su atención con rapidez entre los dos superiores, sin tener muy claro dónde depositar sus lealtades.

Edward Henry miró al inspector Miller fijamente durante un largo momento, con una animadversión que se correspondía punto por punto con la suya.

—¿Hemos encontrado alguna huella en las tazas y platillos de allí? —preguntó Henry por fin, señalando al montón de vajilla de té sucia que había en la mesita frente al sofá.

—Sí, señor —respondió uno de los hombres—. Creo que hemos aislado unos pocos juegos de esos manchurroneos curvados que nos dijo que buscáramos.

—Estupendo —dijo Henry—. Ahora veamos si podemos descubrir a quién pertenecen.

—Me pertenecen a mí —anunció Arthur.

Su voz, descargada de las tensiones de la comisaría, resonó con claridad en el salón. Henry lo miró de arriba abajo, como si acabase de reparar en su presencia.

—¿Y cómo se llama usted, señor? —le preguntó.

—Arthur Conan Doyle.

Todos los detectives de la sala, a excepción del inspector Miller, pusieron cara de asombro. Miller sonrió, reclamando a Arthur para su bando en la guerra interdepartamental.

—El doctor Doyle está aquí en calidad de invitado mío —explicó—. Él y yo coincidimos en otro caso, cuya conclusión trajo a Arthur... discúlpeme, no debería usar su nombre de pila delante de los hombres... trajo al doctor Doyle hasta esta misma puerta.

—Es un honor, doctor Doyle —dijo Edward Henry, en un tono de genuina reverencia en la voz—. Cuando estaba en la India, acogía la llegada de sus historias con una tarde entera a solas, recluido en mi estudio, para que nada me distrajera de su lectura. No encontrará un discípulo del señor Sherlock Holmes más entregado que yo.

—No me cabe duda —terció Miller con sequedad—. Veamos, ¿qué ha pasado aquí?

Arthur sentía cómo la balanza del poder se inclinaba a medida que recorría el salón. Cuando llegó hasta el cadáver, situado cerca de la ventana, los agentes abrieron el corro formado para cederle el paso. Le pareció algo cómico que, entre los dos detectives consumados de la sala y él mismo, un *amateur* sin experiencia, fuese él quien gozara del respeto de los policías gracias a la fascinación que seguían despertando sus viejas noveluchas de tres al cuarto.

—Emily Davison fue golpeada y estrangulada —explicó Henry—. Lo más probable es que sucediera anoche o de madrugada. Su vecina de abajo, una tal señora Lansing, ha subido esta mañana para quejarse de unos ruidos que oyó la noche pasada. Ha afirmado que le parecieron disparos. Cree que los oyó alrededor de las seis de la tarde, aunque no puede estar segura de la hora. Ha subido al piso de la señorita Davison y ha encontrado que la

cerradura de la entrada había volado por los aires y que la puerta estaba abierta de par en par.

«El disparo de Bram», pensó Arthur, aunque optó por no interrumpir el monólogo del señor Henry.

—La señora Lansing —prosiguió Henry—, preocupada, ha entrado en el piso y ha encontrado el cadáver de la señorita Davison. Después ha llamado a la policía.

Arthur se inclinó sobre el cuerpo de Emily Davison, el cual le trajo a la memoria la piel de una ballena: el grueso pellejo gris plomo, perforado por el arpón justo por encima de la superficie marina, del que manaban sangre y agua a chorros de caudal equiparable. En su juventud había pasado un invierno pescando ballenas ante las costas de Groenlandia. Cincuenta escoceses a bordo de un barco, unidos por los juramentos y la fuerza de sus brazos. Hacia la primavera, habían atracado para ir en busca de presas más pequeñas. Habían matado focas durante un mes, persiguiendo con el garrote a aquellos escurridizos sacos de carne reluciente por encima de los témpanos de hielo. Una mañana, Colin, el contramaestre del buque, resbaló con unos sesos de foca, y cayó de bruces en las tripas húmedas de la criatura. Los hombres se rieron, bromearon y siguieron con su trabajo. Era una ocupación dura.

Arthur había estado con Emily Davison hacía menos de veinticuatro horas. Entonces había sentido hacia ella una furia tan justificada, una rabia tan abrasadora por la vil campaña de ataques con bomba de aquella mujer... Y ahora la veía reducida a una macabra visión blanca y pálida en el suelo de su salón. Tenía la garganta cubierta de cardenales rojos y morados, y la cara igual de magullada. Su nariz estaba destrozada, aplastada y torcida a un lado. Tenía los ojos rojos y saltones, como los de un bicho pisoteado. Arthur reparó en que un pequeño reguero de sangre había descendido desde su ojo izquierdo hasta el suelo de madera. Ya se había coagulado y secado, formando un charco negro gomoso. La cólera que había sentido hacia Emily Davison no era

nada comparada con lo que se escondía en el negro corazón del hombre que le había hecho aquello.

—Hay un buen surtido de dinamita y cables sobre la mesa de la chica —dijo Edward Henry—. Por increíble que parezca al verla, se diría que la moza se dedicaba a la fabricación de bombas.

—Lo sé —corroboró Arthur mientras se ponía en pie.

Prefería no mirar más el cuerpo, si podía evitarlo.

—Conservaremos las huellas que mis hombres recojan aquí —explicó Edward Henry a Arthur—. Y cuando demos con el asesino, las compararemos con las suyas. He desarrollado un sistema para clasificar todas las impresiones que dejan los dedos de un hombre: las transferimos a una hoja de papel y tomamos nota de las características más sobresalientes. Así, cuando encontremos un sospechoso, podremos comparar las marcas de sus dedos con las halladas en las pertenencias de la señorita Davison. Y si encajan, *bus sub hoe guy ya*. Estará hecho.

—¿Un método para conservar y registrar las huellas de los dedos de un hombre? —preguntó Arthur—. Parece de lo más impresionante. ¡Qué digo, suena como algo que podría haber ideado mi Holmes! Pero me temo que las huellas de esas tazas le serán de poca utilidad. Como he dicho, algunas son mías. Y otras pertenecen a un buen amigo, el señor Stoker.

Edward Henry lo miró con rostro expectante, ante lo cual Arthur respiró hondo. Una vez más, tenía mucho que explicar.

En el tiempo que tardó en contarle su historia a Henry, los agentes completaron sus mediciones del cuerpo de Emily Davison. Mientras Arthur hablaba, el inspector Miller se encendió un cigarrillo y fumó tranquilamente mirando por la ventana. Edward Henry no mostró ninguna reacción al relato de Arthur, sino que se conformó con interrumpirle sólo de manera ocasional para que le aclarase algún detalle. Asentía cuando su duda quedaba resuelta, y asentía una segunda vez para indicar que Arthur podía continuar. Su cara no revelaba más que un cuidadoso y profesional estudio de

la cuestión que tenía entre manos. Arthur no pudo evitar sentirse impresionado. Si alguna vez había existido un hombre de Scotland Yard que se pareciera a Sherlock Holmes, era ése.

—Gracias, doctor Doyle —fue todo lo que dijo cuando Arthur concluyó.

Luego se volvió hacia el inspector Miller.

—¿Sabía usted todo esto? —le preguntó a su compañero.

—Lo sabía, en efecto. He estado en comunicación con el doctor Doyle a propósito de sus investigaciones desde el principio.

—Ya veo —dijo Henry en un tono meditabundo—. Doctor Doyle, estoy seguro de que ese tal Stoker que ha mencionado corroborará su historia.

Arthur no comprendía por qué necesitaba que nadie corroborase su «historia».

—Desde luego —respondió—. Si la necesita, puedo proporcionarle su dirección.

Edward Henry resopló por la nariz y se puso en pie con movimientos cansinos. Entrelazó las manos a la espalda y deambuló por la sala. Parecía que lo angustiara algún dilema interno.

—Es una historia fantástica —dijo después de caminar en silencio durante unos instantes—. Como salida de uno de sus libros, ¿verdad? Pero me pregunto si un lector profano la encontraría creíble.

—Señor —protestó Arthur mientras se levantaba para unirse al subinspector jefe—. Le agradecería que me aclarara qué quiere decir con eso.

—Quiero decir —explicó Henry— que pretende que me crea que usted dedujo, sin más ayuda que una larga cadena de razonamientos lógicos y una breve velada disfrazado con una falda, la identidad y la dirección de la mujer que había intentado asesinarlo. Que después fue a su residencia para pedirle

explicaciones, pero, al encontrar la puerta cerrada con llave, usted, o ese amigo suyo, sacó una pistola y voló la cerradura. Cuando, acto seguido, se encontró cara a cara con la mujer que había intentado asesinarlo, discutió con ella durante un rato, se sentó para tomar un té, le explicó a la chica que así no iba a ninguna parte y se marchó. Después llegó a casa, descansó toda la noche y a la mañana siguiente se dirigió a la oficina de nuestro querido inspector Miller para explicarle el asunto. Y que... otra persona... se coló en este piso al poco de que usted se marchara y golpeó a esta desgraciada joven contra el suelo como si fuera ropa mojada. Ha pergeñado una buena historia, doctor Doyle, y explica de principio a fin su implicación en este asunto, algo que nosotros íbamos a descubrir sin ninguna duda por otros medios. Aunque al inspector Miller sí parece haberlo desorientado, ¿o no?

Arthur estaba horrorizado. Jamás se le habría ocurrido pensar que la policía fuera a sospechar que él, precisamente, era el culpable del asesinato de Emily. Le parecía espantoso que alguien pudiera creerlo capaz de semejante atrocidad.

El inspector Miller abandonó su posición junto a la ventana. Arthur no pudo evitar reparar en que lucía una sonrisilla en la cara.

—¡No me dirá que está acusando a Arthur Conan Doyle de asesinato! —exclamó—. Dicen que pronto lo nombrarán caballero. Si lo acusa en falso, será un borrón en su prometedora carrera.

—Yo no acuso a nadie —aclaró Henry—. Me limito a sugerir que tendremos que corroborar su historia. Y que es posible que debamos someter al doctor Doyle a un concienzudo interrogatorio.

—¡Cómo se atreve! —protestó Arthur, que de pronto se sentía muy enfadado.

Su sangre no había llegado al hervor poco a poco, como el agua de una tetera, sino que más bien se había calentado de golpe. En apenas un instante, se descubrió gritando al subinspector jefe Henry.

—¿Le ha visto la cara? ¿Podría haber hecho yo semejante cosa? ¿Podría haberlo hecho con estas manos?

Lo que sucedió a continuación, Arthur lo consideraría siempre el más extraño de los accidentes. Alzó los nudillos ante la cara de Edward Henry, en un comprensible intento de enseñarle lo blandos y suaves que eran. Aquéllas eran las manos de un escritor, no de un carnicero, y eso era lo único que Arthur deseaba mostrarle al subinspector. Pero al ver los nudillos de Arthur a apenas unos centímetros de su cara, Edward Henry le bajó los brazos con un amplio manotazo. Al sentirse atacado, Arthur hizo entonces lo que habría hecho cualquier hombre con sangre en las venas: contraatacó y alcanzó al subinspector de lleno en la mandíbula.

Henry retrocedió un paso y se llevó la mano a la cara, dolorida. Todas las miradas de la habitación convergieron en Arthur. Fue sólo entonces, unos segundos más tarde, cuando comprendió que acababa de agredir a un oficial de policía.

—Agentes —ordenó Edward Henry con voz pausada—, hagan el favor de esposar al doctor Doyle.

Dos detectives se acercaron a Arthur desde atrás. Introdujeron consideradamente sus manos a través de un par de esposas metálicas y las cerraron en torno a sus muñecas. Cuando se situaron cada uno a un lado del escritor y le posaron una mano sobre cada hombro, lo hicieron con la cabeza gacha, temerosos de mirarlo a los ojos.

Arthur estaba demasiado atónito para hablar. ¿Qué había hecho? Fijó la vista en el inspector Miller en busca de apoyo.

—No se preocupe, Arthur —le dijo éste—, arreglaremos este asunto enseguida.

Arthur no pronunció una palabra más mientras los dos policías lo bajaban a la calle y lo metían en un carruaje con destino a la cárcel de Newgate.



OceanofPDF.com

La biblioteca

«Watson insiste en que yo soy el dramaturgo en la vida real — dijo [Holmes]—. El artista que llevo dentro pide con insistencia una buena puesta en escena. Si a veces no dispusiéramos el escenario de un modo que glorifique nuestros resultados, señor Mac, nuestra profesión resultaría sin duda aburrida y sórdida.»

Sir Arthur Conan Doyle,

El valle del terror

11 de enero de 2010 (continuación)

La fachada de la Biblioteca Británica, en el barrio de St. Pancras, era de un color terracota con tintes anaranjados. En términos arquitectónicos, parecía un conjunto de rectángulos

deformados que alguien hubiera amontonado sin encajarlos del todo. A Harold le recordó un modelo de Lego desarmado.

Atravesó la entrada junto con Sarah, bajo el alto pórtico en que las palabras «British Library» descendían en letras rechonchas desde el techo. Cuando entraron, Harold echó un vistazo rápido a la ciclópea estatua de Isaac Newton; aunque no era un entendido en escultura, le pareció que las musculosas pantorrillas de la efigie de bronce eran sorprendentemente abultadas para un matemático.

Cumplimentaron el papeleo en la abarrotada oficina de registros. Se hicieron pasar por ornitólogos y entregaron sus permisos de conducir. Harold había pensado que acceder a los fondos de la biblioteca resultaría difícil, trabajoso y una pesadilla burocrática, pero en cuestión de doce minutos Sarah y él habían superado la seguridad y accedían a la primera de las salas privadas de lectura.

Una búsqueda rápida en el fichero electrónico les reveló que la sección de naturaleza, en el estante 7852, se encontraba en la cuarta planta. Subieron en el ascensor y avanzaron entre las estanterías hasta que por fin llegaron a un anaquel bajo que contenía docenas y docenas de guías ornitológicas.

La idea de acudir a la Biblioteca Británica había sido de Harold. Estaba seguro de que la ausencia de un ejemplar de *Aves británicas* de la oficina de Alex Cale no podía ser producto del azar. En ese caso, ¿dónde estaría?

—¿Recuerdas lo que nos contó Jennifer Peters sobre la investigación de Cale? —había preguntado Harold—. La llevó a cabo en su mayor parte en la Biblioteca Británica. Parecía haber pasado allí mucho tiempo en sus últimas semanas. Y si yo tuviera que escoger un lugar de Londres donde esconder un libro de tal modo que nadie lo cambiara de sitio por accidente...

En cuanto Harold vio la sección de ornitología en la cuarta planta, sintió más justificada su sospecha de que allí podía esperarle alguna pista. En la sección entera de ciencias naturales no había un solo visitante. Todos los libros del estante estaban cubiertos de

polvo. Se diría que nadie había pisado el lugar desde hacía meses, como mínimo. Si Cale había dejado algo para que fuera encontrado tras su muerte, todo apuntaba a que Harold aún sería capaz de hallarlo. Se puso de rodillas y empezó a sacar libros del anaquel, emocionado.

—¿Buscamos un libro en concreto? —preguntó Sarah mientras se agachaba en el suelo junto a Harold.

—En realidad, no —respondió él—. Cualquier cosa que lleve «aves» y «británicas» en el título. En el relato, el libro se titula *Aves británicas*, sin más, pero no existe nada con ese nombre exacto. Aunque hay unas cuantas opciones parecidas. Mira.

Harold sacó un libro titulado *El canto de las aves: un manual de campaña para naturalistas sobre el canto de las aves británicas*.

—Umm. De 1925; demasiado reciente —observó tras consultar las primeras páginas—. Alex habría empleado un libro que estuviera en circulación en tiempos de Conan Doyle. Algo que Sherlock Holmes pudiera haber leído. Algo impreso en la década de 1880 o 1890.

Sarah alzó un grueso libro ilustrado que llevaba por título *Las variedades de aves británicas*. Examinó la fecha: 1975. Nada. Durante los siguientes minutos, fueron sacando del estante un libro tras otro. A los dos les sorprendió la meticulosidad con la que la literatura naturalista había cubierto el estudio de los pájaros ingleses.

Con un destello en los ojos, Harold se decidió por un pequeño tomo chato, con los bordes raídos, y lo retiró del estante: *Guía de las aves británicas de Bacon*, se leía en la gastada cubierta. Lo abrió por el frontispicio. La primera edición databa de 1876; la que tenía en las manos estaba impresa en 1894.

Harold separó las cubiertas con ansia. Antes de que se acercara siquiera el libro a los ojos, de entre las páginas cayó una hoja solitaria de papel blanco. Harold la miró. Estaba doblada por la mitad; el papel parecía nuevo.

Sarah vio la hoja en el suelo y se acercó a Harold. Cuando éste recogió el papel, Sarah apoyó la cabeza en su hombro para poder leer con él y su aliento le rozó el lóbulo de la oreja.

Al abrir la hoja, Harold encontró una nota mecanografiada.

A quien pueda interesar:

Si es usted un ornitólogo aficionado y ha topado con esta misiva en el transcurso de una búsqueda de información sobre la coloración de las alas de la aguzanieves, le ruego que se deshaga sin más dilación de este papel. Su destinatario original ha sido lento en el empeño de llegar hasta aquí y ya no necesita la información que sigue. Si, por el contrario, es usted un participante en el Gran Juego y ha encontrado esta nota previo hallazgo de un cadáver en una habitación de hotel neoyorquina, entonces felicidades. Su periplo casi ha terminado.

Y bien, compañeros, ¿quién de vosotros está en la Biblioteca Británica leyendo estas palabras? ¿Eres tú, Jeffrey Engels? Si fuera dado a apostar, lo habría hecho por ti. O Les, mi querido amigo Les... Hubiese jurado que eras demasiado sensato para ponerte a recorrer el mundo tras la pista del postrer mensaje de un muerto. ¿O Ron? No te creía dotado de las facultades necesarias para llegar tan lejos; pero si eres tú, Ron Rosenberg, mereces una felicitación. Me has sorprendido hasta el último momento. Si el que me lee es Sebastian Conan Doyle... Bueno, si eres tú, Sebastian, entonces he fracasado. ¿A cuál de ellos

convenciste para que te ayudase? Doy por sentado que has intentado resolver el problema a golpe de talonario y has contratado a uno de mis colegas sherlockianos para que descubra el misterio de tu propia familia. ¿Cuál de ellos ha sido lo bastante estúpido para aceptar? Mi única esperanza es que ambos os unáis pronto a mí en el infierno.

Lo cual me viene que ni pintado como introducción a lo que te ha traído hasta aquí, quienquiera que seas. Como sabes, estoy muerto. Morí estrangulado en mi habitación del hotel Algonquin de Nueva York, en la madrugada del 6 de enero. ¿Sabes quién me mató? Si has llegado hasta aquí, lo más probable es que sí. Yo soy el asesino. Me suicidé.

Sí, sí, estoy seguro de que te preguntas por qué lo hice. Pero no temas. Lo averiguarás. ¡Si eres lo bastante listo, claro!

¿Has deducido ya dónde está el diario? Yo diría que no. Ese problema es más peliagudo y yo mismo tardé más de una década en desentrañarlo. Pero en cuanto lo conseguí, supe que tendría que llevarme el secreto a la tumba. Sin embargo, pensé que no sería justo sumirme en el sueño eterno sin dar una pista a alguien más, un mero empujoncito en la dirección correcta. Y por eso ideé este rompecabezas diabólico, para que me sobreviviese. En vida, fui el más grande especialista sherlockiano del mundo. Quienquiera que sea capaz de resolver el

misterio que he dejado, merece el segundo puesto. Ahora que ya no existo, puedes considerarte el mayor especialista viviente en Sherlock Holmes. Felicidades. Te lo has ganado.

Así pues, ¿adónde dirigirás tus pasos a continuación, detective? A estas alturas ya debes de saber que no llevaba el diario conmigo en Nueva York. Y sabes que tampoco está en ninguno de mis pisos de Londres. De modo que, ¿dónde está? Es un acertijo delicioso, ¿verdad? Quiero creer que Arthur Conan Doyle habría estado orgulloso de mí.

Mi padre murió el 6 de enero. ¿Lo sabías? Estoy convencido de que, cuando estalló el aneurisma de su cerebro, no tenía ni idea de que era el cumpleaños de Sherlock Holmes. Tampoco creo que Jennifer atase nunca cabos. Mi dulce Jennifer... fue una hermana maravillosa, te lo aseguro, con independencia de lo que diga ahora de mí. Yo también he muerto el 6 de enero. ¿Fui mejor hombre que mi padre? Dios mío, eso espero. Tú, detective, tú sin duda pensarás de mí lo peor después de leer esto. Me creerás vanidoso y egoísta, pensarás que era un desequilibrado. Me psicoanalizarás con facilidad: obsesionado con Holmes, trastornado por la muerte de su padre, incapaz de desembarazarse del peso de su desaprobación... Sentirás la necesidad de meterte en mi cabeza, ¿verdad? Necesitarás creer que puedes explicarme, porque eso es lo que hace un gran detective: explica. Pues venga, adelante.

Los siglos pasados tenían, y tienen, poderes propios que la mera modernidad no puede destruir. Creo que ésa es toda la explicación que te corresponde.

Adiós,

Alexander Horace Cale

Harold mantuvo los brazos en alto hasta que Sarah hubo terminado de leer la carta, cosa que indicó con un leve asentimiento que le hizo notar de nuevo su cálido aliento en el lóbulo de la oreja. Harold se movió hacia delante para apartarse unos centímetros y se volvió de cara a ella. El silencio que los envolvía era como tantos otros vividos en las últimas semanas. Ninguno de los dos osaba estropear el momento diciendo alguna obviedad. Y, puesto que ninguno de los dos tenía nada que decir que no fuese obvio, guardaron silencio. Harold le pasó la nota a Sarah para que la relejera, apoyó la espalda en el anaquel casi vacío y cerró los ojos.

Lo que más sentía en esos momentos era tristeza. Incluso la nota de suicidio de Alex Cale estaba bien escrita y dejaba entrever su ingenio, su encanto y su fuerza de voluntad. Incluso su nota de suicidio hacía que a uno le entraran ganas de conocerlo. Y aun así, a Harold le parecía que nadie lo había conocido de verdad. Se había mantenido al margen de todo el mundo.

—Tú lo conocías —dijo Sarah después de leer la misiva por segunda vez—. Lo siento.

Harold guardó silencio. No había podido evitar fijarse en que Cale no había mencionado su nombre entre la lista de sherlockianos que podrían haber llegado tan lejos. Ni siquiera sabía quién era Harold antes de morir. Y aun así, era Harold quien había llegado hasta allí. Por un momento, se sintió reivindicado y victorioso, aunque al instante se avergonzó de haberlo pensado. Cale no había muerto para que Harold demostrara su valía, aunque, en cierto sentido perverso, fuera así.

—*Drácula* —dijo Harold de repente.

Sarah estaba confundida.

—¿Qué? Mira, sé que Alex y tú no erais amigos íntimos, pero le conocías y...

—No. *Drácula*. La última parte de la nota es una cita. «Los siglos pasados tenían, y tienen, poderes propios que la mera modernidad no puede matar.» Eso es de *Drácula*. Nos está diciendo algo. Es la siguiente pista.

—Ah —dijo Sarah en tono vacilante—. Eso ha sido... muy rápido, buen trabajo. De verdad que siento mucho lo de Alex. Yo sólo... No importa, quería decirte que lo lamento. No llegué a conocerle. En persona, quiero decir. Sólo cruzamos unos cuantos correos electrónicos. Y leí su libro, la copia que encontramos. Es curioso lo bien que llegas a imaginarte la personalidad de alguien a partir de su nota de suicidio.

—¿Te importa que no hablemos de ello?

Harold no se veía con ánimo de pensar en Alex en esos momentos. Quería seguir adelante. Quería investigar.

—No —respondió Sarah, apretándole la mano en un gesto de consuelo—. Pero, cuando acabes de investigar y todo esto se te venga encima, quiero que recuerdes que hiciste algo fantástico. Hiciste lo que Alex quería. Seguiste sus pistas. Casi has resuelto su acertijo. No existe mejor manera de honrar su memoria.

—Gracias.

Harold le devolvió el apretón.

—Así que, pase lo que pase, sin que importe cómo termine esto, debes sentirte orgulloso.

—Lo haré.

—¿Prometido?

Harold sonrió.

—Sí.

—Bien. Entonces ¿qué tiene que ver *Drácula* con todo esto?
—preguntó Sarah mientras empezaba a dejar en su sitio los libros de ornitología.

—Ésa es la cuestión —replicó Harold—. Sabemos que Conan Doyle era buen amigo de Bram Stoker. Eso lo sabe todo el mundo, es de dominio público. Pero ¿y si Stoker es la clave para encontrar el diario? ¿Es eso lo que insinuaba Cale? Si él, de alguna manera, encontró el diario a través de Bram Stoker...

En lugar de responder, Sarah optó por seguir ordenando los libros.

—¡Cambridge! —exclamó Harold.

Sarah sonrió. Sabía de antemano que él lo descubriría, por supuesto. Lo único que tenía que hacer era esperar. La verdad era que Harold se sentía orgulloso, y era algo que debía agradecerle a ella.

—¿Qué hay en Cambridge? —preguntó Sarah.

—¿No nos dijo Jennifer Peters que su hermano había hecho un viaje a Cambridge justo antes de morir?

—Creo que sí —respondió ella tras recapacitar—. Pero ¿y qué? Es probable que visitara media docena de universidades para su investigación.

—Cierto. Pero en Cambridge es donde se conserva la correspondencia de Bram Stoker.

A Harold se le iluminó el rostro.

Sarah cogió la nota, la dobló y la guardó en su bolso.

—De acuerdo —dijo—. Vayamos a por ese diario.

OceanofPDF.com

33

Newgate

«A veces creo que debemos de estar todos locos y que despertaremos a la cordura vestidos con camisa de fuerza.»

Bram Stoker,

Drácula

13 de noviembre de 1900 (continuación)

El hedor de la cárcel de Newgate humedeció los pelillos de la nariz de Arthur. Dada su condición social, el alcaide le había concedido una celda individual. Saber que aquélla debía de ser la más grande y mejor mantenida de todas las celdas de Newgate no hizo sino horrorizarlo aún más. La habitación medía dos metros y medio por tres y medio, y tenía una ventana con barrotes en la pared del fondo, con vistas al patio central. Sin embargo, al estar en el segundo piso, los gruesos barrotes apenas dejaban pasar la luz. Bajo la ventana había una cisterna de agua y un lavamanos junto a un fardo de ropa de cama enrollada. En la celda no había mesa, sino un único estante sobre el que descansaban un plato, una taza y una

Biblia. En la pared opuesta a la ventana, la puerta de la celda se abría a la galería. Cuando Arthur apretaba la cara contra los barrotes, distinguía una hilera de celdas dispuestas en línea recta, como setos que se perdieran en la distancia. No alcanzaba a ver el final ni los pisos que quedaban por encima o por debajo. En el techo de la galería había una claraboya, pero ni siquiera desde allí le llegaba la luz. La galería hedía a cadáver en descomposición, y en ella flotaban los gemidos de unos hombres que a su vez se encontraban a un paso de la sepultura.

Hojeó la Biblia para pasar el rato. Era la versión del Rey Jacobo, y estaba tan manchada de inmundicias que resultaba prácticamente ilegible. Se preguntó si podría ofrecerle algo de consuelo en aquel momento de necesidad. ¿Se detendrían sus ojos en una página que le revelara un incisivo aforismo que elevase su alma por encima de las opresivas iniquidades del presidio? Cuando abrió los evangelios al azar, las primeras palabras que leyó fueron: «Soy víctima de tu coño perfumao». Algún ocupante anterior de aquella dependencia había garabateado el comentario en el margen, como si fuera un erudito glosando el texto sagrado. Arthur dirigió la vista a los versículos de la tosca impresión y tuvo el placer de toparse con el pasaje de Josué donde se circuncida por segunda vez a los israelitas: «Y Josué afiló los cuchillos, y circuncidó a los hijos de Israel en el monte de los prepucios», leyó. No estaba muy seguro de si el comentario, con sus errores ortográficos, quería referirse a ese versículo en particular o si era una afirmación de corte más general sobre el estado de ánimo del autor el día en que lo había escrito. Después de reflexionar al respecto durante un rato, Arthur cayó en la cuenta de que no le importaba demasiado. Ni la Biblia, ni el recluso predecesor.

El día fue avanzando y no habló con un solo ocupante de las celdas vecinas. Cuando sacaban a los presos al patio para que disfrutaran de una suerte de recreo, los guardias mantenían a Arthur dentro de la celda de forma intencionada.

—Aquí estará más seguro —le explicó un carcelero mientras abría la celda contigua y pasaba de largo por su puerta.

Arthur no se hallaba en condiciones de discrepar. Mientras el resto de presos retozaban en el patio, el alcaide de Newgate bajó a verle en persona.

—Lamento muchísimo todo esto —dijo—. He recibido un mensaje del inspector Miller, quien me comunica que intentará que esté usted fuera esta misma noche. ¿Podemos traerle algo para que pase el rato?

Arthur le agradeció su comprensión, pero le dijo que tenía todo cuanto necesitaba. El alcaide se ofreció a ayudarle a mandar un mensaje a su familia («Lo llevaré a la Oficina Central de Correos en persona», le dijo), pero Arthur prefirió declinar la propuesta. No deseaba que Touie y los niños se enterasen de aquella aventura en particular. El alcaide dijo que lo entendía.

—Yo también tengo familia, doctor Doyle. Mi santa esposa Shelly y mi hijo. Un chico estupendo. También se llama Arthur. ¡Qué curioso!

—Sí. Agradezco su discreción —dijo Arthur, muy consciente de hacia dónde se encaminaba aquella conversación.

Con el paso de los años había aprendido que, en cuanto un hombre hacía referencia a su «chico estupendo», por pasajera que fuese, ya podía ponerse a buscar su pluma sin tardanza.

—Si no le importa, señor —prosiguió el alcaide—. Mi hijo es un gran admirador suyo. Y yo también, por supuesto. Si fuera tan amable, si no fuese demasiada molestia...

—Vamos, deme el maldito libro y no se hable más —dijo Arthur.

Firmó un ejemplar de *Las memorias de Sherlock Holmes* para el alcaide, y luego uno de *El signo de los cuatro*. Eufórico ante la buena fortuna de tener a Arthur Conan Doyle como recluso por un día, el alcaide se despidió de él con un firme apretón de manos y lo dejó tranquilo. Mientras se alejaba por la galería de su cárcel, Arthur le oyó silbar.

El sol acababa de ponerse cuando le dejaron en libertad. Aunque los guardias se sorprendieron de perder a un prisionero a aquellas horas, se amansaron enseguida al recibir los documentos que estipulaban su puesta en libertad. Uno de ellos incluso le hizo una reverencia al abrirle la maciza puerta central y dejarle salir a las bulliciosas calles.

Bram Stoker y el inspector Miller esperaban juntos en la calle Newgate para recibirle. Los dos le dieron un afectuoso abrazo; Bram incluso llevaba una petaca de ginebra para la ocasión.

—Si al inspector no le importa, me ha parecido que tal vez necesitaras un reconstituyente —dijo Bram mientras le ponía el recipiente de plata en las manos sucias.

—Adelante, por favor —consintió Miller—. Ha pasado usted por un mal trago.

Arthur no era una persona dada a beber en público ni había echado de menos el sabor del alcohol. Aun así, al sentir en las manos el frescor de la petaca, agradeció de inmediato a Bram su atenta previsión. Echó un buen trago y notó que entraba en calor mientras la ginebra fría le cosquilleaba en el gástrico.

—El subinspector jefe Henry ha recibido una reprimenda por sus precipitadas acciones —continuó el inspector Miller cuando Arthur hubo terminado—. Esto retrasará su ascenso en el Departamento de Investigación Criminal durante al menos un año, si de mí depende. El inspector jefe en persona me ha pedido que le transmita sus más sinceras simpatías y la promesa solemne de que no quedará ninguna constancia de este... incidente en los archivos de Scotland Yard. Hemos tenido que expedir la documentación para su salida de Newgate, pero me ocuparé personalmente de que la quemen antes de que termine la semana.

—El inspector Miller ha sido de gran ayuda en la tramitación de tu puesta en libertad —explicó Bram—. Se ha puesto en contacto conmigo esta mañana y ha trabajado de forma incansable por tu causa.

—Gracias a los dos —dijo Arthur, que echó otro trago de ginebra.

—¿Adónde te llevo? —le ofreció Bram—. Sugeriría que a tu casa si te apetece tomar un baño caliente, o a la mía si prefieres beber una copa caliente. Sin embargo, conociéndote, sospecho que desees ponerte manos a la obra otra vez con tu caso. Echar el guante al asesino de Emily Davison y todo eso.

Arthur sonrió. Bram era un gran amigo y conocía la manera de pensar de Arthur como si fuera la suya propia. Y aun así, en ese preciso instante, no podría haber ido más desencaminado a propósito de los deseos de Arthur.

—No, gracias —le dijo—. La difunta señorita Davison y sus amigas muertas pueden pudrirse tranquilas en sus tumbas. No son asunto mío. Pero creo, Bram, que traer esta ginebra ha sido la mejor idea que ninguno de los dos ha tenido desde hace meses, y precisaré un poco más antes de retirarme. ¡Vamos! ¡A la taberna más cercana! Beberemos como condenados y volveremos a casa dando trompicones cuando empecemos a ver doble.

Tanto Bram como el inspector lo miraron con una expresión curiosa.

—Arthur, eso no es propio de ti —dijo su amigo—. Recuerdo vagamente que hace unas semanas me echaste un largo discurso: la justicia y no sé qué más, o la verdad y no sé qué más, no recuerdo bien los detalles. Pero fuiste muy vehemente.

Arthur soltó una amarga carcajada y hundió el hocico en la petaca.

—Dicen que la ginebra es la maldición de los pobres —empezó Arthur. —El alcohol parecía haberle llegado ya al estómago, y se diría que estaba borracho—. Pero creo que tal vez sea al revés —prosiguió—. ¡Los pobres son la maldición de la ginebra!

Arthur se rio sólo para sí, apuró el resto de la petaca de un trago y la dejó caer en la calle.

—Muy bien —dijo el inspector Miller con educación—, les dejo con sus asuntos, caballeros. Buenas noches.

Arthur le hizo una pomposa reverencia al inspector, mientras Bram le ofrecía un firme apretón de manos. Cuando el policía se marchó, Bram se volvió hacia su amigo ebrio.

—Arthur, esto ya es bastante embarazoso sin que lo empeores.

—¿Lo es? ¿Estás avergonzado?

Arthur arrancó a caminar en la dirección a San Pablo.

—He estado a punto de morir en una explosión —continuó—, he estado en la Sodoma de Whitechapel y en la Gomorra de los puertos, me han apuntado a la cabeza con un revólver, he sido arrestado por Scotland Yard y han dejado que me muera de asco en el cenagal de la cárcel de Newgate. ¿Y puedes decirme qué he ganado con todo eso? Tres chicas muertas. He contemplado la cara ensangrentada y golpeada de Emily Davison ¿y sabes qué he visto en ella? Nada. Nada de nada. No hay nada al final de la madriguera, ¿lo entiendes? No la mataron por un motivo, Bram. Ni a ella ni a ninguna de las otras. No la asesinaron por amor ni por dinero, la asesinaron por el placer de asesinar. ¿Qué hago yo con eso? ¿Cómo se investiga? ¿Y qué podría esperar descubrir? Puedo seguir la pista de los pecados de Londres de una chica muerta a otra, pero ¿con qué fin?

Se le había nublado la vista. Arthur se sentó en el suelo de tierra y escondió la cabeza entre las rodillas.

—Mira ahí arriba —dijo, señalando hacia el cielo del sur—. Estamos a cincuenta pasos de la catedral de San Pablo. Y podríamos llenarnos las venas a reventar de opiáceos en un cuarto de hora, si así lo deseáramos. Antaño, aquí había una civilización. Había mil años de progreso, elevados desde el barro que pisamos hasta el remate de esa cúpula. Había reglas. Había orden. Había Gran Bretaña. Había llegado a creer que estaba haciendo algo útil, ¿te lo imaginas? Con todas esas estúpidas historias. Que vivíamos en una época de razón trascendente. Que la luz pura y radiante de la

lógica estaba llegando para alumbrar la pálida ciudad y llevarnos en volandas al blanco futuro de la ciencia.

Arthur escupió en el suelo con rabia y añadió:

—¡Idioteces! Tú tenías razón desde el principio, como siempre. Esto ha sido un gran error. Y ahora le he puesto fin. A todo. Se acabó jugar a los detectives, te lo prometo. Los muertos pueden quedarse con sus secretos. De todas formas, nosotros los vivos no sabríamos qué hacer con ellos.

Bram Stoker guardó silencio; se limitó a poner una mano en el hombro de Arthur y estrechárselo con todas sus fuerzas.

OceanofPDF.com

34

Sólo aquello que el corazón cree es cierto

En un tiempo anterior el mundo había estado lleno de espacios en blanco, y un hombre imaginativo podía dar rienda suelta a su fantasía. Pero [...] esos espacios se estaban llenando con rapidez, y la cuestión era qué rumbo debía emprender el escritor de romances.

Sir Arthur Conan Doyle,

discurso en honor de Robert
Peary, mayo de 1910

12 de enero de 2010

E,

El tren de las 9.15 que partía de la estación de King's Cross con destino a Cambridge era un expreso de cinco vagones. Harold y Sarah, sentados uno al lado del otro, compartían un agradable silencio en el de primera clase. En el transcurso de la última semana, Harold se había convertido en un entendido en silencios. Era un experto en diferenciar sus detalles; ¿era ése un silencio tranquilo, caracterizado por lentos suspiros y apacibles sonrisas? ¿O era un silencio cansado, identificable por los irritados cambios de postura en el asiento? ¿O un silencio tenso, lleno de respiraciones entrecortadas y miraditas cautas? Sarah y él los habían experimentado todos, y aun así ése era distinto. Parecía conclusivo. Si Harold fuera un sumiller de los estados de ánimo mudos, aquél sería el digestivo que recomendaría. Era un silencio para después de cenar, que permitía a ambas partes digerir la comida mientras contemplaban cómo se acercaba el fin de la velada.

Harold se sorprendió, sin sobresaltarse, de oír a Sarah. Había algo delicado en su voz.

—No estás leyendo —dijo.

—No —respondió Harold—. No tengo nada que leer. Todos los libros que traje se quedaron en aquella primera habitación de hotel. Pero es agradable ir mirando por la ventana.

—¿Qué ves? —preguntó Sarah.

Harold se sentía como un niño al que ella le estuviera organizando un juego para mantenerlo entretenido durante un largo trayecto. Miró por la ventana.

—Ummmm... Unos árboles mojados y grises. Unas vías de tren mojadas y grises. Unos pocos trenes mojados y grises que se cruzan con nosotros por la otra vía. Varios pueblos a lo lejos, sólo puntitos en el horizonte que seguramente también son grises y están mojados.

Sarah sonrió.

—En otras palabras, Gran Bretaña.

—Es curioso —dijo él—. Conozco mucho mejor la Gran Bretaña de hace cien años que la actual.

—¿Sí? Supongo que eso mismo podría decirse de todos los sherlockianos.

—Hay un poema de Vincent Starrett... Fue uno de los primeros sherlockianos. ¿Cómo decía? «Residen aquí dos hombres famosos / que nunca vivieron y no morirán. / Qué cercanos parecen, y qué remotos / aquellos tiempos antes de que el mundo girara a mal. / Pero aún habrá presas para el cazador / que oiga la corneta sonando en el viento. / Pese a nuestros miedos, esto es aún Inglaterra. / Sólo aquello que el corazón cree es cierto...». El final es genial, yo siempre me emociono: «Y aquí, aunque el mundo estalle, ellos dos están vivos / y siempre es mil ochocientos noventa y cinco». —Harold hizo una pausa—. ¿A que es bonito? —añadió.

—Sí —contestó Sarah—; lo es. Pero cuando te oigo recitar eso... es curioso. Vosotros, los sherlockianos, sois en el fondo muy conservadores, ¿no te parece? No me refiero al sentido político, sino al estético. Siempre deseando volver a esa visión teñida de rosa del mundo tal y como era hace un siglo... «Esto es aún Inglaterra...» Bueno, esto de hoy también lo es, ¿no? Sólo que ahora las mujeres pueden votar y la discriminación racial va a menos. Como mujer, no puedo ser más sincera: yo no querría vivir en 1895.

—Lo entiendo —convino Harold—. Nuestra visión de los tiempos de Holmes es algo... incompleta. Sé que no es real. Sé que en el auténtico 1895 había doscientas mil prostitutas en la ciudad de Londres. La sífilis hacía estragos. La mayoría de las calles principales estaban cubiertas de heces. Los inmigrantes indios eran recluidos en Newgate a la menor sospecha de que habían cometido un crimen. Los llamados «actos homosexuales» constituían delito y estaban penados con años de cárcel. Era una cultura racista, y también sexista.

Harold tomó aliento mientras pensaba en cómo proseguir.

—Mira, lo comprendo —continuó—. Yo soy un varón blanco y heterosexual. Para mí es muy fácil decir: «Oh, caramba, ¿no era genial el siglo XIX?». Pero prueba a imaginar esta escena: llueve a cántaros contra el grueso cristal de una ventana. Fuera, en Baker Street, la luz de las farolas de gas es tan tenue que apenas alcanza el pavimento. La niebla se arremolina en el aire, y el gas le confiere un pálido resplandor amarillo. El misterio acecha en cada sombrío rincón, en cada oscura salita. Y un hombre sale a ese mundo tenue y neblinoso, y es capaz de recitar la historia de tu vida por el corte de las mangas de tu camisa. Puede iluminar la penumbra con la única ayuda de su intelecto y el humo de su tabaco. Y bien. Dime que no es la mar de romántico.

Sarah se rio.

—Claro —dijo—. Sin duda suena romántico.

La joven contempló por la ventana el paisaje gris campestre que desfilaba ante sus ojos.

—Pero tal vez esto también lo sea —añadió.

Harold observó los árboles a través de la ventanilla y reparó en que estaban inclinados bajo el peso del agua de una lluvia reciente. Vio una extensión de hierba, un brezal húmedo salpicado de explosiones amarillas de dientes de león. Dio la espalda al paisaje para mirar a Sarah y, al hacerlo, sus codos se rozaron sobre el brazo compartido de sus asientos.

—Entiendo a qué te refieres —aseguró Harold.

—¿Por eso te gustan tanto esos relatos? ¿Por romanticismo?

Harold sopesó su respuesta. Cayó en la cuenta de que, hasta ese momento, nunca había tenido que articular los motivos de su pasión por las historias de Holmes. ¿Tenía siquiera motivos una obsesión como ésta? Si Sarah le hubiera preguntado por qué amaba a su madre, no habría sabido qué contestarle. ¿Cómo iba a explicar su amor por Holmes?

—Creo que amo la idea de que los problemas tienen solución. Me parece que ése es el atractivo de las historias de misterio, sean

las de Holmes u otras. En esos relatos, vivimos en un mundo comprensible. Vivimos en un lugar donde cada problema tiene una solución que, si somos lo bastante inteligentes, sabremos desentrañar.

—¿A diferencia de...?

—A diferencia de un mundo donde impera el azar. Donde la violencia y la muerte ocurren por casualidad, imposibles de prevenir y detener. De todas las convenciones de los relatos de misterio, la única que resulta imposible eludir es la solución. Conan Doyle escribió sobre eso en sus diarios. Y numerosos novelistas lo han intentado desde entonces. ¿Puedes escribir un relato de misterio que termine en la incertidumbre? ¿En el que nunca llegue a descubrirse quién es el auténtico culpable? Se puede, pero resulta insatisfactorio. Es desagradable para el lector. Tiene que haber algo al final, alguna clase de resolución. No es que siempre haya que atrapar o encarcelar al asesino. La cuestión es que el lector tiene que saber. No saber es el peor desenlace para cualquier historia de misterio, porque necesitamos creer que en el mundo todo puede saberse. La justicia es opcional, pero las respuestas, al menos, son obligatorias. Y eso es lo que me encanta de Holmes. Lo elegantes que son las respuestas, y lo ordenado y racional que es el mundo. Es hermoso.

—El romanticismo de un mundo racional —dijo Sarah—. ¿Sigues pensando que habrá una respuesta al final de todo esto? —preguntó.

—Sí.

—¿Satisfactoria?

Harold contempló la lluvia. No estaba seguro de cómo responder a esa pregunta, ni de querer contestarla.

OceanofPDF.com

35

Una súplica de ayuda

Hay que frenar la puerta con el pie para mantener fuera la locura el máximo de tiempo posible.

Sir Arthur Conan Doyle,

entrada inédita de diario, 1912

23 de noviembre de 1900

Una semana después de que Arthur saliera en libertad por las puertas de Newgate, la vida en Hindhead había vuelto a la normalidad. O tan cerca de la normalidad como podía estarlo Hindhead. Desde el tintineo de las camareras con sus cacerolas a primera hora de la mañana hasta los golpes del mayordomo cuando bloqueaba el conducto de las chimeneas al anochecer, el ajetreo reinaba en la casa a todas horas. El establero tenía ciertas dificultades con una nueva yegua que acababa de llegar de España. De algún modo, el pequeño Roger se las había ingeniado para fracturarse el brazo cuando había volcado la carretilla en la que lo transportaba su hermano mayor Kingsley. Roger acabó con el brazo

en cabestrillo y Kingsley recibiendo una severa regañina sobre los excesos de rudeza en los juegos con su hermano. Touie descansaba cómodamente en su dormitorio, y una mañana Arthur tuvo la ocurrencia de llevarle la bandeja del desayuno en persona, vestido con el uniforme de uno de los criados. Touie se había reído como una colegiala al darse cuenta de que era un bromista Arthur quien sostenía su bandeja de gachas. Estaba tan ocupado con los asuntos de la casa que aún no había ido a ver a Jean, pero pronto pasaría por la ciudad para hacerle una visita. Era feliz; más feliz, en realidad, de lo que recordaba haberlo sido desde hacía tiempo. Sería verdad que hacía falta llevarse un buen susto para que un hombre se diera cuenta de todo lo bueno que tenía.

¡Qué siniestra y oscura locura debía de haberse apoderado de él para hacerle pensar que debía ejercer de detective! Se trataba de un oficio triste, profesado por hombres tristes. Por suerte, la niebla de su cerebro se había disipado y veía su vida con nuevos ojos, y los días de la madurez resplandecían magníficos ante él. Era padre. Era marido. Y era escritor. No era detective ni delincuente; por él, aquellos dos podían perseguirse en círculos a su gusto y contento por toda la ciudad. «El hilo escarlata del asesinato», había escrito una vez hacía ya muchos años, como si fuera una genial ocurrencia, algo vibrante. Pues bien, pensaba soltar ese hilo. Vestiría su vida, su vida real, con otra tela.

Naturalmente, seguía conservando un ápice de curiosidad. ¿Quién había matado a Emily Davison y a sus amigas? Nada tenía de vergonzoso preguntárselo de vez en cuando, siempre que no se dejara arrastrar por ello. Arthur no había llegado a descubrir el verdadero nombre de la segunda chica asesinada. Había firmado en el registro de la casa de huéspedes con el seudónimo de «Morgan Neiman», pero Emily se había referido a ella como «Anna». La policía quizás hubiera descubierto entre las posesiones de Emily algo que revelase el apellido de esa tal Anna. Tal vez pudiera enviarle un breve mensaje al inspector Miller y...

Pero no. Ese camino desembocaba en la locura. Cuando Arthur sentía esa comezón en el cerebro, ese tic involuntario, se

recordaba a sí mismo el mundo que tenía ante los ojos. Notaba la solidez de los suelos de madera de su estudio medio reconstruido bajo los pies y una sensación edificante le recorría la columna. Desde el cuello, el trasero y los talones hasta el suelo y la profundidad de la tierra, Arthur estaba en casa. El tic desaparecería.

El realismo guiaba su trabajo. ¡Qué bien le sentaba volcarse en algo sensato, para variar! Había puesto fin al despropósito de perseguir a los archivillanos por callejuelas sumidas en la niebla con la ayuda de unos cuantos sabuesos con buen olfato. Había puesto fin a la magia, la fantasía y el romanticismo. ¡Qué frívolos eran los relatos de detectives, comparados con la realidad inamovible de la auténtica literatura! Desde que había jubilado a Holmes hacía tantos años, Arthur había probado suerte con la épica histórica, la aventura científica e incluso el horror. Había escrito acerca de gallardos caballeros embarcados en grandiosas andanzas, de damiselas sometidas a hipnóticos conjuros y de una malvada hechicera de lo oculto. Pero por fin había descubierto su vocación: las historias de guerra.

Inspirándose en sus experiencias en Transvaal, empezó una serie de relatos sobre los valientes que combatían en la jungla contra los incursos bóeres. Eran chicos duros, la mayoría de los cuales no habían cumplido aún los veinte años de edad; pero aun así, luchando bajo el calor abrasador, se hacían hombres. Las historias eran sangrientas, gráficas y, lo más importante: eran verídicas.

Una tarde en que estaba tomando el té, cayó en la cuenta de que, en siete días completos, las palabras «Sherlock Holmes» no se habían pronunciado una sola vez en su presencia. Ni se le habían pasado por la cabeza.

Al día siguiente sonó el timbre. Arthur estaba en su despacho, acabando un breve relato sobre un joven soldado escocés que caía en la emboscada de un jeque árabe en el desierto de Nubia, cuando lo oyó. El tintineo de la campana le sonó extraño. Hacía tanto que no oía el timbre que tardó unos instantes en ubicar el sonido. Alzó

la cabeza de su escritorio nuevo cuando lo oyó sonar una segunda vez. Eso le pareció raro. No esperaba ninguna visita, y cualquier repartidor se habría dirigido directamente a la entrada de atrás. El servicio de la casa andaba ocupado en un sinfín de tareas, pero a un huésped conocido deberían haberle hecho pasar de inmediato. Le habría costado explicar por qué, pero incluso el timbre de la campana sonaba de un modo extraño.

Creyó oír que abrían la puerta principal y luego una conversación en voz baja en el recibidor, pero desde tan lejos podrían haber sido susurros en cualquier punto de la casa. Dejó la pluma y esperó a que llamaran a su estudio. Transcurrió un minuto entero hasta que la espera dio su fruto y escuchó los tres leves golpes del mayordomo en la puerta.

—¿Sí? —preguntó.

—Disculpe, señor —dijo Barrow, el mayordomo—, pero hay una desconocida en la entrada. Ella... exige una audiencia con usted.

—¿Exige?

Y luego añadió, al cabo de un momento:

—¿Una mujer?

—Sí, señor. El nombre que me ha dado es Janet Fry.

Barrow entró en el estudio de Arthur y le entregó una hoja de papel en blanco.

—No traía tarjeta, pero me ha dicho que le diera esto y que usted entendería a qué hace referencia.

Arthur cogió el papel que el mayordomo le ofrecía y echó un vistazo al membrete. Antes incluso de que sus ojos se posaran en la imagen, supo lo que iba a encontrar. Ante sí había un cuervo de tres cabezas.

—Hazla pasar —dijo.

Dejó el papel sobre la mesa y apartó su relato.

—Y Barrow —añadió mientras el mayordomo salía—. No te alejes demasiado, haz el favor.

Barrow asintió y fue a buscar a Janet Fry para acompañarla al estudio.

Arthur se acercó corriendo a la librería que cubría por entero la pared norte del estudio. En uno de los estantes, al final de la hilera de libros, había una caja de madera. Arthur la cogió, abrió la tapa y sacó un viejo revólver. Nunca había servido en el ejército, salvo en calidad de médico, pero había visto a más de un hombre inspeccionar un arma. Examinó su pistola. Había una bala en cada agujero del tambor. El cañón estaba despejado. El percutor respondía a la presión de su pulgar.

Volvió a sentarse ante su escritorio, dejó el revólver bajo su inacabado relato y colocó las manos sobre el regazo al tiempo que Barrow abría la puerta del estudio y dejaba pasar a una de las jóvenes más bellas que Arthur hubiera visto nunca.

—La señorita Janet Fry —anunció Barrow antes de cerrar la puerta a su espalda.

Arthur parpadeó, como si intentase conjurar una ilusión óptica o un espejismo. Pero no, allí estaba ella. Desde su cabello moreno hasta sus ojos oscuros y hundidos, su rostro era seductor y siniestro a la vez, todo lo contrario que la apocada y expresiva Emily Davison. Janet era de hechuras anchas, y su expresión, una laguna negra y reflectante que devolvía a Arthur cualquier expresión con que la mirase. Se sintió atraído al instante por aquella joven, al tiempo que alargaba la mano derecha hasta posarla sobre el revólver.

—Si viene a matarme —dijo— puedo asegurarle que jamás se saldrá con la suya.

Janet descartó la insinuación de Arthur con una ligerísima elevación de las cejas. Cuando habló, lo hizo con voz calma, medida y, para gran sorpresa de Arthur, abrumada por la tristeza.

—¿Para eso cree que he venido? —preguntó—. ¿Para matarlo?

—No sería la primera vez que lo intenta. Su amiga Emily Davison me habló de su papel en la conspiración del paquete bomba.

Janet abrió aún más los ojos y miró a Arthur con expresión de súplica.

—Entonces ¿es cierto que la encontró?

—Sí.

—Me envió una carta. La noche en que murió. Decía que usted se había puesto en contacto con ella y que, aunque tenía sus dudas, creía que la ayudaría.

Arthur se habría reído si la situación no hubiese sido tan tétrica. Él no hubiese descrito del mismo modo el estado de las cosas tras despedirse de la señorita Davison.

—La atrapé, señorita Fry. La atrapé con las manos en la masa cuando estaba fabricando otra bomba. El único motivo de que no se encuentre en Newgate en este preciso instante es que está bajo tierra.

Janet se puso rígida, como si estuviera conteniendo un gran pozo de emoción tras la presa de piedra que era su rostro. Se sentó poco a poco, con cuidado, como una inválida. A Arthur le pareció que estaba usando todas sus fuerzas para no ceder a la pena, y que no le quedaba ni una pizca de energía para la tarea de sentarse.

—Ella...

Janet unió las manos con fuerza sobre el regazo. Era incapaz de mirar a Arthur a los ojos.

—¿Emily dijo algo de mí? ¿Le contó que éramos...? ¿Mencionó mi nombre?

—Dijo que usted era la chica más bella que había visto nunca. Que eran buenas amigas. Que habían sido inseparables, que compartían hasta el último secreto de sus vidas.

A Janet Fry se le entrecortó la respiración. Se diría que estaba ahogándose con el aire de su garganta. Al cabo de un momento, se inclinó hacia delante, dobló el cuerpo sobre las rodillas y vomitó.

Arthur llamó a Barrow. A juzgar por la velocidad con la que el mayordomo entró en el estudio, quedó claro que estaba esperando al otro lado de la puerta. Les llevó agua y paños húmedos. Janet estaba demasiado alterada para hablar mientras Barrow le limpiaba la bilis del vestido negro y le aplicaba un paño mojado sobre la frente. La chica se mecía adelante y atrás en su silla mientras Barrow se ocupaba de ella, como si la pena fuese una piedra en su estómago, el lastre que la mantenía aferrada al suelo mientras un vendaval zarandeaba su ancho torso de un lado a otro.

Chicas apuñaladas. Chicas tiroteadas. Chicas ahogadas. Chicas estranguladas.

Chicas llorosas. Chicas inconsolables.

Arthur observó cómo la bilis incolora goteaba desde los labios de Janet hasta su falda, pero la imagen no le horrorizó. Lo que horrorizaba a Arthur no era el dolor acongojante de aquella hermosa criatura, sino más bien la resuelta indiferencia de su propio corazón. Lo único que sentía eran unos gases, culpa del desayuno, que le subían por la garganta.

Supo entonces que el perverso motor del asesinato había obrado su efecto en él con la misma seguridad con que lo había obrado en Sally Needling, en Anna y en Emily Davison. El daño estaba hecho. Y ahora él también estaba contaminado por la sangre, abismado en una inerte indiferencia. No le había herido la violencia; le había encallecido. Y eso, comprendía al fin, era peor.

Cuando la señorita Fry se hubo aseado, Barrow le dejó un paño limpio y le sirvió una taza de té caliente. El chasquido de la puerta al cerrarse a la espalda del mayordomo precedió a un largo silencio en el estudio.

—Discúlpeme —dijo Janet Fry al cabo de un buen rato—. Yo también la quería. Era impulsiva, y albergaba una ira tan profunda

que resultaba imposible tranquilizarla con buenas razones. Pero era también brillante, y apasionada, y a veces se reía como... no sabría cómo describirlo... como si la vida misma fuera una especie de chiste obsceno que sólo ella oyese. Cuando le dio por empezar a hablar de bombas... Bueno, ahí fue cuando nos separamos. Yo no quería formar parte de aquello. «¡Nadie saldrá herido, tonta!», me decía. Pero se equivocaba, por supuesto; siempre hay alguien que sale herido. Para eso sirven las bombas, ¿o no? Para hacer daño a la gente. Discutimos. La dejé allí y tomé un tren de vuelta a la casa de mis padres en Norwich. Entiéndalo, estaba enfadada. Ella iba a echar a perder todo aquello en lo que creíamos enviándole a usted aquella bomba. Es una bendición que no le matara. Fue una estupidez tan grande... Pero yo ya le había escrito cartas antes. A usted. ¿Recuerda haberlas recibido?

Arthur no dijo nada, pero su silencio no dejaba lugar a dudas. Recibía muchas cartas.

—Sí —prosiguió la señorita Fry—, debe de recibir tantas... Necesitábamos su ayuda. ¡No se nos ocurría ninguna otra forma de conseguirla! Me alegro de que su estúpida bomba no le hiciera daño, eso es todo. Pero sí, yo estaba enfadada. No le respondí cuando me escribió. ¿Qué quedaba por decir? Era del todo imposible convencer a Emily cuando estaba decidida a hacer algo. No podría haberla detenido aunque lo hubiese intentado. Tiene usted que creerme.

Arthur absorbió el monólogo de la muchacha con tan sólo unos parpadeos a modo de respuesta.

—No me importa —dijo cuando estuvo seguro de que Janet había terminado—. Le ruego que se marche de mi casa.

Janet lo miró con expresión de incredulidad.

—Necesito desesperadamente su ayuda —suplicó.

—No me importa.

La joven le lanzó una mirada de horror y repugnancia como Arthur no había visto nunca en su vida.

—No era una santa ni un ángel, eso lo reconozco, pero era un ser humano. Yo la quería. Y la han asesinado.

—No me importa.

Esas palabras se habían convertido en un catequismo para Arthur, un cántico que era ritual y revelación a partes iguales.

—Y yo sé quién la mató, doctor Doyle. Sólo necesito su ayuda para demostrarlo.

—No me importa.

—Fue Millicent Fawcett. Tuvo que ser ella. Debió de enterarse de la existencia de nuestro grupo, las Morrigan. No sé decirle cómo nos descubrió, pero tuvo que ser así. Y por eso nos mató, una a una. Habría hecho cualquier cosa para impedir un cisma en la Unión. Era la única que tenía un móvil. ¿Quién si no podría querernos muertas? Y, desde luego, ella tenía medios suficientes. Nuestros nombres, nuestras direcciones. ¿La conoce usted? ¿Ha mirado a los ojos a esa mujer? No creo que haya sentido una sola emoción en todos los días de su vida. Para ella todo se reduce a la táctica, el mundo entero se rige en exclusiva por la política. Nos habría eliminado sin derramar una lágrima.

—No me importa.

—La policía lo conoce. Confían en usted. No les queda más remedio, ¿verdad? Usted es un hombre famoso. Un hombre. Un ciudadano de pleno derecho. Por usted, atraparán a una asesina.

—No. Me. Importa.

Janet Fry miró a las profundidades de los ojos de Arthur. Vio la ira que se había acumulado en su interior, y la implacable determinación de mantenerla a raya.

—Miente —dijo—. Sí que le importa. Pero es demasiado cobarde para hacer algo al respecto.

La muchacha se puso en pie y dejó el paño, ya frío, sobre el respaldo de la silla de madera. Hizo una reverencia y, con una mano en el picaporte, se volvió hacia Arthur.

—Así que váyase al infierno, me da igual —añadió—. Ya encontraré la salida yo sola.

Arthur no logró devolver su atención al escritorio hasta que hubo transcurrido un minuto desde la partida de Janet. Cuando puso las manos sobre la mesa, notó un bulto de acero bajo sus papeles. El revólver. Lo había olvidado por completo.

Volvió a guardarlo en la caja de madera del estante, con la certeza de que nunca más iba a necesitarlo. Regresó a su escritorio y respiró hondo. Desterró de su cabeza cualquier pensamiento sobre Janet Fry y Emily Davison y se concentró en su relato bélico, en la trampa del jeque y las aguerridas estrategias del pequeño regimiento escocés, consagrandó su jornada a la narrativa realista.

OceanofPDF.com

36

Un problema sin solución

Un problema sin solución
puede interesar al estudioso,
pero es difícil que no moleste al
lector corriente.

Sir Arthur Conan Doyle,

«El problema del puente de
Thor»

12 de enero de 2010 (continuación)

La doctora Gwen Garber era probablemente una de las mujeres más menudas que Harold había visto jamás. Sentada detrás de su escritorio, en su despacho del St. John's College, las montañas de libros apiladas frente a ella la hacían parecer diminuta. La doctora levantó la barbilla para colocar los codos sobre el escritorio y alzó la mirada hacia Harold y Sarah, como un niño en penitencia ante una cruz.

—Sí —dijo después de que Harold y Sarah le explicasen, educadamente y durante varios minutos, su propósito en Cambridge—. Alex Cale estuvo aquí hace unos pocos meses. Vino a consultar

la correspondencia de Stoker, así que pasó por aquí para hablar conmigo. En estos lares, soy la única que ha trabajado de verdad en esas cartas.

—¿Le dijo qué era exactamente lo que buscaba? —preguntó Harold.

—No lo recuerdo —contestó la doctora Garber, indagando en su memoria mientras se daba una serie de toquitos con el dedo en la barbilla—. Pero, sin duda, el señor Cale estará más que dispuesto a ayudarles en su investigación. Es un hombre cordial donde los haya, sí que lo es.

—Ha muerto —puntualizó Harold.

A pesar de todas las indagaciones que había llevado a cabo sobre la muerte de Alex, se percató de que era la primera vez que había tenido que anunciar la noticia.

La doctora Garber no pareció afectada, aunque puede que fuese porque apenas lo conocía. Pestañeó varias veces, como si esperara que Harold se corrigiese a sí mismo y reconociese que en realidad hablaba de una persona distinta. En ausencia de ningún tipo de corrección o adenda, se estremeció y bajó la mirada a sus zapatos.

—Lo siento. No sabía nada. ¿Eran... amigos?

—Manteníamos cierta amistad.

—Estamos prosiguiendo con sus investigaciones —intervino Sarah—, completando su trabajo.

—*In memoriam* —añadió Harold.

—Oh, vaya, es un gran detalle por su parte —dijo la doctora Garber—. Cualquier información que pueda proporcionarles, estaré encantada de serles útil. Es una verdadera lástima. ¿Pueden... pueden contarme qué sucedió? ¿Estaba enfermo?

—Murió asesinado —respondió Harold más rápido de lo que le habría gustado.

Sólo a posteriori se le pasó por la cabeza que quizás debería haber mentido. Aun así, paradójicamente, incluso la verdad resultaba más compleja.

—Es una posibilidad, mejor dicho —añadió sin convicción.

—Dios mío.

La doctora Garber pareció hundirse en su sillón mientras digería la noticia. Daba la impresión de que empequeñecía aún más si cabe.

—Todo lo que nos pueda contar sobre esas cartas, y sobre lo que Alex podría estar buscando en ellas, nos servirá para completar su obra —aclaró Sarah.

La doctora Garber la miró por un instante. Como de costumbre, Sarah parecía absolutamente convincente.

—De acuerdo, vayamos al archivo. Les explicaré todo lo que pueda por el camino.

La doctora Garber se puso un abrigo de invierno amarillo limón.

—Conservamos una exhaustiva colección de cartas de Stoker —comenzó—. Aunque, obviamente, a Alex sólo le interesaba su correspondencia con Arthur Conan Doyle. Eran buenos amigos, ya lo saben. Conan Doyle escribió una serie de obras que fueron representadas por un cliente de Stoker, Henry Irving, en su teatro. Y puesto que Stoker gestionaba tanto la carrera de Irving como el Lyceum, es natural que tuviese que discutir un buen número de asuntos con Conan Doyle. Ahí abajo hay un estupendo legajo de correspondencia que incluye específicamente los detalles de los diversos planes de pago que Bram había estipulado. Al contar sólo con el testimonio de uno de los interlocutores no se puede afirmar con certeza, pero todo apunta a que Stoker estafaba a Conan Doyle una parte de la recaudación en taquilla. Algo realmente curioso. Sin embargo, no creo que sea ésa la parte de la correspondencia que les interesa, ¿verdad?

—Lo sería en circunstancias normales —apuntó Harold—. Pero justo ahora... Una pregunta, ¿tiene usted alguna idea del periodo que Alex estaba estudiando? ¿Era el otoño de 1900?

—Sí... Sí, creo que sí. Cale intentaba reconstruir lo que fuera que Conan Doyle y Stoker estuviesen tramando en el otoño de 1900. Stoker había estado trabajando en una producción de *Don Quijote* en el Lyceum, y también tenía entre manos unos cuantos relatos. Pero creo que lo que le interesaba a Cale era lo que Stoker supiese acerca las actividades de Conan Doyle durante esos meses: octubre, noviembre y diciembre.

—Ése es el periodo que abarca el diario desaparecido —le explicó Harold a Sarah.

Ella le devolvió una mirada que indicaba no sólo que no necesitaba su aclaración, sino que tampoco la valoraba particularmente.

—Ah, sí —dijo la doctora Garber—. Eso me recuerda que Cale comentó algo acerca de un diario desaparecido de Conan Doyle que llevaba buscando desde hacía una eternidad. «Desde que comencé mis estudios de la sherlockiana», creo que fue la expresión que empleó. Era todo un personaje, ese Cale.

—¿Sabe si encontró algo sobre el diario desaparecido en las cartas?

La doctora Garber empujó las puertas que daban acceso al edificio de la biblioteca, se detuvo un instante y las mantuvo abiertas ante sí, como si anunciase la entrada de la realeza.

—Si le soy sincera, no lo sé —contestó después de pensárselo—. No pareció alegrarse de lo que había encontrado, de eso estoy segura. Se marchó a toda prisa en cuanto hubo terminado. Ni siquiera pasó a despedirse. Me crucé casualmente con él en el sendero de ahí atrás cuando yo iba de camino a dar una clase. Murmuraba entre dientes, muy excitado. Podría haber pensado que era un maleducado, pero con los años he conocido a no pocos

investigadores, y sé cómo pueden reaccionar. Como una *troupe* de actrices, siempre neuróticas por una u otra crisis.

Harold hizo todo lo que pudo por no mostrar su propia excitación. Cuanto más les contaba la doctora Garber, más prometedoras parecían aquellas cartas. Era obvio que su contenido había supuesto un punto de inflexión en las averiguaciones de Cale. La lengua de Harold se movía inquieta dentro de la boca, y se la mordió sin querer. En cuanto viese aquellas cartas, presentía, el misterio se desvelaría ante él...

Y aun así, cuando diez minutos más tarde la doctora Garber dejó a Harold y a Sarah solos en la sala de lectura subterránea de manuscritos raros, fue poco lo que se desveló al instante. Encerrados en aquella habitación climatizada y sin humedad, Harold colocó dos cajas de cartón sobre una mesita de madera. Estaban atadas con un cordel blanco y marcadas por unas fichas indexadas en las que se leía «STOKER, BRAM» y «CORRESPONDENCIA COMPLETA». También se indicaban los años de la vida de Stoker que abarcaba cada caja. Harold pasó la mano por debajo del cordel, como lencería fina al tacto de su corto y grueso dedo índice.

Incapaz de desatarlo, Sarah intervino para ayudarlo. Arañó el cordel con la gracia felina de sus uñas largas y finas y deshizo los nudos. Harold y Sarah sumergieron las manos con avidez en la caja de cartón y sacaron gruesas pilas de papeles en fundas de plástico. La letra estrecha y casi ilegible de Bram Stoker llenaba cada una de las páginas. Las hojas estaban forradas, una por una, con plástico brillante, y hojearlas provocaba en Harold una sensación de emoción y temor. A pocos milímetros de sus dedos, tras aquellas fundas de plástico transparente, se hallaban las emborronadas marcas de la pluma de Bram Stoker.

¿Desde dónde había escrito Stoker esas cartas? ¿Desde el estudio de su casa de... Kensington? Sí, exacto, en 1900 Stoker vivía en Kensington. Harold recordaba haberlo visto escrito en el diario de Conan Doyle, en el mismo volumen donde se mencionaba

que Stoker había instalado luces eléctricas en su casa ese mismo año; había sido una de las primeras casas particulares de Londres en tenerlas. Conan Doyle hablaba de la conmoción que experimentaba cada vez que visitaba a Bram bajo el resplandor de aquellas bombillas eléctricas. Harold se acercó las hojas plastificadas al rostro, en íntima comunión con los trazos de la pluma. ¿Qué decían?

Todo, y nada a la vez. Sarah y él se repartieron las cartas del otoño de 1900, en busca de alguna dirigida a Conan Doyle. Encontraron mensajes breves destinados a todo el clan familiar de los Stoker, dieron con misivas excesivamente obsequiosas a todos los profesionales de renombre de la escena londinense y hallaron incluso cartas de arrepentimiento dirigidas a Hall Caine, un escritor a quien al parecer Stoker había llegado a deberle una suma considerable de dinero. Pero no encontraron ninguna dirigida a Conan Doyle, salvo la copia en carbón del recibo de un único telegrama. El 1 de diciembre de 1900, Stoker envió un telegrama a Conan Doyle cuyo texto íntegro decía: «Ven enseguida. Por favor. B. S.».

Aquello era emocionante y exasperante a partes iguales. ¿Para qué necesitaba Stoker ver a Conan Doyle con tanta urgencia? ¿Dónde estaba la respuesta de Conan Doyle? Al fin y al cabo, ¿qué se traían entre manos aquellos dos?

Harold estaba seguro de que Stoker era la clave de todo lo que estaba ocurriendo, pero no era capaz de adivinar qué tramaba junto a Conan Doyle. Lo primero que se le ocurrió fue que habían escrito juntos un relato, pero eso no arrojaba ninguna luz sobre el misterio que se cernía sobre la pista final de Cale. ¿Por qué no habían hecho público ese relato, por muy malo que fuese?

Harold intentó imaginar la implicación de Stoker en otras de las actividades de Conan Doyle durante aquel periodo. ¿Había colaborado Stoker con él en alguna de sus breves y poco exitosas investigaciones para Scotland Yard? Ninguno de los periódicos de la época mencionaba nada sobre ningún descubrimiento de Conan

Doyle que revistiese un particular interés. Algunos académicos habían llegado incluso a comprobar los minuciosos archivos de Scotland Yard. Fuera lo que fuese que Conan Doyle hubiese estado tramando, no había supuesto gran cosa.

Curiosamente, Harold sí encontró una carta en uno de los montones dirigida a un tal «Inspector Miller, Scotland Yard». Bram le había escrito una breve nota de agradecimiento por su ayuda. «Le agradezco muchísimo su amable ayuda en Newgate», decía la carta. A Harold le pareció extraño, pero no sabía muy bien cómo interpretarlo. ¿Por qué habría escrito Stoker a Scotland Yard? Y Newgate... ¿Quería aquello decir que alguien había estado en la cárcel?

Tras una hora inmersos en el estudio de aquellas cartas no del todo legibles, la emoción de Harold se había esfumado. Entre todas las cartas que Bram Stoker escribió en el otoño de 1900, y hasta el invierno de 1900 y 1901, no había ninguna dirigida a Conan Doyle ni nada que pudiese haber sumido a Alex Cale en el estupor de la depresión.

—Nada, ¿verdad? —preguntó Sarah mientras dejaba un puñado de cartas sobre la mesa.

—Exacto. Nada.

Harold no sabía cómo proseguir.

—No hay nada más en estas cajas.

Harold no pudo más que asentir. Allí había algo, de eso estaba seguro. Pero ¿dónde? Su cabeza daba vueltas una y otra vez a las palabras del mensaje final de Alex Cale. Después las pronunció en voz alta.

—Los siglos pasados tenían, y tienen, poderes propios...

Dejó que la cita de *Drácula* fluyese poco a poco de su boca.

—Los siglos pasados... —repitió.

Era una frase preciosa, pensó Harold.

—Que la mera modernidad no puede destruir.

Qué conmovedora y poética también esa última parte: la mera modernidad.

—Existen cosas, cosas malvadas, tan antiguas que ni siquiera algo tan pequeño como la modernidad puede salir airosa de ellas. ¿Qué intentaba decirnos Cale sobre Stoker? ¿Por qué nos estaba guiando hacia sus cartas? ¿Qué sabía Stoker que Cale descu...?

Harold no terminó de formular la pregunta. El destello de inspiración en su mente fue repentino y discreto, igual que la sensación que había experimentado en el sillón del hotel. Había pasado por una fase de oscuridad; después, este momento; y ahora Harold había entrado en un periodo de luz. Harold simplemente había visto la luz.

—El diario ya no existe.

Tan pronto como Harold pronunció las palabras, la verdad se hizo aún más manifiesta.

—¿Qué quieres decir?

—El diario ya no existe. Se ha destruido. Tiene que ser eso. ¿Qué otra noticia podría haber afligido tanto a Cale? Recuerda. El diario no estaba en el hotel. Tampoco en sus dos pisos de Londres. En la nota de suicidio que encontramos en la Biblioteca Británica, ni siquiera decía que lo tuviese, sólo que sabía lo que había ocurrido con él.

—¿Y qué ocurrió con él? —preguntó Sarah.

—No existe. Nunca ha habido un diario que encontrar.

—No lo entiendo. Todo el mundo está de acuerdo en que Conan Doyle escribió el diario, ¿no es cierto? Escribió otras decenas de volúmenes.

—Sí, Conan Doyle lo escribió. Pero después se destruyó.

—¿Por qué lo haría?

—Fue otra persona.

—Entonces ¿quién?

Harold sonrió y señaló con un gesto las cartas.

—Bram Stoker.

Sarah torció el gesto. La noticia no era de su agrado. Pero Harold estaba exultante. La emoción de la inspiración, el placer del problema resuelto, se apoderaron de él. Conforme el rostro de Harold se iluminaba, el de Sarah se ensombrecía en igual medida.

—¿Cómo lo supo Cale? —preguntó ella.

—Tiene que estar en las cartas. Pero no en éstas, sino en otras posteriores. ¿Lo entiendes? Conan Doyle escribió el diario. Bram Stoker lo robó, o lo tiró, o algo por el estilo. Y luego debieron de intercambiar cartas al respecto. Así es como Cale lo supo. «La mera modernidad» no destruyó el viejo diario de Conan Doyle, lo hizo Bram Stoker.

Harold se levantó de un salto y pulsó el timbre para llamar a la encargada de la biblioteca. Sin perder un segundo, le pidió el volumen de cartas cronológicamente posteriores a las que estaban consultando en ese momento. Tuvo que cumplimentar un nuevo formulario de solicitud, que completó con impaciencia. Su propia letra no tardó en hacerse más borrosa e ilegible incluso que la de Stoker.

Harold tuvo que soportar quince minutos de agonía mientras la encargada iba a buscar las cartas y Sarah y él se veían obligados a esperar en la sala de manuscritos raros. Caminaba como un poseso de un lado a otro, con las manos a la espalda. Cuando alzaba los ojos para mirar a Sarah, la veía absorta en sus propios pensamientos. Había algo en su rostro, cierta sombra de preocupación o decepción, que le hacía creer que sus pensamientos diferían mucho de los suyos. No sabía qué era, y tampoco cómo preguntárselo.

Por fin, la empleada regresó con otra caja, atada con el mismo cordel blanco.

Habían transcurrido apenas cinco minutos cuando Harold encontró lo que andaba buscando, aunque a él le parecieron muchos

más. Sus dedos sudorosos resbalaban por el plástico suave mientras revolvía entre las páginas.

Querido Arthur —rezaba la carta que sostenía Harold—:
Tu enfado es comprensible, pero infundado. Cualquier cosa que haya hecho, no, todo lo que he hecho, ha sido guiado por el espíritu de amistad y buena voluntad que existe entre hombres como tú y como yo. Si ahora no me lo agradeces, confío en que algún día lo hagas desde las puertas del cielo, cuando, a solas, san Pedro te susurre la verdad de sus labios. Discutamos esto en persona, ¿te parece? Puedo pasar a verte cuando lo creas conveniente. B. S.

La siguiente carta seguía el mismo hilo.

Querido Arthur: Estos insultos llenos de amargura no son dignos de ti. Pero no tenemos por qué proclamar nuestras visiones opuestas en estas misivas. Sentémonos en tu estudio con una botella de brandy, como hemos hecho tantas otras veces, y discutamos este asunto. B. S.

La tercera carta transmitía aún más ira y animadversión entre ellos que las dos primeras.

Querido Arthur: Desiste por favor de este comportamiento infantil. Me temo que no puedo proporcionarte lo que me pides. Ha ardido en tu propia chimenea, desde el primer «elemental» hasta el amargo final. Y tus groseras e impropias cartas han ardido en la mía. Por favor, te lo ruego, deja que te haga una visita y debatamos juntos este asunto. Concédeme la oportunidad de explicarme y yo te permitiré lo propio. B. S.

Y eso era todo.

Harold siguió hojeando otras cartas, pero no encontró ninguna más dirigida a Conan Doyle en la caja. Sarah examinó los mismos montones, con idéntico resultado. Ninguno de ellos habló hasta convencerse de que eso era todo, de que allí se perdía el rastro.

—Tenía razón —verbalizó Harold una vez que su mente se hubo calmado—. Stoker robó el diario y lo quemó en la chimenea de Arthur. Ése es el secreto que ha estado oculto durante cien años. Nunca existió ningún diario perdido.

—Pero... —replicó Sarah—, pero eso es muy... ¿Qué ponía en el diario? ¿Por qué lo quemó Stoker?

—Creo que nunca llegaremos a saberlo —apuntó Harold—. Y ésa es la razón por la que Alex Cale se suicidó. Porque al final del misterio, en el desenlace de la historia que lo había obsesionado durante toda su vida adulta, no había ninguna solución. Así que construyó un nuevo misterio sobre su propia tumba. Algo que otra persona pudiese investigar. Escribió la palabra «elemental» en la escena porque leyó estas cartas y quería que lo supiésemos cuando las hubiésemos encontrado. «Elemental» no era el principio del

misterio, sino el final. Resulta irónico, imagino, pero parece muy obvio si lo piensas ahora. La verdad más terrible que Alex Cale podía concebir no era el oscuro secreto que pudiese ocultarse en el diario, sino que no existiese ningún diario. Que el secreto que había guardado entre sus páginas permaneciese oculto para siempre.

—Es de locos.

Sarah tenía razón, Harold lo sabía. Pero también comprendía perfectamente el razonamiento de Cale.

—Hay una cita de Conan Doyle —comenzó Harold—: «Un problema sin solución puede interesar al estudioso, pero es difícil que no moleste al lector corriente». —Harold soltó una risita—. Pero creo que Conan Doyle se equivocaba. En este caso, el problema sin solución también molestaba al estudioso —añadió.

—¿Se suicidó para preservar el misterio? Entonces ¿por qué dejó todas estas pistas?

—Se suicidó porque había fracasado en la vida. Jamás completaría su gran obra. Era imposible. Nunca lograría alcanzar el éxito que su padre deseaba, nunca lograría lanzar un ejemplar de su extensa y galardonada biografía de Conan Doyle sobre la tumba de su padre. Su vida había acabado. Puesto que se iba a matar de todas formas, ¿por qué no plantar una semilla?, pensó. No podía presentarse en la conferencia y decirle a todo el mundo que el misterio había terminado... Así que dejó un regalo. Para nosotros. Para mí.

Harold no sabía cómo interpretar la mirada que le lanzó Sarah en aquel momento. No era exactamente de repulsa, y tampoco de desesperación, sino de una especie de tristeza.

—¿Estás enfadada conmigo? —le preguntó por fin.

No sabía qué otra cosa decir. Seguía estando eufórico, aunque su entusiasmo empezaba a amainar.

—No —contestó Sarah—, claro que no.

La joven se levantó de la silla y se desperezó. Arqueó los brazos por encima de la cabeza, y después inclinó el torso y los cruzó sobre el pecho.

—Entonces ¿eso es todo? ¿Estás seguro? ¿El diario ya no existe? ¿Lo quemó Bram Stoker en la casa del propio Conan Doyle? ¿Nunca lo encontraremos ni sabremos lo que dice?

Harold se tomó unos segundos y repasó mentalmente la concatenación de acontecimientos que lo habían llevado hasta esa conclusión. Eran perfectamente metódicos, lógicos e impecables.

—Sí —dijo él—. Eso es todo.

Un pensamiento horrible se le pasó por la cabeza.

—No se lo vas a contar a nadie, ¿verdad? —preguntó—. Tu artículo. No creo que Cale quisiera que nadie... Él quería dejar un misterio. Quería que alguien siguiera las pistas, pero sólo una persona. Sólo el mejor. Y ése era yo. No quería que el mundo entero lo supiese. No puedes escribir sobre esto. Sé cuánto significa este artículo para ti, pero no puedes contarle a nadie lo que hizo Alex. Por favor.

Sarah se abrazó a sí misma con más fuerza.

—Claro —contestó—. Lo entiendo. No se lo contaré a nadie. —Se puso el abrigo y añadió—: Tu secreto está a salvo conmigo.

Harold se levantó también. Le había gustado compartir su victoria con alguien. Con Sarah. Había un enigma, una prueba, y él la había solucionado. Pero ahora su júbilo estaba empezando a dar paso a una sensación de vacío. ¿Por qué ella no estaba disfrutando del momento con él? ¿Por qué se había quedado solo para experimentar su triunfo?

—¿Te marchas? —preguntó.

—Sí. Creo que... Bueno, se acabó. No hay ningún diario. No hay nada de lo que escribir. Ha sido un placer conocerte.

Sarah le extendió la mano y, antes de que pudiese procesar lo que hacía, Harold se la estrechó educadamente.

—¿Qué ocurre?

—Adiós —dijo ella—. Eres muy, pero que muy inteligente.

Sarah recogió su bolso y pulsó el timbre. La empleada acudió rápidamente y le preguntó a Harold si él también se iba. No tenía más que decir salvo «No». La mujer acompañó a Sarah fuera y Harold se quedó solo, con una amalgama de pensamientos aún más confusos que las cartas garabateadas de Bram Stoker que tenía ante sí.

No fue hasta minutos más tarde, sentado en la tranquila y luminosa sala de lectura, cuando recordó la persecución en coche por las calles de Londres. La pistola. El hombre de la perilla. ¿Aún seguía buscando a Harold? ¿Y a Sarah?

Harold comprendió entonces que un problema sin solución no era una molestia, sino la sensación más desesperante y espantosa del mundo.

OceanofPDF.com

Una muerte en la familia

Las cosas que hacemos mal — aunque nos puedan parecer nimias en su momento, y aunque desde la dureza de nuestros corazones pasemos por ellas con ligereza— vuelven a nosotros con amargura cuando el peligro nos hace pensar en lo poco que hemos hecho para merecer una ayuda, y lo mucho para merecer un castigo.

Bram Stoker,

Bajo la puesta de sol

1 de diciembre de 1900

en enseguida —decía el telegrama—. Por favor.» En la firma
«**V** se leía simplemente «B. S.».

Arthur estaba enfadado, pero acudió de todas formas. Era el tipo de mensaje que Holmes siempre le enviaba a Watson en sus relatos, y Bram lo sabía. ¡Qué desfachatez! Volver a arrastrar a Arthur hasta ese espantoso asunto sin tener siquiera la gentileza de darle una explicación. Era un comportamiento impropio de un hombre de la talla de Bram, y aún menos de un amigo de su categoría. «Ven enseguida.» Por el amor de Dios. A Arthur le habría gustado pensar que Bram estaba por encima de esas triquiñuelas.

Arthur recibió el mensaje poco después de las tres de la tarde, y se las arregló para coger el tren de las 15.55 a Waterloo. Desde allí, no eran más que veinticinco minutos de trayecto en velocípedo hasta la casa de Bram en St. Leonard's Terrace, Kensington.

No imaginaba qué había descubierto Bram que fuese tan urgente como para que hacer que Arthur se perdiera su cricket diario y tuviera que ponerse en camino a la ciudad. No sería nada, seguro. Lo más probable era que Bram no quisiera aceptar la negativa de Arthur a seguir dedicándose a labores detectivescas. Pero incitarlo de esa forma... ¡Provocarlo prometiéndole más pistas! Era como poner ginebra barata ante las narices de un dipsómano en rehabilitación. Arthur no se olvidaría de ésta.

Ni tampoco, obviamente, mordería el anzuelo. Iría hasta St. Leonard's Terrace, eso sí, y comprobaría a qué venía tanto alboroto. Después le explicaría a su amigo, con calma y decisión, que ya no tenía edad para semejantes locuras. Si Bram deseaba continuar con sus indagaciones, Arthur no se interpondría en su camino. Pero por lo que a él respectaba, se había acabado entrevistar a más testigos y olisquear más manchas de sangre reseca. El telón había bajado y Arthur no volvería a pisar el escenario.

El número 18 de St. Leonard's Terrace era bastante más grande de lo que Arthur recordaba. Hacía cuatro años, Bram se había mudado allí desde el número 19 sólo para conseguir una planta más. El nuevo domicilio era una recreación exacta de la anterior, e imitaba incluso la ubicación de los jarrones en el salón. Era una

jugada muy típica de Bram: cara, algo caprichosa y, no obstante, minuciosa en su ejecución. Corrían rumores de que Bram se había visto obligado a pedir dinero prestado entre sus conocidos de la ciudad para poder costear el mobiliario nuevo. Unos decían que 600 libras tan sólo de Hall Caine, otros que hasta 700. Aunque siempre se rumoreaba algo, y Arthur prestaba poca atención a aquellas habladurías. Tampoco estaba en condiciones de preguntar. A esas alturas, tanto Bram como él conocían de sobra los pecados y defectos del otro. No había ninguna necesidad de echar más leña al fuego.

El mayordomo lo reconoció y, antes de que Arthur pudiese abrir la boca, profirió un educado «Por aquí, doctor Doyle».

—El señor Stoker lo está esperando —añadió el mayordomo para impresionarlo.

—Si bien sospecho que se llevará una desilusión al verme —replicó Arthur.

La casa era oscura y recargada. A pesar de que al sur descansaba sobre los parques abiertos del Royal Hospital, entraba poca luz de la calle. Las ventanas eran demasiado pequeñas, pensaba Arthur, e insuficientes. El salón parecía bañado por una penumbra principesca y costosa. La penetrante media luz convertía el oro y la plata del juego de té en bronce. El rojo exuberante de las pinturas al óleo colgadas de la pared se transformaba en un oscuro marrón ensangrentado.

Bram se volvió en su escritorio, y Arthur comprobó que estaba justo encendiendo un puro. El fósforo despidió una luz anaranjada hacia la habitación, sofocada al cabo de un instante por un soplo procedente de los labios de Bram. Una columna de humo ascendió en la oscuridad reinante.

—Me importa muy poco lo que tengas que decirme —comenzó Arthur—. No tengo el más mínimo interés en saber quién mató a Emily Davison.

Bram lo miraba fijamente.

—Muy bien —contestó por fin Bram—. Gracias por hacérmelo saber. Pero ésa no es la razón por la que te he pedido que vengas.

—Ah —fue todo lo que Arthur pudo ofrecer como respuesta.

No se le había pasado por la cabeza que Bram quisiera hablarle de otra cosa que no fuese un asesinato.

—Oscar ha muerto.

A Arthur le costó un buen rato comprender a qué se refería Bram.

—¿... Wilde? —preguntó Arthur poco convencido.

Bram asintió. ¿Quién si no podía ser?

Arthur tomó asiento en una lujosa silla. Dejó que su cuerpo se desplomase sobre ella como si estuviera cayendo de espaldas por un acantilado.

—¿Dónde? —preguntó—. ¿Cuándo?

—París. ¿Sabías siquiera dónde estaba? Yo no. Llevaba dos años instalado en el hotel d'Alsace. Jamás le envié una carta, ni siquiera una triste nota. ¿Y tú? No. Claro que no. Murió ayer, no sé a qué hora. No ha podido ser otra sino Florence quien recibiese un telegrama esta mañana y me informase. —Bram suspiró y continuó —: Desde que salió de la cárcel no le hemos dedicado ni siquiera una palabra amable, ¿no es cierto? Abandonamos al pobre tipo para que se ahogase en el alcohol y mandase su vida a la mierda en el continente.

Arthur no se tomó a bien la acusación implícita en el tono de Bram.

—¿Y qué se suponía que debíamos hacer? —replicó Arthur—. Oscar tenía... tendencias. Se sentía inexorablemente atraído por el pecado. Que un gran hombre como él cayese tan bajo por culpa del vicio es una tragedia. Pero el culpable de esta historia es el vicio; ni tú, ni yo.

—¿El vicio? —le espetó Bram—. ¿Acaso crees que es eso lo que lo mató? No. Un vicio es algo que puede ser digno de alabanza en su justa medida, pero resulta espantoso si se abusa de él. Una onza de morfina es magnífica, pero un galón se convierte en vicio. El sano deseo por tu propia esposa, eso es una virtud. Pero el deseo compulsivo por otra, eso... eso es un vicio que no acarrea nada bueno.

Bram miró directamente a los ojos a Arthur, quien se preguntaba si se estaba refiriendo a Jean, si lo estaba juzgando. Bueno, ¿y qué si lo hacía?

—No —prosiguió Bram—. No fue el vicio lo que mató a Oscar. Fue la soledad.

—¿Recuerdas la noche en que nos conocimos, él y yo? —le preguntó Arthur—. ¿En aquella cena en el Langham? Espera, no, tú no estabas. La daba Joseph Stoddart, de *Lippincott's*. Oscar era delirantemente divertido, un personaje que llamaba la atención. Una velada que nunca olvidaré. Oscar me confesó que admiraba mi obra. Stoddart nos encargó sendas novelas esa misma tarde, ¿lo sabías? Oscar escribió su *Dorian Gray*, y yo *El signo de los cuatro*.

—Y después —añadió Bram— acabó en la cárcel. Y tú en una audiencia con la reina. Ah, por cierto, cuéntame, he olvidado preguntártelo: ¿han aprobado ya tu nombramiento de sir?

—No es tan sencillo como lo pintas, ¿entendido? No es como si lo hubiesen encerrado por la publicación *Dorian Gray*, y *El signo de los cuatro* fuese la causa inmediata del título que todos dicen que pronto me concederán. Hubo una serie de pasos intermedios. Cada uno tomó un camino distinto, ¿no lo ves?

—Sí, Arthur. Lo veo.

Pasaron un buen rato en silencio: Bram daba caladas a su puro mientras Arthur dejaba que su mente navegara en la fantasía de los recuerdos. De Oscar, lo que mejor recordaba eran las cenas. De otros hombres eran las tardes de deporte, o las madrugadas frente a una botella de brandy. Pero Arthur siempre recordaría a Oscar

durante las cenas. Presidiendo el centro de una larga mesa, con seis invitados dispuestos a cada lado ante él, como alas. Todas las cabezas vueltas hacia su figura con avidez, deseando oír la siguiente broma, la siguiente ocurrencia extravagante y deliciosa. Arthur recordaba las palabras pronunciadas por Oscar, pero también la forma en que se nutría de la atención y las risas. Oscar era simplemente ingenioso en el tú a tú, pero resultaba desternillante en un grupo de doce. Como si, en ausencia de público, el esfuerzo no le mereciese la pena.

—Está oscureciendo —dijo Bram de repente.

Arthur no pudo más que admitir que era cierto. La luz del sol al otro lado de las ventanas apenas se veía. Bram se puso en pie y se acercó a un pequeño interruptor cerca de la puerta. Lo desplazó hacia arriba, y la habitación estalló.

O eso, hasta que sus ojos se adaptaron al deslumbrante resplandor, le pareció a Arthur. Cuando la blancura cegadora remitió y sus ojos volvieron a percibir el color, se dio cuenta de que en los apliques de las paredes, y en los brazos del candelabro en miniatura del techo, había bombillas eléctricas. Aquellos tubos de vidrio de seis pulgadas emitían una luz de un blancor que Arthur nunca antes había visto.

—Ah, ¿no te había enseñado mis luces? —le soltó Bram—. Me las instalaron en verano. Habrás visto las del alumbrado público en las calles, aunque éstas son más pequeñas. De uso doméstico. Carísimas. A ti no me importa decírtelo, ¡pero míralas! Me siento como si echara el humo del cigarro sobre las nubes del mismísimo cielo.

Para ilustrar su afirmación, Bram exhaló una nube de humo en forma de corazón hacia uno de los apliques, cuyo resplandor parecía incendiarlo.

Arthur pestañeó, intentando liberarse de las manchas rojas y anaranjadas que bailaban delante de sus ojos. Cuando lo consiguió y recuperó por completo la visión, volvió a inspeccionar el salón de Bram.

Los colores eran los propios del esplendor medieval. El rojo era rojo puro y el azul, azul puro. Las sombras de las sillas marcaban precisas aristas negras sobre las doradas alfombras persas. Todo era nítido, visible e inerte. Arthur pensó que la habitación que antes parecía un Miguel Ángel ahora se asemejaba más a una tabla medieval. La afilada cuchilla de la electricidad había despojado de impurezas los grises y marrones, voluptuosos y espeluznantes, del claroscuro de la luz de gas.

—Son una maravilla —admitió Arthur, con una punzada de duda en la garganta.

—Lo son —asintió Bram—. Y, sin embargo, tu voz delata que hay algo en ellas que te molesta.

Arthur miró a su alrededor y se sintió a la deriva frente al flamante resplandor del progreso.

—No sabría explicarlo con exactitud —se justificó—. Pero, en cierta forma, me entristecen.

—Entonces ¿tú también lo notas?

—No sé muy bien a qué te refieres.

—Es el final de una era —explicó Bram—. Y el principio de una nueva. El siglo XX. Suena raro, ¿verdad? Los calendarios ya han cambiado. Y ahora perdemos a Oscar. Ni siquiera Victoria durará para siempre. Aunque si por ella fuese, lo intentaría.

—¡Calla! No hables así.

—Oh, vamos. Edward no puede ser tan malo. Espera y verás.

—Quizás —dijo Arthur— lo que me entristece no sea el paso del tiempo, sino la extraña sensación de ser consciente de ello mientras sucede. Estamos acostumbrados a demarcar la historia en retrospectiva, a trazar las líneas a posteriori. Son los académicos quienes separan un periodo de otro. ¿Sabía Constantino que estaba al mando de algo más que el tumulto natural de un imperio? ¿Sabía Newton que había llegado a lomos de la ola de la revolución, como Afrodita sobre su concha? Es más, ¿hubo alguien que se percatara

de los vientos de cambio a su alrededor? ¿Eran ellos tan conscientes de sí mismos como lo somos nosotros? Aunque supongo que tienes razón —prosiguió—. No puedo concebir que un hombre note cómo le arden los ojos bajo la luz eléctrica y no sienta la repentina evidencia de la historia.

Bram sonrió.

—La «evidencia de la historia» —dijo paladeando cada sílaba—. Me gusta.

Bram hizo una pausa y miró a Arthur de arriba abajo con curiosidad.

—¿Has vuelto a escribir? —le preguntó—. ¿Estás trabajando en nuevas historias?

—Sí —respondió Arthur, sin estar seguro de adónde quería llegar Bram.

—Tu discurso siempre se vuelve algo más poético cuando estás escribiendo. Es algo de lo que me he ido percatando con los años. Lo encuentro fascinante, de veras.

Bram contuvo la respiración y se rascó la barba. Arthur presentía que Bram se estaba preparando para abordar un tema delicado. Cuando su amigo volvió a hablar, sus sospechas se vieron confirmadas.

—¿Holmes?

—¡Demonios! ¿Tú también? ¡No! —exclamó Arthur—. Ya tengo bastante con la presión de mis editores. No. No he estado escribiendo sobre Sherlock Holmes.

—Lo que tú digas. Es sólo que se me pasó por la cabeza... Veamos, ¿cómo podría decirlo? No ha habido otro hombre que haya sentido tu «evidencia de la historia» más que Sherlock Holmes.

—No escribiré más historias sobre Holmes, ¿entiendes? Creía que ya había dejado las cosas más que claras al respecto.

—No me importa que lo hagas ni que no lo hagas —le espetó Bram—. Aunque al final lo harás. Es tuyo, hasta que la muerte os separe. ¿De verdad creías que murió para siempre cuando escribiste «El problema final»? No lo creo. Creo que siempre supiste que regresaría. Pero cuando quiera que vuelvas a coger la pluma, éste es mi consejo: no lo traigas al presente. No expongas a Sherlock Holmes a la luz eléctrica. Deja que siga habitando bajo el parpadeo misterioso y romántico de la lámpara de gas. No lo resistiría, ¿lo entiendes? El resplandor lo derretirá y acabará con él. Era el hombre de nuestra época, mucho más que Oscar. O que nosotros. Déjalo donde le corresponde, en los últimos días de nuestro siglo pasado. Porque dentro de cien años yo ya no le importaré a nadie. Ni tú. Ni Oscar. Hace años que Oscar dejó de importarnos y, ¡diantres!, supuestamente éramos sus amigos. No, lo que se recordará son las historias. Se recordará a Holmes. Y a Watson. Y a Dorian Gray.

—¿Y a tu conde? ¿Cómo se llamaba? De aquella pequeña provincia...

Arthur dejó la frase a medias. Rebuscó en su memoria el nombre de aquel arcaico reino, pero no dio con él.

—... Transilvania —apuntó Bram cuando se hizo evidente que Arthur no se acordaría del nombre—. Era de Transilvania. No, no lo recordarán. No inspiró la imaginación de un pueblo, como hizo tu Holmes. Fue mi gran fracaso. —Bram rio con amargura—. El conde como se llame.

—Perdona, Bram —se disculpó Arthur—. Lo siento, de verdad. Sé que le has dado a esa novela la sangre de tus venas. Y yo pensé que era algo extraordinario, te lo digo sinceramente. —Arthur hizo una pausa y añadió—: ¿Es ésa la razón por la que la muerte de Oscar te ha abatido tanto?

—Sí, supongo que sí. Tratamos al pobre hombre como una hoja de papel usado. Pero guardaremos sus historias como un tesoro, para siempre. Al menos, los cuentos de Oscar le sobrevivirán. Pero ¿qué quedará de mí?

—El hombre no es nada. La obra lo es todo. ¿Es ahí donde quieres llegar?

—Sí.

Bram hizo una pausa.

—Eso es de Flaubert, ¿verdad? —preguntó.

—Sí.

—Y todavía lo recordamos.

Bram volvió a reír con amargura.

—Mis historias —dijo Arthur—. La ciencia de la deducción. El detective que sigue la lógica. La solución convenientemente presentada en un grato desenlace. No son más que sandeces.

Bram sonrió.

—Lo sé. Por eso las necesitamos.

Arthur consideró la idea.

—Ya he pasado página —concedió tras una larga pausa—. He estado trabajando en el realismo. En la Historia.

—El realismo —repitió Bram—. El realismo, en mi opinión, será algo fugaz. Lo que perdurará para siempre será la novela romántica.

—¿Y qué hay de mí? ¿Perdurará mi nombre?

La expresión en la cara de Bram se hizo amarga y adusta.

—No lo sé, amigo mío. Sólo diré una cosa: el mundo no necesita a Arthur Conan Doyle. El mundo necesita a Sherlock Holmes.

—¡No! —exclamó Arthur con brusquedad—. No. Soy mejor que él, ¿no lo ves? No dejaré que me humille. Perduraré más que él, lo eclipsaré.

—Arthur...

—Wilde está muerto y olvidado, ¿es eso lo que dices? ¿Que todos estamos abocados a la tumba y a la amarga oscuridad?

Maldita sea, no. No dejaré que Holmes se salga con la suya.

—¡Si ni siquiera existe! —alegó Bram, aunque no servía de nada.

—¿Y el asesino de Emily Davison? —replicó Arthur—. Él existe. Y lo arrastraré hasta su tumba antes de desenterrar al maldito Holmes de la suya. Holmes no salvará a Emily Davison; yo lo haré.

—Arthur —dijo Bram con serenidad—. Nadie va a salvar a Emily Davison. Está muerta.

Arthur se detuvo, mudo por un instante, mientras pestañeaba bajo las luces eléctricas.

OceanofPDF.com

38

El Pickerel

Cualquier verdad es mejor que
una duda infinita.

Sir Arthur Conan Doyle,

«El rostro amarillo»

15 de enero de 2010

Harold se pasó los tres días siguientes enfurruñado, nadando entre copas de bourbon y la neblina húmeda de Cambridge. Debía marcharse, lo sabía. Debía abandonar Cambridge, porque ya no tenía nada que hacer allí. Pero irse de Cambridge significaba regresar a Londres, significaba subirse a un avión en Heathrow y viajar en dirección oeste, sobrevolando la escena del crimen en Nueva York, hasta llegar a su apartamento de una sola habitación en Los Ángeles.

En el instante en que decidiera marcharse de Cambridge, regresaría la vida real, minuto a minuto, y ella lo llevaría hasta la puerta de su propia casa, hasta poner los pies sobre un sucio felpudo en donde se leía «Bienvenido». Giraría la llave, se

encerraría dentro, y nada de aquello habría sucedido jamás. El pensamiento era más espantoso de lo que Harold podía soportar.

Debería enviarle un mensaje a Sebastian Conan Doyle, eso también lo sabía. En teoría seguía trabajando para él, por lo que debía informar a aquel tipo y contarle que la investigación por la que había pagado había concluido. El diario había ardidado hacía cien años, y ya nadie, ni siquiera Sebastian Conan Doyle, podría sacar ningún provecho de él. No obstante, Harold seguía esperando. Porque si llamaba a Sebastian, si le mandaba un correo electrónico, estaría un paso más cerca de tener que afrontar el final de todo aquello.

Pero, lo admitiese o no, el final había llegado. No podía posponerlo, ni siquiera a base de alcohol, o de largos paseos sin rumbo por los jardines de la universidad. Tampoco podía posponer el final comprobando el correo, preguntándose cada cinco minutos si Sara habría llamado.

Así que volvió a revisar las cartas. No porque pensara que hubiese nada pertinente en ellas, pues estaba más que seguro de que no lo había. Cuantas más cartas leía, más convencido estaba. Harold seguía estudiándolas porque era la única forma de no tener que marcharse. Por ahora se conformaba con seguir allí, en la misma sala de lectura claustrofóbica, entre las mismas paredes sin humedad donde había estado con Sarah. Pensó en ella levantándose, cogiendo su abrigo, despidiéndose con un saludo educado.

Harold no sabía adónde había ido, ni siquiera de dónde había salido. Realmente sabía muy poco de ella. Y nunca sabría más. Como el resto de su aventura, Sarah sería un secreto que guardaría para sí. Una cuestión de orgullo, hasta cierto punto, que nunca podría compartir con nadie.

El Pickerel, un viejo pub de Magdalene Street, se convirtió en su segundo hogar. Estaba cerca de su hotel, y relativamente libre de universitarios chillones en busca de un ligue. Era oscuro y mantenía bajo el volumen de unos televisores que siempre emitían fútbol.

Con eso le bastaba; al menos, durante las tres últimas noches. Harold se concentró en sí mismo y en unos libros que había comprado en una tienda de la misma calle. No eran de Holmes. Ni siquiera eran de misterio. No sabía cuándo podría volver a leer nada del canon, pero habría de pasar bastante tiempo.

Por alguna extraña razón, la desagradable sensación de que jamás conocería el secreto contenido en el diario le molestaba menos que la idea de que sus indagaciones hubieran llegado a su fin. No lo martirizaba el desasosiego por la falta de respuestas, sino la melancolía por la rapidez con que las había obtenido y su aparente rotundidad. Harold se descubrió a sí mismo anhelando preguntas, no respuestas. Algo más. Comprendió que, por muchas historias que hubiese leído, no estaba en absoluto preparado para ese momento: los días de calma posteriores al climax, en los que el mundo seguía su inexorable curso. Había leído cientos y cientos de momentos de revelación, de gestos extraordinarios de esclarecimiento en los que el tejido desgarrado de la vida se había remendado hasta quedar de nuevo unido, como si nada hubiera ocurrido. Había leído cientos de finales felices, y cientos de finales tristes, y se había contentado con ambos. Lo que no había leído, ahora se daba cuenta, eran los momentos que seguían a los finales. Si Harold creía en las historias porque presentaban un mundo comprensible, entonces ¿qué ocurre cuando el mundo se comprende, y esa comprensión no significa nada para nadie excepto para ti y el vaso vacío de bourbon que tienes entre las manos? Harold había comprendido que no encontrar una solución habría sido horrible, pero nunca antes se le había ocurrido que encontrar una, y después tener que seguir viviendo con ella, podría ser peor.

Una frase seguía parpadeando a través de sus ebrios pesares. «Noveluchas de tres al cuarto». Al no tener a nadie más con quien reírse, rio para sí. Era una expresión mucho más acertada de lo que pensaba, pues la historia en la que había estado viviendo había acabado siendo fugaz, superficial y barata. Un breve destello de magia insignificante que no entretenía más que a los simples. Un cuento de tres al cuarto, que no valía ni siquiera eso.

El golpecito en el hombro llegó en el momento en que intentaba alcanzar más *pretzels*, con el brazo colgando al otro lado de la larga barra de madera en busca del diminuto bol de plástico. Fue una insistente serie de golpecitos rápidos en la espalda: uno, dos, tres, justo en la parte baja del omóplato. Se volvió, girando sobre el taburete, y no vio a nadie detrás de él. Qué raro.

Harold oyó una tos y miró hacia abajo. Allí dio con una especie de gnomo tocado con un casco negro que lo miraba fijamente. Tragó, pestañeó y reconoció el rostro de la doctora Garber. Al estar sentado en un taburete alto, la coronilla de ella apenas le llegaba al ombligo. La mujer sonrió.

—¡Harold! —exclamó, como si de veras se alegrase de verlo.

—Hola —respondió él.

No estaba en absoluto de humor para charlas, de modo que se alejó un par de centímetros para colocarse más cerca de su copa intentando ser sutil.

—¿Dónde está su amiga? ¿Sarah?

Al parecer, la sutilidad no había funcionado.

—Se fue. Se... Tuvo que marcharse.

Harold estaba demasiado cansado como para inventar una buena mentira. De todas formas, era un mentiroso pésimo.

La doctora Garber frunció el ceño y le dedicó a Harold una mirada de preocupación.

—¿Una pelea de enamorados? —preguntó en un tono tan comprensivo como juguetero.

—No exactamente.

—Bueno, seguro que hacen las paces —dijo la doctora Garber mientras se sentaba de un brinco en el taburete que había a su lado.

Harold no era consciente de haberla invitado a que se le uniera.

—Me gusta verles juntos, hacen buena pareja —continuó la doctora Garber.

Harold no le proporcionó ninguna respuesta, sólo asintió varias veces con la cabeza y siguió tomando bourbon. La doctora Garber daba sorbos a su bebida, algo transparente y con gas, seguramente un *gin-tonic*. Cayó en la cuenta de que no tenía intención de marcharse, y pensó que lo mejor que podía hacer era cambiar de tema. Así, al menos, no tendría que seguir hablando de Sarah.

—Gracias por su ayuda con las cartas. Creo que hemos encontrado todo lo que buscábamos.

—¡Estupendo! ¿Están ya más cerca de hallar el diario desaparecido de Conan Doyle del que hablaba Cale?

—Bueno... No.

Harold comprendió que iba a resultarle más difícil eludir el asunto que afrontarlo, de modo que quizá lo mejor fuera darse por vencido.

—El diario ardió. Stoker lo quemó en 1900. Se lo confiesa a Conan Doyle en una de sus cartas.

—Hmm —reflexionó la doctora Garber—. Entonces ¿era por eso por lo que quería que se vieran?

—¿Que se vieran?

—Sí. El encuentro que Stoker intentaba fijar una y otra vez. Yo misma me he preguntado siempre el porqué de tanto interés. ¿Vio las notas de la secretaria de Stoker en el Lyceum? Estuvo presionando a Conan Doyle durante meses para que se encontrara con Stoker, con la excusa de discutir ciertos asuntos financieros.

Harold frunció el ceño. Entre las cartas no había visto ninguna correspondencia entre la secretaria de Stoker y Conan Doyle.

—¿Esas cartas están también ahí abajo?

—Ah, supongo que no, ahora que lo menciona. No eran propiamente de Stoker, así que están archivadas en otro sitio. No

recuerdo a qué universidad han ido a parar, pero se conservan en alguna otra colección menor de Stoker. Quizás en Austin, de hecho. Todos los mensajes de la secretaria de Stoker están dirigidos a la de Conan Doyle, de modo que no revisten demasiado interés. La mayoría tratan acerca de impagos de la parte de beneficios que correspondía a Conan Doyle por sus obras, o para asegurarse de que reservaban buenos asientos para sus amigos. Pero si mal no recuerdo, se pasa el otoño y el invierno de 1900 intentando por activa y por pasiva concertar un encuentro entre los dos hombres.

—¿Un encuentro?

—Sí.

En ese instante, Harold adquirió plena conciencia de la cantidad de bourbon que fluía por su organismo. Y, por primera vez en días, se vio a sí mismo luchando contra él. El licor había cumplido su función, socavando y anulando cualquier pensamiento racional de las cuarenta y ocho horas previas, pero ahora Harold deseaba con todas sus fuerzas poder pensar. Y hacerlo con claridad.

—¿Dónde? —preguntó Harold.

Sus labios se movieron lentamente. Temía la respuesta que ella pudiera darle.

—¿Dónde quería quedar Stoker? —preguntó a su vez la doctora Garber.

—Sí. En las cartas que leí, Stoker hacía referencia una y otra vez a su deseo de ver a Conan Doyle en su casa, en su estudio. No me pareció que fuese un dato de interés en su momento, pero... Ay, Dios mío... ¿De verdad que acabo de...? Está bien, intente recordar: en la correspondencia entre las secretarías de Stoker y Conan Doyle, ¿le propuso la secretaria de Stoker algún sitio en particular en el que él quisiera citarse? Como, por ejemplo, ¿el estudio de Conan Doyle?

La doctora Garber hizo un gesto de extrañeza. El repentino ataque de intensidad de Harold parecía haberla asustado.

—No estoy segura —comentó mientras sorbía su cóctel transparente e intentaba obviar la seriedad de Harold con una sonrisa—. ¿Es importante?

—Por las cartas que se conservan, sabemos que Conan Doyle echó en falta su diario. Siempre escribía en su estudio, y sabemos, gracias a los volúmenes que se han encontrado, que es ahí donde los guardaba. Sabemos que Stoker estuvo implicado en la desaparición del diario. Si no, ¿por qué estaba Conan Doyle tan seguro de que Stoker se lo había llevado? Pero Conan Doyle no supo que había sido destruido, o quemado, hasta que Stoker se lo contó en una carta. Por lo que Conan Doyle no vio el fuego encendido en el estudio, por ejemplo. Stoker debió de quedarse a solas, y lo robó. Pero ¿y si realmente no lo hubiese quemado?

—¿Por qué no habría de quemarlo —preguntó la doctora Garber— si estaba intentando deshacerse de él?

—No lo sé —respondió Harold—. Quizás no tuvo tiempo. Quizás Conan Doyle entrara en el estudio. Puede que algo se lo impidiese.

—¿Qué habría hecho con el diario, entonces?

—Esconderlo. Esconderlo en el propio estudio de Conan Doyle.

—¡Las cartas! —exclamó la doctora Garber.

La cara se le iluminó. Se había metido en el papel mucho más rápido que Sarah, sin duda.

—¡Por eso piensa que Stoker estaba tan desesperado por quedar con Conan Doyle en persona! Para poder regresar a su estudio.

—Sí —asintió Harold, impresionado con el razonamiento de la doctora Garber—. En la correspondencia entre las secretarías, ¿se mencionaba también un encuentro en la casa de Conan Doyle?

—No lo sé —contestó la doctora tras reflexionar unos instantes—. Es muy probable que sí. Sólo que no me acuerdo.

La emoción se extendió por el cuerpo de Harold, hormigueándole en cada centímetro de la piel. ¿Se estaba haciendo ilusiones infundadas? ¿Se estaba engañando a sí mismo para creer que el misterio no estaba resuelto, que se podía hacer algo más? Comprendió que eso no importaba. Con independencia de que la pista fuera real, o simplemente el vago recuerdo del fragmento de una nota irrelevante escrita cien años atrás, revelado de pasada en una conversación frívola, se trataba de una razón para no tirar la toalla.

—Me parece un motivo suficiente para seguir adelante —concluyó Harold tras beberse de un trago lo que le quedaba de bourbon.

—Pero ¿adónde irá? Incluso si Stoker hubiese escondido el diario en el estudio de Conan Doyle en 1900, ¿de qué le sirve eso para encontrarlo ahora? ¿Dónde lo va a buscar?

Harold se levantó y recogió su abrigo.

—Creo que empezaré buscando en el estudio de Conan Doyle —le explicó, exhibiendo una sonrisa de oreja a oreja.

OceanofPDF.com

39

El impresor

No creo que debas temer por Sherlock. No soy consciente de que le flaqueen las fuerzas, y mi trabajo no es menos concienzudo que tiempo atrás [...]. Descubrirás que Holmes nunca estuvo muerto, y que ahora está más vivo que nunca.

Sir Arthur Conan Doyle,

en una carta a su madre, Mary
Doyle, abril de 1903

3 de diciembre de 1900

La cadena de razonamientos que llevó a Arthur desde la casa de Bram, el martes, hasta la fachada de la imprenta Stegler & Sons Printing House en el Strand, el jueves, era bastante sencilla. Es más, antes de que Arthur pusiera el pie en la pequeña escalinata

de entrada de la imprenta, ya estaba verdaderamente sorprendido de haber tardado tanto en llegar hasta allí.

Sin duda, había dado algunos rodeos en sus indagaciones. Cuando Arthur decidió reabrir el caso, después de marcharse de la casa de Bram, pasó por un periodo inicial de incertidumbre, y de preocupación por su capacidad de deducción. Ahora que se había decidido a encontrar al asesino de Emily Davison, la cuestión era cómo pretendía realmente ponerse manos a la obra.

Expuso ante sí los datos con los que contaba. Eran los siguientes: un caballero, descrito simplemente como un hombre alto, ataviado con una capa larga y negra, y de voz aguda, propuso matrimonio, después desposó y luego asesinó a dos miembros de las Murrigan, Sally Needling y la misteriosa «Anna». Cometió esos crímenes en el intervalo de unos meses, y ambos matrimonios se celebraron en secreto. Era de suponer, y sin duda así lo creía Arthur, que al principio esos matrimonios se habían mantenido en secreto incluso entre las jóvenes en cuestión. Meses más tarde, ese hombre había entrado a escondidas en la casa de Emily Davison y la había golpeado salvajemente hasta matarla. Era extraño, pensaba Arthur, que ese crimen no encajase en el patrón de los otros. ¿También había cortejado primero a Emily Davison? Arthur no imaginaba a la muchacha que él había conocido cayendo rendida a los encantos de aquel hombre, quienquiera que fuese, como sí lo habían hecho sus compañeras. Así que, ¿quién era?

Arthur pasó una mañana entera reflexionando sobre las sospechas de Janet Fry respecto a Millicent Fawcett, pero cuanto más lo pensaba, menos convincente le parecía el argumento. Primero estaba el tema del novio que acompañó a las muchachas hasta su muerte. Sí, Millicent podía haber contado con la ayuda de un cómplice, pero incluso si estuviese dispuesto a reconocer que Fawcett llevaba el instinto asesino en sus genes —y él no lo veía nada claro después de su actuación en la conferencia sufragista—, ¿habría optado por la violencia?

Quienquiera que hubiese ideado los asesinatos era un hombre, de eso Arthur estaba seguro. Sabía algo que Janet no. Él había visto de cerca el cadáver ensangrentado y magullado de Emily Davison, y había comprobado la ira con que se habían ensañado en su cuerpo. Sólo un hombre que odiase a las mujeres con una pasión que Arthur apenas alcanzaba a imaginar podría descargar tal violencia.

Arthur contaba con pocas pistas respecto a la identidad del hombre, si es que acaso contaba con alguna. Si bien concluyó que, más que las pistas, más que las pruebas, quizás fuese la propia razón la que lo ayudase a descubrir qué había sucedido.

El asesino habría tenido que conocer a las tres muchachas, lo que significaba que era de lo más probable que estuviese al tanto de la existencia de su organización secreta. Dos podría haber sido una coincidencia, pero tres, no. Sin embargo, no podía haber conocido bien al grupo, pues de lo contrario les hubiera resultado difícil mantener en secreto sus respectivos compromisos con él. No podía haber sido un amigo cercano, pero sí alguien que estaba en contacto con ellas.

Tras escasas horas de concentración en el asunto, la respuesta se reveló ante Arthur al posar la mirada sobre el único recuerdo que conservaba de sus averiguaciones: la imagen, impresa en papel barato, del cuervo de tres cabezas.

La hoja seguía en su bolsillo cuando, después de dirigirse Strand abajo, ascendió por la escalinata de Stegler & Sons Printing House. En honor a la verdad, se trataba de la sexta imprenta que Arthur visitaba ese día. Pero desde el momento en que abrió la puerta y accedió al ruidoso interior, tuvo la sensación de que había dado con lo que buscaba. Las grandes prensas repicaban con estruendo metálico, produciendo con esfuerzo libros, panfletos y carteles, hoja tras hoja. Arthur contempló aquellas máquinas mastodónticas, que le hicieron pensar en los «oscuros molinos satánicos» de Blake. Qué curioso, pensar en ellos al servicio de la distribución de la información, de la transmisión de la palabra

escrita. Había algo amenazador en cada golpe que la prensa estampaba sobre las hojas lisas. Los implacables azotes le trajeron a la memoria la imagen del cuerpo de Emily, abatida a golpes sobre el suelo.

Pero el presentimiento de sospecha que Arthur estaba incubando no se manifestó completamente hasta que fue recibido por el empleado del establecimiento: un muchacho de no más de veinte años que apareció detrás de una de las prensas, levantando la cabeza a la luz para revelar el rostro más bello que Arthur jamás había visto en un hombre. El pelo rubio le caía delicadamente por la frente, hacia unos brillantes ojos azules y una nariz pequeña que formaba un ángulo perfecto. Incluso Arthur, que no era ningún experto en rostros masculinos, se quedó desconcertado. El muchacho alzó las manos a modo de saludo, y Arthur vio que llevaba un par de guantes manchados de tinta. En su camisa también podían distinguirse borrones de tintura y, al acercarse, Arthur pudo incluso distinguir unas gotas de color morado en la barbilla sin afeitar del muchacho.

—¿Puedo ayudarlo, señor? —dijo el muchacho con voz delicada—. Le ruego que me disculpe. Le estrecharía la mano, pero me temo que le estropearía el traje.

Arthur se quedó embelesado. Al percatarse de hasta qué punto lo estaba, se sintió terriblemente asustado. Sabía que debía proceder con la mayor precaución. Con la mirada fija en las manos sucias del muchacho, Arthur se sacó el folleto del bolsillo del abrigo.

—Buenas tardes, pues —lo saludó Arthur—. Ya intercambiaremos el debido apretón de manos en una futura ocasión —dijo dedicándole su sonrisa más cordial—. Vengo buscando al impresor de esta hoja. ¿Es posible que hubieras imprimido esto aquí? Hace cuestión de unos meses.

Arthur expuso a la luz la imagen del cuervo de tres cabezas. El muchacho la miró sin inmutarse. Si la había reconocido, no dio señal alguna de que así fuera.

—¿De qué se trata? —preguntó el muchacho.

—¡Caray! ¡Si lo supiera! —respondió Arthur.

—Entonces ¿por qué lo pregunta?

Arthur hizo una pausa. Sí. El muchacho se estaba haciendo el tonto, pero no se le daba demasiado bien. Arthur hizo una pausa para pensar cómo seguir abordando el asunto: ni como un detective, razonó, ni como un agente de Scotland Yard. Lo que ese muchacho necesitaba, adivinó Arthur, era alguien que lo escuchase.

—Una panda de fulanas asquerosas han ido dejándolas por mi tienda —explicó Arthur—. Soy el propietario de una carnicería en el East End. Expongo cierta clase de propaganda en el escaparate, y parece que no se lo tomaron a bien. Así que, en cuanto me descuido, estas imágenes del diablo aparecen una y otra vez dentro de mis propiedades. Incluso dieron con mi domicilio, y también dejaron algunas hojas allí. Un horror, ¿no te parece? Me gustaría que esas zorras recibieran un buen escarmiento.

Después de pronunciarlas, esas últimas palabras dejaron un regusto amargo en la lengua de Arthur. Pero era consciente de la furia que hervía en aquel muchacho, y de que necesitaba acceder a ella. Antes de que cayese la tarde, serían hermanos en la misoginia.

El muchacho volvió a sonreír y se quitó los guantes. Los colocó encima de una de las máquinas impresoras y tendió una mano limpia para estrechar la de Arthur.

—Me llamo Bobby —se presentó el muchacho—. Bobby Stegler. Este es el taller de mi padre, yo sólo le echo una mano.

Arthur acercó su mano y estrechó la de Bobby Stegler.

—Andrew —se presentó Arthur—, Andrew Greenleaf. Encantado de conocerte.

—Entonces ¿conoce a esas muchachas?

—Eso me temo —dijo Arthur.

Después soltó la mano de Bobby y le dedicó una mirada picara de desconfianza.

—Dime, apuesto a que sabes un poco más acerca de ellas de lo que dejas entrever, ¿verdad?

Bobby Stegler bajó la cabeza tímidamente.

—Si reconociera que fui yo quien imprimió esas hojas, señor, y que sé un par de cosas sobre la organización de esas muchachas, ¿lo utilizaría en mi contra?

—No si me contaras quiénes son —le aseguró Arthur.

—No son más que una panda de agitadoras. Esas muchachas forman parte de un grupo que lucha para obtener el sufragio femenino, ¿puede creerlo?

—Sí, ya sé. Eso me han contado. ¿Te imaginas?

—Significaría la caída del imperio —afirmó Bobby Stegler.

Arthur le dio al chico una cariñosa palmadita en la espalda.

—¡Por fin! —exclamó Arthur—. ¡Un hombre que atiende a razones! Me temo que, en estos tiempos, la causa se está haciendo peligrosamente popular.

—Por eso hay que hacer algo al respecto —sentenció Bobby.

Arthur miró al chico fijamente a los ojos. Era la hora de comprobar de qué pasta estaba hecho.

—¿Y lo harías? —preguntó Arthur—. ¿Harías algo al respecto?

El muchacho sonrió con malicia.

—En cualquier caso, ¿cuándo fue la última vez que esas muchachas pasaron por su «tienda»?

El chico había enfatizado exageradamente la palabra «tienda». Arthur no acababa de entender adónde quería ir a parar.

—He de admitir que hace ya algún tiempo. ¿Quizás hayas tenido tú algo que ver con eso?

—No sé a qué se refiere, señor.

El muchacho hizo una pausa, en espera de que Arthur añadiera algo más.

—Si sientes la necesidad de ocuparte de esas muchachas —sugirió Arthur—, quizás pueda ofrecerte un par de manos para ayudarte.

—Perdone, ¿qué tipo de «tienda» ha dicho que tenía?

—Una simple carnicería, eso he dicho.

El chico le devolvió a Arthur la palmadita en la espalda, pero con más fuerza y brusquedad. El brazo del muchacho era muy pero que muy fuerte.

—Vamos, venga ya —objetó Bobby Stegler—. ¡Sé quién es! ¿Cómo dijo? ¿Andrew no sé qué del East End? Por favor. ¡No pensaría que el gran Arthur Conan Doyle podría entrar en mi imprenta sin que lo reconociera!

Arthur palideció. No esperaba ser tan conocido entre los asesinos de Londres.

—Te equivocas, muchacho —lo corrigió, poco convencido.

Bobby Stegler no iba a tragarse aquella pantomima.

—Está bien, doctor Doyle. Puede ser franco conmigo. No se imagina la inspiración que ha supuesto para mí. Sus discursos contra el sufragio, lo mejor. Y sus relatos... Le enseñan a un hombre cuál es su lugar en el mundo, ¿no es cierto? Sherlock Holmes habría hecho caso omiso de todo ese cacareo femenino.

Por primera vez en mucho tiempo, Arthur se sintió sinceramente avergonzado. ¿De veras era eso con lo que la gente se quedaba tras leer sus historias? ¿Era eso lo que decían?

—Por favor, tome asiento, señor —lo invitó Bobby—. Tenemos mucho de que hablar. Como ve, usted y yo estamos en el mismo bando. Y creo que podríamos ayudarnos mucho el uno al otro.

Los siglos pasados

«Si usted encuentra los hechos,
quizá otros encuentren la
explicación.»

Sir Arthur Conan Doyle,

«El problema del puente de
Thor»

16 de enero de 2010

Mientras su taxi circulaba bajo los enormes pinos, Harold levantó la vista para contemplar Undershaw por primera vez. La mayoría de las ventanas estaban hechas añicos. De los marcos medio descolgados pendían cáscaras huecas de cristal irregular, cual dientes de un animal moribundo. Las ventanas que no estaban vacías se hallaban cegadas con tablones de madera baratos y podridos. Enfrente crecía la hierba, alta y descuidada, de la que nacían enredaderas roñosas que arañaban los ladrillos.

Harold nunca había tenido Undershaw ante sus ojos, aunque lo había visto en fotografías. Intuía cómo había sido en su momento de máximo esplendor. Y pensar que tras aquellos muros deslucidos

se había escrito la segunda mitad completa del canon sherlockiano... Holmes había resucitado del Gran Hiato a no más de treinta metros del lugar donde el taxi de Harold se detuvo en el camino de entrada, en medio de una gran polvareda. Y, de hecho, puede que Harold se hallara, por una vez, a sólo unos días (o incluso unos instantes) de descubrir el motivo. A saber cuántos estudiosos habrían emprendido aquel mismo viaje antes que él, y se habrían marchado de allí con las manos vacías. Harold no estaría entre ellos. Se sentía sobrecogido e intimidado, y aun así, una parte de él se alegraba de que fuera en aquel momento, y no antes, cuando se dispusiera a entrar por primera vez en aquella casa. Porque ahora se creía digno de sus secretos.

Había una mujer mayor sentada en los escalones de piedra que conducían a la entrada principal. Pero no se veía puerta alguna, tan sólo una serie de tablones de madera unidos con clavos. La mujer, de complexión ancha y mejillas descolgadas teñidas de rosácea, estaba encorvada y llevaba el cabello recogido en un moño; su cuerpo se veía envuelto en un abrigo grueso y oscuro que podría haber encajado perfectamente en cualquiera de las seis últimas décadas. No levantó la mirada ni por un instante del voluminoso álbum de fotografías que descansaba sobre su regazo.

Se llamaba Penelope Higgins, y Harold había hablado con ella a última hora del día anterior. Su madre había trabajado como criada de Conan Doyle, y Penelope había vivido en Hindhead toda su vida. La familia del escritor había vendido la casa hacía una generación, y durante gran parte del siglo había funcionado como hotel rural. Ahora se hallaba abandonada, y los promotores inmobiliarios se disputaban el futuro de la propiedad con varias asociaciones conservacionistas. Mientras los litigios se eternizaban, Undershaw languidecía, presa del deterioro. Penelope vivía cerca, y era una de las defensoras de la causa conservacionista que más se hacía oír. Poseía una extensa colección de fotografías, planos y otros recuerdos de la historia del lugar. Eran aquellos documentos, esparcidos sobre su regazo y medio acartonados en contacto con el aire de enero, lo que había llevado a Harold hasta allí.

Durante la conversación que habían mantenido el día anterior, él le había explicado su trayectoria sherlockiana y su relación con Alex Cale, a quien Penelope conocía bien. Harold había llamado incluso a Jeffrey Engels para que terciara entre ambos. A Jeffrey le sorprendió oír su voz al aparato. Sin embargo, al percibir la urgencia de Harold, atendió a su petición y procedió a telefonar con diligencia a Penelope Higgins. Harold era consciente de que en algún momento tendría que contar a Jeffrey, y a los demás, dónde demonios se había metido aquellas dos últimas semanas, pero supuso que ya se le ocurriría algo llegado el momento. Volvía a estar sobre la pista, y eso era lo único que importaba. Jeffrey pareció entenderlo, sin necesidad de que Harold lo dijera, y dejó que siguiera su camino sin hacerle apenas preguntas.

Penelope lo observó mientras él subía por los quebradizos escalones de piedra que conducían al vestíbulo.

Hablaron de los conocidos sherlockianos que tenían en común, y Harold le contó que siempre había querido visitar Undershaw, aunque nunca había tenido la oportunidad de hacerlo. Fue una conversación banal e intrascendente, pero parecía que ambos tenían la sensación de que se imponía una pequeña charla. La señora Higgins desconfiaba a todas luces de Harold, pero tuvo la delicadeza de no hacerle ninguna pregunta directa. Los más renombrados estudiosos sherlockianos respondían por él, de modo que no podía negarse a que echara un vistazo a su colección. Pero Harold cayó en la cuenta de que la mujer estaría al tanto de las extrañas circunstancias que rodeaban la muerte de Alex Cale, y por tanto sabría que su visita guardaba de algún modo relación con el asesinato. Harold repitió la misma cantinela que le había contado la noche anterior: que deseaba terminar el trabajo de Cale para honrar la memoria de su amigo fallecido, y que, puesto que Alex había visitado la casa, necesitaba ver Undershaw con sus propios ojos. Era un relato poco convincente, y ambos lo sabían. Pero ella asintió al oírlo de nuevo y, tras responder con un educado «Entiendo» de aceptación, se puso en pie. Aquella mujer no confiaba en él en absoluto.

—¿Quiere ver la casa? —preguntó.

—¿Podemos? Está tapiada con tablones.

—Ahí dentro no hay más que ratas y palomas —dijo Penelope secamente—. Si pueden entrar bichos como éstos, no veo por qué no podríamos hacerlo nosotros.

Accedieron al interior a través de una ventana sin cristales. Harold se sintió como un ladrón, aunque allí no había nada que robar. Todo lo que tenía algún valor se lo habían llevado hacía años. No quedaba nada salvo historia e insectos.

La casa era más pequeña de lo que imaginaba. Los pasillos eran estrechos, y si bien por las ventanas entraba mucha luz, parecían miniaturizados. Refinados. El silencio paseaba por los suelos de madera sucios, y se acurrucaba junto a las paredes desconchadas. Los pasos de Harold y Penelope resonaron como las teclas de una máquina de escribir mientras recorrían los largos y silenciosos pasillos.

—¿Hay algo en particular que quiera ver? —preguntó la señora Higgins.

—Sí —respondió Harold—. El estudio.

Cuando la mujer lo hizo pasar a través de una gruesa puerta de madera que crujió por su único gozne en condiciones, a Harold se le cortó la respiración. Por suerte, era un hombre adulto y no le asustaban los fantasmas, los monstruos ni ninguna clase de demonio sobre los que pudiera haber escrito Stoker. Y aun así, entrar en aquella casa... en aquella habitación... ¿A quién no le intimidaría la mansión abandonada y decadente del mayor novelista de misterio de todos los tiempos? Harold notó una especie de presencia... Algo viejo, algo decrepito, algo muerto.

—Tengo entendido que conserva usted fotografías de esta sala en tiempos de Conan Doyle, ¿es así? —dijo.

—Sí, tengo muchas. A Conan Doyle le fascinaba la fotografía, como ya sabe. Tenía documentada la casa entera, desde que se puso la primera piedra hasta sus últimos días.

La señora Higgins hojeó con diligencia sus álbumes y le mostró las fotografías. Harold observó las imágenes en blanco y negro y luego levantó la mirada para contemplar el mismo espacio, devastado por el transcurso de un siglo entero. El pesado escritorio de roble, que en su día se hallaba junto a la pared del fondo, hacía ya tiempo que no estaba allí, igual que los sillones, las lámparas y el estuche donde Conan Doyle guardaba su revólver. Todo había desaparecido.

Harold se acercó al lugar que había ocupado el escritorio de Conan Doyle. Allí donde un día había estado su silla, donde había creado aquellas historias escritas de su puño y letra. Donde había resucitado a Sherlock Holmes.

«Los siglos pasados tuvieron, y tienen, poderes propios que la mera modernidad no puede destruir.» Stoker estaba en lo cierto. Y también Alex Cale. Había algo vivo en aquella casa. Ni la modernidad ni la terrible huella de la historia podrían matar lo que allí había nacido.

Harold colocó la mano en torno a una pluma estilográfica imaginaria y la apoyó sobre un papel imaginario, en su escritorio imaginario. Y en un trazo imaginario, estampó una amplia rúbrica.

Penelope Higgins tosió. Parecía acostumbrada a ese tipo de actitudes entre los visitantes sherlockianos.

—¿Qué busca, señor White? —preguntó en un tono firme.

Quería una respuesta cierta.

—El diario —dijo Harold con aire distraído—. Busco el diario.

La señora Higgins sonrió.

—En ese caso, le deseo mucha suerte —respondió—. Sigue usted a un grupo ilustre donde los haya. Desde 1930, hemos visto entrar y salir de esta habitación a muchos como usted en busca de ese diario. ¿Cuántas veces diría que se han paseado por aquí? ¿Que han levantado las tablas del suelo? ¿Que han golpeado las paredes con los nudillos para comprobar si había espacios huecos? ¿Que

han destornillado los apliques? Por esta sala habrán pasado... ¿cuántas veces ya? ¿Cien? ¿Mil? Son más de ochenta los años que los sherlockianos llevan visitando este lugar. No creo que quede mucho donde buscar.

Ahora le tocaba sonreír a Harold. Y lo hizo con una sonrisa más grande y amplia de la que podría dibujarse nunca en el rostro de Penelope Higgins. Se hallaba en el estudio del mismísimo Conan Doyle, en su casa, y ante él tenía un misterio que merecía todos sus esfuerzos.

—Elemental —dijo Harold, sin poder contenerse.

Penelope Higgins negó con la cabeza.

—Bueno, pues lo dejo. Aquí tiene las fotografías. Y cuidado con los clavos oxidados, no vaya a pincharse con uno y contraiga el tétanos.

La mujer se marchó, pero no cerró la puerta. Parecía que, al final, iba a concederle a regañadientes el beneficio de la duda.

Harold se acomodó. Se sentó en las tablas del suelo rotas, cerró los ojos, entrelazó sus dedos regordetes sobre el regazo y se concentró en la tarea que lo ocupaba.

No daría con el diario buscándolo, sino pensando. Todos los problemas tienen solución, aun cuando han eludido a una generación de inquisidores.

El diario estaba allí, donde lo habían escondido hacía cien años. Pero ¿cómo? ¿Dónde? No le cabía la menor duda de que centenares de sherlockianos, estudiosos tanto profesionales como aficionados, habían rastreado hasta el último rincón de aquella estancia. ¿Qué habrían pasado por alto? ¿Qué escondrijo sería lo bastante evidente como para que Bram Stoker hubiera podido ocultar en él a toda prisa un libro encuadernado en cuero, sin haberlo planeado de antemano, y al mismo tiempo lo bastante ingenioso como para que ni Conan Doyle ni un millar de detectives literarios hubieran sido capaces de encontrarlo? ¿Qué sitio habría

permanecido intacto a lo largo de un siglo de gélidos inviernos, tormentas de verano y descendientes saqueadores?

Harold pensó en «La carta robada». No. En ese caso, el diario no se había ocultado a plena vista. Eso sería demasiado fácil.

¿Dónde estaría el giro? Si el propio Conan Doyle hubiera escondido el diario, ¿qué habría hecho con él? O mejor aún, si Conan Doyle hubiera escondido el diario para que Holmes lo buscara, y Holmes estuviera paseándose por su estudio en aquel momento, ¿dónde buscaría? Si Harold estaba convencido de que el diario se hallaba oculto allí, y lo estaba, no menos seguro estaba de una cosa: que habría un giro. Siempre lo había.

Harold pensó en todos los grandes giros que había leído al final de las mejores novelas de misterio. Algunos se basaban en un pequeño cambio de enfoque, otros en un viraje radical de la trama, como aquellos en los que todo lo que uno creía saber resultaba ser falso. Harold no tenía claro qué tipo de giro esperaba. Pero los más asombrosos giros que había leído tenían un elemento clave en común.

Un giro bien escrito siempre se alimentaba de las suposiciones del lector. Algo que éste había dado por cierto sin más (¿cómo no podía serlo?) resultaba ser falso. Algo incuestionable era cuestionado. Algo que nunca parecía merecer ser tenido en consideración era examinado, y así se hallaba una respuesta en el lugar más insospechado.

¿Qué suponía Harold? Que Bram Stoker había escondido el diario con la intención de regresar más tarde y destruirlo. Que Bram Stoker había escondido el diario en aquella habitación. Que nadie lo había encontrado. Que el estudio había sido vaciado, destruido, puesto patas arribas un millar de veces y que el diario no había aparecido.

Que el diario había estado allí. Que el diario no estaba allí.

Harold dejó de respirar.

«El diario había estado allí. El diario no estaba allí.»

Era del todo evidente. De una obviedad tan aplastante como embarazosa.

Pasó las hojas de los álbumes con rapidez, fijándose con detenimiento en las imágenes en tonos grises.

—¿Ya hemos encontrado el diario?

Al oír la voz de Penelope Higgins, Harold levantó la mirada y vio su cuerpo bajo y fornido en la puerta.

—Sí —contestó Harold, que no estaba para juegos.

La risa de la señora Higgins se le escapó por la nariz.

—¡Bueno! ¿Y dónde está?

Harold volvió a centrarse en las fotografías con semblante serio, dejando a un lado el sarcasmo de la mujer.

—El diario fue escondido aquí en 1900. Pero ya no está aquí, ni lo estaba después de que Conan Doyle muriera. Así que en algún momento entre 1900 y 1930 alguien lo sacó de esta habitación.

—¿Insinúa que lo robaron?

—No. Lo sacaron de esta habitación. Pero no creo que fueran conscientes de ello. Deduzco que se llevaron el diario «sin querer», ignorando qué era. Por eso lo que quiero averiguar ahora es qué sacaron de aquí en aquellos años. ¿Qué sería lo bastante grande, obvio y hueco para que alguien pudiera esconder en su interior un diario de prisa y corriendo, sin que a nadie se le ocurriera mirar dentro? No es un jarrón, ni un arcón... ¿El pie hueco de una lámpara, tal vez?

—La hija de Conan Doyle se quedó con todas las lámparas, creo. Y tampoco había muchas. Por lo que recuerdo, eran bastante pequeñas. Las tendrá en el desván. Pero no creo que fuera usted el primero en buscar el diario de Conan Doyle en el desván de su hija, señor White.

Harold volvió la hoja y se fijó en una fotografía pequeña y oscura tomada en 1899. En ella aparecía una mesa licorera que había en un rincón del estudio engalanada con botellas

transparentes y un objeto alto de aspecto extraño. Harold entrecerró los ojos y lo miró más de cerca. Era más grande que el resto de las licoreras de litro, con la parte de abajo más ancha y más de medio metro de altura. Tanto la base como el cuerpo abombado estaban hechos de un cristal opaco. Alrededor tenía lo que parecía una serie de tubos, y de la parte superior le salía una especie de pitorro.

Harold pasó las páginas rápidamente y encontró una fotografía posterior del mismo espacio. Era de 1905. La habían tomado desde un ángulo distinto, y el mueble bar se veía un poco más lejos junto a la pared... Pero el objeto ya no estaba. En su lugar había algo similar, pero más pequeño. Mucho más pequeño.

Harold puso el dedo en la primera fotografía.

—¿Qué es esto? —preguntó—. No acabo de distinguirlo bien.

Penelope Higgins se inclinó sobre la imagen y miró, entrecerrando los ojos, a través de sus gruesas gafas redondas.

—¡Ah! —exclamó—. ¡El gasógeno!

Harold recordaba haber leído sobre gasógenos a lo largo de los años, pero no creía haber visto nunca uno. Eran los primeros sifones, empleados en privado para añadir burbujas al agua de Seltz de un caballero. Eran muy caros, pesados y difíciles de manejar, y sólo se encontraban en las casas de la clase acomodada.

—Es enorme —dijo Harold.

—Ya lo creo. Es un gasógeno de los antiguos. Conan Doyle recibió uno de los primeros que se fabricaron en el siglo XIX, que eran gigantescos, y se deshizo de él al cabo de unos años, cuando sacaron unos nuevos modelos. Éste fue un regalo, si no recuerdo mal.

—¿De quién?

—De Bram Stoker. Eran amigos, por si no lo sabía.

Harold se quedó pasmado de nuevo.

—¿Se deshizo de él? ¿Y dónde fue a parar?

—Que me aspen si lo sé —respondió la señora Higgins—. Seguro que Conan Doyle mandó sacar ese chisme de aquí mucho antes de morir. Allá por 1901, 1902 ó 1903 quizá, uno de esos años.

—¿Lo tiró? —quiso saber Harold, temiendo que la mujer pudiera decir que sí.

Si cabía la posibilidad de que Stoker hubiera metido el diario en la base del gasógeno, y Conan Doyle lo había tirado a la basura sin pensar un año después...

—No lo creo —respondió la señora Higgins, haciendo memoria. Y con un suspiro, añadió—: Si es necesario, puedo consultarlo en mis libros. Llevamos un inventario de todas las posesiones de Conan Doyle, y del lugar al que han ido a parar.

—Hágalo, por favor —le pidió Harold—. Se lo ruego.

—Creo que tengo uno en el coche. Es un mamotreto que pesa lo suyo. Espere un momento.

Con un suspiro de irritación, la señora Higgins lo dejó solo mientras salía a buscar el inventario. Harold se sentó a esperar que volviera, tamborileando con los dedos.

Para distraerse, comenzó a hojear el álbum con desgana. Ahora sí que estaba cerca. Cerquísima... Rasó las páginas, echándoles un vistazo hasta llegar al final del álbum, donde vio retratos de la familia de Conan Doyle. Harold recorrió con la mirada los rostros del escritor y su mujer, su segunda esposa y sus hijos. En aquella casa habían vivido varias generaciones de Conan Doyle, las cuales siempre habían ignorado el secreto que él estaba a punto de descubrir.

Se detuvo en la última imagen del álbum, una instantánea moderna, llena de luz y color... era evidente que tenía sólo unos años. Sería de los bisnietos de Conan Doyle. No había rótulo alguno, pero Harold reconoció algunas de las caras. Incluso vio a Sebastian, que lo miraba sonriente desde la fotografía. Si supiera dónde estaba ahora... Harold le devolvió la sonrisa. Sintió como si los hubiera vencido a todos.

De repente, se fijó en una joven que posaba junto a Sebastian en la foto. Era un palmo y medio más baja que él, tenía el cabello castaño y rizado y llevaba un pañuelo de un amarillo vivo alrededor del cuello.

Justo en el momento en que la señora Higgins entraba de nuevo en el estudio con una carpeta llena de papeles, a Harold se le abrieron desmesuradamente los ojos y todos los músculos del cuerpo se le tensaron a causa de la impresión.

—Lucerna —dijo ella—. Parece que el primer gasógeno de Conan Doyle fue a parar, milagrosamente, a la colección de Lucerna.

Harold no la miró. No podía despegar los ojos de la fotografía. Masculló algo acerca de Suiza.

—Sí —respondió la señora Higgins, disgustada por aquel nivel de desinterés por parte de Harold—. Está en el museo de Sherlock Holmes de Lucerna, en Suiza. ¿Lo conoce?

—Sí —dijo Harold entre dientes—. Está al pie de las cataratas de Reichenbach, donde murió Holmes. Conservan una recreación completa del estudio de Sherlock Holmes; todos los objetos que la componen son de la época, incluyendo algunos del propio Conan Doyle. Disculpe, ¿quién es?

La señora Higgins avanzó hacia él.

—¿Cómo? —preguntó—. ¿Quién es quién?

—Esta mujer. La de la fotografía —respondió Harold, señalando en el aire con mano temblorosa.

Tuvo la sensación de estar señalando directamente a un fantasma.

La señora Higgins se acercó a la fotografía, y siguió la punta de su dedo hasta el hermoso rostro de la joven.

—Ah —contestó—. Ésa es Sarah.

—Sí —dijo Harold—. Eso ya lo sé. Lo que no entiendo es qué hace Sarah en una fotografía de familia de los Conan Doyle. ¿Por

qué está posando junto a Sebastian?

La señora Higgins rio.

—Bueno, yo diría que ha hecho algo más que posar junto a él —respondió—. Sarah es la esposa de Sebastian Conan Doyle.

La señora Higgins hizo una pausa para mirar a Harold con curiosidad.

—Es Sarah Conan Doyle.

Harold sintió el sabor amargo de la bilis subiéndole por la garganta, e hizo todo lo posible por no venirse abajo.

OceanofPDF.com

Cueste lo que cueste

«Si la ley no puede hacer nada,
tendremos que asumir los
riesgos nosotros mismos.»

Sir Arthur Conan Doyle,

«El pabellón Wisteria»

4 de diciembre de 1900

Arthur arrojó la piedra con todas sus fuerzas contra los muros grises de Scotland Yard. La piedra rebotó con un ruido seco en el nuevo edificio de la policía londinense y fue a parar a los pies de un agente que había cerca. Éste levantó la mirada del suelo para averiguar de dónde había salido aquella piedra y vio a Arthur alejándose de espaldas por Victoria Street. En el momento en que el policía abrió la boca para dar el alto al desconocido, Arthur dio media vuelta y huyó a toda velocidad. El paso ligero le sirvió como válvula de escape para liberar la ira que lo embargaba, de modo que siguió trotando en dirección oeste hasta que, justo antes de llegar a Westminster, aminoró la marcha y comenzó a jaderar.

Nadie le había creído. Nadie le había escuchado. El nombre de Arthur era sinónimo (más que ningún otro en Londres, exceptuando el de Sherlock Holmes) de las artes detectivescas, y aun así no habían mostrado el menor interés en nada de lo que había dicho. A pesar de la relación que había tenido recientemente con Arthur, el inspector Miller había sido el peor de todos. Cuando se había presentado en su despacho para anunciar que había descubierto al asesino de Emily Davison, Sally Needling y su amiga Anna, el hombre dejó con parsimonia el informe que estaba leyendo y arregló con torpeza las plumas estilográficas esparcidas por su mesa antes de soltarle una serie de perogrulladas de cortesía que abrumaron a Arthur por su servil banalidad.

—Le agradecemos enormemente su ayuda —le había dicho el inspector Miller, antes de darle las gracias por todo el tiempo que había dedicado en pro de la justicia.

En Scotland Yard eran conscientes de que Arthur debía de estar ocupadísimo con sus novelas. Por ello reconocían y valoraban la generosidad que había mostrado al robarle tanto tiempo a su cometido como escritor. Si Arthur lo deseaba, se le podía hacer entrega de una carta formal escrita y firmada por el propio inspector jefe Bradford y enmarcada incluso para que pudiera exhibirla en su casa.

—Valoramos su colaboración más que la de cualquier otro súbdito del reino —prosiguió Miller en tono adulator.

Arthur intentó hacer callar al inspector para que se dejara de vergonzosas lisonjas y se preocupara por el caso que los ocupaba. Su amor propio no necesitaba que lo halagaran, le explicó, pero sus descubrimientos merecían ser escuchados en público. Y un tal Bobby Stegler, de la imprenta Stegler & Sons Printing House, ubicada en el Strand, merecía que le pusieran los grilletes más incómodos que tuvieran y lo mandaran directo a la guillotina.

El inspector Miller suspiró. Le explicó que, tras el reciente paso de Arthur por Newgate, sería mejor que se abstuviera de involucrarse más en aquel asunto. A fin de cuentas, a nadie le

convenía que se cometiera otro error. ¡Carreras forjadas a lo largo de toda una vida podían truncarse para siempre con una sola palabra comprometedora! Si Arthur acababa de nuevo en Newgate, la posición privilegiada del inspector Miller dentro de Scotland Yard podía peligrar. ¿No sería mejor para todos que Arthur dejara de lado la cuestión, sin más?

Arthur insistió en que no sabía qué sería mejor para sí mismo, para el inspector o para los ineptos majaderos que dirigían aquella desorganizada institución, pero no tenía la menor duda de que el mundo sería un lugar mejor si metían a un asesino entre rejas como era debido. ¡Aquel hombre había matado a tres mujeres! Seguro que mataría a más.

Sí, muy bien, Arthur se había visto obligado a reconocer que contaba con pocas pruebas objetivas. De hecho, no tenía nada, salvo la confesión del hombre, que sólo había oído él. Por otra parte, Arthur admitía que el joven no había «confesado» exactamente haber matado a aquellas chicas... pero, desde luego, daba a entender que así había sido. Y eso tenía algún valor, ¿no? Arthur habría apostado la vida a que aquel hombre era el asesino que andaban buscando.

El inspector Miller no se había mostrado nada convencido. No le había dado ningún crédito. Y, con un sentimiento de rabia creciente, Arthur advirtió que el inspector parecía albergar otras sospechas en cuanto a la identidad del asesino.

—¿Ha estado usted en casa de la familia de Sally Needling? —le había preguntado Miller—. ¿Se ha puesto en contacto con esa otra chica, cómo se llamaba, Janet Fry? ¿Cómo es que conoce tan bien a esas jóvenes?

—No las conozco tan bien —había insistido Arthur.

Intentó explicarse de nuevo, pero las preguntas del inspector revelaban algo oscuro y velado sobre sus pensamientos, y es que creía saber ya quién había matado a Emily Davison. Y Arthur advirtió horrorizado que el inspector pensaba que él era el asesino.

—¿Qué insinúa? —le preguntó Arthur finalmente.

—Nada, doctor Doyle. Como ya le he dicho, fue un placer y un privilegio para mí liberarlo de las cadenas de Newgate. Pero me temo que no reportaría nada bueno que tuviera que hacerlo de nuevo.

El gesto de comprensión que le dedicó entonces el inspector Miller fue lo más exasperante de todo. Como si Arthur fuera un conspirador más en aquella trama de corrupción.

—Si cree que yo maté a Emily Davison —le espetó Arthur con ira, escupiendo las palabras—, será mejor que me encierre ahora mismo. No permita que mi condición le disuada de hacer que el peso de la ley caiga sobre mis espaldas, ¿me oye?

El inspector había rehusado. Tras distender la situación tranquilamente, había pedido a un agente que acompañara a Arthur hasta la puerta. Arthur estaba farfullando de rabia cuando cogió la piedra del sucio adoquinado de Victoria Street y la lanzó contra la fea fachada de piedra de la justicia británica.

Coincidió con Bram menos de tres cuartos de hora más tarde en uno de los camerinos del sótano del Lyceum, donde lo encontró sacando brillo a los espejos con un trapo viejo y una pastilla de jabón Sunlight de Lever Brothers. Se había remangado la camisa por encima de los codos mientras frotaba las vetas de jabón hasta dejar el cristal reluciente. Las bombillas eléctricas que rodeaban los espejos se reflejaban sobre la superficie, duplicándose así su brillo y haciendo que, por un instante, la pared cubierta de espejos pareciera únicamente compuesta de llamas resplandecientes.

Bram se volvió hacia Arthur y soltó el trapo.

—Reconocería ese rostro en cualquier parte —dijo Bram—. Bienvenido de nuevo, señor Holmes.

Arthur, lejos de sonreír, se desahogó con su amigo, contándole con todo lujo de detalles los acontecimientos de los últimos días en tono compungido. Cuando Arthur hubo concluido su relato, Bram se rascó la poblada barba roja con aire pensativo.

—Y ese chico... —dijo Bram—, Bobby Stegler, ¿te dejó ir así, sin más? ¿Después de casi haber confesado ante ti? ¿Dejó que te marcharas sin hacerte nada?

—Así es —respondió Arthur—. ¿No lo entiendes? Cuando supo quién era yo, pensó que había encontrado un aliado. Y no me pareció que tuviera mucho sentido sacarlo de su error. Es extraño. Todo el mundo piensa que estoy de su parte. El inspector Miller cree que intento ayudarlo a encubrir mis propios crímenes, y Stegler, que trabajo para ayudarlo a encubrir los suyos.

—Y en el fondo, ¿de parte de quién estás, Arthur? ¿De la justicia? ¿De la ley?

—No. De Emily, Sally y Anna. Estoy de parte de las chicas.

—En ese caso, ¿qué crees que querrían las chicas que hicieras ahora?

Arthur meditó su respuesta y se volvió para ponerse frente al reflejo de los dos hombres en el espejo del camerino. Se fijó en lo bien que le había crecido el bigote de nuevo y en la rapidez con que había recuperado el semblante de un caballero. Una imagen extraña apareció en su mente. Era del día de su boda, salvo por el hecho de que no iba vestido con un esmoquin negro, sino con un radiante traje de novia blanco. Arthur se imaginó envuelto en seda blanca, con una larga cola que lo seguía mientras avanzaba ruborizado por el pasillo hacia su prometido. Imaginó la sonrisa en su rostro y el esplendor de una novia en el día de su boda.

Arthur se percató de que Bram lo miraba con curiosidad y desterró aquella visión de su mente. ¡Qué imagen tan extraña!

—Creo que esas chicas querrían que nos encargáramos de hacer que su asesino pague por sus crímenes —dijo Arthur finalmente—. A cualquier precio.

Bram se irguió y comenzó a bajarse las mangas. Después, se abrochó los botones de los puños uno a uno antes de hablar de nuevo.

—Muy bien. En ese caso, estoy contigo —dijo mientras cogía su abrigo y metía los brazos por las mangas—. Cueste lo que cueste.

6 de diciembre de 1900

Arthur y Bram se hallaban en Bridge Street, frente al cementerio judío. Aunque estaba bastante oscuro, aún alcanzaban a distinguir algunas de las lápidas más altas, desportilladas e irregulares, iluminadas por las luces de un asilo que quedaba a sus espaldas. Oyeron gemidos de borrachos a lo lejos, y desde la calle principal les llegó el golpeteo de las pisadas de las prostitutas en la tierra. Arthur no había previsto regresar al East End, pero ahora que estaba allí, y que llevaba dos días rondando sus calles, se dio cuenta de que no existía otro lugar que aquél para que el asunto acabara como era debido.

Arthur observó el edificio de dos plantas de la familia Stegler que se alzaba frente a él. Bram y él habían dado con la casa sin problemas, tras realizar una simple búsqueda de la imprenta Stegler en el registro público. Llevaban dos días vigilando el inmueble. En un pequeño cuaderno negro habían anotado la identidad y los horarios de todos los residentes de la casa, haciendo un seguimiento de cada uno. En primer lugar estaba Bobby, quien se marchaba a primera hora de la mañana para atender sus obligaciones al frente del negocio familiar. Un poco más tarde aparecía el padre de Bobby, Tobias, quien se pasaba por la imprenta antes de ir a hacer otros recados relacionados con el negocio. La hermana de Bobby, cuyo nombre era Melinda, también vivía en la casa, donde parecía permanecer el día entero, pendiente de las criadas que tenían a su servicio y ocupándose ella misma de algunos de los quehaceres domésticos. Por la noche salía a cenar con sus amigas. Estos tres personajes conformaban el total de los residentes de la casa; tras consultar las necrológicas, descubrieron que la madre de Bobby había fallecido años atrás, siendo él un niño.

Arthur había seguido a Tobias Stegler el día anterior, y cuál fue su sorpresa al descubrir que el hombre poseía varios inmuebles

en Wathey Street, cerca de Whitechapel, entre ellos aquel que había sido alquilado en secreto como casa de huéspedes, situado detrás del otro en el que había sido hallado el cuerpo de Sally Needling. Cuando vio al señor Stegler llamar a la puerta de aquella casa y a la señora que acudió a abrirla, Arthur estuvo a punto de perder los estribos a causa del estupor. La última vez que había visto a aquella mujer estaba desconsolada, sentada en la estrecha escalera de su pensión clandestina mientras lloraba por el cuerpo que había encontrado y robado. Y ahí estaba ahora, abriéndole tranquilamente la puerta a su casero, el padre del joven que había cometido el crimen. Arthur recordó su miedo, su afán por ocultar al dueño el negocio que llevaba en aquella casa, al hombre que ahora sabía que era Tobias Stegler. Arthur vio cómo la mujer le entregaba al señor Stegler un fajo de billetes y lo despedía. El hombre no entró en la casa en ningún momento, pues pareció contentarse con la renta recaudada y no vio necesidad alguna de indagar más acerca del estado del inmueble.

Aquello no podía ser una coincidencia. Pero no fue hasta al cabo de una hora de estar conversando con Bram sobre la situación, aquella misma noche, cuando Arthur entendió lo que ocurría. Llegaron a la conclusión de que Tobias Stegler no sabía que aquella mujer utilizaba su propiedad como pensión. De ser así, la arrendataria no habría tenido ningún motivo para responder a la amenaza de Arthur, semanas atrás, de que le contaría su secreto al casero. Pero también dedujeron que Bobby Stegler sí debía de haberlo averiguado de algún modo, y sacó provecho de ello, consciente de que necesitaría un lugar apartado, como una pensión tranquila sin muchos huéspedes, a la que llevar a su primera víctima. Cuando se enteró, seguramente por casualidad, de que una de las arrendatarias de su padre alquilaba habitaciones en secreto, enseguida vio el uso que podría hacer de ello. Sin embargo, no se habría arriesgado a visitar la casa por segunda vez, con su siguiente víctima. Bastante suerte había tenido ya de que la mujer no lo hubiera reconocido la primera ocasión... si bien, por lo que intuían

Arthur y Bram, podría ser que ni siquiera supiera qué cara tenía el joven.

Si Arthur había albergado alguna duda con respecto a la culpabilidad de Bobby Stegler en los asesinatos, dicha revelación la diezmaba. Bobby tenía un medio concreto para haber cometido los crímenes, tenía la ocasión y sin duda tenía un móvil, por retorcido que pudiera ser. Lo que el joven había hecho entrañaba más maldad, según le constaba a Arthur, que un simple asesinato. Primero había jugado con sus víctimas; las había seducido, les había dicho que las amaba, las había hecho sentirse queridas y luego las había estrangulado en bañeras mugrientas. No se había limitado a matar a aquellas mujeres; antes había deshonorado su feminidad. Había atacado con crueldad a todas ellas en lo más profundo de su condición femenina. Era peor que matar a un hombre, peor incluso que matar sin más a una mujer. Había agredido al sexo femenino en su conjunto.

Arthur y Bram aguardaron a que la casa estuviera vacía. A las ocho y media de la tarde, como esperaban, la hermana de Bobby se marchó para acudir a un encuentro vespertino con sus amigas. Bobby aún no había vuelto de la imprenta; llevaba dos noches seguidas regresando pasadas las diez. Tobias también estaba fuera a aquella hora, cenando con otro casero del barrio. La vivienda se hallaba a oscuras y en completo silencio, tal y como preveían. Mientras Arthur y Bram observaban cómo Melinda Stegler doblaba la esquina por Harford Street, terminaron de fumar el último cigarrillo de la tarde y atravesaron Bridge Street en dirección a la casa.

Habían debatido largamente acerca del plan, así que, mientras rodeaban el edificio hasta la parte trasera no necesitaron decirse nada. La puerta de atrás era fina y barata, probablemente se mantenía cerrada con sólo un pequeño cerrojo, pero se dirigieron a la ventana que había junto a ella. Arthur levantó el pie y, de una patada certera con la bota, rompió el vidrio sin problemas. En medio del barullo propio del East End, el ruido de cristales rotos se

fundió con los demás. Un estrépito más que apenas se notaba sumado al alboroto de la zona.

Arthur pasó por el hueco de la ventana con facilidad, seguido de cerca por Bram. Sus botas hicieron crujir los cristales que habían caído sobre el suelo de la cocina. En un reconocimiento inicial habían comprobado que el dormitorio de Bobby se hallaba en el primer piso, y hacia allí se dirigieron sin perder tiempo. Sabían lo que buscaban, y habían abandonado toda cautela para conseguirlo.

La escalera crujió bajo el peso de los dos cuerpos. Se trataba de una vivienda de mala construcción, y daba la sensación de que las tablas de madera podían partirse en cualquier momento. Las botas de Arthur dejaron a su paso un rastro de diminutas esquirlas de vidrio, una línea de destellos brillantes desde la cocina hasta la habitación del primer piso y de ahí a la entrada del mismísimo infierno.

Una vez que los hombres hubieron entrado en el dormitorio de Bobby Stegler, cerraron la puerta y encendieron la única lámpara de gas que había en la pared. En un rincón vieron una cama estrecha con dosel, sin hacer, y enfrente dos sillas anchas, como si estuvieran preparadas para recibir a unos posibles invitados. Pero a juzgar por los montones de ropa desordenados que las cubrían, a Arthur le pareció improbable que pasaran muchos invitados por allí. La dejadez de la habitación del joven era señal de la soledad en que vivía, como si pudiera permitirse tener su cuarto hecho una leonera porque nunca, en ningún momento, habría de compartirlo con nadie. ¿Tendría amigos aquel muchacho enfurecido? ¿Jugaría a cricket con los otros chicos de su edad? ¿Alguna vez habría sentido el amor? ¿Alguna vez habría mirado el rostro de una mujer y experimentado esa sensación de ternura, ese calor que se extendía del vientre a la barba? ¿Alguna vez le habrían temblado las manos al rozar el guante de una muchacha? ¿Alguna vez se habría mordido el labio para no gritar de alegría al inclinarse para besar la mano de una mujer?

Al ver el desorden de hojas de papel para imprimir que había encima del pequeño escritorio y la ropa con manchas de tinta desparramada por el suelo, supo que Bobby Stegler no era un hombre. Era una fiera. Y Arthur vería cómo lo metían en una jaula, el lugar donde debía estar, para pasar allí el resto de sus miserables días hasta su muerte, cuando un médico podría extraerle el corazón del pecho con un bisturí y exhibir ese órgano negro y arrugado para instruir a las generaciones futuras. «Éste es el corazón frío de un hombre muerto —rezaría la inscripción mecanografiada colocada en la campana de cristal—, y éste es el aspecto que tiene cuando muere años antes de que lo haya hecho su dueño.» En el luminoso siglo XX, en el que la razón gobernaba el mundo, aquel joven serviría para recordar los años oscuros ya pasados, y la generación, la de Arthur, que había logrado liberarlos de la superstición para mostrarles la radiante racionalidad de la ciencia.

Pero antes era necesario apresarlos. Así pues, Arthur y Bram se pusieron manos a la obra, metódicamente y en silencio. Registraron la ropa, la cama, el escritorio, las sillas y el interior del estrecho armario en busca de pruebas. Arthur confiaba en dar con las amonestaciones matrimoniales; sospechaba que al joven le habrían podido la arrogancia y el orgullo por su vileza tanto como para haberlas conservado. Y con las amonestaciones en la mano, la policía tendría que prestarle atención. A falta de dicho documento, esperaban hallar cartas de alguna de las chicas asesinadas dirigidas a Bobby Stegler. O quizá pruebas de imprenta de sus folletos, los cuales servirían al menos para demostrar que el joven las conocía. Eran muchas las pruebas que podían encontrar allí, y sólo necesitaban una.

Al ver que no aparecía nada de interés tras un primer registro, inspeccionaron la habitación de nuevo. Con el transcurso de los minutos, Bram comenzó a mostrarse preocupado por la hora. Era de esperar que alguno de los miembros de la familia Stegler regresara en algún momento, y ni a Arthur ni a Bram les convenía que los sorprendieran revolviendo su casa.

Pero Arthur no tenía intención de marcharse. No lo haría hasta haber descubierto algo útil. Había llegado demasiado lejos en su búsqueda del asesino como para detenerse ahora, o incluso retirarse y volver a intentarlo en otra ocasión. Zanjaría el asunto aquella misma noche, y por su honor que a la mañana siguiente Bobby Stegler estaría bajo la custodia del inspector Miller y sus hombres.

La búsqueda continuó.

—Tenemos que irnos, Arthur —dijo Bram, impacientándose por momentos—. ¿Y si vuelve Tobias? ¿O la hermana?

Arthur se abrió la solapa del abrigo para dejar al descubierto el revólver que llevaba sujeto a la cintura con una correa.

—Explicaremos la situación sin temor alguno, y nos marcharemos. ¿Qué nos van a hacer? ¿Llamar a la policía? Seguro que Bobby Stegler agradecería tener a los hombres de Scotland Yard husmeando en su habitación.

—No es que yo le tenga ninguna aversión al allanamiento de morada, entiéndeme. Pero debemos actuar con discreción, ¿no crees?

—Lo que creo es que tenemos que encontrar algo que nos sea de utilidad —dijo Arthur—. Y tanta cháchara no nos va a ayudar a hacerlo.

Arthur pasó la mirada del escritorio que tenía enfrente a la repisa de la ventana, sobre la que reposaban unas cuantas plumas estilográficas gastadas y rotas. La tinta de una de ellas incluso había goteado sobre la pintura blanca. Arthur las tocó y luego levantó la cabeza hacia la ventana, donde se vio a sólo escasos centímetros de distancia del rostro sonriente de Bobby Stegler.

Arthur se quedó helado, sin respiración. Por un momento permaneció inmóvil, observando lo que no podía ser sino un espectro en la ventana. Pero al ver que la sonrisa del chico se ensanchaba aún más y que abría la ventana desde el exterior, Arthur comprendió que no se trataba de una presencia fantasmal. El joven

estaba sentado en la rama de un árbol, al otro lado de la ventana. Puede que hubiera estado allí todo el tiempo.

Arthur retrocedió mientras Bobby Stegler entraba en el dormitorio por la ventana abierta.

—¡Sabía que era usted! ¡Vaya si lo sabía! —exclamó Bobby—. En cuanto he visto la luz encendida desde la calle, me lo he imaginado.

Bobby cerró la ventana tras él y miró a Bram.

—Y usted debe de ser el señor Stoker, ¿verdad? —prosiguió el joven mientras se apartaba el cabello rubio de los ojos—. He estado buscándolos a los dos. ¡Y parece que ustedes han estado buscándome a mí!

La risa de Bobby reverberó con un sonido espantoso.

Arthur se sacó la pistola de la cintura y la sostuvo frente al muchacho.

—Cállate —le ordenó Arthur—, y no te muevas, ¿entendido? O no dudaré en dispararte.

El chico sonrió de nuevo y miró a Bram.

—Si Arthur no lo hace —dijo Bram mientras sacaba un revólver de su abrigo—, ten por seguro que lo haré yo.

—¡Vaya con mis dos detectives! —exclamó Bobby—. Sí que se han tomado en serio sus papeles, ¿no? Pero déjense de tonterías. No creo que quieran dispararme después de todo lo que he hecho por ustedes.

»¡Vamos, Arthur, no me mire así! ¡Si le he salvado la vida! Francamente, ¿no cree que deberíamos tomarnos unas cervezas juntos y echarnos unas risas por la suerte que tenemos? Esas hijas de mala madre iban a matarlo. Sé lo del paquete bomba, aunque no me enteré hasta que ya me había ocupado de la última. Tampoco es que pueda hablar muy bien de mí mismo... La verdad es que no las maté para salvarle la vida, pero mire por dónde, ¡qué duda cabe de que, al haberlo hecho, se la he salvado!

—No iban a matarme. Ésa no era su intención. Desde luego, no seré yo quien defienda a esas chicas, ni los horribles actos que tenían previsto cometer. Pero tú... lo que tú has hecho es muchísimo peor, infinitamente peor. Has matado a tres mujeres inocentes.

—¿Inocentes?

El rostro de Bobby Stegler se encendió de incredulidad.

—¡No lo dirá en serio! ¿Inocentes? ¿Tres furcias excéntricas con una caja llena de dinamita? Debe saber que eran... bueno, creo que se querían. Vamos, que se querían entre ellas, ¡como si una fuera un hombre! Al menos Emily Davison y Janet Fry, ellas dos seguro que sí. Santo cielo, ¿se lo imagina? Esas pelanduscas eran unos monstruos. ¡Y pretendían cambiar el mundo, nuestro mundo, a su imagen y semejanza de pelanduscas!

Revólver en mano, Arthur sintió un temblor en el brazo. Se notó agitado. En su mente aparecieron los rostros de aquellas jóvenes asesinadas... dulces, pálidas y mutiladas. En aquel momento deseó apretar el gatillo más que cualquier otra cosa que hubiera deseado en la vida. Deseó borrar de la faz de la tierra a aquel ser grotesco.

—Arthur —dijo Bram—. No.

Como de costumbre, Bram le adivinó el pensamiento. Bobby Stegler pasó la mirada de un hombre al otro, y su rostro acusó una nueva expresión. Curiosidad. Como si antes no se le hubiera pasado por la cabeza que Arthur pudiera disparar el arma de veras.

—¡Vaya! —exclamó Bobby—. ¿Así que me va a pegar un tiro? ¿En serio piensa hacerlo? No puedo... ¡Caramba!

El muchacho volvió a apartarse el pelo de la cara y se rascó la cabeza.

—No parece muy propio de usted, doctor Doyle. Yendo desarmado como voy. Sin suponer una amenaza para su persona. Eso sería un asesinato a sangre fría, ¿no es así? El escritor tiene un arma, y está en condiciones de utilizarla. Bueno, muy bien. Usted

mismo, supongo. ¿Y ahora qué va a hacer, doctor Doyle? ¿Va a dispararme? ¿O va a contarme una historia?

Arthur miró intensamente los ojos azul cielo del muchacho y recorrió con la vista las curvas de su bello rostro. Oyó un sonido débil, lejano. Una corriente impetuosa. Un ruido de agua rompiendo contra unas rocas. Arthur no estaba seguro de que fuera real, pero no dejaba de oírlo. Torrentes de agua que caían por un precipicio. Arthur aguzó el oído y reconoció el estrépito. Se sujetó la mano para que no le temblara, y escuchó el sonido de las cataratas de Reichenbach que le llegaba desde el fondo de su mente.

OceanofPDF.com

El museo de Sherlock Holmes

«[Holmes] llevaba hasta el extremo el axioma de que el único conspirador seguro era el que conspiraba solo. Yo era la persona más próxima a él y, sin embargo, siempre fui consciente de la distancia que nos separaba.»

Sir Arthur Conan Doyle,

«El cliente ilustre»

17 de enero de 2010

A los pies de la montaña, bajo las cataratas de Reichenbach, Harold dirigió la mirada a la Hauptstrasse, al museo Sherlock Holmes. Se estremeció y se ciñó el delgado abrigo para protegerse del aire suizo. Acababan de dar las seis de la tarde y los últimos rayos de sol desaparecían en el oeste, tras el museo. La oscuridad empezaba a engullir las calles, y cada minuto que pasaba avanzaba más rápidamente. Desde su posición elevada, al otro lado de la

ancha carretera, Harold vio a dos guardias del museo que cerraban las puertas. Ya sólo faltaban unos minutos. Apretó los puños en los bolsillos. No recordaba la última vez que había pasado tanto frío.

Mientras observaba a los dos guardias que se encontraban en la entrada del museo, riendo de una broma que no podía oír, se volvió y dirigió la mirada hacia el este. Los Alpes suizos descollaban a lo lejos. La nieve cubría las cimas de la cordillera como un chal de seda blanca.

Harold cambió el peso del cuerpo de un pie a otro y notó la voluminosa bolsa que le colgaba del hombro. La palanca de acero le rozaba la espalda. Los guardias se rieron de nuevo y echaron a andar en dirección al aparcamiento. El museo estaba a oscuras. Vacío. Los últimos rayos de sol desaparecieron en el horizonte y Harold abandonó las sombras para adentrarse en la noche.

Ya no tenía nada que perder. No tenía una vida a la que quisiera regresar; y la vida que sabía que quería, la vida de esas semanas en las que, por primera vez, se había sentido vivo de verdad, había resultado ser un engaño. Y ni tan siquiera uno complejo en exceso. El giro se había producido con demasiada sencillez y lo había embestido con tal contundencia que a Harold no le quedaban fuerzas para odiar a Sarah ni a Sebastian. Siempre supo que no debería haber confiado en ella. Su historia era entonces tan improbable como ahora. Harold sabía que él era el único culpable.

Al principio, no podía creer que Sarah hubiera sido capaz de sostener tanto tiempo su mentira. La mujer de Sebastian Conan Doyle, o futura exesposa, hizo su aparición en la mayor convención sherlockiana con una identidad falsa, y ¿nadie supo quién era? Claro que no, pensó Harold. La mayoría de sherlockianos se pasaban el tiempo fingiendo que Sherlock Holmes era real y que Arthur Conan Doyle no era más que el agente literario de Watson. No les importaban Conan Doyle ni sus descendientes. Cabía la posibilidad, incluso, de que Harold fuera consciente, si hurgaba en los recovecos de su memoria, de que Sebastian estaba casado, y de

que tal vez supiera también que su esposa se llamaba Sarah, aunque ahora era difícil recordarlo con claridad. Pero no había atado cabos. Ella le mintió de un modo tan obvio, tan descarado, que a nadie se le pasó por la cabeza poner en duda sus explicaciones. «Eres muy, pero que muy inteligente», le había dicho Sarah cuando se marchó.

Harold no comprendía por qué lo había engañado. ¿Qué tramaban Sebastian y ella? ¿Estaban realmente en trámites de divorcio? ¿El abogado al que había llamado Sarah era real, pero la historia que le había contado era falsa? ¿Y quién demonios los había perseguido en Londres? ¿Había sido un simple truco para confundirlo? En el último día, Harold se había dado cuenta de que, sencillamente, le daba igual. Le daba igual quiénes fueran los tipos de las pistolas, le daba igual qué buscara Sebastian, y le daba igual quién fuera en realidad Sarah Lindsay, o Sarah Conan Doyle. El «asesinato» de Alex Cale se había solucionado, había seguido el rastro de pistas a la perfección. Pero la persecución ya no le proporcionaba alegría; ni paz. Lo único que quería, lo que anhelaba, como un hombre a punto de ahogarse que se debate en busca de la última boqueada, era el diario.

Pero sabía que tampoco lo haría feliz. Cuando acariciara la cubierta con sus manos sudorosas y separara las páginas envejecidas, no oiría un coro de ángeles. No se le aceleraría el corazón; no lo embargaría una sensación de satisfacción que le oprimiría los pulmones. Sabía que, al cabo de unos minutos, cuando recuperara el volumen encuadernado en piel y descubriera sus secretos, las cosas no harían sino empeorar. Pero eso no iba a detenerlo. Quería llegar hasta la horrible conclusión del asunto porque tenía que hacerlo. Porque tenía que saberlo.

Con pasos acelerados y firmes, Harold se abrió camino a través de la nieve; al llegar al museo, abandonó la oscuridad. En el pasado, el edificio había sido una iglesia, y una humilde aguja se erguía aún por encima del tejado. Incluso en la oscuridad, Harold distinguió los tonos rojizos de los ladrillos y los preciosos vitrales.

Harold podría haber entrado en el museo de muchas maneras. Podría haberlo hecho durante el día y esconderse en algún armario olvidado. Podría haber aprendido a desconectar el sistema de alarma. Incluso podría haber aprendido a forzar la cerradura. Pero, aunque esos métodos hubieran funcionado, habría tardado demasiado en llevarlos a cabo. Y no se veía con ánimo. Ya no soportaba más la situación. Tenía que saberlo ahora.

Harold estaba en casa, al pie de las cataratas de Reichenbach. En el lugar donde todo acabó.

Cogió la palanca de la bolsa y miró la vidriera baja. La imagen mostraba a Jesús resucitando a Lázaro de entre los muertos. Un halo dorado rodeaba la cabeza de Lázaro mientras abandonaba la cueva y se acercaba a la mano que le tendía Jesús. Detrás, había una legión de apóstoles y discípulos maravillados ante la divinidad de Cristo, impregnándose del consuelo de su presencia.

Harold levantó la palanca por encima de su cabeza y golpeó la vidriera. El estrépito de los cristales rotos fue mucho más ruidoso de lo que había previsto y, sin embargo, no se estremeció. Una lluvia de diminutos cristales le cayó sobre las mangas del abrigo y los zapatos manchados de barro. Utilizó la palanca para apartar los pedazos de cristal que quedaban en la ventana y la guardó en la bolsa. A continuación, apoyó las manos enguantadas en el alféizar y entró sin más problemas.

No oyó ninguna alarma, pero supuso que se había activado. No disponía de mucho tiempo, pero tampoco creía que lo necesitara. ¿Y si la policía suiza lo sorprendía rompiendo un valiosísimo gasógeno en un museo privado? Bueno, entonces podrían comunicar a la policía de Nueva York que lo habían encontrado, y las diversas autoridades podrían decidir en qué cárcel querían encerrarlo. A Harold no le importaba nada de todo eso. Lo único que quería era el diario.

Atravesó el pequeño museo rápidamente y, puesto que su destino era la principal atracción, encontró enseguida lo que buscaba. Entró en el estudio de Sherlock Holmes, encendió la luz y

miró alrededor. De todos los lugares en los que podía acabar, éste tenía tanto sentido como cualquier otro.

La sala estaba abarrotada de objetos. La chimenea estaba adornada con atizadores y el bastón con el que Holmes persigue a Moriarty en «El problema final». Ilustraciones de distintas aventuras de Holmes cubrían todas las superficies disponibles. En una pequeña mesa reposaba el estetoscopio de Watson, así como el violín de Holmes. En otra mesa se encontraban los instrumentos de laboratorio de Holmes con los que analizaba manchas de sangre, tabaco y otros residuos de los asesinatos. En un colgador vio una gorra de cazador como la suya. Primeras ediciones de todas las historias de Holmes llenaban las estanterías. Había un juego de té en una mesa de desayuno, con las cucharas y los cuchillos dispuestos en su lugar, como si Holmes y Watson aún estuvieran dando cuenta de él. Los periódicos de la época aguardaban junto a las tazas y los platillos. Y en la pared más alejada, en el que era el rincón más oscuro de la sala oscura, había un pequeño escritorio con un gasógeno antiguo.

Sin dudarle, Harold se acercó al gasógeno y lo levantó de la mesa. Lo agitó. La base era lo bastante ancha para albergar un diario, y teniendo en cuenta que el artilugio era, en esencia, cristal hueco, pesaba bastante. Intentó aflojar uno de los tornillos de la base, pero fue en vano. Probó suerte con el otro, y tampoco lo consiguió. Entonces se le ocurrió que, además de la palanca, un destornillador habría sido un complemento ideal para su colección de herramientas.

Dejó el gasógeno en la mesa, se acercó a la chimenea y cogió el atizador. Lo agarró con ambas manos y vio que los nudillos que sujetaban la empuñadura se le volvían blancos. Levantó el atizador por encima de la cabeza. ¿Estaba seguro de que el diario se encontraba en el gasógeno? Sí. No. Francamente, poco importaba ya. Iba a hacerlo añicos, o haría añicos otra cosa. Estaba dispuesto a hacer añicos todas las reliquias del museo si era necesario.

Con los ojos abiertos de par en par, agarró el atizador, arqueó la espalda y golpeó el gasógeno con todas sus fuerzas. Tras destrozar el cristal, el atizador impactó con tanta fuerza contra la base metálica que Harold tuvo que retroceder unos pasos. Le dolían las muñecas.

—Harold White.

Cuando oyó la voz detrás de él, se quedó de repente en blanco. Aquellas palabras le resultaban desconocidas. ¿Harold? ¿White? «Ah, sí —pensó, lívido—, si soy yo.» Se preparó para ingresar en la cárcel, intentando aplacar su pánico innato con el pensamiento de que la condena sería de unos pocos años. A fin de cuentas, tampoco había matado a nadie. Sin embargo, cuando empezó a volverse para ver quién lo había llamado, se dio cuenta de que, fuera quien fuese, sabía su nombre. Y fue entonces cuando se asustó de verdad.

El hombre de la perilla lo miraba desde el otro extremo del estudio. Sostenía una pistola. Los ojos de Harold iban del cañón del arma a la perilla. Parecía la misma pistola que había visto en Londres. Y la perilla no había mejorado desde su primer encontronazo.

A pesar del miedo que le atenazaba los músculos y le impedía respirar, Harold se dio cuenta de que el hombre que se encontraba ante él aún no había apretado el gatillo. Aún podía manejar la situación. Dio un paso adelante, primero el pie derecho y luego el izquierdo, hacia el hombre de la perilla.

—Quieto ahí —le ordenó.

—No —dijo Harold, que siguió avanzando.

Debía de estar a menos de dos metros. El hombre apuntó más arriba, a lo alto del cráneo de Harold.

—Un paso más y te juro que te mato —dijo el hombre.

—No —replicó Harold, dando un pequeño paso adelante—. No lo harás.

Otro paso. Estaba a poco más de un metro.

—Porque quieres el diario —continuó—. Y sabes que me necesitas para conseguirlo.

El hombre lanzó una mirada desconcertada a Harold.

—¿Lo dices en serio? —dijo, y dirigió una mirada fugaz al suelo, detrás de los pies de Harold, quien se volvió y lo imitó.

Entre el montón de cristales rotos se encontraba la base metálica del gasógeno, de la que asomaba un diario encuadernado en piel.

—Creo que ya no necesito tu ayuda para encontrar el diario —dijo el hombre con una sonrisa.

«Pues se acabó.» Harold había hecho todo lo que estaba en su mano. Todo había terminado. De eso le había servido ser un poco más inteligente que los demás. Le había permitido llegar lejos, pero su historia acababa ahí.

—Aún no —dijo Harold.

Ahora sí que estaba asustado de verdad. Pero no era la pistola lo que lo aterraba, sino la idea de que el arma acabara con su vida antes de que pudiese tener el diario en las manos y abrir las páginas polvorientas.

—En un principio no debía matarte —dijo el hombre—. Pero ahora no me queda otra opción. Sólo necesito el diario, pero no puedo permitir que nadie sepa de dónde ha salido. Y si estás vivo cuando llegue la policía suiza...

—De acuerdo. Mátame. Me da igual. Pero concédeme cinco minutos, por favor. Cinco minutos para leer el diario. Sé leer muy rápido. Muy, muy rápido.

—Retrocede y acércame el diario con el pie.

—No, por favor. Tres minutos. Nada más. No puede dejar que...

Harold estaba suplicando, implorando. Se encontraba a treinta centímetros del diario. Le parecía que podía oler el moho, paladear un siglo de mugre en la parte posterior de lengua.

—Esto no puede acabar así. Tengo que leerlo.

Harold miró al hombre a los ojos y creyó entrever algo parecido a la compasión.

—Mira —dijo el hombre—. No acepté este trabajo para matar a nadie. Preferiría no hacerlo. Hagamos un trato, ¿de acuerdo? Tú te largas de aquí y no le cuentas a nadie ni una palabra de esto, y yo diré que llegué aquí solo. Pero tienes que marcharte. Ahora.

—No —insistió Harold.

Quería explicarle su desesperación para que entendiera por qué no podía irse sin más. Pero no le resultaba fácil.

—¿Estás loco, joder? Lárgate. Dame el libro y vete.

Harold sintió deseos de gritar, pero fue incapaz. Intentó hablar, pero sólo pudo emitir un leve jadeo. Miró al hombre con los ojos desorbitados y dio otro paso adelante. Si no podía marcharse de allí con el diario, prefería no salir de aquel lugar nunca más.

—Muy bien —dijo el tipo—. Tú ganas.

El hombre tensó el dedo en torno al gatillo. Harold no cerró los ojos. No sintió la necesidad de protegerse de aquel momento.

—*Polizia!*

El grito procedía de otro punto del edificio y los obligó a ambos a abandonar su pacto diabólico. Oyeron pasos y el ruido de alguien que se acercaba. A Harold le pareció oír el crujido de cristales rotos bajo una bota.

El hombre no dejó de apuntar a Harold, que permanecía inmóvil.

—*Polizia!*

Otro grito. Era una mujer suiza con acento italiano.

—Por favor —le dijo Harold al hombre—. Dispárame, *coge* el diario y corre. O dámelo a mí. Pero no pienso marcharme.

El hombre no apartó la mirada de Harold mientras intentaba evaluar la seriedad de su propuesta. El matón crispó el rostro, como

si al fin hubiera admitido que Harold no iba a ceder. A medida que los pasos se aproximaban al estudio, el hombre se volvió hacia la puerta. Justo la oportunidad que necesitaba Harold.

Blandió el atizador con la intención de golpearlo en la cabeza, pero lo hizo en el brazo izquierdo. Se oyó un crujido y Harold sintió el retroceso. El hombre se inclinó hacia el lado izquierdo, protegiendo instintivamente el antebrazo herido con la mano derecha. No había soltado la pistola, pero ya no apuntaba a Harold.

Harold lo golpeó de nuevo con el atizador, esta vez en el hombro. El tipo lanzó un aullido de dolor. Mientras Harold retrocedía y se preparaba para atacarlo de nuevo (¿iba a darle en la cabeza?, ¿lo mataría?), vio una figura en el umbral. Era la mujer que había gritado «polizia» desde el pasillo, pero Harold comprobó que no se trataba de una agente de las fuerzas de seguridad.

Era Sarah.

Dejó caer el atizador y a duras penas oyó el ruido que hizo al chocar contra el suelo. Sarah sostenía una pequeña pistola en la mano y apuntaba a Harold. El hombre, que aprovechó el instante para recuperar el aliento, le propinó un golpe con la pistola en el estómago. Harold se quedó sin aliento, cayó de rodillas y apoyó las manos en el suelo para no derrumbarse. Unos segundos antes se había preparado para la muerte, pero ahora se sentía como si estuviera muriendo de verdad. Era más horrible de lo que había imaginado. Abrió la boca para respirar, pero fue en vano. Lo único que pudo hacer fue proferir un grito silencioso.

El matón no perdió ni un instante. Le dio un culatazo en la frente y lo apuntó a la sien. Harold sintió el impacto del frío acero en la cabeza, una vez y luego otra. Todo se volvió borroso.

Harold perdió el conocimiento durante unos segundos. Cuando recuperó la conciencia, estaba en el suelo, mirando al hombre de la perilla. Notó algo húmedo en la frente. Sangre, probablemente, que le corría entre los ojos, hacia la nariz. El hombre levantó la pistola y lo apuntó a la cara. Por extraño que parezca, Harold sintió un momento fugaz de alegría al pensar que Sarah sería testigo de su

muerte. Quería que viera cómo descerrajaban el tiro que iba a desparramar sus sesos por el suelo del estudio de Sherlock Holmes.

Harold oyó el sonido atronador del disparo, y un agudo pitido le perforó los oídos. Se parecía más a un ruido de interferencias que a cualquiera de los disparos que había oído en la televisión y en las películas, pero aun así sonó como el disparo de un arma. Y Harold lo oyó. Entonces se dio cuenta de lo que aquello significaba: no estaba muerto. Los muertos no oían la bala cuando penetraba en su cerebro; de eso, al menos, estaba seguro. Así que no le habían disparado. Entonces ¿quién era la víctima?

—Apártate —dijo Sarah, con voz tensa pero serena.

Harold la miró y se fijó en la pistola. Era ella quien había disparado. Pero cuando se volvió hacia el hombre de la perilla, vio que tampoco estaba herido. El hombre obedeció a Sarah y se alejó de Harold. Cuando se apartó, Harold vio el agujero de la bala de Sarah en la pared que había detrás de él. No había intentado matar a nadie, sólo tomar el control de la situación.

Si el disparo no hubiera surtido efecto, la expresión en el rostro de Sarah sí lo habría logrado. El hombre retrocedió aún más y bajó la pistola sin que se lo pidiera.

—¿Qué coño haces? —le preguntó el hombre a Sarah.

—Eso mismo quería preguntarte yo a ti —replicó ella—. No tenía que haber víctimas.

—Creo que debería importarte una mierda si me cargo a este cabrón o no.

—Sí que me importa. Y también debería importarte a ti. Porque si lo matas, ¿crees que te dejaré seguir con vida mucho más tiempo?

Harold sabía que hablaba en serio. Empezaba a notar una leve sensación de mareo. Tosía y se ahogaba mientras intentaba llenarse los pulmones de aire. Se estaba asfixiando y sufría un ataque de pánico.

Sarah le lanzó una mirada fugaz.

—Respira lentamente, Harold —le ordenó—. Con calma. Lenta y profundamente. Se te ha cortado la respiración, eso es todo. Muy bien. Poco a poco. No intentes inspirar mucho aire de golpe o te ahogarás. Así. Así.

Harold obedeció y notó que el oxígeno volvía a llenarle los pulmones. Intentó ponerse en pie, pero se tambaleó. Aún le daba vueltas la cabeza, y dudaba que la herida de la sien le ayudara en ese sentido. Bajó la vista al suelo y vio el reguero de sangre. Se llevó la mano a la cabeza y la miró: estaba manchada de rojo. Al ver sus dedos ensangrentados, sintió náuseas.

El hombre había bajado la pistola, pero no la había soltado. Sarah estaba tensa, lista para disparar de nuevo. Esta vez no iba a apuntar a la pared.

—Deja la pistola, Eric —dijo—. O te disparo.

Harold miró al hombre de la perilla. Eric. Le resultaba extraño que tuviera nombre, un nombre real, un nombre normal. No tenía cara de llamarse Eric.

Entre el mareo y la visión borrosa, nunca llegó a saber el orden exacto en que se desarrollaron los hechos que se produjeron a continuación. Todo sucedió muy rápido, y las decisiones tomadas por Sarah, Eric y él mismo no fueron como reacción a las de los demás, sino que se dieron de forma simultánea. En el mismo instante, Eric apuntó a Sarah con la pistola, Sarah bajó la suya y apretó el gatillo. Dos disparos estruendosos resonaron en el estudio y aturdieron a Harold.

El siguiente sonido que oyó le pareció muy lejano: sirenas. Por fin llegaba la verdadera policía suiza.

Gritos. Gritos masculinos. Eric estaba vivo y gritaba. Profería insultos.

Harold no podía ver nada. A causa de la sordera temporal que le habían provocado los disparos, lo único que pudo oír fue una especie de pelea. Sintió una mano en el hombro que lo levantaba,

una voz que le hablaba, pero no sabía a quién pertenecía ni qué le estaba diciendo.

Harold tuvo que hacer un gran esfuerzo para ponerse en pie. No estaba en condiciones de resistirse a la persona que tiraba de él.

Hubo más gritos, pero incomprensibles. Y un gemido. La mano del hombro lo arrastró por la sala y él se limitó a obedecer. Tropezó con varios objetos, pero, de algún modo, logró avanzar por el museo. La mano tiraba de él con más fuerza, con más insistencia. No sabía si se dirigía a la salvación o a una ejecución sumaria. Pero tampoco sabía cuál de las opciones prefería.

Sólo cuando notó el gélido aire suizo en las mejillas alzó la mirada. Estaba más oscuro que cuando había entrado en el museo. La calle en la que se encontraban, fuera cual fuese, estaba iluminada únicamente por las estrellas y las luces rojas y azules, lejanas e intermitentes, de la policía. Harold sintió la punzada del aire en la cabeza y recordó que estaba herido. Era imposible saber cuánta sangre había perdido. Sin embargo, la mano no dejaba de tirar de él y, por primera vez, la apartó. Se secó la sangre de la frente con la manga del abrigo. El dueño de la mano, todavía una imagen borrosa, hizo una pausa y se volvió hacia él.

—Vamos —dijo.

Era Sarah.

—El hombre... Eric... ¿Está...?

Apenas era consciente de lo que decía.

—No, está vivo —se apresuró a responder ella—. Está sangrando, pero vivo. Más o menos como tú ahora mismo. Ha llegado el momento de huir. Tenemos lo que necesitamos.

Harold agachó la cabeza y se secó la sangre.

Sarah sujetaba el diario bajo el brazo izquierdo.

OceanofPDF.com

43

El asesino

«En este mundo no importa demasiado lo que uno haga — replicó mi compañero con amargura—. Lo importante es lo que uno es capaz de hacer creer a la gente que ha hecho.»

Sir Arthur Conan Doyle,

Estudio en escarlata

4 de diciembre de 1900 (continuación)

La bala arrancó la mejilla izquierda de Bobby Stegler. La sangre y la piel mancharon la ventana a su espalda y resbalaron por el cristal, hasta caer en el alféizar moteado de tinta.

Se oyó un grito. El muchacho lanzó un aullido. Aún estaba vivo. Gritó como un demonio, algo que se ajustaba a su aspecto, a su cara grotesca y medio deformada.

Arthur observó que el chico se llevaba la mano a la cara y la sangre le manchaba el pelo rubio. La bala, la única bala de Arthur,

lo había transformado en un ser monstruoso. Su auténtica forma, revelada.

Sin dejar de gritar, Bobby atacó a Arthur y agarró la pistola. Forcejearon. Arthur tensó los músculos de los brazos para aferrarse al revólver, con la cara pegada a la mandíbula abierta de Bobby. Vio los huesos que sobresalían en lo que antes había sido una mejilla.

Arthur oyó disparar a Bram, pero Bobby no se arredró. Arthur no dio el brazo a torcer, y empujó y tiró del muchacho para no perder la pistola y poder disparar una vez más.

De repente, oyó un leve ruido en la puerta. La respiración entrecortada de alguien. Sin embargo, no podía volverse para mirar.

Siguió forcejeando con Bobby. El chico era mucho más joven que él y más fuerte, a pesar de las heridas. Arthur tenía la sensación de que estaban a punto de estallarle los bíceps. Apretó los dientes y tiró de la pistola, convencido de que iban a reventársele los molares.

El revólver de la mano de Arthur se disparó de nuevo. Más adelante, cuando habría de recordar esos momentos, llegó a la conclusión de que la pistola simplemente se disparó. No la disparó nadie en concreto. Sin duda no fue él. Sencillamente se disparó. La gramática acudió en su rescate con aquel verbo. La pistola se disparó. La bala se disparó. Y, sin embargo, Arthur y Bobby siguieron luchando con todas sus fuerzas. La bala no había herido a ninguno de los dos.

Bram disparó de nuevo. Esta vez, Arthur vio cómo la bola metálica arrancaba medio cerebro al muchacho, que lo soltó de inmediato. El cadáver de Bobby Stegler cayó al suelo de madera con un golpe seco. Estaba muerto.

Arthur tardó unos instantes en oír la voz de Bram. Su cabeza era una extensión infinita de nieve blanca, inmaculada y vacía de pensamientos. Dirigió una mirada aturdida, de ensoñación, a Bram, su amigo, su Watson.

—¿Qué has hecho, Arthur?

Oyó otro ruido en la puerta. Un grito ahogado y un borboteo, como un arroyo. Arthur se dio la vuelta y vio a Melinda Stegler, la hermana de Bobby, apoyada en el marco de la puerta. La bala perdida la había alcanzado en el cuello.

Arthur no la mató. Más tarde, ese hecho habría de ser de una importancia trascendental para Arthur. No apretó el gatillo. Debió de hacerlo Bobby. De lo contrario, Arthur recordaría haber presionado el gatillo con el dedo índice. Durante el forcejeo, entre la sangre, el ruido y la conmoción generada por la violencia, Bobby había disparado a su hermana.

El cuerpo de Melinda no se desplomó tan fácilmente como el de su hermano. No murió. Al menos en un primer momento. En aquel ambiente cargado, la sangre manaba a raudales y Melinda se llevó la mano a la herida para intentar contenerla. El líquido rojo se le escurría entre los dedos antes de derramarse por el vestido azul celeste. Un reguero de sangre le corría por el escote, le empapaba el corsé y bajaba hasta la cintura. Arthur volvió a oír el borboteo de los pulmones encharcados que intentaban expulsar la sangre.

Cuando Melinda se desplomó, cayó de rodillas. Y allí, arrodillada en el suelo, abrió los ojos de par en par mientras se agarraba el cuello con fuerza y Arthur asistía a su agonía. La mirada de la muchacha no era de horror ni de dolor, sino de incomprendimiento. Miró a Arthur con unos ojos de un azul más intenso aún que los de su hermano. Parecía un bebé que observara el mundo por primera vez. Tenía la boca abierta, embelesada por las luces que veía ante sus ojos. Sí, habría de pensar Arthur más tarde, murió feliz. Vio algo bello y lo persiguió. No sufrió.

Al cabo de un instante, la pesada cabeza inclinó el cuerpo a un lado. Cayó al suelo mientras la sangre seguía manando de la herida. Arthur vio cómo avanzaba hacia él y se mezclaba con la de su hermano a sus pies. Pensó en el cadáver envilecido de Emily Davison. Esto era muy distinto. La muerte de esos dos jóvenes

había sido mucho menos traumática que la de Emily. Arthur no era un monstruo. Un asesino, tal vez. Pero no era un monstruo.

Sintió que una mano le estrechaba el hombro con fuerza. Era Bram.

—Vámonos —le dijo.

OceanofPDF.com

¿Ahora te toca a ti matarme?

«Es de la mayor importancia — protestó— no permitir que nuestro juicio se vea influido por cualidades personales. Para mí, un cliente es sólo una unidad, un factor del problema. Los impulsos afectivos son antagónicos a la claridad del razonamiento.»

Sir Arthur Conan Doyle,

El signo de los cuatro

17 de enero de 2010 (continuación)

Finalmente, Harold y Sarah se sentaron en un pequeño saliente de roca. Harold llevaba unos pantalones muy finos y notó las piedras heladas. El viento soplaba con fuerza y le azotaba el rostro.

Ambos dirigieron la mirada hacia el valle. A lo lejos, distinguieron el museo, iluminado por las luces de los coches de la

policía. Los agentes, puntos negros que correteaban, parecían aproximarse a la escena.

—Creo que aquí estaremos a salvo —dijo Sarah—. Eric es el único que sabía que estábamos en el museo y no ha visto adónde nos dirigíamos. La policía no nos ha seguido. Nadie sabe que estamos aquí.

Harold asintió, pero no dijo nada.

—¿Cómo tienes la cabeza? —le preguntó ella.

—Ensangrentada.

Sarah se quitó el pañuelo amarillo del cuello y lo utilizó para vendarle la herida. Se lo ató con fuerza y Harold se estremeció. Se fijó en que era el mismo pañuelo que llevaba el día que se conocieron y lo miró fijamente, mientras el amarillo se teñía de negro a medida que la sangre impregnaba la tela.

—No será nada —le aseguró Sarah—. No es un corte profundo, pero las heridas en la cabeza sangran mucho.

Harold señaló la pistola que Sarah tenía en el regazo.

—¿Ahora te toca a ti matarme?

Sarah sonrió.

—No. Nunca he tenido la intención de matarte. Nadie tenía que matar a nadie.

—¿Y Eric? —preguntó Harold, pronunciando el nombre con un deje de amargura.

—Eric tampoco tenía que matarte, ¿vale? Te lo prometo. Harold, lo lamento profundamente. Sé que tengo mucho que explicarte, y lo haré, pero antes de empezar quiero decirte que lo siento.

—¿Quieres que te perdone?

—Sí. Pero no ahora. Sé que no podrías. Al menos, yo no lo haría. Pero créeme que lo siento.

—Sí —dijo Harold tras una larga pausa—. Te creo.

—Toma.

Sarah le dio la pistola. Estaba fría y pesaba.

—Quédatala. Si quieres dispararme, adelante.

Harold sintió el peso de la pistola y la observó con curiosidad.

La miró como si fuera una reliquia misteriosa desenterrada, perteneciente a una civilización perdida.

—No —dijo—, yo no disparo a la gente.

Después, la lanzó, como buenamente pudo por el saliente. No oyeron ningún ruido, aunque lo más probable era que hubiera caído en el río que corría a los pies de la montaña.

—¿Me seguías? —preguntó Harold tras un largo silencio.

—No. Eric te seguía y yo lo seguí a él, lo cual, por cierto, fue bastante fácil. Trabaja para mi ex marido.

Sarah miró a Harold intentando adivinar hasta dónde sabía, y vio que su expresión no denotaba sorpresa.

—Estuve casada con Sebastian Conan Doyle. Estuve, ¿de acuerdo? Todo lo que te conté del divorcio era cierto. Es un cabrón, quiero dejarlo muy claro. Pero, al parecer, tengo un largo historial de relaciones sentimentales con cabrones. No lo sé, supongo que los atraigo.

—¿Y a mí qué me importa?

La brusquedad de Harold lo sorprendió incluso a él mismo. A medida que recuperaba la calma y se sentía más seguro, crecía también su ira.

—Nada de todo esto fue idea mía, ¿de acuerdo? Al menos en lo que a las peores partes se refiere. Debes de creer que soy una persona horrible, ¿verdad?

—Sí.

Sarah lanzó un suspiro.

—Te entiendo. Pero soy periodista, de verdad. Más bien, lo era. Sebastian y yo nos separamos hace seis meses. No te será difícil confirmarlo, si quieres. Es una larga historia sin interés. Cuando nos separamos, decidí retomar mi profesión. Gracias a él, tenía muchos vínculos con el mundo sherlockiano. O, al menos, sabía mucho acerca de Alex Cale y de vuestras sociedades porque Sebastian las seguía religiosamente. Os odiaba tanto que no sabría cómo expresarlo. Pero quería el diario. Y debo confesar que creo que habría matado a Alex con tal de conseguirlo. No lo hizo, lo sé. Pero creo que lo habría hecho.

»Cuando Alex anunció el descubrimiento... Ya no estábamos juntos, pero imagino que debió de enfurecerse. En cuanto me enteré, supe que ésa era mi gran oportunidad para volver a incorporarme al mundo del periodismo. Fue entonces cuando Sebastian me llamó. No entiendo cómo pudo averiguar que estaba escribiendo el artículo. Me dijo que debíamos aunar fuerzas. Que podíamos trabajar juntos para encontrar el diario. Yo podía escribir lo que quisiera siempre que lo ayudara. Y estábamos tramitando el divorcio... Se ofreció a ponerme las cosas más fáciles. Mucho más fáciles. Digamos que había ciertos asuntos que podían complicarme un poco la vida, y él se ofreció a ser muy generoso y... Acepté, ¿vale? Acepté. Asumo la responsabilidad. Era complicado y dije que sí. Yo me hacía pasar por periodista y lo ayudaba a conseguir el diario.

—¿De dónde sale Eric?

—Trabaja para Sebastian. Desde hace tiempo. Pero no sé nada más.

—Si Sebastian te pidió que lo ayudaras a encontrar el diario y luego me contrató a mí para hacer lo mismo, ¿cuál era la misión de Eric? ¿Por qué necesitaba Sebastian que Eric fuera por ahí armado con una pistola si ya nos tenía a ti y a mí?

Sarah hizo una pausa. Era una cuestión sobre la que ya había meditado.

—Porque no confiaba en ti. Y bien sabe Dios que tampoco confiaba en mí. En realidad, es algo muy típico de él. Tiene un problema e intenta solucionarlo con dinero, sin importarle la cantidad. Contrata a tres personas distintas, pero no les habla de la existencia de los demás, se lo oculta, y si se matan, pues que se maten, a él ¿qué más le da? Al menos uno de ellos encontrará lo que buscaba. Ya te lo he dicho. Es un cabrón.

Harold miró a las estrellas, que con su débil resplandor apenas lograban iluminar la ladera de la montaña. Incluso el rostro de Sarah desaparecía en la oscuridad. Harold la creyó, pero eso no hizo que se sintiera mejor.

Sarah deslizó la mano tras ella, cogió el diario y lo dejó en el regazo de Harold.

—Si quieres leerlo, puedes aprovechar la luz de mi teléfono —le ofreció.

Harold tragó saliva.

—Sí —dijo—. Sí quiero.

Sarah sacó el móvil del bolsillo y encendió la pantalla. Harold abrió el diario con sumo cuidado. Las páginas eran frágiles y amarilleaban, pero podía distinguir claramente las palabras escritas del puño y letra de Arthur Conan Doyle.

Lo sostuvo entre ambos, y juntos lo leyeron.

OceanofPDF.com

El diario desaparecido de Arthur Conan Doyle

«Pase, pase, señor —dijo Holmes entre risas—. Es usted como mi amigo el doctor Watson, quien tiene la mala costumbre de empezar a contar las historias por el final.»

Sir Arthur Conan Doyle,

«El pabellón Wisteria»

8 de diciembre de 1900

Arthur lo puso todo por escrito. Eso era lo que hacía, escribir cosas. Escribir era su vocación y su profesión. Gozaba de fama mundial porque se le daba muy bien. Cuando escribía, cuando expresaba hechos con palabras, con frases ordenadas y claras, se entendían. Las cosas tenían sentido cuando Arthur las escribía. De modo que, por

horrible que fuera lo acontecido, debía relatarlo. Debía plasmarlo en papel, pasarlo por el tamiz de su genio y convertir los sentimientos descarnados en lenguaje refinado. A fin de cuentas, ¿no era eso lo que hacían los escritores? Ponían nombre a aquello que lo merecía, y enunciaban aquello que se desconocía.

La noche en que Bobby y Melinda Stegler murieron, Arthur permaneció despierto hasta el alba, describiendo lo que había sucedido con todos los detalles que podía recordar. Cuando era incapaz de rememorar algún hecho concreto, lo recreaba a partir de lo que sí sabía. Escribió la historia tal y como existía para él. No se ensalzó a sí mismo. No intentó aparentar que no tenía culpa de nada, que no le correspondía ninguna responsabilidad en la tragedia. Debía asumir su papel, y no lo negó. Pero tampoco iba a recrearse en la vileza de Bobby Stegler. Que el chico merecía morir era algo que no admitía ningún tipo de duda, y Arthur quería asegurarse de que era diáfano en ese aspecto. No justificaba la tragedia de su hermana. Nada lo justificaba. Pero en todas esas semanas, en todo el tiempo que había transcurrido desde que la bomba había estallado, ninguna de las tragedias le parecía justificada. Ninguno de los actos violentos que habían mancillado la vida de Arthur tenía justificación. La muerte, el asesinato... Tal vez, al final, nunca eran explicables. Simplemente eran y nada más.

Arthur y Bram dejaron de verse durante unos días. Al parecer, ninguno de los dos quería hablar de lo sucedido. Leyeron las crónicas en la prensa y, puesto que no se hallaron culpables (y ningún policía llamó a su puerta), supieron que todo había terminado. No volverían a ver a Tobias Stegler, y la carga de la muerte de sus hijos viviría en él y sólo en él. Algo que lamentaban profundamente. Arthur se preguntó si Janet Fry, quien conocía el nombre de Bobby Stegler, volvería a visitarlo. Debía de haber estado en su taller. Si leía la noticia de su fallecimiento en la prensa, ¿la relacionaría con la muerte de sus amigas? ¿O lo atribuiría a una simple coincidencia? A fin de cuentas, estaba tan convencida de la culpabilidad de Millicent Fawcett...

Sin embargo, a medida que fueron pasando los días y Arthur no recibía noticias de ella, supo que no volvería a verla. De modo que era libre. Si el inspector Miller sospechaba algo, y a buen seguro así era, ¿qué iba a hacer al respecto? El inspector Miller había ayudado a Arthur, o al menos eso creía el oficial, a encubrir un asesinato. Haría lo mismo con otros dos más. ¿Estaba moviendo hilos para mantenerlo a salvo? ¿O tan incompetente era Scotland Yard que no había sido capaz de seguir la pista de los asesinatos hasta la puerta de Arthur? Sin embargo, nunca lo sabría. Era libre, ya fuera por incompetencia o por corrupción de las autoridades; o por pura suerte.

El 8 de diciembre de 1900, Bram Stoker fue de visita a Undershaw, al estudio de Arthur, por última vez. Había llegado el momento de abordar lo que había sucedido y de zanjar de una vez por todas ese periodo de sus vidas.

Para dos amigos tan íntimos, el encuentro resultó un tanto extraño, rodeado de un exceso de formalidad. Cuando Bram entró, Arthur dejó la pluma y se sintió incómodo por primera vez en presencia de su amigo.

—¿Qué estás escribiendo? —preguntó Bram, tras el silencio más extraño que se había producido en su amistad.

—Es... Bueno, si te lo contara no me creerías —dijo Arthur, abochornado por las palabras que llenaban la página que tenía ante sí.

—Eso preferiría juzgarlo yo mismo.

—Es Holmes. Aún no se lo he contado a nadie. Eres el primero en saberlo. Pero es Holmes.

Bram se limitó a asentir, como si, de algún modo, ya lo hubiera esperado.

—El otro día —prosiguió Arthur— se me ocurrió una idea. ¿Has estado en Dartmoor? ¿En esos páramos espantosos? Son aterradores. Me pareció que serían el entorno ideal para ese condenado.

Mi amigo Robinson me contó la historia de un sabueso gigantesco que aterrizó a los habitantes de la zona, y de ahí nació el argumento. ¡Ja! Sherlock Holmes siguiendo la pista de un sabueso aterrador... Bueno, tal vez sea una idea demasiado rocambolesca. Aunque también es posible que dé para una buena historia, quién sabe.

—Sí —dijo Bram, que parecía darse por satisfecho, aunque de un modo algo extraño—. Es una historia excelente. Y eso es precisamente lo que escasea en el mundo, buenas historias.

Arthur le contó el argumento a Bram y ambos repasaron lo que había escrito hasta entonces. Bram se mostró encantado; estaba exultante, convencido de que su amigo había logrado recuperar el esplendor de antaño. Arthur no cabía en sí de gozo.

La conversación dio un giro inesperado cuando Arthur le habló a Bram del otro asunto que había puesto por escrito.

—¿Has llevado un diario de todo... todo lo que sucedió? —preguntó Bram, aturdido.

—Tenía que hacerlo. ¡No me mires así! No soy estúpido. Nadie lo leerá ni sabrá qué ha ocurrido. Pero tenía que compartirlo al menos con mi diario. —Arthur sonrió con gesto nostálgico—. Tal vez un día, cuando me vaya al otro mundo, si alguien encuentra el diario y lee lo que sucedió... ¿Qué me importará entonces que la gente sepa la verdad? ¿Y a ti? Quizás la verdad merezca ser libre algún día.

—No puedes hablar en serio —dijo Bram, enfadado—. Tu reputación... Tu valía transmitida de generación en generación... No sólo estás poniendo en peligro tu nombre, ¿no te das cuenta? También el de Holmes. Esto es algo que no te afecta sólo a ti.

—Cálmate, por favor. Sherlock Holmes se las apañará muy bien sin mi ayuda.

—No —replicó Bram—. Como no destruyas ese diario, acabarás con él, ¿me oyes? Es por tu propio bien. Por el mío. Y por el de Holmes.

—Por el amor de Dios, Bram —dijo Arthur, interrumpido por un ruido proveniente del piso de arriba.

Se había producido un gran estrépito. Uno de los niños había tirado sin querer una lámpara de mesa, y se oyeron gritos.

—Discúlpame un momento —dijo Arthur, saliendo del estudio para averiguar qué había sucedido.

Cuando regresó al cabo de unos minutos, el rostro de Bram dejaba traslucir una expresión poco habitual en él.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Arthur.

—Nada —respondió Bram—. Absolutamente nada.

Arthur se percató de que estaba sudando. Bram casi nunca transpiraba.

Por entonces, ninguno de los dos sabía que esos escasos minutos habían alumbrado un misterio. Y que habrían de transcurrir más de cien años hasta que alguien lo desentrañara.

OceanofPDF.com

Las cataratas de Reichenbach

Viste siempre franela y no creas
nunca en el castigo eterno.

Mary Conan Doyle, a su hijo
Arthur,

tal y como se recoge en sus
memorias,

Memorias y aventuras

17 de enero de 2010 (continuación)

Cuando Harold cerró el diario, se dio cuenta de que estaba llorando. Las lágrimas cayeron sobre la cubierta de piel del libro y se mezclaron con cien años de suciedad, polvo y unas cuantas gotas de sangre.

Lo había leído lentamente para asegurarse de que Sarah podía seguir el ritmo. Ahora, ambos estaban sentados en las rocas, helados, y ambos lo sabían todo. Sarah quiso consolarlo y le acarició la rodilla a Harold, que lloró todavía más desconsoladamente. Se llevó el diario al pecho y dejó que las

lágrimas cayeran en la tierra. No tenía fuerzas para intentar ocultarlas. Ninguno de los dos dijo nada.

Al cabo de unos minutos, Sarah se puso en pie y señaló el camino que recorría la montaña. Quería andar. Harold no se opuso. Se levantó y sintió punzadas de dolor en los muslos y las rodillas, pero a pesar de todo la siguió a oscuras por el camino y subieron los Alpes nevados.

Harold no sabía cuánto tiempo llevaban caminando. Podían haber sido veinte minutos, o quizás dos horas. Avanzaban bajo la luz de las estrellas, a través de la nieve, cada vez más alto. El esfuerzo hizo que entrara un poco en calor. Al cabo de un rato, pensó que estaba a punto de recuperar la sensibilidad en la punta de los dedos. Sarah se percató de que estaba aterido, y aunque ella también estaba helada, se quitó el abrigo y se lo puso a Harold sobre los hombros. Él no le dio las gracias y siguió andando, ascendiendo por la montaña, a través de un aire cada vez más enrarecido.

No sabía bien adónde se dirigían, pero tampoco le importaba. El frío empezaba a calarle los huesos, le congelaba las lágrimas que le surcaban el rostro. Le helaba la mente y serenaba los pensamientos que se le agolpaban en la cabeza. Apenas podía razonar cuando su corazón latía tan lentamente y el resto del cuerpo estaba al borde de la congelación. De pronto se le ocurrió que, si se quedaba a vivir allí, si levantaba un campamento en las montañas y no bajaba nunca más, tal vez podría dejar de sentir el resto su vida. El plan le parecía tan razonable como cualquier otro.

Antes de llegar al claro, Harold oyó el sonido del agua. Sumidos en la oscuridad, no vieron la cascada hasta que estaban ya a pocos metros de ella. Harold notó la bruma que le rociaba la cara al tiempo que distinguía el torrente de agua a través de los árboles. Oyó el estruendo del agua al chocar contra las rocas, el embate contra las paredes de la montaña cada centenar de metros, hasta que, en algún lugar a lo lejos, caía en una charca agitada y acababa desembocando en el lago oculto en las profundidades del valle.

Las cataratas de Reichenbach. Harold y Sarah se detuvieron y las observaron en silencio, a pesar de que la vegetación sólo les permitía ver una pequeña parte.

—Lo siento —dijo Sarah.

—Yo también.

A Harold no le quedaba rabia en el interior. De hecho, ya no creía que le quedara nada.

—¿Eres feliz? —preguntó Sarah—. ¿Te alegras de haber encontrado el diario?

Harold no tuvo que pensar para responder con sinceridad.

—No.

Sarah tendió la mano y cogió el diario. Harold abrió los dedos y se lo entregó sin quejarse ni protestar. Sarah se alejó del saliente, levantó el brazo como si fuera una lanzadora de béisbol y arrojó el diario a la oscuridad, tan lejos como pudo. Apenas entreoyeron el impacto del libro contra la cascada cuando se precipitó hacia el lago escarpado, arrastrado por la fuerza del agua.

Y luego, silencio. Calma. El murmullo del salto de agua y dos respiraciones que jadeaban al unísono.

—Gracias —dijo Harold.

Sarah le cogió la mano y se la estrechó con calidez. Allí, con la mirada fija en el cielo nocturno, permanecieron inmóviles con los dedos entrelazados. Harold se los estrechó con todas sus fuerzas y Sarah lo imitó, aferrados el uno al otro hasta que les pareció que sus frágiles huesos iban a hacerse añicos.

OceanofPDF.com

Despedida

¡Y así, lector, me despido de Sherlock Holmes! Le doy las gracias por la constancia que ha mostrado en el pasado, y albergo la esperanza de haberle proporcionado a cambio una pequeña distracción de las preocupaciones de la vida cotidiana y de haber dado pie a un cambio de pensamiento, algo que sólo podemos encontrar en el reino maravilloso de los libros de caballerías.

Sir Arthur Conan Doyle,

prefacio de *El archivo de Sherlock Holmes*

11 de agosto de 1901

Los operarios estaban cansados. Se habían pasado el día entero trabajando bajo el intenso calor de agosto, con las axilas de los uniformes azul oscuro empapadas en sudor. Dos días antes, habían acabado de tender los seis metros de cables eléctricos, gruesos y pesados, desde la estación de Marylebone hasta Baker Street. Eran dos tubos de cobre, uno dentro del otro, revestidos por una capa de cera marrón protegidos por una cubierta de hierro. Cada vez que los hombres levantaban una sección de cable, gruñían y notaban la presión en el cuello. La víspera, una numerosa cuadrilla había acudido para ayudarlos a alzar los cables por encima de las casas, de los tejados de los edificios de dos plantas, y a tenderlos entre las farolas. Habían necesitado doce hombres para llevar la red de cableado hasta Marylebone y avanzar lentamente hacia el oeste, en dirección a Paddington. Hoy ya sólo quedaban dos operarios para retirar las lámparas de gas que había en Baker Street y sustituirlas por bombillas eléctricas. Más tarde, cuando el sol se fundía con los edificios más altos de Montague Square, los dos hombres sudorosos y exhaustos se turnaron para utilizar la única escalera con la que contaban y desatornillar las lámparas de gas. Uno de ellos se quedaba abajo, sujetando la escalera, mientras el otro subía. Las farolas estaban ya conectadas a la red eléctrica, de modo que sólo faltaba unir las tomas a los cables positivos y negativos, y luego cambiar las bombillas. Los cables se les escurrían entre los dedos húmedos, y cuando intentaban aliviar un poco el sudor que los empapaba, se manchaban la ropa de trabajo de cera y tierra. Estaban derrengados.

Justo después de la puesta de sol, con un par de horas de retraso, llegaron a la última farola, junto a la esquina del parque con Igor Street. El más bajo de los dos hombres sujetaba la escalera porque era su turno, y su compañero subió los ocho escalones para alcanzar la bombilla. Apenas tardó unos pocos minutos en cambiar el cableado, y cuando bajó, todas las farolas de Baker Street habían quedado conectadas a la red eléctrica.

Después de guardar la escalera y las herramientas en el carro, se dirigieron a la estación de Marylebone para finalizar el trabajo.

Una vez conectaron el tramo de Baker Street al sistema general, en la sala de transformadores situada en lo más profundo de la estación, regresaron para contemplar su obra.

Al doblar la esquina, los diez mil voltios que fluyeron de la central eléctrica de Deptford, a quince kilómetros de allí, recorrieron los cables Ferranti subterráneos de la ciudad e iluminaron Baker Street. Era un espectáculo fantástico, y aunque ya llevaban algunos años trabajando para la Compañía de Suministro Eléctrico de Londres, el hecho de ver por primera vez una calle iluminada únicamente por bombillas eléctricas todavía les causaba una breve impresión. Todos los edificios, todos los callejones, todos los adoquines oscuros y fétidos refulgían bajo la luz radiante.

—Eh —dijo el operario alto—. Ya está.

—Sí, ya hemos terminado —dijo el otro.

—Cómo brillan, ¿no crees? Ya casi no veo la niebla.

Su compañero se limitó a asentir con un gesto de la cabeza. Parecía que alguien hubiera disipado el manto de penumbra y terror que cubría las calles para revelar una ciudad blanca y limpia. Pero la visión de esa calle clara y reluciente resultaba a un tiempo extraña, y ninguno de los dos fue capaz de expresar el motivo. Una gran parte de lo que había permanecido oculto fue revelado por la luz eléctrica. Se había ganado mucho. Pero acaso también habían perdido algo. Quizás ambos pensaban, pero no se atrevían a decir, que una parte de ellos echaría de menos el romántico parpadeo de las luces de gas.

El primer operario hurgó en sus bolsillos.

—¿Tienes una moneda? —preguntó.

Su compañero se palpó a su vez los bolsillos y oyó un reconfortante tintineo metálico.

—Unos cuantos peniques, diría yo. ¿Por qué?

El primer hombre señaló hacia el parque.

—A la vuelta de la esquina hay un chico que vende periódicos. Yo también tengo un par de monedas. ¿Te apetece leer una historia?

El compañero se lo pensó y sonrió.

—Sí, ya lo creo. ¿Tienes algo en mente?

—Esta mañana ha salido el último número del *Strand*. *El sabueso de no sé qué...* Es una nueva historia de Sherlock Holmes.

—¡Ah! Ya lo creo que me gustaría leerla.

Mientras caminaban, sacaron todas las monedas que llevaban en los bolsillos. Se mostraron la chatarra mutuamente, con timidez. No era gran cosa, pero tras un rápido recuento, descubrieron que les bastaba para tomar dos pintas, comprar un ejemplar de la revista y disfrutar de una historia de misterio.

OceanofPDF.com

Nota del autor

Los autores de ficción son una clase de personas que no soportan que los hechos se interpongan en su camino.

Sir Arthur Conan Doyle,

Discurso pronunciado en honor

de Robert Peary, mayo de 1910

Así pues, ¿qué fue en verdad lo que sucedió?

No me gustaría decepcionarlo, pero la única respuesta honrada que puedo darle es ésta: es un misterio.

Aunque *El hombre que mató a Sherlock Holmes* es una obra de ficción histórica, hay que enfatizar la palabra «ficción». Muchos de los hechos descritos en la novela no sucedieron, y muchos de los personajes tampoco existieron. Pero, puesto que hay un puñado de ellos que sí son reales, y la obra que tiene ante sí es un *collage* de aquello que es real y verificable, de lo que es probablemente real, de lo que es potencialmente real y de lo que es falso y demostrable, he pensado que convendría añadir estas palabras a modo de explicación.

Así que ahí va. La siguiente información es cierta:

Tras la muerte de sir Arthur Conan Doyle en 1930, se perdieron varios papeles de entre sus efectos personales. Esos documentos (algunas cartas, relatos a medio escribir y un volumen de su diario) permanecieron misteriosamente desaparecidos durante más de setenta años, y se convirtieron en el Santo Grial de los estudios sherlockianos durante gran parte del siglo XX. Varias generaciones de estudiosos intentaron encontrarlos, pero todos fracasaron.

Finalmente, en el año 2004, Richard Lancelyn Green, el mayor experto mundial en Sherlock Holmes, anunció que había encontrado los papeles perdidos de Conan Doyle. Green afirmó que un familiar lejano del autor se los había robado a la hija de Conan Doyle, y que su intención era venderlos en una subasta en lugar de donarlos a sociedades benéficas, como Green y los herederos de Conan Doyle deseaban. Así fue como estalló el conflicto entre Green y el familiar. La disputa sobre la propiedad legítima de los papeles se fue enconando y, al mismo tiempo, se hizo más pública. En marzo de 2004, Green empezó a confiar a sus amigos que temía por su seguridad. Afirmaba que había recibido mensajes amenazadores y que lo seguía un misterioso estadounidense. También le contó a un amigo muy próximo que habían puesto micrófonos en su casa y con algunas visitas sólo hablaba en el jardín. Los amigos de Green en la comunidad sherlockiana empezaron a preocuparse.

El 27 de marzo, Richard Lancelyn Green fue hallado muerto en su piso de South Kensington. Lo habían estrangulado, agarrotado, con uno de sus propios cordones de zapato. Su hermana, Priscilla, encontró el cuerpo. El juez de instrucción consignó que no se pudo establecer la causa de la muerte, y en el momento de redacción de estas líneas, la policía de Londres aún no ha conseguido resolver el caso.

Poco después, sherlockianos de todo el mundo iniciaron la búsqueda del asesino de Green. Empezaron a elucubrarse

complejas teorías, ya que algunos sherlockianos creían que las disputas que se habían producido en el seno de la familia Conan Doyle a raíz de la herencia del autor habían evolucionado de forma violenta y habían acabado con la vida de Green, mientras que a otros les parecía más probable que Green se hubiera suicidado para incriminar a otros. El personaje de Harold de esta novela es una combinación de varios sherlockianos reales. Puedo asegurarle que todos ellos superan a Harold en genialidad y don de gentes.

Si desea saber más sobre la muerte de Richard Lancelyn Green, le recomiendo el artículo «Mysterious Circumstances» de David Grann (*The New Yorker*, 13 de diciembre de 2004). O, si prefiere una introducción más breve, consulte «The Curious Incident of the Boxes» de Sarah Lyall (*The New York Times*, 19 de mayo de 2004).

Toda la información sobre las sociedades sherlockianas modernas (los Irregulares de Baker Street y los diversos grupos surgidos a partir de éste) que aparece en la novela es precisa, por lo que yo sé, así como las descripciones de sus reuniones y rituales. Dicho lo cual, las reuniones de los Irregulares no están abiertas al público, por lo que he tenido que basarme en informaciones públicas y entrevistas para adentrarme en su mundo secreto. Me gustaría dar las gracias especialmente a Leslie Klinger, sherlockiano de renombre mundial y editor de *The New Annotated Sherlock Holmes*, por su ayuda con estas cuestiones y muchas otras. Y gracias también a Chris Redmond (creador de www.sherlockian.net, una valiosísima fuente de información sherlockiana que no guarda ninguna relación con este libro) por enseñarme la larga, y no especialmente sórdida, historia de los Irregulares. Dado que estas dos personas han olvidado más sobre los estudios sherlockianos que todo el conocimiento que yo jamás seré capaz de albergar, debe de tener en cuenta que todos los errores que aparezcan en esta obra son responsabilidad exclusivamente mía.

En cuanto a la trama de principios del siglo XIX, toda la información sobre Arthur Conan Doyle es cierta. Existen varias

biografías maravillosas sobre Conan Doyle, aunque recomiendo encarecidamente *Teller of Tales*, de Daniel Stashower, quien también editó *Arthur Conan Doyle: A Life in Letters*, una recopilación magistral de la correspondencia personal de Conan Doyle. Además, *Arthur & George*, la novela de Julian Barnes, ofrece un retrato precioso ¡y preciso! de Conan Doyle y los crímenes reales que investigó. A lo largo de los años, Conan Doyle colaboró con Scotland Yard en diversos casos: *Conan Doyle, detective: los crímenes reales que investigó el creador de Sherlock Holmes*, de Peter Costello, contiene una lista aterradora de todos los crímenes que investigó. El caso concreto en el que se implica Conan Doyle en esta novela es ficticio, producto de una mezcla de varios casos reales, en especial de los infames asesinatos de las «novias del baño», un misterio que el propio Conan Doyle ayudó a solucionar.

Sin embargo, en la trama he añadido una alteración: el grupo de sufragistas no le envió un paquete bomba en 1900. Lo hizo en 1911. *The Britishy Women's Suffrage Campaign: 1866-1928*, de Harold L. Smith, ha sido un recurso fantástico sobre la Unión Nacional de Sociedades Sufragistas y su líder, Millicent Fawcett.

El retrato de Bram Stoker que hago en la novela también pretende ser muy preciso, y está basado en *Bram Stoker and the Man Who Was Dracula*, una biografía excepcional escrita por Barbara Belford. Aunque Oscar Wilde no puede considerarse un personaje más de la novela, su presencia se cierne sobre las vidas de Conan Doyle y Stoker. *Oscar Wilde*, la gran biografía escrita por Richard Ellman hace más de veinte años, sigue siendo la obra de referencia.

Todos los lugares que aparecen en la novela son reales. Si puede, le recomiendo que visite Suiza y su museo Sherlock Holmes. Pasee entre las sillas, las lámparas y los gasógenos del viejo estudio de Conan Doyle. Quién sabe lo que puede encontrar allí.

OceanofPDF.com

Notas

[1] En el original, «faucet» («grifo» en español), de fonética muy similar al apellido «Fawcett».

OceanofPDF.com